

**PREMIO**

# **LOS SITIOS DE ZARAGOZA**

**20 de febrero  
de 1986**



600<sup>2</sup>  
Cohabitation  
31-3-27

# Premio

# Los Sitios de Zaragoza

20 DE FEBRERO DE 1986

**EDITA: EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA**

Depósito legal: Z. 1.445 - 86

---

SAN FRANCISCO, SAE de Artes Gráficas — Cervantes, 36 — 50006 - Zaragoza

## PROLOGO

*Resulta sorprendente el grado de olvido y desinterés que ha tenido la sociedad zaragozana en las últimas décadas respecto a nuestra historia local. Son muy pocas las publicaciones sobre la Zaragoza del siglo XIX y todavía más escasas las que se centran en el período de la guerra contra los ejércitos napoleónicos.*

*Y, sin embargo, ése es el período más glorioso de nuestra historia moderna. El siglo XIX está cuajado de sublevaciones, enfrentamientos y guerras intestinas, como lo está la primera mitad del siglo XX. La propia dinámica de la rivalidad civil ha hecho que se tendiera a marginar aquella gesta en la que el pueblo y sus gobernantes se mostraron admirablemente unidos en una tenaz defensa de su libertad frente a un poderoso ejército invasor.*

*Los Sitios de Zaragoza constituyen al mismo tiempo nuestra mayor gesta histórica y el mayor desastre de la historia de la ciudad. Aunque todos hemos oído en alguna ocasión nombrar a algunos de los héroes y heroínas que participaron en los mismos, son muy pocos los que conocen algún detalle de aquel período tan intensamente dramático de nuestra historia. Permanecen en estado de abandono algunos de los edificios que están ligados a aquellos hechos o a las personas que los protagonizaron.*

*Creo que hemos alcanzado el nivel de desarrollo suficiente como para dedicar atención a estos temas. Si en el pasado hubo necesidades perentorias que atender por parte de los gobernadores, ahora es el momento de prestar mayor atención a nuestro pasado. Me consta que hay gran cantidad de estudiosos e investigadores dispuestos a rescatar de los archivos los detalles de aquellas jornadas. El contenido de este libro es una buena prueba de ello.*

*El que los zaragozanos conozcamos nuestra propia historia es, posiblemente, el mejor elemento aglutinador, la forma más idónea de tomar conciencia de nuestra unidad colectiva. Sobre este mismo solar que ocupamos en la encrucijada de tres ríos han vivido generaciones de precursores que han ido construyendo con la esperanza de legar a sus descendientes una ciudad mejor. Conocer los logros, las aspiraciones, las inquietudes, los anhe-*



los y fracasos de esos antepasados es participar de la vida de la comunidad, de esa línea intangible que nos une a todos.

Y pocas cosas unen más que la adversidad. Aquellos momentos de nuestra historia en que la comunidad zaragozana se vio amenazada, son los mejores para apreciar la valía de nuestras gentes. En las páginas de este libro se desgranán con realismo las duras circunstancias de aquellos días. El lector se siente tentado de cerrar los ojos y reconstruir las barricadas de la puerta del Carmen o de Santa Engracia. No es difícil imaginar el trasiego de gente famélica y asolada por la pestilencia en las puertas de la iglesia de San Pablo. Esas calles están hoy como estaban entonces. Sólo hay que añadir esas figuras dolorosamente decididas que nos han llegado en los dibujos de Goya o en otros grabados de la época.

Es preciso aclarar que nuestro pasado debe ser examinado sin acritud ni revanchismo. Lo contrario sería contraproducente. Siete generaciones nos separan de aquellas fechas y hace ya muchas décadas que se superó todo rencor como testimonian los actos que se celebraron en nuestra ciudad en 1908 al cumplirse el primer centenario de aquella lucha virulenta. Han pasado los tiempos en que la historia se escribía para animar espíritus revanchistas o para propalar causas incendiarias. Debemos conocer nuestra historia, porque en ella tenemos nuestras raíces y de ella ha salido nuestra cultura, nuestra concepción de la vida, nuestra manera de ser y de pensar. "No saber lo que ha sucedido antes de nosotros es como ser incesantemente niños" escribió Cicerón para ungir a sus contemporáneos al estudio de la Historia.

En la historia de todas las comunidades hay momentos en que éstas alcanzan un protagonismo sublime. Esos son los puntos que merecen el calificativo de "históricos". Los Sitios de Zaragoza son uno de tales eventos históricos. Los hombres tenemos una cierta tendencia a sentir simpatía por los débiles, y no cabe duda de que la población de Zaragoza era la parte más débil cuando los ejércitos napoleónicos, los más poderosos de la época, pusieron sitio a la ciudad. España entera era víctima de la ocupación bonapartista y cada ciudad hubo de valerse por sí misma. Zaragoza, por su proximidad a la frontera y por ser cruce de comunicaciones, fue un bocado predilecto de los ejércitos invasores que pusieron pleno empeño en su conquista.

Me gustaría que este libro fuera el primero de una serie. Que los estudiosos de este tema generaran año tras año trabajos de calidad suficiente para permitir la publicación de un anuario sobre aquella época o, ampliando el campo, sobre estudios de historia local.

Estoy seguro que, del mismo modo que hubo una colaboración de todas las instituciones zaragozanas para organizar los premios cuyo fruto son los libros que ahora publicamos, la habrá para dar continuidad a una publicación dedicada a nuestra historia local.

*No puedo resistir la tentación de hacer una segunda cita del gran escritor latino Cicerón, tomada de su tratado "El orador": La Historia es el testimonio de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la maestra de la vida y nuncio de la antigüedad. Conocer nuestra propia historia es grato y útil y las instituciones representativas de la ciudad tenemos la obligación de promover y difundir estos estudios. Con ese espíritu de difundir nuestro pasado ha tomado el Ayuntamiento la decisión de publicar estos trabajos. Esperemos que sirvan para crear escuela y para aumentar el conocimiento de nuestro pasado y el orgullo de ser miembros de esta ciudad dos veces heroica.*

ANTONIO GONZALEZ TRIVIÑO

Alcalde de Zaragoza



## **LA CAPITULACION DE ZARAGOZA**

Conferencia pronunciada el 20 de febrero de 1986  
en el paraninfo de la Universidad de Zaragoza  
sobre el tema *La capitulación de Zaragoza,*

**JOSE PASQUAL DE QUINTO Y DE LOS RIOS**



## CONFERENCIA INAUGURAL

Excelentísimos e ilustrísimos señoras y señores:

El Rector Magnífico de la Universidad de Zaragoza, presidente de la Fundación Empresa-Universidad, ha tenido la deferencia de recibirnos en este paraninfo, aula magna de la cultura zaragozana, secundando una loable iniciativa, para hacer solemne y pública entrega de los premios otorgados a los finalistas del certamen literario recientemente convocado y fallado referente a los Sitios de Zaragoza.

Si aquellos claustrales de 1808 y 1809, contemporáneos de Palafox, sobre las ruinas del desaparecido salón de grados de la destruida sede universitaria de La Magdalena, supieron dar a España y al mundo una lección magistral de patriotismo, hoy, el Rector de la Universidad de Zaragoza y presidente de la Fundación Empresa-Universidad, nos ha dado una lección magistral de sensibilidad al encauzar solemnemente un sentimiento popular, un anhelo de los zaragozanos reiteradamente manifestado, rememorando con este acto la efemérides local de mayor raigambre histórica, por la que se nos admira y se nos conoce a nivel mundial. Nos referimos a la epopeya de los Sitios de Zaragoza.

Son continuas las notas de prensa en los diarios locales, avaladas con las firmas de naturales y foráneos, que resaltan el lamentable estado en que Zaragoza conserva cuanto a los Sitios se refiere. La razón les asiste, la justicia les ampara y la Cultura, con mayúscula y sin calificativos oportunistas, de la que este acto es buena muestra, impone una urgente actuación tendente a reparar este ultraje a nuestra historia, a la memoria de nuestros antecesores y al buen nombre de esta inmortal ciudad.

Bienvenida la restauración del panteón de nuestras heroínas, pero que ello no sirva para olvidar que el monumento a los Sitios está aquejado del mal de piedra; que la casa solar de Palafox, clausurada, es asilo de parásitos y marginados, con grave riesgo de un incendio que la haga desaparecer total o parcialmente; que las lápidas conmemorativas colocadas en

1908 por la Real Junta del Centenario han desaparecido, se hallan deterioradas o en tal estado de suciedad que sus inscripciones son ilegibles.

Por si esto fuera poco, después de transcurridos 178 años, Zaragoza, para asombro de propios y extraños, no ha tenido tiempo de fundar un museo monográfico sobre sus Sitios ni de levantar una biblioteca especializada en el tema. Por todo ello celebramos con gozo esta iniciativa, merecedora de los máximos galardones en la persona que ha sabido proyectarla, cuya modestia y el temor de que nos acusen de publicidad nos obliga a silenciar su nombre, pero también a difundir nuestra esperanza de que tan plausible labor sirva de incentivo a la Zaragoza oficial, llevándole a reparar una injusticia que asombra a cuantos nos visitan y sonroja a cuantos nos sentimos zaragozanos de verdad.

En mayo de 1808, como consecuencia de la presencia de las tropas napoleónicas en España, de la cautividad de nuestro Rey en Bayona y de los sucesos acaecidos en Madrid el día 2 del mismo mes, el pueblo de Zaragoza, al tener noticia de estos acontecimientos, se sublevó en un incruento levantamiento, deponiendo a las autoridades legalmente establecidas y exaltando a la más alta magistratura militar y política del reino de Aragón al excelentísimo señor don José Rebolledo de Palafox y Melcí, militar, aragonés, hijo de los marqueses de Lazán, de gran prestigio social, merecedor del respeto y de la confianza de sus convecinos.

El pueblo, el clero y el ejército, unidos en defensa de la religión, la católica, del rey, Fernando VII, y de la independencia de la Patria, España, legalizaron tan anómala situación convocando Cortes a la antigua usanza foral, que se celebraron en Zaragoza el día 9 de junio, en las que quedó ratificado el nombramiento de Palafox como capitán general y establecido el «status» legal para cuantas medidas hubieran de adoptarse en el futuro.

Si el pueblo aragonés, representado por todos sus estamentos, participó en la sublevación aportando los conocimientos que le eran propios por su profesión, lo que permitió la presencia en las barricadas de periodistas, labradores, comerciantes, médicos, alto y bajo clero, magistrados, etc., el ejército, compuesto por la milicia propiamente dicha y la marina, constituyó el brazo rector, táctico y técnico de la defensa.

Hemos hecho mención a la participación en los asedios de la marina real, circunstancia que tal vez haya podido sorprender a alguno de nuestros oyentes, pero cuyo rigor histórico queda fuera de toda duda. Efectivamente, la oficialidad de la marina destacada en Madrid, como consecuencia de los sucesos del día 2 de mayo en la capital del reino, reiterando su ancestral espíritu de servicio a España, se fugó con la intención de incorporarse a los navíos atracados en los puertos de la periferia y hacerse a la mar en defensa de la Patria. Al pasar por la capital del reino de Aragón, Palafox, conocedor de su pericia como artilleros y de sus dotes de mando, además de sus superiores conocimientos de las ciencias matemáticas, consideró que no

debía expedirles pasaportes, obligándoles a someterse a su autoridad. La medida no cabe duda de que fue acertada, pues su activa participación en la defensa como vigías, ingenieros, artilleros y comandantes de los pontones artillados que navegaron por el Ebro a principios de 1809, lo confirma. Sirvan estas frases como homenaje a esos marinos, hoy ausentes en este acto, que permanecen vivos en nuestra historia y en nuestro agradecimiento.

A pesar de las medidas adoptadas para la defensa y de los precipitados alistamientos de los paisanos, las previsiones, ante las sucesivas derrotas de Tudela, Mallén, Alagón y Epila, fueron desbordadas por el ímpetu y superioridad de las tropas napoleónicas; ímpetu que, pese a la ausencia de Palafox, fue refrenado por el pueblo zaragozano en las mismas puertas de la ciudad, en lo que se conoce como batalla de las Heras, pírrica victoria de nuestros antecesores que les permitió respirar una moral de triunfo. Era el 15 de junio de 1808.

Asentado el sitio por las tropas napoleónicas, la ciudad conoció continuos bombardeos, explosiones, saqueos, epidemias, escaseces, incendios, torturas, prisiones y toda suerte de penalidades, incluida la catastrófica y, tal vez, intencionada voladura de su polvorín, ubicado en el Coso Bajo, hecho acaecido el 27 de junio, que puede considerarse como el suceso de mayor trascendencia dentro de los ocurridos durante el primer sitio, puesto que ocasionó, además de la pérdida de la pólvora, numerosas bajas, incendios y destrucciones de edificios en el corazón de la ciudad.

Todas estas penalidades de lo que ha dado en llamarse «primer sitio de Zaragoza» cesaron repentinamente en la noche del 13 de agosto con la precipitada huida de las tropas napoleónicas, abandonando armas, municiones, víveres y heridos. Huida motivada por la victoria española de Bailén, obtenida por el célebre general don Javier Castaños.

Las quebrantadas economías familiares, el deseo de huir del posible contagio, la necesidad de efectuar la recolección aun pendiente y la vendimia, motivaron la dispersión de los paisanos, fundamentalmente labradores, acantonados en Zaragoza.

Poco duró la alegría: el 24 de noviembre los franceses hicieron su aparición en Borja y Mallén, presentándose el último día del mes a la vista de Zaragoza. Tras extenderse por la cuenca del Jalón hasta Calatayud y Ateca, ocuparon Grisén y Bárboles, llegando a Utebo el 12 de diciembre. El día 20, el estado mayor se estableció en la Venta del Olivar, a las puertas de Zaragoza. El día 21, 17.659 hombres y 2.897 caballos, con un formidable tren de sitio, se asentaron en Monte Torrero. Comenzaba el segundo sitio de Zaragoza, que finalizaría el día 20 de febrero de 1809 con una honrosa capitulación, de la que hoy conmemoramos el 177 aniversario, y a la que vamos a dedicar una breve y particular atención.



El transcurso del tiempo, la idealización histórica que se ha hecho de la defensa de Zaragoza, la rareza de las publicaciones de época al respecto, la escasa bibliografía monográfica y actual sobre el tema, y la falta de interés a nivel oficial por este punto de nuestra historia ciudadana, han llevado al desconocimiento y a la creencia, generalizada, de que la capital del reino de Aragón no se rindió ante el enemigo francés. Nada más erróneo ni opuesto a la realidad histórica. Zaragoza capituló, es decir, convino su rendición, el día 20 de febrero de 1809, a las cuatro de la tarde, con el mariscal del imperio Lannes, duque de Montebello, representada por una junta presidida por don Pedro María Ric y Monserrat, barón de Valdeolivos, en el cuartel general galo, ubicado en Casablanca, en el edificio hoy subsistente junto a las esclusas del canal Imperial de Aragón, tras la fuente de los Incrédulos.

Ambas partes, la ciudad y el mariscal-duque de Montebello, suscribieron un documento por duplicado, redactado en francés, escrito sobre dos pliegos de papel verjurado, tamaño gran folio o folio atlántico, que incluían, además del preámbulo y de once puntos con las condiciones de la capitulación, las firmas de Lannes y de todos y cada uno de los miembros de la Junta de Defensa de Zaragoza, como luego veremos.

Uno de los documentos originales, por supuesto el que se reservó la parte francesa, se custodia en París, en los Archivos Nacionales. Del que se reservaron nuestros antecesores nada se sabe, ignorándose, si es que existe, la persona o entidad que lo conserva.

Esta capitulación a la que hemos hecho referencia no fue fruto de la improvisación. La Junta de Defensa de Zaragoza, desbordada por los acontecimientos, con grave riesgo de sus vidas, se vio forzada a adoptar una decisión que repugnaba a su ánimo y que contrariaba los dictados y postulados del agonizante Palafox, que enfermo de contagio propugnaba lo que hoy en día denominaríamos solución final, es decir, el holocausto total de la ciudad de Zaragoza, emulando a Numancia y Sagunto. Un sentimiento humanitario se impuso en las deliberaciones, justificado por la insostenible situación de la ciudad y de sus defensores, imposibilitados moral y físicamente de continuar combatiendo en defensa de la religión, del rey y de la Patria sobre las ruinas de Zaragoza.

Además de las circunstancias aludidas, las reiteradas intimidaciones del mariscal Lannes demandando la inmediata rendición incondicional de la plaza, el estado de inconsciencia de Palafox, la imposibilidad de recibir refuerzos y la ignorancia de la situación en que se encontraban los diferentes cuerpos de ejército en operaciones por la península, mediatizaron la decisión de la Junta forzándola a suscribir una tregua o, en su caso, una capitulación honrosa.

Palafox, a quien ya se le había administrado la extremaunción, había sido trasladado en camilla desde el palacio arzobispal, sede de la capitania

general durante los asedios, a los subterráneos de un edificio anexo al antiguo palacio de los Villahermosa, en la calle de Predicadores, en el barrio de San Pablo, puesto que las baterías enemigas emplazadas en la margen izquierda del Ebro, en las proximidades de la actual calle de Jesús, batían el barrio de La Seo, y se temía que la morada de nuestros arzobispos ardiera, como a la sazón lo había hecho su vecino palacio de la Diputación del Reino.

Aseguran sus contemporáneos que, en un momento de lucidez, Palafox, informado de la situación y de las demandas del mariscal francés, respondió: «¡Hasta la última tapia!». Se había definido respecto a la defensa.

Afortunadamente para Zaragoza, la pestilencia o contagio, tifus según los médicos, volvió a hacer crisis en él, pasando a un estado de semiinconsciencia; estado en el que permaneció hasta que fue obligado a trasladarse, en un acto de barbarie y de vesanía, impropio de las leyes de la guerra para con los vencidos, ante la presencia del victorioso mando francés en su campamento de Casablanca, una vez suscrita la capitulación.

El estado de Zaragoza, tal día como hoy, hace 177 años, podría describirse, haciendo uso de la mayor objetividad, de la siguiente manera: Un cierzo huracanado y helador barría las nubes de polvo y humo ocasionadas por incendios, derrumbes y explosiones. La población y sus defensores, carentes de víveres y municiones, a modo de espectros, se mantenían a duras penas sobre los puestos de combate que el mando les había señalado, contagiados por la terrible epidemia, en la esperanza de que una bala perdida pusiera fin a sus sufrimientos. Las calles, obstruidas por barricadas y montones de cadáveres preparados para su incineración, puesto que no había fuerza para enterrarlos, así como por humeantes escombros, eran blanco de granadas, bombas, francotiradores y minas o cargas subterráneas, haciendo su tránsito imposible y reteniendo a los zaragozanos en sus domicilios. Los edificios estaban llenos de moribundos y mutilados, que con sus alaridos de dolor enardecían el justo deseo de venganza de huérfanos y viudas, en la seguridad de una próxima muerte, pues su socorro era imposible. Los cadáveres, civiles y militares, franceses y españoles, piadosamente hacinados en las puertas o sobre las ruinas de las iglesias, eran pasto de ratas y perros hambrientos. La epidemia de tifus, o pestilencia al decir de la época, cuya incidencia aumentaba progresivamente como consecuencia de la carencia de las más elementales normas de higiene, se había cebado en los defensores, contabilizándose un promedio de defunciones cuantificable según datos fiables entre quinientas o seiscientas diarias. El Pilar, la Seo y la Lonja, impregnados de un insoportable hedor, asilaban a cuantos alcanzaban el amparo de sus bóvedas, fueran sanos o enfermos. El dantesco espectáculo se iluminaba con los incendios de los principales edificios, perdiéndose archivos, obras de arte, monumentos, iglesias y conventos; es decir,

todo lo que significaba siglos de historia y de cultura. Para qué seguir, así estaba Zaragoza; por eso capituló. ¿Es justo que lo hayamos olvidado?

El hecho incuestionable fue que la Junta de Defensa, convocada secretamente por temor a los paisanos, aprovechando las sombras de la noche para deliberar, se asesoraba por mediación de los generales de infantería y caballería, señores De la Peña y conde de Casaflores, y por los comandantes generales de artillería e ingenieros, señores Villalva y Zappino, del estado militar de la plaza, recibiendo los más desalentadores informes respecto a la fuerza, pertrechos, armas y municiones aptas para la defensa.

Al mismo tiempo, grupos de paisanos, noticiosos de la convocatoria de la Junta de Defensa a altas horas de la noche, trataban de imponer su oposición a la previsible capitulación manifestándose ruidosamente por las calles de la ciudad.

Un hombre de bien, justo y ponderado, magistrado, regente de la Real Audiencia de Aragón, presidía la Junta. Nos referimos a don Pedro María Ric y Monserrat, barón de Valdeolivos, casado con la célebre condesa viuda de Bureta, doña Consolación de Azlor y Villavicencio. Consciente de su responsabilidad, consideró un deber, antes de someter el asunto a votación, hacer acopio de cuantos datos o «considerandos», empleando un léxico jurídico, fueran necesarios para adoptar un criterio basado en la realidad, en la justicia, y en lo que hoy llamaríamos derechos humanos y, entonces, sencillamente, dictados de humanidad.

Se comisionó al duque de Villahermosa, pariente y edecán de Palafox, también miembro de la Junta, para que acompañado del agustino padre Consolación y del general Saint-March, todos ellos partidarios de la defensa a ultranza, investigaran los documentos reservados que conservaba Palafox junto a su lecho, al objeto de discernir la posibilidad de la llegada de refuerzos o suministros, que el célebre Jordán de Asso, en la Gaceta y «mintiendo más que la Gazeta», había asegurado se hallaban próximos, para levantar la moral de los defensores.

Tras el desconsolador resultado de las pesquisas, puesto el asunto a votación, recayó acuerdo, en principio, opuesto al voto de ocho vocales que se manifestaron favorables a que la lucha continuara a todo trance. Es decir, la mayoría fue favorable a la capitulación o, en el mejor de los casos, la tregua de veinticuatro horas.

Convencida que fue la Junta de que no debía llevarse la temeridad hasta el frenesí y que debían salvarse los tristes restos de unas familias que tanto habían padecido, viendo que, a pesar de los exhortos, no comparecía gente para la defensa y que en todas partes pedían tropas, municiones y trabajadores, presentando los puntos el estado más lastimoso y casi enteramente abandonados, envió nuevo parlamentario al mariscal Lannes, solicitando concediese veinticuatro horas de tregua para proponerle la capitulación.

La contestación no se hizo esperar. El coronel francés Saint-Mars, hacia las dos de la tarde, conminó a la Junta, en nombre del mariscal, para que en el término de dos horas se presentase en Casablanca, pasadas las cuales el duque de Montebello, si no había comparecido, no escucharía demanda alguna y entraría a degüello en Zaragoza.

Parece ser, según los historiadores franceses, que la firmeza de la demanda no sólo se amparaba en su superioridad militar, sino en la circunstancia, desconocida por la Junta, de la agobiante escasez de municiones para la artillería en que se encontraba el jactancioso mariscal.

El plazo transcurría en consultas y cabildeos, en vaguedades e indeterminaciones, y el emisario francés, conocedor de los proyectos de Lannes (había minado los principales edificios del Coso), apremiaba para que se cumpliera el mandato.

Convocada urgentemente la Junta concurren únicamente ocho miembros, que acordaron ordenar de inmediato el cese del fuego, partiendo por la Puerta del Angel, a pie, escoltados por un escuadrón de lanceros franceses, por la ribera del Ebro hacia el castillo de la Aljafería, para desde allí alcanzar el cuartel general francés, sito en las esclusas de Casablanca, y acordar la capitulación con el mariscal del imperio, duque de Montebello. Era el mediodía del 20 de febrero de 1809.

Recibidos de inmediato, Lannes, en presencia de Junot, tras recriminar a la Junta por su intransigente actitud y censurar a los defensores por su temeridad, resaltando la nefasta influencia de los clérigos y frailes en la perseverancia de los sitiados, exigió la inmediata puesta en libertad del destituido capitán general Guillelmi y del conde de Fuentes, embajador del rey de España ante el imperio francés, detenidos desde mayo de 1808 y encarcelados en las más lóbregas mazmorras de la Aljafería, dictándoles en nombre del emperador y del rey José I los términos de la capitulación que deberían suscribir todos los miembros de la Junta, presentes y ausentes, a continuación de su propia firma.

Examinadas las monografías de los Sitios, tanto francesas como españolas, de Belmás, Rogniat, Lejeune, Daudevard de Ferusac, Morlot, Casamayor, Alcaide, etc., así como la «Gaceta» de Zaragoza correspondiente al día 26 de febrero de 1809, resulta que en ninguna de ellas se transcribe textualmente la capitulación de Zaragoza, motivo por el que consideramos de interés, por primera vez, hacer pública la traducción íntegra del texto que convinieron nuestros antecesores con las tropas de Napoleón.

El referido documento reza así:

«La Junta de Zaragoza, compuesta por los miembros cuyos nombres siguen: don Pedro María Ric, presidente; don Juan de Butler; el duque de Villahermosa; el marqués de Fuente Olivar; el barón de Purroy; don Mariano Domínguez; don Joaquín Ignacio Escala; don Miguel Dolz, secretario; don

Mariano Cerezo y don Manuel Forcés, se ha presentado el 20 de febrero a las cuatro del mediodía en el cuartel general de Su Excelencia, monseñor el mariscal duque de Montebello, para ofrecerle la rendición de la ciudad de Zaragoza.

»Monseñor el mariscal ha manifestado siempre su intención y su sentimiento de salvar esta ciudad.

»Ha acordado, en consecuencia, en nombre de Su Majestad el Emperador y Rey Napoleón 1.º, y de Su Majestad Católica el Rey José Napoleón 1.º, un perdón general para todos los habitantes de Zaragoza en las siguientes condiciones:

»Artículo primero: La guarnición de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodía, de la ciudad, por la puerta del Portillo con sus armas, y las depositará a cien pasos de dicha puerta.

»Artículo segundo: Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad a Su Majestad Católica el Rey José Napoleón 1.º.

»Artículo tercero: Todos los oficiales y soldados españoles que hubieran prestado juramento de fidelidad quedarán libres de entrar al servicio para la defensa de Su Majestad Católica.

»Artículo cuarto: Los que de entre ellos no quisieran entrar al servicio, quedarán como prisioneros de guerra en Francia.

»Artículo quinto: Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros que en ella se encuentren serán desarmados por los alcaldes, y las armas depositadas en la puerta del Portillo el 21 al mediodía.

»Artículo sexto: Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de Su Majestad el Emperador y Rey.

»Artículo séptimo: La religión y sus ministros serán respetados. Se colocarán guardias en las puertas de los principales edificios.

»Artículo octavo: Las tropas francesas ocuparán mañana al mediodía todas las puertas de la ciudad, el castillo y el Coso.

»Artículo noveno: Toda la artillería y las municiones de toda especie se entregarán a las tropas de Su Majestad el Emperador y Rey mañana al mediodía.

»Artículo décimo: Todas las cajas militares y civiles se pondrán a disposición de Su Majestad Católica.

»Artículo undécimo: Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad a Su Majestad Católica. La justicia será la misma y se rendirá en nombre de Su Majestad Católica el Rey José Napoleón 1.º.

»Hecho por duplicado en el cuartel general delante de Zaragoza el 20 de febrero de 1809.»

Reintegrada la Junta a Zaragoza y reunidos todos sus miembros, excepción hecha de don Pedro Miguel de Goycoechea, ratificaron lo convenido, además y a continuación de los ya citados componentes de la diputación: Felipe de Saint-Marçq; Alejandro Borgás; Joaquín Gómez; Francisco Barbín; Judas Ezquerro; José de Larrumbide; Santiago Piñuela; Pedro Ruiz; Pedro Atanasio Pardo, arcediano de Zaragoza; Francisco Beruete y Urquía, arcediano de Belchite; Cristóbal López de Ucenda; Nicolás García, cura de San Lorenzo; Vicente de Marcellán; mosén Santiago Sas; Juan Francisco de Ynurrigarro; José Zamoray; Pedro Manuel Garcés, cura de San Gil; Miguel Marraco; Francisco Javier de Garde, cura de Santiago; José Royo, luminero de San Pedro; Gregorio Sánchez; Manuel Yrañeta; Domingo Estrada; fray José de la Consolación; Vicente Alonso; padre Basilio de Santiago (Boggiro); Mariano Castellón, luminero de San Juan; Felipe Sanclemente y Miguel Dolz, quien dio fe como secretario de la Junta.

Al día siguiente, 21 de febrero, acudió la Junta en corporación, de nuevo, al campamento francés para entregar el documento ya ratificado, siendo tratada con desprecio por los vencedores.

Los defensores, por lo que a la población civil respecta, aceptaron con resignación la decisión de la Junta, entregando las armas, en la puerta del Portillo, a los vencedores.

En cambio el juramento de fidelidad a la persona de José I no fue prestado por la mayor parte de los militares, lo que motivó su prisión en Casablanca, en recintos rodeados de tapias, para su posterior traslado a Francia, conducidos por el general Morlot, extenuados y enfermos, quien, en un alarde de inhumanidad, arcabuceó, entre Zaragoza y Alagón, a 255 de aquellos desdichados patriotas.

Nuestros ejércitos, una vez más, acreditaron su valor, defendieron a España y a sus instituciones, y, dotados de un espíritu y de una disciplina ejemplares, enseñaron a las tropas napoleónicas y a sus oficiales lo que era el honor y la lealtad a la Corona.

Razones que no hemos logrado documentar retardaron la publicación en la «Gaceta» de Zaragoza del texto de la capitulación. Tal vez fue la fuga de su redactor Ignacio Jordán de Asso y del Río, a quien su condición de periodista le permitió estar informado de que Lannes había ordenado su caza y captura, resentido con su acerada pluma, que había permitido y propiciado, al amparo de sus continuas y audaces mentiras, mantener a lo largo de los asedios una moral de triunfo en el vecindario y en los defensores, exaltando la figura de Palafox y denigrando, a la sazón, a los hermanos Bonaparte y a sus generales en cuantas ocasiones se le presentaron.

Por fin, el 26 de febrero de 1809, una «Gaceta» extraordinaria, impresa por los herederos de la viuda de Francisco Moreno, daba cuenta escueta en castellano del convenio suscrito, enmendado con pequeñas variantes res-

pecto al original manuscrito y ampliado con una introducción en la que se hacía referencia a la delegación del mando a favor de la Junta de Defensa por parte del moribundo Palafox, con lo cual quedaba subsanada la legitimación de ésta para actuar.

La referida «Gaceta», al igual que la única colección completa de las publicadas en Zaragoza a lo largo de los asedios, se conserva —para satisfacción de nuestros investigadores— en nuestra ciudad, en una biblioteca particular.

De esta colección de prensa, única en el mundo, con ocasión de las solemnidades conmemorativas del primer centenario en el año 1908, un catedrático de nuestra universidad, autor de la única bibliografía publicada referente a los Sitios de Zaragoza, don Carlos Riba y García, afirmó que, tras la capitulación, Napoleón manifestó a Lannes su deseo de leerla y poseerla, petición en la que no pudo complacerle, pese a las —suponemos— exhaustivas gestiones realizadas. Tal era ya la rareza de esta pequeña joya periódica local.

La milicia, representada por sus oficiales, a lo largo de la historia, se ha regido, además de por sus ordenanzas, por una serie de leyes no escritas, propias de caballeros. avaladas por el honor y garantizadas por el prestigio de sus miembros.

El duque napoleónico de Montebello, vencedor, orgulloso de su triunfo, no supo ser militar; fue indigno de pertenecer a los ejércitos porque no fue caballero. Su conducta con Palafox, y con esto acabo, justifica tan tajante afirmación.

Tras la capitulación, el heroico defensor de Zaragoza, Palafox, enfermo e inconsciente, se hallaba instalado en la calle de Predicadores, en los subterráneos del edificio a que hemos hecho referencia, asistido por cinco cartujos. El día 22 de febrero su estado se agravó, la desesperación había aumentado su fiebre; el 24 recibió el viático y al siguiente día la extremaunción. En estas circunstancias el mariscal vencedor recibió una orden de Napoleón en la que se establecía que había de considerarse a nuestro capitán general como prisionero de Estado, no de guerra, lo que conllevaba desarmarlo, pese a su condición de oficial general, con la simbólica privación de su sable. El mariscal tuvo la indigna ocurrencia, impropia de un príncipe de la milicia, de designar para el humillante acto de desarmar a un heroico y vencido compañero a uno de sus propios parientes, que servía en el ejército francés: el duque de Alburquerque. En el transcurso del acto, mientras la soldadesca le ocupaba sus documentos y pertenencias, Palafox, recuperando sus energías momentáneamente, increpó a su pariente y antiguo amigo con las siguientes palabras: «Si vuestros antepasados volvieran al mundo, preferirían hallarse en el lugar del prisionero a encontrarse en el del renegado». El duque de Alburquerque aseguran se retiró desfallecido y avergonzado.

No contento con esta solemne humillación, Lannes consideró necesario que Palafox firmase la capitulación, e incluso que firmase la orden de sometimiento para toda la región aragonesa, puesto que era gobernador general del reino. El acto revistió una inusual actuación protocolaria. El coronel galo Pliqué, encargado de la policía, pistola en mano, le conminó y apremió para que estampase su firma sobre el documento. Singular concepto de las leyes humanitarias y de la dignidad castrense para con un superior moribundo, enemigo y derrotado.

Ambos relatos han llegado hasta nosotros a través de las publicaciones de dos generales franceses, Grandmaison y Morlot, quienes manifestaron su repulsa a la actuación de Lannes, afirmando, el segundo, que la escena fue presenciada por un español, el capitán don José Pasqual Céspedes, fiscal militar, también prisionero, que fue quien le relató los pormenores del humillante e inhumano acto.

Palafox, cuando se recuperó parcialmente de su contagio, en coche de postas, escoltado por un pelotón francés, fue trasladado a Bayona. Privado de sus papeles e incomunicado, mientras su madre y su hermana sufrían prisión en el fuerte de Ham, permaneció en los calabozos de Vincennes hasta el año 1814, negándose Napoleón, reiteradamente, a cualquier actuación que supusiera su canje.

Por último, y para terminar, quisiera agradecerles la atención que me han prestado, no como orador, que no la merezco, pero sí como zaragozano, como descendiente, al igual que muchos de ustedes, señores, de aquel pueblo que en defensa de nuestra religión, de nuestro rey y de la independencia de nuestra Patria, supo exaltar el nombre de Zaragoza, elevándolo a las más altas cotas del heroísmo y del honor.

Muchas gracias.

Zaragoza, 20 de febrero de 1986.





**LA ARTILLERIA Y LOS INGENIEROS  
EN LA POLIORCETICA DEL SEGUNDO SITIO**

**JOSE MARIA MARTINEZ FERRER**

**Premio Universitario**



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.

## PREFACIO

Comparado con la popularidad del primer sitio de Zaragoza, el segundo queda un tanto en la penumbra. Cualquier escolar español ha oído hablar de la puerta del Portillo y de las hazañas que en ella se realizaron y, sin embargo, desconocer totalmente, por ejemplo, la gesta del convento de San Francisco. En ciertos libros se dedican numerosas páginas a glosar la victoriosa defensa de Zaragoza en julio y agosto de 1808, mientras con algún párrafo se pasa por encima del trágico invierno de la ciudad.

Poco se sabe, a nivel popular, de la magnitud que adquirió el asedio durante la segunda tentativa de ocupación; de las ingentes cantidades de material de guerra empleado en esta ocasión; de las numerosas técnicas y tácticas empleadas por defensores y atacantes que convirtieron a Zaragoza en un dramático campo de batalla. El desarrollo alcanzado por la guerra de minas en el casco urbano, sin duda, sorprendería a muchos, así como el conocimiento mínimamente profundo de los métodos de asedio empleados. Tampoco los hombres que, como especialistas, fortificaron o sitiaron la plaza, Sangenis por los españoles y Lacoste por Francia, tienen en el recuerdo popular el lugar que merecen. Por ello, sirviendo al fin con que fue organizado este certamen, me he permitido exponer algunas notas sobre el aspecto militar del cerco.

Mucho, y bueno, hay escrito en este aspecto, y las obras de historiadores de la talla de Arteché y Priego completan las memorias de participantes, como Rogniat, y los trabajos de militares y estudiosos contemporáneos del sitio. Poco queda por añadir en este campo, aunque aún falta un análisis que, trascendiendo del mero relato día a día del asedio, revele las claves militares del segundo sitio de Zaragoza. No pretendo esto, sino tan sólo abrir una pequeña luz para que otros, con más preparación y tiempo, acometan esta digna tarea.

Permítaseme citar, por último, dos opiniones acerca de la real dimensión de este segundo sitio. Una, nada sospechosa de patriotería, y de alcance internacional, es la de Federico Engels, que escribió de la defensa de Zaragoza durante diciembre de 1808 hasta febrero de 1809, que era «clásica en su género y digna de la notoriedad que ha adquirido». La segunda es de un

historiador militar actual, el coronel de Estado Mayor don Juan Priego López, cuya *Guerra de la Independencia*, aún no completa, destaca por su claro y certero análisis: «Algunos historiadores españoles pretenden rebajar el mérito de este "segundo sitio"... al comparar su resultado desgraciado con el victorioso del "primero". Pero no tienen en cuenta la diferencia de circunstancias entre uno y otro asedio. En rigor, propiamente hablando, sólo hubo un verdadero "sitio de Zaragoza", el llamado "segundo"... Durante el denominado "primer sitio", Zaragoza nunca estuvo cercada del todo; pues las fuerzas francesas que entonces la atacaron no eran suficientes para ello y tuvieron que limitarse a un bloqueo imperfecto y, a la postre, ineficaz del Arrabal... Los zaragozanos sobrepusieron en el "segundo sitio" sus hazañas del "primero", pues el mérito de las acciones no debe medirse por el éxito, que es siempre aleatorio, sino por los esfuerzos y sacrificios realizados para lograrlo. De otro modo, ni Sagunto ni Numancia hubieran pasado a la Historia como ejemplos sobresalientes de heroísmo».

## LA PREPARACION DEL SEGUNDO SITIO: LOS DEFENSORES

Tras la retirada de los invasores a consecuencia de sus reveses en Andalucía y Portugal, la intervención personal de Napoleón, al frente de su escogido Grande Armée, volvió a restaurar la superioridad francesa en los campos de batalla. Nuestros ejércitos se vieron derrotados en las acciones de Gamonal y Tudela, y de nuevo Zaragoza vió cernirse sobre sí la sombra de las fuerzas imperiales. Quedaba así dispuesto el escenario para el segundo sitio de Zaragoza.

Una simple ojeada a cualquier mapa de Zaragoza y sus alrededores lleva a cualquier observador a coincidir con el coronel de Estado Mayor don José Díaz de Villegas en que «la situación topográfica de Zaragoza no favorece su defensa, que sería menester desplazar lejos de la ciudad» (*Nueva geografía militar de España*, pág. 351).

Sin fortificaciones modernas concebidas y realizadas según las nuevas técnicas de Vauban, tales como los fuertes de Montjuich y del Condestable, en Gerona; sin un terreno que favoreciera claramente la defensa, como el que ofrece el istmo de la fortaleza de Gaeta, sólo la habilidad e improvisación de un puñado de oficiales de ingenieros y el tesón entusiasta de los zaragozanos forzó a los franceses a reconocer que «el espesor de los muros de Zaragoza debía medirse por el espacio entero que cubría la villa» (Belmas, en *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule de 1807 a 1814*).

Gran parte de la responsabilidad de la preparación de la ciudad para este segundo sitio recayó en lo que hoy reconocemos como el Arma de Ingenieros, que por entonces estaba aún consolidándose.

Nacida bajo los auspicios de Felipe V, que hizo primer ingeniero general a don Jorge Próspero de Verboom, la joven arma de Ingenieros recibió un impulso definitivo a principio del siglo XIX cuando, tras los esfuerzos del capitán general don José de Urrutia, vio la luz la Ordenanza de 1803, que la definía y creaba un marco para su actuación. Un año antes se había creado la primera unidad efectiva del Arma, el Real Regimiento de Zapadores-minadores, de dos batallones, establecido en Alcalá de Henares; y también es de aquel tiempo la inauguración de la Real Academia de Ingenieros Militares, cuyo reglamento se debió al general Samper. Resumiendo, podemos concluir que en 1808 había, por una parte, ciento sesenta y nueve jefes y oficiales de ingenieros en la Península, con destinos en diferentes plazas, dedicados

fundamentalmente a las labores de asesoría y perfeccionamiento de las fortificaciones existentes; y, por otra, el núcleo regimental de Alcalá, con novecientos veintidós hombres (datos del Servicio Histórico Militar).

El estallido de mayo de 1808 sorprendió en Aragón a tan sólo cuatro oficiales del Arma, de los cuales pronto se unieron otros varios por muy diversos caminos. Bien conocida es la historia de cómo el Regimiento de Artillería, para evitar caer en manos de las tropas francesas que lo vigilaban, se evadió hacia Valencia y Murcia (sentando un precedente que habría de repetir otra unidad, en parecidas circunstancias, muchos años después). Las dos compañías que, al mando del sargento mayor don José Verguas, llegaron a la ciudad del Turia, se reforzaron con paisanos levantinos; sobre todo, y por razón de sus habilidades, con canteros, carpinteros y carreteros: se creó el Regimiento de Zapadores-minadores valencianos, adscrito a la división del mariscal de campo don Felipe de Saint-Marcq.

Conducido por don Francisco Xaramillo, el regimiento valenciano asistió a la batalla de Tudela, en la que quedó batido el ejército español de la izquierda. Allí sufrió leves bajas, sirviendo la artillería divisionaria, y se retiró con el resto de nuestras fuerzas hacia Zaragoza, donde la primera y tercera compañías se entregaron a la defensa de la plaza.

Ya en el primer sitio se registra la existencia de esta unidad de ingenieros: los zapadores de Calatayud (llamados en otras obras «zapadores aragoneses»), organizados por el barón de Warsage, oficial de la Guardia Walona, y que se nutrían, entre otras fuentes de voluntarios, con estudiantes. Así lo consigna Eusebio Torner en un artículo del número monográfico que el *Memorial de Ingenieros*, en mayo de 1908, dedicó a la intervención del Arma de Ingenieros en la Guerra de la Independencia; en él se recogen interesantes datos sobre la participación de los zapadores en el segundo sitio de Zaragoza.

También tiene su origen en el primer sitio un denominado «batallón de gastadores», al mando del teniente coronel de Ingenieros don Antonio Sangenis y Torres, de quien hablaremos más adelante con detenimiento.

En conjunto, el número de tropas de Ingenieros presentes en el segundo sitio varía, según estimaciones diversas, de cuatrocientos a ochocientos hombres. El general Arteche, tras consultar obras españolas y extranjeras, estima que el Real Cuerpo de Ingenieros se componía de setecientos hombres, a los que añade otros doscientos sesenta y ocho del Regimiento de Zapadores-minadores de Valencia. A éstos han de añadirse los obreros que trabajaban en el canal de Aragón, incorporados a la defensa, y numerosos vecinos de Zaragoza a los que se recurrió para cubrir las bajas a lo largo del sitio.

Además de estas fuerzas, a los cuatro oficiales de Ingenieros en Aragón se les unieron otros, con lo que al iniciarse el segundo sitio Zaragoza albergaba a diecinueve jefes y oficiales del Arma; una cifra muy considerable, más del 10 % de todos los disponibles en la Península. Sus nombres quedan

consignados en el *Memorial de Ingenieros* de mayo de 1908. Es de notar que, como muestra de esa unión de pueblo y ejército que se hizo tan patente en aquella ocasión, varios de esos oficiales (entre ellos personajes tan destacados en el sitio como el capitán Marcos María de Simonó, defensor de la Puerta de Santa Engracia el 5 de agosto y del reducto del Pilar en el segundo sitio) no eran profesionales, sino que fueron asimilados a causa de sus conocimientos. Un equipo de estos arquitectos y maestros de obras, dirigidos por don Vicente Gombán, levantaron planos de las defensas de la ciudad para el Estado Mayor de Palafox. Prueba de la abnegación y sacrificio de estos hombres fue el elevado número de caídos: siete muertos de un total de diecinueve.

Quedaría incompleta esta relación sin nombrar al alma de los Ingenieros durante este segundo sitio: el recién ascendido a coronel por méritos de guerra don Antonio de Sangenis y Torres, de 43 años. Tras un cuarto de siglo de servicio, primero en Infantería y más tarde en Ingenieros, veterano de las campañas del Rosellón y Cataluña contra la Convención, profesor en las escuelas militares de Zamora y Alcalá, vino a terminar su brillante carrera en Zaragoza. Jefe de Ingenieros de la plaza durante ambos sitios, organizó un batallón de zapadores en el primer sitio y durante el segundo dirigió todas las obras defensivas. El 12 de enero de 1809, mientras examinaba el estado de la batería de Santa Mónica, destrozada por los morteros enemigos, una bala de cañón le arrebató la vida. Su hermano José, teniente coronel de Infantería (ascendió a coronel y general de brigada), se distinguió también en este segundo sitio al mando del «Batallón Ligero de Torrero», de ochocientos hombres.

Otros nombres a destacar son los de los hermanos Tabuena, que junto con Simonó, defendieron hasta el fin el convento de Jerusalén; el coronel Zappino, asesor de Palafox, y el teniente, y luego capitán, Juan Miguel de Quiroga, uno de los «fugados» de Alcalá, que dirigió las cortaduras de Santa Engracia y otras obras en el Portillo y el Coso.

Estos eran los hombres; veamos ahora sus obras. El primer sitio había dejado numerosas cicatrices sobre la ciudad y había revelado no pocas deficiencias en sus defensas; no obstante, para resolver estas últimas surgieron diversos problemas. El teniente coronel de Ingenieros don Manuel Caballero, participante en el sitio y autor de *Defense de Saragosse, ou relation des deux sièges soutenus par cette ville en 1808 et 1809*, habla cáusticamente de las interferencias a que se vio sometida su labor, tanto por civiles como por militares. Algunos miembros de la junta y los comandantes de ciertos puestos, según él, trataron de interferir en un terreno puramente técnico, lo que provocó pérdidas de tiempo y material.

Una primera discusión se entabló entre los partidarios de crear un extenso campo atrincherado que comprendiera a Torrero (sin duda el proyecto más adecuado en el caso de Zaragoza, pero impracticable por falta de tiempo) y otros que desdeñaban cualquier obra fuera del casco urbano. Finalmente



se impuso una solución pragmática, de compromiso, dictada fundamentalmente por la premura de tiempo.

El 24 de noviembre ya se constataba el retraso de las construcciones, con el enemigo a la vista, y aún el día anterior se seguían trazando fortificaciones. Todavía se trabajaba en el convento de la Trinidad cuando el enemigo formalizó el sitio y sólo gracias al celo de los alcaldes de barrio, según el historiador militar don José Gómez de Arteche, muchas obras alcanzaron su término justo a tiempo.

Las fortificaciones más urgentes de construir eran una muralla en la zona del campo del Sepulcro y un reducto avanzado en la casa de Misericordia, pero muchas otras reclamaban la atención de los Ingenieros, a los que preocupaba tanto el escaso tiempo disponible como la carencia de determinados materiales.

En el monte de Torrero se cavaron trincheras y se estableció un reducto de ladrillo para cuatro piezas. Ladrillos y adobe reforzaron las dañadas puertas del Portillo y de Sancho. Todo el frente occidental de la urbe quedó cubierto por un sólido muro terraplenado, tras un profundo y ancho foso. El castillo de la Aljafería vio restauradas sus maltrechas paredes y se le unió a la ciudad por una caponera, un doble camino cubierto.

Al sur y este se procuró sacar el mayor partido del barranco que formaban las orillas del río Huerva. Delante de la puerta de Santa Engracia se construyó, en cabeza de puente, el reducto «del Pilar», artillado con ocho piezas. En idéntica situación, delante del puente de San José, se fortificó el convento de igual nombre, de forma rectangular, con 128 metros de largo y 28 de ancho. Un foso, un camino cubierto con empalizadas, asentamientos para doce piezas y aspilleras en los muros para fusiles figuran entre las labores realizadas.

El antiguo convento de Santa Engracia, medio derruido, se transformó, a juicio de Arteche, en el bastión más imponente de la defensa, dotándosele de piezas de grueso calibre (la batería «de los Mártires»). En el barrio de Tenerías se construyó un fortín para batir la orilla norte del Ebro, así como otros en el arrabal de San Lázaro, en los Tejares, sobre los conventos de Jesús, San Lázaro, Altabás, en el paseo de Macanaz y en los accesos al puente de Piedra, junto a los puentes de la Muela y de América.

Baterías o asentamientos de piezas, con el fin de cubrir todos los accesos a la ciudad, se establecieron cercanos al Molino de Aceite (batería «de Palafox»), en los conventos de Santa Mónica y San Agustín, en el Jardín Botánico (allí se albergaban las piezas de tiro curvo, obuses y morteros en casamatas), en el puente de la Muela, en las esclusas del canal Imperial y en el Cabezo de Buenavista, por sólo citar las principales.

Para mejorar el campo de observación y tiro de la artillería zaragozana se derribaron las casas y torres altas hasta 700 metros del perímetro defensivo, talándose también las alturas de la Bernardona.

Se pusieron barricadas en todas las puertas y en la intersección del canal Imperial con el barranco de la Muerte y, en total, fueron levantados 3.000 metros de parapeto de tierra que, por su sequedad y poca consistencia, se revisó de ladrillo y adobe.

Además, en el interior de la ciudad, en previsión de una súbita irrupción francesa, se levantaron parapetos, de trecho en trecho, en todas las calles que conducían al Coso; se tapiaron puertas y ventanas y se abrieron aspilleras en los muros, abriéndose comunicaciones subterráneas entre inmuebles; asimismo, entre casas contiguas se abrieron oquedades para facilitar el tránsito a cubierto de una a otra... A medida que se lee, ya en Alcaide Ibieca, ya en Belmas, ya en Rogniat, ya en Schepeler, ya en Priego, ya en Arteche, ya en cualquier autor de cuantos describen el estado de las defensas de este segundo sitio, uno queda asombrado ante la magnitud de los trabajos realizados. Los conceptos de movilización y guerra totales, la «defensa en profundidad», encuentran en la Zaragoza de 1808 una materialización absoluta.

Digamos, de paso, que la actividad de los ingenieros continuó a lo largo de todo el sitio, sin resignarse a una labor pasiva una vez comenzado el asedio. En el interior continuaron los trabajos casi hasta el fin de éste, y hubo de atenderse a reconstruir lo dañado por los bombardeos del ejército adversario; y aún se realizaron ciertas operaciones en pequeña escala para entorpecer a los franceses. He aquí dos ejemplos: el 21 de diciembre, día en que cayó la línea exterior de Zaragoza, la división Suchet no pudo llegar a tiempo de copar a los defensores que retrocedían gracias a las inundaciones provocadas por el teniente de Ingenieros don Francisco López, en las acequias y canales del Soto de la Mezquita; el 5 y 6 de enero se comenzaron trincheras frente a los reductos del Pilar y de San José, amenazando los aproches enemigos y obligando al mando francés a ampliar el frente de sus trabajos de aproximación.

Esta fue la labor de los zapadores hispanos (de los minadores hablaremos posteriormente), apoyados en sus tareas por el pueblo zaragozano (por más que éste, según Palafox, en su proclama de mediados de enero, gustaba más del papel de combatiente que del de trabajador); una labor ingente desarrollada contrarreloj, hasta el punto de que numerosos proyectos, como el de la voladura del convento de Jesús, se quedaron en tales. El barón de Rogsiat, que llegó a mandar a los ingenieros del tercer cuerpo francés, habla de obras realizadas con «más trabajo que arte», pero si tenemos en cuenta la penuria de tiempo y material de los defensores, aún así, su opinión queda desmentida, tanto por la tarea que hubieron de realizar los artilleros y zapadores como por la opinión de muchos otros sitiadores reflejada en sus memorias.

En el campo de maniobras de San Gregorio es familiar a todos los cadetes la silueta de una gran loma que domina el terreno circundante: Sanguenis es su nombre y simboliza, en su jefe, el tributo rendido a todos cuantos

contribuyeron a la defensa de Zaragoza desde el trabajo, muchas veces oscuro y a menudo tan peligroso como el combate, siempre duro, en los muros y calles de la ciudad.

Otro puntal decisivo de la defensa de Zaragoza era la Artillería, que Palafox puso bajo las órdenes del mariscal de campo don Luis Villalba en este segundo sitio.

En mayo de 1808 existían cuatro regimientos de campaña y diecisiete compañías fijas en plazas fuertes, englobando doscientos noventa y dos jefes y oficiales, seis mil seiscientos setenta y nueve artilleros y trescientos diecisiete caballos. Al igual que en Ingenieros, la Artillería era un arma técnica, llamada a un gran desarrollo, y los oficiales gozaban de alto prestigio profesional. En la victoria de Bailén cupo a las baterías del ejército de Castaños un papel fundamental en el triunfo, y en el parque de Monteleón, el 2 de mayo, los capitanes Daoíz y Velarde dejaron a gran altura el pabellón de Santa Bárbara.

Al inicio de la guerra tan sólo una compañía de sesenta y siete hombres, una de las más menguadas del Arma, residía en Zaragoza. Tras las vicisitudes del primer sitio y la batalla de Tudela, al encerrarse en la ciudad los restos del ejército español de Aragón, los efectivos artilleros habían aumentado notablemente.

En total, 160 bocas de fuego protegían la ciudad, y varias de ellas procedían del tren de sitio abandonado por Verdier en agosto. Entre otras piezas, destacaban los grandes morteros de 10 y 12 libras, para los que se carecía de munición, por lo que hubo que usarlos como pedreros.

No hay concordancia entre los historiadores al reseñar el contingente de artilleros de la plaza. Unos hablan de ochocientos, mientras otros elevan la cifra en mil más. No hay duda, no obstante, de que se hizo sentir la escasez de oficiales profesionales, y casi desde el principio se tuvo que recurrir al concurso de voluntarios civiles. Por lo tocante a la tropa, ya se ha citado que los destacamentos de ingenieros sirvieron las piezas durante la acción de Tudela, por falta de artilleros.

Un estado de fuerza fechado el 1 de enero de 1809 ponía al mando del mariscal de campo don Luis Villalba un batallón del ejército de Aragón compuesto por setecientos hombres, cuyo jefe era don Juan Consul; una batería a caballo y cinco compañías de granaderos de Marina. Estos marinos, procedentes del arsenal de Cartagena, llegaron con la división valenciana de Saint March. De ellos, una compañía se batió al mando del teniente de Ingenieros de la Armada don Agustín Limiana y el resto engrosó la «Legión de Honor de Artillería de Marina» del capitán de fragata don Diego Guillén Busarán. La reconocida valía de estos hombres les hizo acreedores a puestos de responsabilidad: las baterías del Portillo, del puente de Piedra (teniente de navío don José Primo de Rivera, antepasado directo de otros famosos personajes de la España del siglo xx) y de la puerta de Sancho (capitán de fra-

gata don Tomás Pérez). Su acción aparece recogida por el capitán de navío don Carlos Martínez Valverde en el interesante libro *La Marina en la Guerra de la Independencia*.

A estas exiguas fuerzas hay que unir un destacamento de la artillería volante de Cartagena, en el que sólo veinticuatro hombres sobrevivieron a la capitulación, y otra compañía a caballo de zaragozanos y catalanes, entre quienes hubo quinientos supervivientes.

La maestranza de Artillería, dirigida por el coronel don Salvador de Ortá y más tarde por el coronel don Juan Cónsul, con la colaboración de don José Jiménez de Cisneros y otros ciudadanos que poseían conocimientos de química, trabajó para abastecer de munición a los sitiados. Se hizo acopio de madera, carbón y cáñamo, y, existentes grandes cantidades de salitre, se inició la fabricación de pólvora en un molino con cuatro morteros, según narra Alcaide Ibieca, bajo la supervisión de expertos de la fábrica de Villafeliche. La producción alcanzó cotas de hasta nueve arrobas diarias a fines de enero, doblándose la cifra del comienzo del invierno. Con este esfuerzo pudieron satisfacerse las demandas de los defensores.

La tarea de la artillería durante el sitio se centró en hostigar los trabajos de aproche franceses, tarea difícil por la habilidad de los zapadores adversarios; realizar fuegos de contra-preparación, en lo cual se vio superada por el excelente material enemigo, generalmente bien empleado; y castigar, especialmente, a las tropas y asentamientos del ejército imperial.

Entre los muchos oficiales distinguidos durante el sitio entresacaremos al teniente Francisco Betbese, herido mientras dirigía la batería del Pilar, la más expuesta; al capitán don Joaquín Montenegro, jefe de las baterías de la puerta del Sol y la Universidad, y al capitán don José Ruiz de Alcalá, procedente del ejército valenciano y héroe del asalto al convento de San José el 2 de enero.

## LA PREPARACION DEL SEGUNDO SITIO: LOS ATACANTES

Sitiando al ejército de Palafox se encontraban los cuerpos franceses tercero y quinto. En un principio, el propio mariscal Michel Ney, duque de Elchingen, acudió ante la ciudad con su sexto cuerpo, pero el 30 de noviembre de 1808, órdenes del emperador, le enviaron hacia Calatayud, en persecución del general Castaños; fue relevado por el quinto cuerpo del mariscal Mortier, que se unió así al tercer cuerpo, que desde el 29 de diciembre tenía por jefe al general Junot, duque de Abrantes, sustituto de Moncey.

El papel que asumió Zaragoza dentro de la estrategia napoleónica queda reflejada en una máxima de guerra de Napoleón: «Las plazas fuertes son tan útiles para la guerra ofensiva como para la defensiva. Sin duda que no pueden solas detener un ejército, pero sirven de excelente medio para retartar, estorbar, debilitar e inquietar a un enemigo vencedor».

En efecto, sabedor Palafox, tras el descalabro de Tudela, que sus fuerzas serían irremisiblemente batidas por los franceses en campo abierto, se cerró con unos treinta y dos mil hombres (las divisiones de los brigadieres Butrón, Fiballer, Manso y el mariscal de campo Saint-Marcq, una agrupación del ejército del centro y otras unidades locales; su composición y efectivos se detallan en las obras de Arteché y otros historiadores, tanto galos como hispanos) en Zaragoza, tratando de repetir la hazaña del primer sitio. Sólo que esta vez el cerco fue total en ambas riberas del Ebro, no acudieron los refuerzos necesarios y los franceses no sufrieron durante el cerco ningún desastre como el de Bailén.

Los planes franceses se ajustaron perfectamente a lo escrito por Napoleón: «Sólo hay dos medios de asegurar el sitio de una plaza: el uno, comenzar por batir al ejército enemigo encargado de cubrirla (batalla de Tudela), alejarlo del campo de operaciones (persecución del mariscal Ney hacia el sur de los derrotados) y lanzar sus restos al otro lado de algún obstáculo natural, como son las montañas o un gran río; vencida esta primera dificultad es preciso situar un ejército de observación (en este caso el quinto cuerpo de Mortier)... hasta que los trabajos del sitio se concluyan y la plaza se tome...». El otro método, que no se aplicó en este caso, se refería a la presencia de un ejército que tratara de romper el cerco de la plaza desde el exterior, pero ninguna fuerza hispana socorrió la ciudad.

Así es que, mientras el quinto cuerpo y la caballería de Wathier protegían el desarrollo del cerco a cierta distancia, el tercero se dedicó a tomar la ciudad... Y no andaba corto de medios para ello.

Según el profesor Dunn Pattison, de la Universidad de Oxford, coautor de una celebrada *Historia del Mundo en la Edad Moderna*, «Francia era la única potencia de Europa que prestaba la debida atención al arte de la ingeniería militar». De la monarquía de Luis XVI al imperio napoleónico, el primitivo núcleo de cinco mil trescientos zapadores organizados en regimientos había crecido, tanto en cantidad como en calidad. Los oficiales, procedentes de las escuelas politécnicas y de aplicación de ingenieros, se habían enriquecido con la experiencia de numerosos combates y constituían un grupo de extraordinaria competencia profesional. La tropa era especializada, y los mandos de infantería procuraban también instruir a sus hombres acerca de las fortificaciones de campaña. Dice un tratado francés de la época: «Cinco cosas hay que es preciso que no se separen nunca del soldado: su fusil, sus cartuchos, su mochila, sus víveres para cuatro días a lo menos y sus herramientas de gastador». Pocos ejércitos hacían tanto énfasis en este aspecto, pese a que la esencia del combate napoleónico era la maniobra, el movimiento rápido y audaz en la ofensiva.

El «buen juicio y solidez en su talento» que Napoleón recomendaba a los oficiales del arma de Ingenieros se encontraban perfectamente encarnados en la figura del jefe de Ingenieros del tercer cuerpo, el adversario directo de Sangenis, el general de brigada conde Lacoste, antiguo ayudante de campo de Napoleón y que gozaba además de gran popularidad entre las tropas. Como Sangenis, tampoco sobrevivió para ver la capitulación de la ciudad, a la que tanto había contribuido. También en el asedio de San Juan de Acre habían caído los ingenieros jefes de sitiadores y sitiados, Philippeaux y Caffarelli, y en 1806 murió ante Gaeta el general francés Vallongue, al mando de los zapadores imperiales...

Formaban parte del Estado mayor de Lacoste el jefe de batallón Valazé, su principal asesor; el coronel Roguiart, segundo jefe y sustituto de Lacoste, un gran profesional que, no obstante, carecía del calor humano de éste; nos ha dejado una valiosa *Relation des sièges de Saragosse et de Tortose par les français dans la dernière guerre d'Espagne*; el comandante Breuille, experto en minas, que tuvo ocasión de aplicar su talento en la segunda parte del sitio; y otros treinta y siete oficiales, entre los cuales hubo siete muertos y tres heridos, más de un 40 % de bajas sensibles y muy difíciles de reponer. Este sólido conjunto de mando se apoyaba en tres compañías de minadores (séptima, octava y novena compañías), con diez oficiales, doscientos veintiocho soldados y dieciséis caballos, y tres batallones de zapadores (el primero con la sexta y séptima compañías; el segundo con la primera, tercera y cuarta, y el tercer batallón con la segunda y cuarta bis y sexta bis con veinte oficiales, setecientos cincuenta y nueve hombres y cincuenta y tres caballos. De estas cantidades se concluye que en este tipo de fuerzas tan específicas y vitalmente importantes los franceses poseían una clara superioridad numérica.

Además, a éstos hay que sumar los ingenieros del quinto cuerpo que realizaron sus trabajos contra el Arrabal, al mando del coronel Dode, secundado por su jefe de Estado mayor, el jefe de batallón Barcher-Chaumont, y otros seis oficiales asesores, entre los que hubo un muerto y otro herido. Del ataque en sí se encargaron los tres oficiales, sesenta y dos hombres y siete caballos de la quinta compañía del segundo batallón de zapadores.

Claro exponente numérico del esfuerzo que tuvieron que realizar los ingenieros galos durante el sitio son las 20.000 herramientas, 100.000 sacos terretos y 4.000 cestones que hubieron de reunir en su depósito de Alagón, más otras cantidades disponibles en Tudela y Pamplona, sus bases de abastecimiento lejano. De los ochenta y dos jefes y oficiales franceses de Ingenieros murieron durante el sitio doce, y otros dieciséis resultaron heridos: casi un tercio del total. Otros ciento cincuenta y seis zapadores fueron baja, según cifras de Roignat.

La acción de los ingenieros franceses durante el asedio consistió en la guerra de aproches, cavando trincheras hasta los reductos de Zaragoza para facilitar los asaltos y, en una segunda fase, en el minado de edificios y la lucha casa por casa, para lo que contaban con más de 30.000 kilos de explosivos en los polvorines de Alagón y Tudela. De todo ello hablaremos más tarde en detalle.

«Zaragoza —dijo Napoleón durante el primer sitio— es una cuestión de artillería», y aunque la idea sea un tanto incompleta, nadie duda del carácter decisivo que tuvo la actuación del tren de sitio francés durante el cerco.

Desde las reformas realizadas por Jean Baptiste de Gribeauval, la artillería francesa pasaba por ser la mejor de Europa «tanto por su número como por la excelencia del material y la pericia y valor de los artilleros» (profesor Dunn Pattison). El énfasis dado a la movilidad y a la militarización total de la artillería había provocado grandes progresos en este campo. Los oficiales, que, junto con los de ingenieros, habían pasado por las escuelas politécnicas y de aplicación de su arma, compartían con sus soldados una gran veteranía y competencia. Desde los quince mil hombres que en 1795 se había fijado como contingente artillero el ejército revolucionario, el arma de Artillería tuvo un desarrollo paralelo al éxito de un antiguo segundo teniente corso, hasta convertirse en la «vedette» del ejército imperial.

Integrada en un sistema de apoyo mutuo inter-armas, la artillería, dentro de la táctica napoleónica, tenía tres niveles: la artillería regimental, la más ligera y móvil, con cañones de 4 o 6 libras; la divisionaria, de 8 libras, y la reserva a disposición del cuerpo de ejército, con las pesadas piezas de 12 libras. Los dos primeros escalones acompañaban a sus unidades naturales, situándose en posiciones adelantadas, altas y dominantes. Con sus arzones de 300 proyectiles debía bastarle para dos días de batalla campal, y su empleo en masa daba terribles resultados, como bien a su costa compro-

baron los franceses en Borodino (1812) ante el gran reducto ruso, por no citar la «batería de la guardia imperial» en Wagram (1809), dirigida por Lauriston.

El material que manejaban los artilleros franceses eran piezas fundidas de hierro o bronce, de gran carga y ánima lisa. Desde la estandarización de Gribeauval en 1765 sólo había cuatro piezas de campaña: los cañones de 4 libras (calibre de 84 mm y peso del cañón de 289 kilos), los de 8 (100 mm y 584 kilos), 12 libras (121 mm y 986 kilos) y los obuses de 6 pulgadas (166 mm y 318 kilos).

El cañón de 8 libras y el obús de 6 pulgadas, por nombrar algún ejemplo, tenían trece sirvientes, ocho de los cuales eran especialistas; dos más necesitaba el cañón de 12 libras. Y las pérdidas de la artillería en las continuas guerras se compensaban sobradamente con los 20.000 cañones anuales que el gobierno francés se ufanaba de poder producir en caso de emergencia nacional (Dunn Pattison).

Por esta época se mejoraron las escalas de cálculo de tiro y se sustituyeron las cuñas por tornillos elevadores. Los tipos de munición eran cuatro: la bala sólida, el proyectil explosivo, la metralla y el «shrapnel» o bote de metralla, recientemente ideado por el teniente inglés Henry Shrapnel. En un asedio como el de Zaragoza solía emplearse la bala sólida principalmente.

Pese a la estandarización de la artillería de campaña, un tren de sitio seguía constando de muy variadas armas (lo cual complicaba el abastecimiento de proyectiles), muestra de lo cual es una comparación entre las artillerías defensora y atacante, según Belmas:

— Artillería española

Cañones de 24 libras (5), de 16 (6), de 12 (5), de 6 (4), de 4 (59); pedreros de 4 libras (16); morteros de 12 libras (5), de 9 (4), de 3 (1); obuses de 8 libras (5), de 6 (1).

— Tren de sitio francés (estado de fuerzas del 8 de enero de 1809)

Cañones de 24 libras (10), de 16 (5), de 12 (15, 4 de ellos en el campamento de Alagón; obuses de 8 libras (4), de 6 (4, y otros 4 en Tudela), de 12 (4, más 2 en Alagón); morteros de 12 libras (4, y 2 en Alagón), de 8 (8), de 6 (2, más 4 en Alagón).

Siguiendo también a Belmas, el material almacenado para este tren de batir, cuya superioridad en piezas pesadas era notable, no era menos impresionante:

Granadas de 24: 1.920 (más 428 en Alagón y 1.119 en Tudela).

Granadas de 16: 1.134 (más 1.860 en Alagón).

Granadas de 12: 994 (más de 2.916 en Alagón y 2.723 en Tudela).



Bombas y obuses de 12 libras: 409 (más 140 en Alagón y 612 en Tudela).  
Bombas y obuses de 8 libras: 1.325 (más 1.838 en Alagón y 2.062 en Tudela).  
Bombas y obuses de 6 libras: 732 (más 209 en Alagón y 2.435 en Tudela).

¿Qué conclusiones podemos sacar de todas estas cifras? Que la «canalla», como en cierta ocasión se refirió el mariscal Lannes al pueblo de Zaragoza, en su ciudad con obras «de más trabajo que arte» resultó un hueso muy duro de roer para las huestes napoleónicas y que éstas hubieron de volcar su potencial en recursos materiales y táctica para domeñar aquella «chusma» de héroes y patriotas.

Unas 16.500 balas de cañón y 17.000 bombas explosivas e incendiarias, casi 80.000 kilos de cartuchos, toneladas de pólvora, millones de francos y más de medio centenar de sirvientes caídos junto a sus piezas costó la victoria a la artillería francesa...

A las cifras de bocas de fuego del tren de sitio hemos de añadir las piezas de campaña del tercer y quinto cuerpos, con lo que la potencia de fuego francesa queda elevada aún más. Los hombres que dirigieron los bombardeos fueron (según los apéndices del general Arteché): en el tren de sitio, el general de división Dedon, con su jefe de Estado mayor, el jefe de batallón Roquefort, el coronel Camas, jefe del parque y otros trece oficiales asesores. Bajo su mando directo se encontraban los terceros y sextos regimientos de artillería a pie, cada uno con tres compañías de unos setenta hombres y cuatro oficiales. Poseían además cuarenta y nueve caballos de arrastre. Como órganos auxiliares existían una compañía de pontoneros (dos oficiales y sesenta y nueve soldados) otra de obreros (dos oficiales y veintinueve hombres) y un destacamento del sexto batallón de trenes, con veintitrés soldados y cuarenta y tres caballos. Este era el núcleo de la fuerza artillera sitiadora.

En el tercer cuerpo, el general de brigada Cuin, con su jefe de Estado mayor, el jefe de batallón Raffron, Boulard, responsable del parque y otros once oficiales, tenía el mando de diecinueve oficiales, setecientos sesenta y nueve hombres y trescientos cuarenta y siete caballos, englobados en tres regimientos de artillería a pie y otro a caballo. Como refuerzo, poseía agregadas dos compañías de obreros, dos compañías de piezas pesadas y nada menos que tres compañías de artillería de la guardia imperial, la élite de la élite, con tres oficiales, ciento noventa y seis hombres y trescientos cincuenta y cinco caballos.

El quinto cuerpo, cuya participación en el asedio no fue tan intensa como el tercero, tenía por jefe de artillería al general de brigada Foucher, auxiliado por los coroneles Nourry (jefe del Estado mayor) y Humbert (director del parque) y otros once oficiales, mil seiscientos treinta y dos hombres y mil cuatrocientos setenta y cuatro caballos (cantidad que por sí sola equivalía al número de artilleros de Zaragoza), que se encuadraban en: tres regimientos a pie, otro montado, una compañía de obreros y otra de pontoneros, más tres batallones de artillería pesada.

Además de su labor de proporcionar fuegos, el arma de Artillería francesa también se encargaba de municionar al resto del ejército. La dotación diaria de un infante era de 24 cartuchos, y para satisfacerla se reunieron más de 15.000 cartuchos en un almacén de Alagón y casi 365.000 en Tudela. El consumo de munición fue tan vasto durante el sitio que hubo de recurrirse a nuevas remesas y, aún así, al final del sitio, en el campamento de Alagón apenas quedaban 4.200 disparos de artillería y 20 toneladas de cartuchos. Según estas cifras, obtenidas en los apéndices de la obra de Belmas, si el asedio se hubiera prolongado una quincena más los sitiadores hubieran sufrido una carencia crónica de municiones. Por comparación, digamos que los sitiadores de Gerona, que dispararon unos 100.000 proyectiles, agotaron no sólo sus existencias, sino también las de los parques de Perpignan y otras plazas fronterizas.

Poner en movimiento toda esta gigantesca maquinaria requirió la requisa, desde el 28 de noviembre, de todas las bestias de tiro de Navarra... Se había montado el escenario para una de las más extraordinarias gestas que recuerde la historia moderna.

## LA GUERRA DE LOS APROCHES

Esta modalidad de la poliorcética moderna, iniciada en 1673 por Sebastián de Vauban en el sitio de Maestricht, tuvo extensa aplicación durante el sitio de Zaragoza. El aproche aparece como resultado de la evolución de las fortificaciones y los sistemas defensivos ante la mejora de las armas de fuego.

Según los nuevos esquemas del siglo XVIII, las fortalezas se construían con bastiones angulados, lo que permitía a la artillería defensiva, emplazada en lugares profundamente hundidos, obtener un amplio campo de tiro. La acción de unos cañones se superponía a la de otros para no dejar ángulos muertos ni zonas sin batir. Los recintos se organizaban en cinturones de posiciones en profundidad que disponían de fosos y murallas de escasa altura.

Cualquier aproximación ofensiva tradicional a una de estas fortificaciones exigía un elevado tributo de sangre, por lo que Vauban, que diseñó este tipo de defensas, ideó asimismo una técnica para conquistarlas.

A grandes rasgos, digamos que el ejército sitiador se situaba a prudente distancia del reducto a expugnar y emplazaba sus cañones de largo alcance. Iniciado el bombardeo, tras reconocer los muros y escoger los puntos considerados más débiles, los zapadores construían una primera trinchera paralela a la línea defensiva, la «primera paralela», a unos 600 metros del objetivo. Se adelantaban piezas artilleras a esta línea, y, bajo su protección, se seguía avanzando hacia los puntos elegidos mediante ramales de trincheras en zig-zag (los «ramales» y «corchetes») evitando ser enfilados por los cañones del defensor. Grupos de ingenieros protegidos por gaviones (grandes cestas de mimbre llenas de tierra, visibles en numerosos cuadros de asedios del siglo XVIII) y sacos terreros (empleados para aumentar la profundidad de la trinchera en suelos rocosos) seguían cavando y levantando tierras hasta llegar a unos 300 metros de la fortaleza. Allí se construía una nueva línea de circunvalación, la «segunda paralela», y se habilitaban asentamientos para la artillería de sitio, que se trasladaba allí protegida por las sombras de la noche. Una vez en posición los cañones, obuses y morteros, bajo su fuego se repetía el avance en zig-zag, realizando una «tercera paralela» a unos 50-100 metros del objetivo. Allí se instalaban las baterías de brecha (buen ejemplo de éstas fue la «batería Imperial» empleada en Gerona para el ataque al fuerte de Montjuich: montaba nada menos que 12 piezas de a 24, del calibre más grueso, y 8 de a 16, ocupando 120 metros de frente; su efecto a corta distancia fue demoledor, pese a lo cual fracasaron los asaltos franceses antes de

que los defensores abandonaran lo que del fuerte que aún quedaban en pie) y otras piezas de contrabatería, que lanzaban golpes devastadores sobre sectores muy concretos del objetivo. Abiertas brechas en los muros, destacamentos escogidos, guiados por zapadores de asalto, avanzaban rápidamente y se introducían en el recinto atacado.

Este sistema fue invariablemente empleado por las tropas francesas en todos los asedios que sostuvieron durante las guerras napoleónicas. Unas veces dio resultado y otras fracasó, dependiendo de numerosos incidentes al margen de la propia táctica, que, en sí, reveló ser un procedimiento eficaz. Wellington, en sus campañas peninsulares, prefirió emplear métodos más rápidos y expeditivos, que a cualquier estudioso le parecen, cuando menos a primera vista, «primitivos»: bombardeos de artillería más o menos prolongados seguidos de asaltos masivos de infantería. El tiempo la parecía «más valioso que la sangre» de sus hombres, y así fracasó ante Badajoz en 1811 y, la noche del 6 de abril de 1812, perdió cuatro mil ochocientos ochenta y cinco soldados, entre ellos cinco generales, para tomar la misma plaza a los mil quinientos defensores del experto y hábil general Philippon.

En un análisis final podemos establecer que el procedimiento de aporche era, en efecto, un método de conquistar lento (Zaragoza cayó tras cincuenta y dos días de trinchera abierta; Gerona resistió casi seis meses; un mes duró el asedio a Rosas; por contra, doce días y cuantiosas bajas fue el precio para Wellington por la toma de la tan disputada Ciudad-Rodrigo), que requiere estabilidad de frentes y ausencia de interferencias por parte de refuerzos a los defensores (de evitarlas se encargan tropas denominadas «de observación», apostadas para alejar el posible auxilio a la plaza cercada), la presencia de especialistas en número suficiente y la disponibilidad de numeroso material de artillería e ingenieros, así como de abastos; era, pues, una táctica costosa y lenta, pero de éxito seguro contra las más fuertes posiciones y con la que se ahorraba muchas vidas el atacante.

En Zaragoza, a tenor de la experiencia del primer sitio, parecía el procedimiento más adecuado para expugnar la ciudad, y metódicamente procedió el mando francés según la ya probada «receta» de Vauban.

Mientras Lacoste y su estado mayor observaban la disposición de las defensas, buscando puntos débiles, equipos de ingenieros levantaban gráficos de las defensas, que se unían a los planos proporcionados por el Servicio Cartográfico del ejército francés, uno de los más aventajados, si no el mejor, de Europa, dirigido desde 1804 por el coronel Barcler d'Albe.

El tercer cuerpo se ocupó de la margen derecha del Ebro, mientras el quinto hizo lo mismo con la izquierda. Se construyeron dos baterías para batir el reducto de Buenavista, y el 21 de noviembre, en un asalto clásico de infantería, cayeron los puestos avanzados españoles de Buenavista, el barranco de la Muerte y el monte de Torrero, aunque fracasó un ataque francés contra el Arrabal. El invasor llegaba de nuevo a las puertas de Zaragoza.

No pequeño papel le cupo al Ebro durante el asedio. El día 22 los sitiadores tendieron un puente provisional sobre el río a la altura de Juslibol, para comunicar sus dos cuerpos. El 30 de agosto de 1808, en sus «Notas sobre la situación de España», Napoleón había escrito: «En cuanto al Ebro, es menos que nada; no se le mire más que como un trazo». Así debía ser para los pontoneros franceses, que no tuvieron que vencer las rápidas corrientes del Danubio, la enorme anchura del Vístula o los hielos del Beresina; pero, con todo, para aguantar los casi 1.000 kilos de las piezas de 12 libras se necesitó hacer permanente la instalación, sobre barcas y pontones, protegiéndola con una luneta. Un segundo puente, y un tercero en la noche del 25 al 26 de diciembre, tendieron los franceses sobre el río Huerva, frente al huerto del convento de Santa Engracia, amén de otros pasos tendidos sobre el Canal de Aragón. En audaces incursiones, los ingenieros de Zaragoza volaron un puente sobre el canal y otro sobre el Huerva, pero el daño fue meramente temporal.

Para un mejor apoyo para el ataque contra el Arrabal se ordenó al coronel Dode, jefe de Ingenieros del quinto cuerpo, que el 30 de enero levantase un puente volante sobre el Ebro, aguas arribas de la desembocadura del Gállego. Esta fue la última labor de los pontoneros franceses.

Todos los puentes sobre el Ebro se vigilaban día y noche, pese a lo cual varios mensajeros aragoneses se deslizaron nocturnamente en barca el 6 de enero; un intento similar fracasó el 2 de febrero. Además, dos lanchas cañoneras tripuladas por marineros del arsenal de Cartagena intentaron, sin demasiado éxito, hostigar las posiciones francesas de las orillas el 7 de enero. No hay constancia, empero, de que se intentasen ataques serios contra los puentes franceses del Ebro, lo que sin duda habría preocupado bastante al mando francés.

No obstante, centremos ahora nuestra atención en la guerra de aproche. El 22 y 23 de noviembre los oficiales de Ingenieros franceses completaron sus reconocimientos y sometieron a la aprobación del mariscal Moncey un plan que contemplaba tres ataques: por la derecha, contra la zona del convento de San José, envolviendo éste al avanzar por la orilla del Ebro; por el centro, contra la cabeza de puente española sobre el Huerva, hacia el reducto «del Pilar» y el convento de Santa Engracia; por la izquierda, como maniobra de distracción, un amago de ataque al castillo, aprovechando trincheras del primer sitio que los defensores no habían tenido tiempo de cegar.

Aprobado el plan, el mismo 23 el comandante Haxo inició la construcción de la primera paralela contra San José, a unos 360 metros del foso defensivo de éste (como observamos, las distancias de apertura de trincheras variaban enormemente según la topografía del terreno), en un frente de 1.200 metros y con tres ramales de comunicación.

El capitán Prots realizó la misma operación sobre el camino que unía Torrero con el puente de Santa Engracia, para atacar el reducto del Pilar,

sobre un frente inicial de 140 metros. La distancia que le separaba de su objetivo es motivo de controversia: Priego, siempre exacto y consultando una amplia bibliografía, da la cifra de 540 metros; Arteché, en su ya clásica *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, toma el dato de 320 metros; Federico Engels, aficionado a la historia militar, en un interesante y poco conocido artículo (*Zaragoza y París*, publicado en el diario inglés «Pall Mall Gazette» el 22 de octubre de 1870), sostiene que fueron 350 yardas, apoyando así a Arteché.

Mientras el general Dedon iba reuniendo con forzada lentitud su tren de sitio en los embarcaderos del canal, el apoyo artillero del tercer cuerpo se limitaba a un grupo de obuses de 8 pulgadas en la ladera norte de Torrero, con lo que las piezas zaragozanas, sobre todo los morteros del Jardín Botánico, pudieron causar graves bajas a los franceses que habían ocupado la línea exterior.

Aprovechando las acequias de la orilla, la división Gazan atrincheró sus dos brigadas en el camino de Zuera, para bloquear la plaza y oponerse a la salida de los sitiados, terminando la operación la noche del 24 de noviembre: el cerco de Zaragoza era total. Cinco días más tarde las cortaduras y fosos franceses frente a San José, el reducto «del Pilar» y el castillo de la Aljafería tomaban ya la forma de una primera paralela; y los españoles abrieron abundante fuego, sin causar daños significativos.

Todo el mes de diciembre transcurrió de la misma forma: los sufridos zapadores de Lacoste, resguardados tras sus gaviones y sacos terreros, continuaron excavando y adelantando sus trincheras en zig-zag, mientras la artillería francesa iba haciendo sentir el peso de su superioridad. Esporádicas salidas y continuos bombardeos y tiroteos no detuvieron el progreso de los aproches franceses, que continuaban día y noche, por turnos, protegidos por las neblinas invernales. Los artilleros españoles disparaban proyectiles iluminantes en la noche, mas ni aun así se pudo detener el lento, pero constante, avance enemigo; ni tan siquiera intentando flanquear los trabajos adversarios con otros propios, como probó Sangenis la noche del 5 de enero: los franceses tan sólo prolongaron los suyos. Entonces se hizo evidente para los defensores que el probado método de Vauban, respaldado por la lenta tenacidad de los ingenieros franceses, permitiría a éstos llegar hasta la ciudad.

En la primera semana de enero se instalaron sobre la primera paralela nada menos que 9 baterías, a cada una de las cuales se le asignaba un cometido específico (por ejemplo, la tercera batería había de abrir brecha en el frente meridional de San José): la primera, segunda, tercera y cuarta contra San José, y la quinta, sexta, séptima y octava (seguimos una numeración de fuentes francesas) contra la cabeza de puente del Huerva y el reducto «del Pilar». Era la primera entrega de 48 piezas de las 64 de que se componía el tren del general Dedon.

El 2 de enero se había iniciado la segunda paralela, a unas 100 yardas de los objetivos, y, en el caso del reducto del Pilar, sólo quince pasos medían entre la contraescarpa de la posición y las bases de partida del asalto. Las trincheras francesas desde las que se iba a realizar el ataque, que tuvo lugar la tarde del 11 de enero en el convento de San José y la noche del 15 contra el reducto del Pilar, se profundizaron y ensancharon para poder acoger a los grupos de asalto.

Una vez conquistado San José, Palafox mandó realizar un fuego tan vivo sobre esta posición que los franceses se atrincheraron en la gola y pasaron toda una noche tratando desesperadamente de enlazarse con sus propias trincheras, relevándose cada cuatro horas.

El día 13 de enero, apoyándose en San José, se iniciaron los trabajos de la tercera paralela, que corría por la orilla del Huerva, y se construyeron dos nuevas baterías, la cuarta y la décima, con vistas al asalto de la batería «del Pilar». La undécima, dedicada ya a batir la ciudad, no tardó mucho más en ser instalada.

Caído el reducto del Pilar, los ingenieros franceses rellenaron su foso para comunicarse con su retaguardia y prolongaron el frente de toda su línea de aproches: se preparaba un asalto contra el corazón de Zaragoza. El día 20 de enero los generales Lacoste y Dedon reconocieron el terreno y determinaron los asentamientos adelantados de las nuevas baterías: la de morteros número 4, muy retrasada, al ser adelantada se convirtió en la 12; 8 baterías más se colocaron en línea, bien para abrir brechas, bien para silenciar los cañones españoles, bien para bombardear diversas posiciones.

El 22 de enero llegó al campo francés el mariscal Jean Lannes, duque de Montebello, que contaba 39 años de edad. Era, sin duda uno de los mejores generales de Napoleón y gozaba de su plena confianza; llegaba para hacerse cargo del conjunto de los cuerpos tercero y quinto, y tenía sobrada experiencia en cuestión de sitios. Participó en el asedio de Mantua durante la increíble campaña italiana de 1796, donde por vez primera se reveló la extraordinaria habilidad del entonces general Bonaparte, y acompañó a éste en la expedición a Egipto, donde recibió una gravísima herida durante el cerco de San Juan de Acre, en Siria (abril de 1800). Allí pudo ver cómo unas fortificaciones defendidas por fanáticos turcos y disciplinados infantes de marina británicos, apoyados por los cañones de la flota inglesa, hicieron de rompeolas de los esfuerzos de la infantería francesa que carecía de artillería pesada; pudo ver los efectos de una defensa de posiciones fortificadas en profundidad contra los valerosos infantes asaltantes.

No obstante, en esta primera fase Lannes no alteró los planes de Junot, sino que los confirmó enteramente. El 25 de enero se cavó otra paralela a la orilla izquierda del río Huerva y se hicieron reconocimientos ofensivos hasta el molino de aceite de Goicoechea, mientras se adelantaban piezas de campaña para evitar que los zaragozanos del Arrabal tomaran de enfilada las

obras. Por la noche se terminó de tender los puentes sobre el Huerva bajo la protección de los morteros adelantados de las baterías quinta y doce, que tiraban día y noche, sin descanso, sobre la ciudad. Granaderos escogidos y zapadores cruzaron nocturnamente el Huerva y se situaron en los trampolines para el ataque. Cuando al amanecer del día 26 trece baterías con 50 cañones, obuses y morteros abrieron fuego como preparación al asalto, la guerra de aproche había terminado virtualmente al sur del Ebro y se iba a iniciar un capítulo si cabe aún más dramático y espectacular y trabajoso: la lucha casa por casa y la guerra de minas.

Como epílogo de este apartado, digamos que la noche del 31 de enero (a distancias dentro del radio de acción de la artillería de Zaragoza era prudente realizar el trabajo protegido por la oscuridad) dieron comienzo los trabajos de aproche contra el Arrabal, trazándose la primera paralela a unos 600 metros del convento de Jesús (cifra en la que convienen Priego y Arteché) con un frente de 360 metros. Ya el día anterior el general Dedon había cruzado el Ebro con sus pesadas piezas, y al amanecer del 3 de enero se encontraba emplazada la «batería de brecha» número 23, cuyo objetivo era el citado convento. Los ingenieros del coronel Dode trabajaron con presteza e instalaron nuevas baterías; en apenas ocho días avanzaron 540 metros, lo que dice mucho de su categoría como especialistas. Con el ajustado apoyo de 22 piezas de las baterías veintitrés, veinticuatro y veinticinco, los infantes de la división Gazan sólo tuvieron que recorrer 60 metros hasta alcanzar las numerosas brechas que presentaba el convento de Jesús.

El 11 de febrero siguió el implacable avance contra el Arrabal y la tercera paralela se extendió hasta el Ebro; cinco nuevas baterías apoyaban a los zapadores, pero la partida de una brigada de la división Gazan ante las noticias de refuerzos españoles en Fraga paralizó momentáneamente los progresos. Perfeccionadas las trincheras, se continuó el aproche en zig-zag hasta completar la tercera paralela frente al Arrabal el 16 de febrero. Dos días después 52 piezas abrieron camino a la infantería del quinto cuerpo dentro del barrio zaragozano. El fin estaba próximo.

Los trabajos de zapa franceses fueron en este segundo asedio más extensos que durante el primero. En agosto de 1808 las obras francesas se limitaron a una larga paralela que corría desde el castillo de la Aljafería hasta el convento de los Capuchinos. Entre las puertas del Pino y la del Carmen las trincheras tenían mayor complicación, así como en las márgenes del Huerva hasta dar frente a Campo Real. De allí hacia la izquierda, incluido el Arrabal, no existía ninguna obra.

En este segundo sitio la zona sin cubrir, salvo los pequeños trabajos de decepción frente al castillo de la Aljafería, se extendía desde la puerta de Sancho al Huerva, por todo el occidente de la ciudad. La resistencia de las fortificaciones aragonesas de campaña era menor que las que ofrecía cualquier fortaleza del siglo XVIII ante los proyectiles artilleros, y el terreno, como ya



hemos apuntado, se prestaba a la excavación de trincheras: quince días costó a los zapadores del general Chamberliac, según Segur, avanzar 50 toesas, unos 100 metros, en la rocosa superficie del istmo de Gaeta, completando sus trabajos con sacos terreros para dar más protección al personal; 60 metros al día llegaron a excavar los hombres del quinto cuerpo en el ataque al Arrabal. Los primeros emplearon, durante todo el cerco, 171.000 sacos terreros y 9.000 gaviones, contra más de 70.000 empleados en los aproches de Zaragoza (según Belmas, el día de la rendición sólo les quedaban a los franceses 300 sacos terreros).

Aparte de la artillería, el principal método de los zaragozanos para entorpecer los trabajos franceses era el de las salidas. Inevitablemente, siempre que los vencedores de un asedio escriben sus memorias, reprochan a los derrotados falta de iniciativa y escasas salidas; una de las críticas que suelen dirigir todos los historiadores españoles y extranjeros de los sitios de Zaragoza a Palafox es precisamente aquélla. Tropas no le faltaban, pues incluso en la ciudad llegó a notarse un exceso de población, tolerada por el mando español hasta que fue demasiado tarde y el hambre y las epidemias hicieron su aparición; valor en los soldados, tampoco, ni oportunidades de causar gran quebranto a los sitiadores. Quizá le inclinó a una prudencia excesiva la esperanza de recibir pronto refuerzos, que mantuvo, y no sólo él, sino muchos de sus consejeros y gente del pueblo, hasta casi el final del sitio. En realidad, sin ayuda externa, Zaragoza estaba condenada a caer.

No bastaron los «grandes preparativos» de que habla Priego, que tuvieron lugar en Mequinenza y Tortosa, ni los siete mil voluntarios oscenses del brigadier Perena habrían podido con el quinto cuerpo de Mortier. En 1809, el día de Reyes, la caballería de Wathier disolvió núcleos de voluntarios del país en la carretera de Valencia y, apoyada por infantes, durante la primera quincena de enero limpió la comarca de La Zaida y La Puebla de Híjar. Molestas partidas atacaban las sensibles comunicaciones francesas con Alagón y Tudela, pero no llegaron a explotar sus grandes posibilidades y quedaron en meros agujonazos.

Columnas volantes francesas deshacían los pequeños contingentes de paisanos armados y Mortier acabó con la amenaza del brigadier Perena en Leciñena, el 23 de enero. La última esperanza, los casi quince mil hombres que el marqués de Lazán y su hermano don Francisco Palafox reunían entre Mequinenza y Lérida, aunque llegó a preocupar a Lannes, nunca se materializó. Esta es la breve y triste historia de los socorros a Zaragoza, una historia de vacilación en los altos niveles y de inútil sacrificio del pueblo, sin coordinación ninguna de esfuerzos.

El ejército sitiador, por más que estaba bien organizado y establecido en posiciones adecuadas, ofreció coyunturas favorables para salidas, generales o no, en conjunción con las fuerzas del exterior: a finales del año 1808 el intenso frío había debilitado, tanto física como moralmente, a las tropas del

tercer cuerpo. La forzada inactividad de elevados contingentes de infantería en una guerra de aproches debilitaba su moral, a lo que coadyuvaba su bisoñez (un elevado número de unidades eran de reciente reclutamiento) y la carencia de calzado y capotes, según se quejaba Junot en un informe al mayor general Berthier el 1 de enero de 1809. Con posterioridad, el número de infantes disponibles en todo el cuerpo de sitio llegó a bajar hasta trece mil, lo que resultaba peligroso para el éxito de los franceses. Ya el 22 y 23 de noviembre realizaron los zaragozanos sus primeras salidas, para proteger las últimas talas de olivares y jardines, que se saldaron meramente con un intenso tiroteo. Criticado por su aparente pasividad, Palafox ordenó el 31 de diciembre una salida general para destruir los trabajos enemigos frente al reducto «del Pilar» y el convento de San José. Se consiguió sorprender y desbaratar las avanzadas francesas, pero ante la llegada de refuerzos del adversario los zaragozanos se retiraron ordenadamente: los resultados obtenidos fueron de breve duración.

El 2 de enero se produjeron dos salidas más modestas: una, desde San José, atacó las obras francesas de la primera paralela, mientras varios escuadrones de caballería española, aprovechando un descenso de las aguas en los vados del Gállego, acometieron y tomaron dos piezas de artillería. Se intentó progresar después para restablecer las comunicaciones con Cataluña, pero las tropas de la división Gazan bloquearon el intento. Esto era un momento de crisis para el cuerpo de sitio francés, según apuntamos, y un esfuerzo más sostenido, efectuado por contingentes más numerosos, habían podido obtener sorprendentes resultados. Con todo, Palafox y el estado mayor de la defensa no tenían a su disposición los datos y la visión de conjunto que poseen los historiadores modernos; quizá no quisieron comprometerse esperando un relevo que sólo nosotros, ahora, sabemos que nunca llegaría.

Otras salidas se registraron la noche del 11 de enero, cuando un contraataque español llegó hasta la batería primera, aunque no pudo mantenerse allí. Coincidiendo con la llegada de fuerzas del brigadier Perena a Zuera y Perdiguera se planeó una ruptura de las débiles líneas que el quinto cuerpo mantenía frente al Arrabal de San Lázaro, pero Palafox esperó que Perena se acercara más, y éste que los sitiados salieran a su encuentro. El resultado de estas indecisiones fue fatal y se desaprovechó una magnífica y fugaz ocasión, pues pronto acudieron fuerzas francesas desde Calatayud (21-23 de enero).

Un valeroso intento del capitán don Mariano Galindo y ochenta voluntarios de Aragón fracasó en aquellas fechas ante la batería número 6, objetivo de la incursión (21 de enero).

El 23, con fuerzas insuficientes (según la valoración crítica del coronel Priego, del Servicio Histórico Militar, que se muestra severo juez de las acciones españolas en este punto concreto), lanzó por fin Palafox su salida general; pero en vez de atacar las débiles posiciones del Arrabal asaltó noc-

turnamente las trincheras francesas del convento de San José; la batería número 5 frente a la puerta de Santa Engracia, y la paralela frente al castillo de la Aljafería. De trescientos hombres se componían las tres columnas de ataque, y aparte de clavar dos piezas de 12 libras no obtuvieron ninguna ventaja significativa ni menos aún duradera.

Resumiendo, el balance de las salidas españolas no es demasiado bueno, aunque esto se debe en gran parte a la buena organización francesa, que enlazaba perfectamente a sus centinelas y escuchas con las «reservas de trinchera», fuerzas de infantería que, en estado de alerta, se presentaban casi de inmediato en el lugar amenazado; así como a su iniciativa, que permitía que «jefes de trinchera» como el general Laval enviaran numerosas patrullas de reconocimiento.

Se echa un poco en falta en los defensores esa agresividad y ese oportunismo necesario en este tipo de operaciones. Debieron emplearse más las pequeñas patrullas, sobre todo nocturnamente, para inquietar al enemigo, hostilizarlo y quitarle algo de iniciativa, que de otra forma monopolizaba. Pocas cosas desmoralizan tanto a los soldados como verse tiroteados impunemente por sombras a quienes no se puede localizar.

Es importante, además, no empezar a atacar puntos fuertes, tales como baterías, que a buen seguro tenían fuerte custodia, sino tantear y presionar precisamente en los puntos más débiles, donde el enemigo es menos numeroso o más descuidado. Ocioso es también insistir en que la velocidad debe primar en estas salidas, para no dar tiempo a intervenir a las reservas enemigas.

En este tipo de acciones es fácil adquirir la sorpresa y, de hecho, en Zaragoza se consiguió en casi todas las ocasiones, pero faltó el necesario sostén en las salidas denominadas «generales»: apenas trescientos soldados en cada incursión es muy poco para conseguir nada efectivo y menos aún para afrontar las «reservas de trincheras», que solían ser más numerosas. De todas maneras, aún con un perfecto estudio del terreno y una planificación detallada, estas operaciones, sobre todo las nocturnas, dejan a la iniciativa de cada soldado y al albur un considerable porcentaje de las probabilidades de éxito.

## **EL ASALTO DURANTE LA PRIMERA FASE: CONQUISTA DE LOS PUESTOS EXTERIORES**

Por fin llegamos al asalto, al momento del «choque», según una nomenclatura más actual. Es la ocasión decisiva, donde se produce el contacto de ambas fuerzas, y a facilitarlos conducen las acciones del bombardeo y aproche.

Es a todas luces evidente que la modalidad del asalto depende, entre otros factores, del tipo de objetivo (fortificación permanente o de campaña), del efecto de la preparación artillera, de los efectivos enemigos estimados y de la disponibilidad de las tropas propias.

En Zaragoza, salvo en el castillo de la Aljafería, apenas existían fuertes propiamente dichos, aunque, según hemos visto, la labor dirigida por los ingenieros bajo el mando del coronel Sangenis había hecho mucho por vigorizar las defensas. Los gruesos muros de los conventos y edificios civiles constituían un considerable obstáculo para los asaltantes, y destacamentos de zapadores procuraban volver a poner en estado de eficacia los muros derruidos por los atacantes, aunque cierto es que no siempre con pleno éxito. De todas formas, el no estar Zaragoza fortificada de una manera sistemática, con bastiones y puntos fuertes como, por ejemplo, ocho obras protegían la ciudad de Gerona, facilitó la labor de los franceses.

Durante esta primera fase, la tarea de preparación de los asaltos correspondió en gran medida a la artillería. Ciñéndonos a la preparación inmediata a cada asalto, observaremos que previamente a cada ataque se produjo una concentración de fuego sin la cual nada se logra. En Zaragoza, donde el terreno se prestaba a la realización de trabajos de aproche, era posible disminuir la distancia entre las bases de partida y el objetivo hasta 100 y a veces 50 metros, lo cual permitía acercarse a las posiciones zaragozanas sin sufrir apenas bajas; pero, una vez ante éstas, era esencial la existencia de una brecha practicable que permitiera penetrar en el reducto atacado. Por ello, posteriormente a las preparaciones artilleras, los oficiales de Ingenieros, Lacoste, Roignat y Dode, y los de Artillería, Dedon y Comin, examinaban las destrucciones realizadas y daban su visto bueno para que el ataque se iniciara. Sin brechas, el asalto terminaba en una sangrienta derrota, como sucedió en la plaza de Rosas (13-11-1808) y en la misma Zaragoza, durante el primer sitio (1-8-1808).

Otra responsabilidad de las jefaturas de Artillería e Ingenieros era determinar si, aún con las brechas abiertas, existían otros obstáculos que pudieran

llevar a un callejón sin salida a quienes atacaban. La impaciencia de los mandos de Infantería franceses, que se refleja en la descripción que el conde Felipe de Segur nos ha dejado en sus *Memorias de un ayudante de Napoleón*, del sitio de Gaeta, y la precipitación y descuido en el reconocimiento previo contribuyeron a aumentar la lista de las bajas francesas en el asalto general a Zaragoza el 27 de enero: un muro no previsto, una brecha cegada con sacos terreros, una barricada no advertida conducían a una sangría inútil.

Durante el primer sitio, el 30 de junio de 1808, el general Verdier había pensado que 1.400 bombas y granadas, arrojadas sobre un frente de unos 4 kilómetros serían suficientes para quebrantar a los zaragozanos. Para el asalto general del 4 de agosto había adoptado una actitud más realista y había recurrido nada menos que a 8 baterías avanzadas y 2 de reserva volante, con un total de 53 piezas, así repartidas:

Obuses 6 pulgadas . . . . .	7	Reserva: cañones 4 libras . . . . .	4
Obuses 8 pulgadas . . . . .	6	cañones 8 libras . . . . .	3
Cañones 8 libras . . . . .	13	Reserva: obuses 6 pulgadas . . . . .	3
Cañones 12 libras . . . . .	6		
Cañones 16 libras . . . . .	6		
Morteros 8 pulgadas . . . . .	1		
Morteros 12 pulgadas . . . . .	1		

Los obuses disponían de 250 disparos por pieza; los cañones, de 1.600, y los morteros, de 200, según datos del coronel de Estado Mayor Juan Priego López en su *Guerra de la Independencia*, respaldada por el Servicio Histórico Militar.

Con tales medios no es extraño que el ejército francés penetrase en su ataque por todos los puntos previstos, y si después fracasó ante la reacción del pueblo de Zaragoza, que no podía entrar en los cálculos estrictamente militares del mando atacante, la responsabilidad no corresponde a una preparación defectuosa.

Durante el segundo sitio el asalto al convento de San José y al reduto del Pilar requirió el bombardeo, sobre estos dos objetivos puntuales, de 32 piezas de las baterías 1, 2, 3, 5, 6, 7 y 8. El 10 de enero la duración del martilleo fue de las seis de la mañana hasta el amanecer; al día siguiente, el «tratamiento» se repitió desde el alba a las tres de la tarde. Dos piezas de artillería a caballo, más adelantadas, ametrallaban el camino cubierto que unía el convento con el resto de la línea española, aislándolo. El fuego de contrabatería hispano silenció dos cañones enemigos a costa de tres propios.

El fuego previo al asalto del 27 de enero fue realizado por 13 baterías, con unas 50 bocas de fuego, un promedio de 75 metros de frente por pieza, concentración notable en su tiempo, aunque muy lejana a las cifras demenciales de la Primera Guerra Mundial, donde llegaron a alcanzarse los 4 metros por boca de fuego; 5 baterías bombardeaban la ciudad y el conjunto de

las defensas; otras 4 abrieron brechas y 3 más se dedicaron a batir los emplazamientos de artillería zaragozana.

Desde el amanecer del 26 hasta el ocaso se prolongó el bombardeo, aunque la niebla y el humo dificultaban la corrección del tiro. Durante la noche los morteros pesados continuaron su obra y, a las primeras luces del día 27 de nuevo toda la artillería del cuerpo francés se unió a la preparación del asalto, cesando el fuego sobre las once de la mañana.

La culminación de la concentración de fuego se produjo el día 18 de febrero, cuando 52 piezas batieron el Arrabal, machacando un área menor de un kilómetro cuadrado desde corta distancia y abriendo varias brechas por donde penetró la infantería francesa.

Los resultados, en cada caso, de estas potentes reuniones de bocas de fuego fueron los esperados. Habitualmente los franceses consiguieron, en este segundo sitio, alcanzar la superioridad de fuego, factor esencial para lograr la victoria (cinco meses después, en un escenario bien lejano, en Wagram, una masa artillera de 100 piezas dispuestas sobre 1.400 metros de frente, la famosa «batería de Wagram» hundirá el centro austríaco salvando al propio Napoleón de una situación hartamente comprometida). En obras como *The anatomy of glory*, excelente historia de la guardia napoleónica, se señala que, en batallas campales, los franceses consideraban muy difícil realizar un fuego de contrabatería eficaz, por lo que no solían recurrir a él. No obstante, en este segundo sitio alcanzaron, en este terreno, bastantes éxitos, de los que son exponente el silenciamiento de las baterías «Palafox» (17 de enero) y la destrucción, por la dieciocho batería, de su homóloga acasamatada situada en el Jardín Botánico (26 de enero), entre otros.

Por lo que respecta a sus efectos sobre el personal, no cabe duda de que los proyectiles de metralla y de bala sólida, aunque reducido su efecto por las fortificaciones, debilitaron los efectivos de la defensa.

La artillería de Zaragoza, que perdió 53 piezas antes de la capitulación, se batió con su mejor espíritu en este segundo sitio, sin alcanzar los éxitos del primero, pero afrontando un adversario mucho más prudente e irresistible por su material. Su labor principal ya había sido cumplida cuando se iniciaba un ataque y con muy buen juicio se retiraron las piezas de los reductos cuyo asalto era inminente (así en la cabeza de puente sobre el Huerva y el convento de San José, la noche del 10 de enero). Cuando no se pudo hacer así, una lluvia de metralla recibió a los asaltantes antes de que los cañones enmudecieran.

Mas para que un bombardeo resulte fructífero ha de existir una planificación previa y posterior, y en este punto el mando francés escogió una estrategia simple, pero eficaz. En primer lugar, había que partir del hecho de que los sitiadores no eran suficientemente numerosos como para obtener la superioridad total simultáneamente en todo el frente, ni en piezas ni en hombres.

Ante esto la única solución era atacar en fuerza tan sólo una parte del perímetro defensivo, aprovechando la iniciativa poseída; evitando los asaltos generales; pequeños contingentes se encargarían de vigilar y, eventualmente, hostigar el resto de la línea.

El terreno era llano, despejado, sin puntos dominantes, lo cual dificultaba la corrección del tiro, pero también era suficientemente blando como para cavar profundas trincheras hasta el mismo borde de las defensas. Para asaltar un punto avanzado español primero se cortaban sus comunicaciones (normalmente un camino cubierto, construido con sacos terreros, o una trinchera unida al resto de la línea), luego se volcaba un huracán de fuego y, cuando parecía que sus muros habían cedido, se asaltaba.

El asalto podía ser nocturno o diurno. Ambos contaban con ventajas e inconvenientes. El ataque al reducto del Pilar (15 de enero) fue nocturno, así como la ocupación del molino de aceite de Goicoechea (26 de enero), abandonado por los defensores al ser incendiado por los proyectiles franceses, pero en general los galos preferían el ataque diurno. De noche podía sorprenderse a una guarnición y aniquilarla, como ocurrió en varios baluartes de Gerona, y se evitaba un posible fuego defensivo eficaz; si se recurría a este tipo de asalto con frecuencia aumentada la intranquilidad y el insomnio de los atacados; pero el terreno, en todo caso, había de estar perfectamente reconocido y las brechas localizadas, las tropas tendían a desordenarse, se perdían y, logrando la sorpresa, faltaba un apoyo de fuego ajustado. Aunque cuando lo utilizaron en Zaragoza los franceses tuvieron éxito, no dejaba de ser una táctica arriesgada, como pudieron comprobar, bien a su costa, los sitiadores del fuerte de Montjuich en Gerona, tras perder mil setenta y nueve hombres la noche del 8 de julio de 1809.

Otro elemento de la táctica francesa de asalto fue el amago, simultáneamente con el ataque verdadero, a posiciones secundarias, empleado tanto en Zaragoza como en Gerona o Rosas.

Una vez que la jefatura de Ingenieros consideraba que las brechas habían sido abiertas, los obstáculos removidos y los defensores debilitados, se iniciaba el asalto propiamente dicho. Las bases de partida, según se ha revelado, llegaban a estar a 18 pasos de los defensores, y la distancia normal a cubrir era de 50 a 100 metros. La cadencia de tiro de las armas individuales de la época (el mosquete reglamentario del ejército imperial, el Charleville, modelo 1.777, de 17 mm de calibre, podía realizar, bien manejado, unos tres disparos por minuto) no permitía a los defensores realizar apenas un disparo sobre los asaltantes, que avanzaban a la carrera, con lo que normalmente los franceses llegaban a las posiciones de Zaragoza casi incólumes; el verdadero combate se reñía cuerpo a cuerpo.

Para el asalto se utilizaba la formación de columna, y los efectivos de cada una variaban, según la entidad del objetivo, de apenas ciento cincuenta a dos mil quinientos soldados. Los regimientos de infantería francesa, si

estaban completos, constaban de 3 batallones de 9 compañías (una ligera, una de granaderos o «de preferencia» y 7 de línea); cada compañía comprendía ciento cuarenta hombres. Pues bien, era práctica corriente del ejército imperial constituir las columnas de asalto no con unidades orgánicas, sino a base de compañías de preferencia, en las que se encuadraban los hombres más altos y robustos del regimiento.

Delante de la fuerza de ataque iban destacamentos de ingenieros, zapadores de asalto, con escalas, faginas, petardos y diverso material, encabezados por un oficial del mismo cuerpo (la mortalidad entre los bravos oficiales de ingenieros de ambos bandos fue muy elevada); de su iniciativa y pericia dependía en gran parte el éxito del asalto, y más de una vez, ante un obstáculo imprevisto, hubieron de realizar prodigios de valor y habilidad. Eran hombres especializados, valiosos, cuya pérdida era sentida, pero, con todo, habían de empeñarse los primeros en cada asalto; si éste fallaba, sus bajas eran elevadas (así, ante la fortaleza de Montjuich cayeron la mitad de los ingenieros del séptimo cuerpo francés antes de que la bandera tricolor ondeara sobre las ruinas del castillo gerundense).

El asalto, si tenía éxito y se conquistaba la posición, normalmente no conducía a una explotación posterior, pues los franceses tenían la amarga experiencia del fuego cruzado cuando intentaban profundizar en las defensas, seguida de un furioso contraataque que a menudo les desalojaba de su efímera conquista. Así es que, una vez en el objetivo, la infantería contestaba el fuego que se les hacía desde las posiciones vecinas mientras los ingenieros, a toda prisa, trataban de establecer comunicaciones con la base de partida por medio de sacos terreros, cavando zanjas o cualquier otro procedimiento.

Si todo había resultado según lo planeado, la toma de aquel reducto dejaba en posición expuesta a alguno de los circundantes, que a veces era desalojado por los propios españoles y en otras costaba bien caro a los franceses. Y así, uno a uno, lentos, pero con seguridad, los sitiadores iban expugnando los fortines exteriores de Zaragoza.

Frente a esta estrategia implacable, que en ocasiones se hacía insoportable hasta a los bisoños jóvenes del tercer cuerpo francés, apoyada por una superioridad artillera incontestable, los defensores realizaron un excelente papel. La táctica francesa de que la «artillería conquista el terreno y la infantería ocupa», los dejaba sufrir pacientemente los efectos de un habitualmente preciso bombardeo, y luego se veían asaltados, con una proporción de enemigos, en el mejor de los casos, de uno a cuatro, y a menudo bastantes más. Aunque a veces se produjeron descuidos (un puente mal cortado permitió irrumpir a los invasores en el convento de San José) o abandonos precipitados (el sector entre la torre del Pino y la puerta de Santa Engracia, comprendiendo el convento de las Capuchinas, fue evacuado prematuramente en el ataque del 27 de enero), en conjunto la defensa anduvo pareja en valor y en habilidad. Las alabanzas de Lannes se han hecho famosas; escribía al



emperador: «Jamás he visto encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza... La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas, pero nada basta para intimidar a sus defensores».

Dentro de las posiciones asaltadas, en inferioridad numérica, los defensores combatían cuerpo a cuerpo y causaban a los franceses grave quebranto. Desde los flancos de las posiciones atacadas, otros, como los voluntarios osenses del teniente coronel don Pedro Villacampa, el 27 de enero, desde las terrazas del convento de Santa Mónica, hostigaban sin cesar a los atacantes, impidiéndoles ningún progreso. Hasta tal punto eran dañosos estos ataques que, normalmente, en los asaltos las bajas francesas equilibraban y aún excedían a las españolas, pese al papel destructor de la preparación artillera: en el gran asalto del 27 de enero, el mayor del segundo sitio, cayeron, según cifras de Thiers en su *Historia du Consulat et de l'Empire*, setecientos setenta y nueve franceses, y un número similar de españoles, a juicio del coronel Priego.

Unamos a esto los furiosos contraataques hispanos que exigían la inmediata intervención de las reservas (el general Rostolland, con dos batallones, salvó de una situación harto apurada al primer regimiento del Vístula del coronel Hospisky durante la lucha por el convento de Santa Engracia); la absoluta inexistencia de posiciones dispuestas a rendirse sin ser atacadas; la lentitud forzada de los progresos galos; el fuego concéntrico que impedía un avance continuado, a no ser por una zona canalizada en donde repentinamente el atacante se encontraba acribillado por todos lados desde edificios aspillerados y barricadas, y llegaremos al «en fin, señor, ésta es una guerra que horroriza», de Lannes.

## LA GUERRA DE MINAS Y LA LUCHA CASA POR CASA

Si hay algo que del segundo sitio de Zaragoza cautiva al historiador o al simple curioso es, por su espectacular y trágica dureza, por su desencadenada violencia y sus dolorosos contrastes, la etapa del sitio que comprende los furiosos combates librados en los tejados, en los pisos, en las calles cubiertas de escombros, en las barricadas y parapetos, en los sótanos y, en fin, en el subsuelo de la martirizada ciudad.

Terminada victoriosamente para los franceses la guerra de aproches, en buena lógica, no sólo militar, sino meramente racional, no quedaba sino capitular honrosamente. Abiertas las brechas, con el enemigo en poder de los accesos a la ciudad y con docenas de piezas de grueso calibre apuntando amenazadoramente, escasos de alimentos y hacinados en los barrios interiores, los zaragozanos no podían sino exigir a los generales que rindieran la plaza y éstos, más que satisfecho su honor y el de sus tropas, accederían... ¡Cuán distinto de esto fue todo!

Y con el fin de forzar la capitulación el ejército francés hubo de derrochar más material y habilidad de sus especialistas para, metódicamente, sin prisas ni pausas, domeñar el indómito espíritu de los defensores: recurrió a la guerra de minas.

El problema para el mando francés era el siguiente: cómo tomar, con las menores bajas posibles, un recinto urbano organizado para la defensa en profundidad a cargo de hombres decididos. Recordemos los trabajos defensivos del interior de la ciudad: muros aspillerados, emplazamientos de piezas, barricadas y parapetos, fortificación de edificios, tapizado de ventanas y puertas... Empleando métodos clásicos, la sangría sería enorme, pues la superioridad del soldado francés en campo abierto desaparecería en la lucha casa por casa, donde un puñado de paisanos con armas blancas, que se prestaban magníficamente al combate cuerpo a cuerpo que exigía la situación, podían afrontar a lo más selecto del ejército imperial, según el precedente del madrileño dos de mayo. Por otro lado, al no disponer de posiciones dominantes desde donde realizar y corregir sus fuegos, la superior artillería de los sitiadores asistiría a esta fase del asedio como mera espectadora.

Lannes y su estado mayor, dirigido por los generales Frere y Damolard, a la vista de la carnicería experimentada por los asaltantes de San Juan de Acre (abril de 1800), que tan bien conocía el mariscal, dieron con la solución correcta: la guerra de minas.

Ya dos mil años antes de Cristo se representó en un bajo relieve de la ciudad de Menmonium a varios soldados egipcios realizando operaciones de minado contra las murallas enemigas. Estas artes de asedio dieron un vuelco decisivo cuando en 1493 el sultán turco Amurat empleó por primera vez minas de pólvora contra los baluartes de Belgrado. La guerra de minas alcanzó su época dorada durante el último Renacimiento; entonces, según narra con notable erudición el primer capítulo de *Guerra de minas en España* (1936-1939), del Servicio Histórico Militar, la técnica del minado fue llevada a su culminación por el famoso Pedro Navarro, conde de Oliveto, insigne compañero del Gran Capitán, cuyo triste fin en una mazmorra no llega a empañar sus grandes éxitos: no hubo castillo ni plaza fuerte, desde Cefalonia, en el mar Egeo, hasta los napolitanos castillos del Ovo y Nuevo, que resistieran su técnica. Pasaron los años, y de los trabajos de minado se llegó a los de contraminado durante el sitio de Candía, en Creta (1667-1669), donde por vez primera se produjo una verdadera guerra en las entrañas de la tierra, con zapadores de uno y otro bando excavando y buscándose en la oscuridad de las galerías. En toda fortificación de importancia del siglo XVIII existían pasajes subterráneos de escucha y contraminado, y la propia Melilla fue escenario, en 1774, de uno de estos duelos bajo tierra, que concluyó felizmente para las armas de España.

Otros sitios de la Guerra de la Independencia, aparte de Zaragoza, en los que se registra el empleo de minas son el de Gerona (contra Montjuich y el fuerte del Calvario), en 1809; los de Astorga y Ciudad Rodrigo, en 1810; Tortosa y Badajoz, en 1811; Valencia y el castillo de Burgos, en 1812, y San Sebastián y Monzón, en 1813.

En ninguno de ellos el minado revistió la importancia que adquirió en la capital aragonesa.

Posteriormente, el desarrollo de la guerra de movimientos por Napoleón y la decadencia de las fortificaciones permanente influyó en un declive de la guerra de minas, aunque durante la Primera Guerra Mundial más de sesenta mil zapadores alemanes del frente occidental horadaban la tierra para colocar sus mortíferos explosivos y aún en Stalingrado, durante la feroz lucha callejera los estampidos de las voladuras subterráneas ensordecieron el campo de batalla.

Volviendo a nuestro tema, las órdenes que emanaron de Lannes y que la experiencia no dejó de confirmar como acertadas fueron: «No quiero que se tome una sola casa por asalto: hágasela volar con minas o fogatas». Cuantas veces desoyeron estas órdenes los jefes locales, otras tantas se vieron rechazados con severas pérdidas, y ni tan siquiera siguiéndolas literalmente estaban a resguardo de encontrarse con una furiosa resistencia, como comprobaron los atacantes del convento de San Francisco.

Basándose en los mapas disponibles, la información de prisioneros y, sobre todo, los reconocimientos realizados por oficiales de Ingenieros, el

general Lacoste elaboró un plan de ataque que Lannes aceptó: partiendo de las posiciones alcanzadas en el extremo de la urbe, había de avanzarse hasta la calle del Coso siguiendo tres ejes: por la derecha, a través de las calles del Palomar y Quemada; por el centro, siguiendo la calle de Santa Engracia. Paralelamente se iniciarían las trincheras del ataque al Arrabal. Con posterioridad, ante la denodada resistencia ofrecida por los hombres del coronel Leyva en el sector central, el 9 de febrero los franceses transfirieron su esfuerzo principal a la extrema derecha «con el fin de buscar la protección de las baterías de la orilla izquierda y enlazar sus ataques con el del Arrabal» (Priego).

Veintitrés días duraron los combates en el interior de Zaragoza, y no es fácil encontrar adjetivos para calificar el carácter de la lucha. En las memorias de algunos veteranos polacos, citados por Arteche, se recoge la experiencia de los pequeños ataques callejeros como algo peor que el conocido y tremendo combate librado alrededor del gran reducto ruso en Borodino (1812).

En las obras de Belmas, Lejeune y Rogniat se encuentran minuciosos y apasionantes detalles de las tácticas francesas. Su método era el siguiente:

Ocupada una casa, mientras los fusileros disparaban por las ventanas y puertas tapiadas con colchones, o a través de paredes aspilleradas, un grupo de zapadores y minadores descendían al sótano y abrían un ramal subterráneo hasta otra casa próxima, ocupada por los zaragozanos. Tras horas de improbable y silencioso esfuerzo se colocaba un hornillo de mina bajo el objetivo y se le daba fuego. Tras una violenta explosión, protegidos por el humo, los franceses se precipitaban sobre las ruinas de la casa y allí se atrinchaban, poniendo barricadas. Todo aquel día lo pasaban rechazando continuos contraataques de los defensores y, si tenían fortuna, alcanzaban el crepúsculo aún en posesión de la casa. Aprovechando la oscuridad destacamentos de ingenieros construían un camino cubierto para unir el nuevo puesto a la anterior línea francesa, a base de apilar sacos terreros y placas de lana. Una vez consolidada la posición se volvía a excavar un nuevo túnel de mina, y así sucesivamente... Veintitrés días para avanzar unos centenares de metros...

La extensión de los trabajos subterráneos franceses fue notable, pues el intenso fuego a corta distancia hizo que las calles se cruzaran con galerías subterráneas o, si el terreno impedía excavar, con caponeras o caminos cubiertos.

La vanguardia ofensiva estaba constituida por las tres compañías de minadores, con unos doscientos veintiocho soldados y diez oficiales, dirigidas por el experto mayor Breuille. De sus actividades dependía el ritmo del avance francés, y aunque no solían errar, sus fallos no traían buenas consecuencias para sus camaradas: así, un exceso de carga de pólvora contra unos edificios cercanos al convento de Santa Mónica creó una extensa zona al descubierto batida por numerosos fuegos defensivos que cobraron un alto

tributo en vidas. Fueron voladas manzanas enteras, y el general Banús, en su artículo *El empleo de las minas en los sitios de la Guerra de la Independencia*, publicado en el *Memorial de Ingenieros*, de mayo de 1908, calcula en 9.500 kilos la cantidad de pólvora empleada en esta fase.

Esta guerra de constantes voladuras, con casas que resistían hasta quince asaltos; con días enteros en que las líneas no avanzaban o retrocedían siquiera veinte pasos; con luchas entre los minadores de uno y otro bando que el sable y la pistola resolvían en la penumbra de las galerías subterráneas (Arteche); con escaramuzas en los tejados; con edificios en los cuales un piso, y aún una habitación, pertenecía a un bando y la contigua al otro (los cronistas franceses narran cómo, para tomar un cuarto, los zapapicos de los soldados derrumbaban el tabique y luego, tras un breve tiroteo, se llegaba al cuerpo a cuerpo), exigió un gran sacrificio de todos cuantos participaban en los combates: el cuerpo de sitio francés, compuesto de cinco divisiones, apenas podía reunir los efectivos de dos de ellas, las de Grandjean y Musnier, con un total de nueve mil hombres para ejercer el esfuerzo principal. La débil división Morlot bastante tenía con ocupar sus posiciones de contención a la izquierda de la ciudad, dando frente al castillo, mientras la de Gazan atacaba el Arrabal y la de Suchet vigilaba la aproximación de refuerzos para los sitiados. Así que de los casi cuarenta y seis mil soldados comprometidos en las operaciones de Zaragoza, ya sea por bajas, ya por requerirlos para otras labores, sólo la quinta parte podía usar Lannes para profundizar en su avance. Con las tropas se empleaba el «método de noria» que posteriormente utilizarían Petain en Verdún para no consumir enteramente sus unidades en una terrible guerra de desgaste: había turnos de veinticuatro horas de actividad y otras tantas de descanso para cuatro mil quinientos hombres cada vez. De esta forma, mal que bien, los franceses se sostuvieron hasta el fin del sitio.

Para los españoles no hubo descanso... Un estado de fuerza del 4 de febrero de 1809 revela que en la ciudad sólo quedaban seis mil setenta y tres defensores en pie, con nueve mil ochocientos cuatro heridos. Las cifras eran aún peores en el Arrabal, con dos mil ciento treinta y tres soldados dispuestos y cinco mil ochocientos setenta y cuatro bajas, por no hablar del castillo, donde las bajas (seiscientos sesenta y cuatro) más que duplicaban a las tropas disponibles (doscientos ochenta y nueve). Entre hambre, epidemias y los fuegos del enemigo morían cada día de seiscientos a setecientos personas... A Palafox sólo le quedaban dos mil ochocientos soldados y doscientos sesenta caballos, hacinados con la población en una superficie que se reducía por momentos, el día de la capitulación.

Aún en estas condiciones, el esfuerzo de los artilleros e ingenieros españoles estuvo a la altura de lo que de ellos se esperaba. La artillería tuvo una efímera superioridad sobre el enemigo, pues éste, a excepción del apoyo de las baterías de la orilla norte al avance por el barrio de Tenerías, apenas

podía adelantar sus piezas a brazo por las calles interceptadas con escombros. No obstante, el efecto de los cañones zaragozanos fue pequeño, debido al reducidísimo campo de tiro que ofrece la lucha callejera.

La actividad de los zapadores y minadores de Zaragoza fue, en cambio, extraordinaria durante esta última fase del asedio, y no se limitó a trabajos puramente defensivos. El 31 de enero se abrió una mina contra el convento de Santa Mónica, ocupado por los franceses, pero éstos hicieron estallar una contramina que sepultó los trabajos y desplomó varias viviendas de la calle del Palomar. Dos días después fueron neutralizados los trabajos de los minadores de Rogniat (que sustituyó al general Lacoste al morir éste el 1 de febrero, alcanzado por una bala mientras animaba a sus hombres) por los españoles del convento de Jerusalén, en donde cayeron los oficiales de Ingenieros Marcos María de Simonó y Mariano Tabuena, tan distinguidos en ambos sitios de la ciudad. Finalmente, antes de abandonar sus posiciones de cortaduras y traveses en los claustros de dicho edificio, los defensores las incendiaron para retrasar a los franceses. A varios metros bajo tierra, cerca del convento de San Francisco, tres galerías francesas fueron contraminadas y los minadores hispanos arrojaron granadas contra sus homólogos enemigos...

Sólo en el mes de febrero se registraron los ingresos en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, según datos recogidos por don Fernando Zubiri Vidal, de diez oficiales de Ingenieros y setenta y cuatro de Artillería, más de mil doscientos cuarenta y cinco artilleros y otros ciento veintiséis de las maestranzas de Valencia y Numancia; a los que se unen mil trescientos veinte zapadores aragoneses y ciento sesenta y uno valencianos. Habida cuenta de los efectivos de que disponía Palafox, llegamos a la conclusión de que prácticamente la totalidad de los artilleros e ingenieros participantes en el sitio recibieron heridas, y bastantes de ellos en varias ocasiones. Estadísticamente, los ingenieros y artilleros supusieron el 7,04 % de los ingresos en el hospital, mientras que sus efectivos suponían un porcentaje levemente inferior dentro del total de la defensa.

Belmas afirma, con todo, que la labor de los minadores hispanos fue pobre, aunque el general Banús en su artículo del *Memorial de Ingenieros* contesta razonablemente las críticas del autor francés: la pólvora de que disponían los sitiadores era escasa, de fabricación propia, y sabido es que los hornillos de mina necesitan grandes cantidades de explosivo; además, y sobre todo, en el orden táctico «convenía ser parco en voladuras; en primer lugar, por no destruir los edificios que había dispuestos para la defensa, y de un modo tan eficaz que las grandes dificultades para vencerlos obligaron a recurrir a las minas» (Banús). En efecto, era en la lucha callejera y de edificio a edificio donde los franceses cosechaban las mayores pérdidas, y no había ganancia en volar casas para contener a los asaltantes; para detenerlos se recurría al incendio, que exigía menos recursos y era más prolongado y molesto en su labor de retrasar a los franceses, según recogen los propios autores galos.

Examinaremos ahora, paso a paso, el desarrollo de la batalla en el interior de la ciudad desde el asalto general del 27 de enero a la capitulación del atardecer del 20 de febrero.

Al amanecer del 28 de enero los franceses ocupaban fuertes posiciones en la calle de Pabostre, la plaza de Santa Engracia y el convento de Trinitarios. La batería número 13 había abierto brechas en los conventos de Santa Mónica y San Agustín, pero fracasaron los contraataques contra el convento de Trinitarios, guiados por el barón Warsage y don Santiago Sas. Tres días había tardado en caer en manos enemigas el convento de Santa Engracia, tan brillantemente defendido por el herido teniente coronel don Pedro Villacampa y sus voluntarios de Huesca.

El día 30 comenzaron las voladuras de casas en la calle de Santa Engracia; manzanas enteras de viviendas saltaron por los aires y se abrieron ramales bajo tierra para tomar de revés las barricadas y parapetos zaragozanos. Al propio tiempo se aseguraron las comunicaciones del disputado convento de Trinitarios con la retaguardia francesa.

El 1 de febrero dieron comienzo vigorosos ataques en la extrema derecha del avance francés. Las minas, a falta de artillería, abrieron brecha en el convento de San Agustín, cuyos coros, tribunas y, por último, escaleras y claustros fueron escenario de una salvaje lucha cuerpo a cuerpo en que acabó por triunfar la aplastante superioridad de las fuerzas de Lannes. En la calle de Pabostre una rápida reacción de los zaragozanos permitió rechazar a los franceses y aún arrebatárles algunas casas.

En los días siguientes el convento de Jerusalén fue minado y contraminado y finalmente incendiado por su guarnición en retirada. De nuevo las calles de Pabostre, Santa Engracia, del Palomar y Quemada ocuparon un siniestro primer plano. Por medio de la zapa y la mina casa por casa consiguieron los hombres del tercer cuerpo acercarse al Coso, su objetivo, mientras consolidaban y enlazaban las posiciones recién ganadas. Las explosiones y tiroteos alcanzaron el Hospital de Huérfanos y las calles de San Agustín y del Palomar. Nuevos asaltos llevaron a los franceses a asomarse al Coso el 7 de febrero, en la zona del Hospital de Huérfanos y la plaza de la Magdalena, briosamente defendida por los jirones de la división valenciana de Saint-Marcq. La valerosa defensa de los levantinos, que contraatacaron al día siguiente, obligó al mando francés a atrincherar sus fuerzas en la calle del Medio y a transferir el esfuerzo principal sobre la orilla del Ebro. El último acto del avance por el centro fueron los cuatro días con sus noches que duraron los combates por el convento de San Francisco, que merecen una descripción más detallada. Poco después caían el convento de San Diego y los palacios de Sástago y Fuentes.

Es apasionante seguir el curso de los combates sobre un viejo mapa con el callejero de la Zaragoza de 1808-1809. La dureza de los combates y los lentos progresos en el dédalo de calles zaragozanas llegaron a hacer decir a

Lannes: «¡Qué guerra! ¡Qué hombres!, un sitio en cada calle, una mina bajo cada casa. ¡Verse obligado a matar a tantos valientes!», y Junot, escribiendo a su esposa, se quejaba de que Napoleón les pidiera una fecha concreta para terminar el sitio; según decía, el sitio duraría mientras quedara una casa zaragozana en pie. A menor escala, Zaragoza fue el Stalingrado del siglo XIX: el convento de San Francisco nada tiene que envidiar a la conocida fábrica de tractores Octubre Rojo, a orillas del Volga, que engulló regimientos enteros; ni más dura fue la lucha en la colina Mamaev, el antiguo cementerio tártaro sobre Tsaritsin, que la sostenida por el control de la calle de Santa Engracia.

Las calles de Alcover, Aljaceros y de las Arcadas fueron la base de partida de las unidades polacas en su ataque a la Universidad el 12 de febrero. Dos veces reiteraron su esfuerzo los hombres del regimiento del Vístula, pero ante el escaso efecto de las explosiones y el nutrido fuego defensivo se retiraron con graves pérdidas. Entretanto, 1.600 libras de pólvora acabaron con el palacio del conde de Aranda, y la acera derecha del Coso pasó sólidamente a manos del adversario.

El 18, día en que cayó el Arrabal, otra mina abrió a los franceses camino para ocupar los maltrechos muros de la Universidad, y también en el barrio de Tenerías y las calles de Zurradores y Santa Catalina se produjeron avances de los sitiadores.

Al amanecer del día siguiente voló por los aires la iglesia de la Trinidad y se perdió la puerta del Sol; los soldados del tercer y quinto cuerpos podían ya saludarse desde sus respectivas orillas del río, o lo que es peor, las 64 piezas del tren de sitio, en adelante, podrían bombardear a placer la retaguardia de los defensores desde el Arrabal. El día 20 los zapadores del mayor Valazé daban los últimos toques a sus hornillos de minas bajo el Coso mientras una nueva galería se abría bajo el convento de Santa Catalina. Cuatro mil quinientos franceses y polacos, protegidos por los trabajos de sus ingenieros y contando con el apoyo de sus camaradas del Arrabal, se apresuraban a ultimar a los escasos dos mil ochocientos defensores de Zaragoza, que no serían relevados tras veinticuatro horas de combate ni recibirían más apoyo que el de sí mismos. Había llegado el momento de hablar de la rendición...

Como ejemplo característico de la lucha durante esta fase, con objeto de imbuirnos aún más en los acontecimientos, vamos a examinar el ataque a un punto concreto, el convento de San Francisco, que es quizá el exponente más acabado del tipo de combate antes expuesto.

El convento de San Francisco daba frente a la calle de Santa Engracia a la altura del Hospital General, a pocos metros del Coso. Ocupado por entero el Hospital la jornada del 7 de febrero, desde éste iniciaron los franceses galerías que atravesaban por debajo de la calle de Santa Engracia y terminaban en el convento. La defensa del sector estaba a cargo del bien probado



coronel don Mariano Renovales, que confió San Francisco al regimiento de Valencia de la división de Saint-Marcq.

Los trabajos del enemigo no pasaron desapercibidos y, guiándose por el ruido de los picos y palas, los zapadores españoles consiguieron localizar los ramales de las minas y construyeron a su vez otros de contramina, desde los cuales sorprendieron a los ingenieros de Lannes. Una lluvia de granadas de mano y tiros de pistola dio al traste con la iniciativa francesa, pero los tenaces minadores del cuerpo de sitio reemprendieron otra vez los trabajos y llegaron, esta vez sin ser advertidos, bajo la gran torre de San Francisco; bajo ésta depositaron un «globo de compresión», un hornillo recargado cuya invención se atribuían los franceses y prusianos: 3.000 libras de pólvora en esta ocasión, la mayor cantidad utilizada en una sola mina a lo largo del sitio. Según el barón Lejeune, al que cita Arteche, el proyecto era realizar un amago de ataque y, cuando acudieran las reservas españolas, desplomar sobre ellas la torre y el edificio entero.

Así se hizo, y a las tres de la tarde del 10 de febrero una horrrisona explosión conmovió San Francisco: en ella perecieron centenares de obreros dedicados a recomponer el armamento defectuoso, a los que la imprevisión del mando había dejado muy cerca de la línea de fuego; no pocos paisanos, incluidos mujeres y niños de corta edad, desaparecieron entre el humo y los cascotes, y también se volatilizó materialmente el núcleo de la defensa, toda una compañía del regimiento de Valencia.

Setecientos hombres del 115 regimiento de Infantería de línea, al mando del coronel Pupeyroux esperaron que dejaran de caer escombros y se levantara el humo para atacar las ruinas del convento, en el que reinaba un silencio de muerte. Nadie podía haber sobrevivido. Pero la *historia militar*, que no deja de repetirse, proporcionó al coronel Dupeyroux la misma sorpresa que en 1864 experimentó el ejército de la Unión en Petersburg, en 1916 los asaltantes ingleses al reducto Hanthorn y, más modernamente, el 98 regimiento de zapadores del Vietnamh ante la posición Eliane 2 del célebre campo atrincherado de Dien Bien Phu, la noche del 6 de mayo de 1954: alguien vivía, y lo que es aún más asombroso, disparaba.

En efecto, se ha comprobado con la experiencia que para que un asalto aproveche al máximo los efectos de la voladura de una mina es necesario, vital, que el ataque sea casi simultáneo a la explosión; cualquier demora, por mínima que sea, permite reaccionar a los supervivientes y llegar a los refuerzos. Con todo, hay que descubrirse ante quienes, tras sufrir un percance, de tales proporciones, que sin duda causa enorme quebranto, tienen fortaleza moral para seguir resistiendo.

Así los zaragozanos y valencianos que, dirigidos por el animoso coronel don Honorato Fleires, ocuparon las rasgadas bóvedas del templo y desde allí recibieron con granadas al 115 de línea francés, impidiéndoles tomar la nave de la iglesia y la torre, que milagrosamente resistió las 3.000 libras de pólvora.

Toda aquella tarde y la noche y el día siguiente continuó la lucha, peleándose por cada metro de terreno con todo tipo de armas: hasta los cascotes se emplearon. Finalmente venció el número, que no el valor, pues ambos contendientes andaban parejo en él.

Así fueron reñidas las casi cuatro semanas que ocupa la última fase del sitio de Zaragoza: en lo que tienen de tragedia debemos aprender de los horrores de la guerra, para no olvidar una dimensión que a veces escapa a la mente frívola de los dirigentes de los pueblos, y en lo que tienen de sublime patriotismo, espíritu de sacrificio, abnegación, tesón, fortaleza y heroísmo nos muestran un ejemplo que no será fácil de igualar por las generaciones futuras.

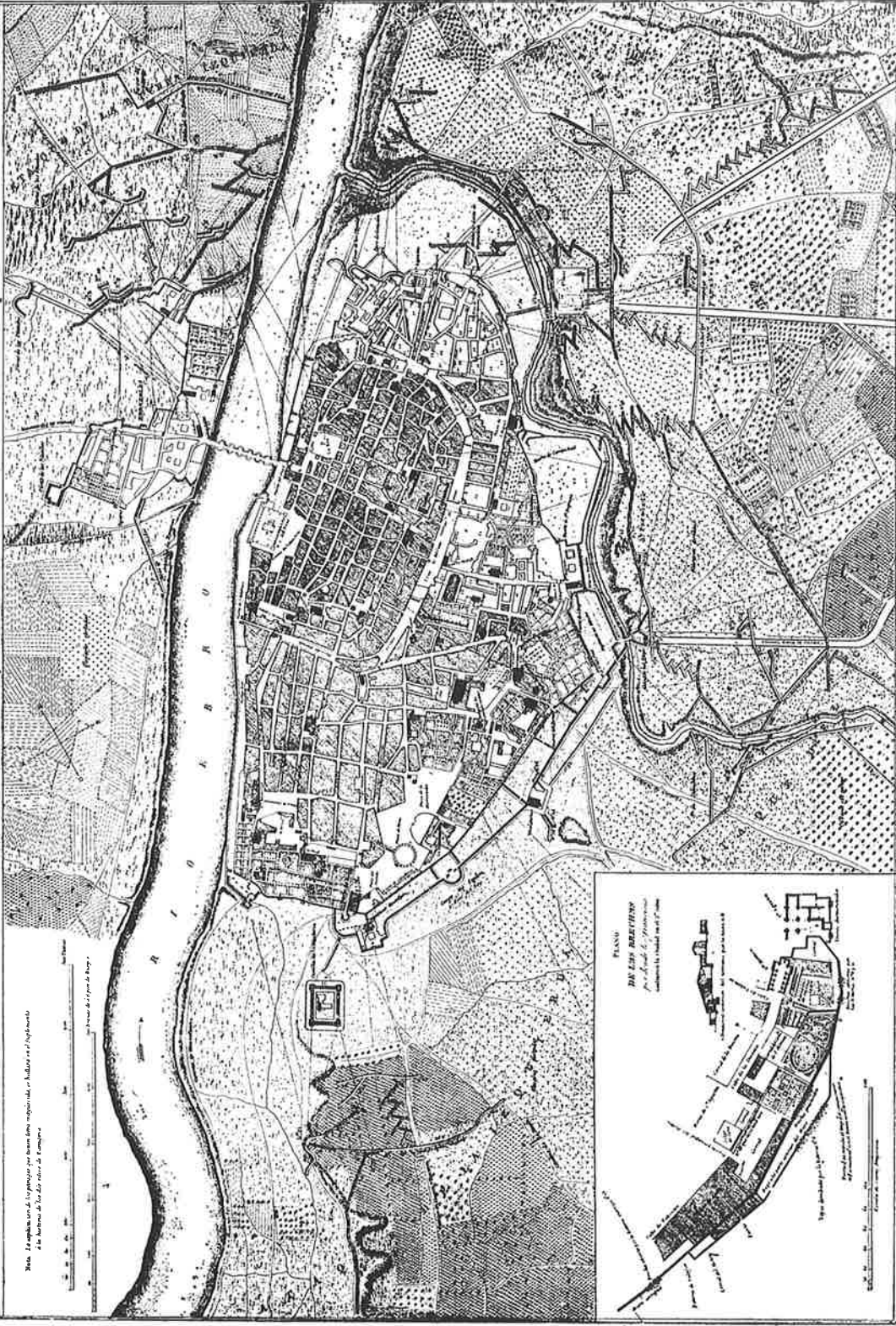
## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Guerra de la Independencia*, volúmenes II y III, Juan PRIEGO LÓPEZ.
- Nueva geografía militar de España, países y mares limítrofes*, José DÍAZ DE VILLEGAS.
- Estudio militar del terreno*, coronel José DÍAZ DE VILLEGAS.
- Relation des sièges de Saragosse et de Tortose par les français dans la dernière guerre d'Espagne*, barón ROGNIAT.
- Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza*, Agustín ALCAIDE IBIECA.
- Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la peninsule de 1807-1814*, J. BELMAS.
- Guerra de la Independencia, historia militar de España de 1808 a 1814*, José GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO.
- Historia del mundo en la Edad Moderna*, capítulos: La guerra general, profesor DUNN PATTISON.
- La guerra de minas en España, 1936-1939*, Servicio Histórico Militar.
- Memorial de Ingenieros*, de mayo de 1908, con una sección monográfica sobre la Guerra de la Independencia.
- Historia militar de España*, Ricardo DE LA CIERVA.
- Máximas de guerra*, Napoleón BONAPARTE (con comentarios del mariscal Poch).
- El juego de la guerra*, Peter YOUNG.
- Máquinas de guerra*, Peter YOUNG.
- Estudios de la Guerra de la Independencia*, Institución Fernando el Católico.
- Revista de Historia Militar*.
- Memorias de un ayudante de Napoleón*, conde Felipe DE SEGUR.
- La Marina en la Guerra de la Independencia*, Carlos MARTÍNEZ VALVERDE.
- La dirección de la guerra*, J. F. C. FULLER.
- Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, conde de TORENO.
- Temas militares*, recopilación de artículos de Federico ENGELS.

**URBANISMO, FORTIFICACIONES Y PERSONAJES  
DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA**

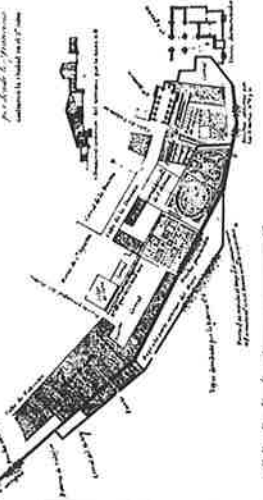
**JUAN PUERTO FUERTES**  
(Premio a estudiantes de BUP y COU)

**PLANO TOPOGRAFICO DE LA CIUDAD DE ZARAGOZA, DE SUS ARRABALES Y CERCANIAS,  
Y DE LAS OBRAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS EJECUTADAS EN LOS DÓS SITIOS QUE EN 1808 Y 1809 LA PUSIERON EN LAS TROPES DE NAPOLEON.**



Nota. La superficie de la población por su extensión superficial, o urbana, es el siguiente:  
de la forma de los dos sitios de Zaragoza.

PLANO  
DE LAS OBRAS  
DEFENSIVAS  
Y OFENSIVAS  
EJECUTADAS EN  
LOS DÓS SITIOS  
QUE EN 1808 Y 1809  
LA PUSIERON EN LAS  
TROPES DE NAPOLEON.



## INTRODUCCION

Desde que terminó esta gesta heroica de Zaragoza se han escrito multitud de lecturas donde se ponían de manifiesto la grandeza de Zaragoza, comparándola con Numancia. Fue una lucha a muerte en la que el valor y tesón zaragozanos se antepuso a la razón. Se combatió con todos los medios posibles, hasta hacerse la situación insostenible. Aquel día, el 20 de febrero de 1809, muchos heridos murieron de tristeza al enterarse de la capitulación.

En general se puede afirmar que la defensa de la ciudad supuso un ambicioso plan de edificación, que respetó, por imperativos de la economía y el escaso tiempo disponible, la fisonomía urbanística de Zaragoza.

Si los efectos de los asedios resultaron devastadores para el casco antiguo, se debe tanto a la pertinaz artillería francesa como a los deleznable materiales de construcción: adobe, ladrillo, yeso, cajones terreros, etc.

## PRESENTACION DE ZARAGOZA

Durante los sitios la ciudad tenía un aspecto ovalado, sin tener en cuenta el Altabás, al otro lado del Ebro. Su límite Norte se encontraba en el banco del Rabal; el extremo Oeste en los meandros del Huerva. En el Sur, una línea no muy definida entremezclaba los huertos con las construcciones. A pesar de lo cual, los puntos más al Sur eran las puertas del Carmen y Santa Engracia.

Una gran muralla se extendía desde el Coso hasta el Ebro, defendiendo el casco viejo. En esta muralla se abrían seis puertas que comunicaban con el resto de la ciudad: la puerta del Angel, que ponía en comunicación la calle de San Gil con el puente de Piedra; la puerta Cineja unía el otro extremo de la calle San Gil con la calle de Santa Engracia; la puerta que se hallaba al norte de la plaza del Mercado era la de Toledo. La puerta de Valencia se abría en el extremo oeste de la calle Mayor y llegaba hasta San Agustín. En la confluencia del ahora llamado paseo de Echegaray y Caballero con la calle del Mercado aparecía la puerta de San Idefonso. La última puerta existente en la muralla romana era comúnmente llamada «la Portaza», situada en el barrio de las Tenerías.

Una tapia de adobe rodeaba la ciudad y acaparó algunos huertos, jardines y descampados. Esta tapia era de poca consistencia y de escasa altura. Comenzaba en la puerta de San Ildefonso y se extendía a la Portaza. Al este de la muralla se encontraban las puertas de Sancho y del Portillo; al norte las de Santa Engracia y del Carmen; al noroeste, Puerta Quemada se abría para dar al Huerva y un pequeño puente sobre este río. (Murallas y puertas son observables en el plano de 1769, según Carlos Casanova.)

La estructura urbana de Zaragoza era, en general, irregular y caprichosa. Sus calles no eran rectas, sino angostas y de anómala dirección; el conjunto de las calles zaragozanas tejía una anárquica red difícilmente practicable. Algunas calles han llegado hasta nuestros días, a otras les trastocaron el nombre y la mayoría han desaparecido para dejar espacio a vías y avenidas más acordes con los tiempos.

Durante toda la Edad Media existieron dos barrios muy importantes y que con los Reyes Católicos desaparecieron; estos barrios eran la Judería y la Morería. Pero aún persistieron hasta el siglo XIX sus estructuras y calles.

La Morería se encontraba en torno a la calle del Azoque. Sus callejuelas eran un laberinto. Según los musulmanes las vías rectas hacían perder la intimidad de los rincones y callejones sin salida. El sentir oriental tendía al uso particular de los vecinos de la calleja, mientras que los cristianos prohibían por medio de las ordenaciones pertinentes el cierre de los callejones con puertas o rejas.

A principios de 1808, doce barrios o parroquias diferenciados se reparten la población urbana. Estas divisiones nacen según una iglesia y sus alrededores; el antiguo recinto romano se encontraba con multitud de fraccionamientos, mientras que el barrio de San Pablo ocupaba aproximadamente la mitad de la ciudad. Estos barrios se ordenan de mayor a menor importancia, como sigue:

1. Barrio de San Pablo.
2. Barrio del Pilar.
3. Barrio de la Magdalena.
4. Barrio de San Miguel.
5. Barrio de San Gil.
6. Barrio de San Felipe.
7. Barrio de la Seo.
8. Barrio de Altabás (Rabal).
9. Barrio de San Lorenzo.
10. Barrio de San Nicolás.
11. Barrio de Santa Engracia.
12. Barrios de Santa Cruz, Santiago, San Andrés, San Pedro y de San Juan el Viejo.

## LOS TRABAJOS DEFENSIVOS BARRIO A BARRIO

### 1. Parroquia de San Pablo

La parroquia de San Pablo se extiende por el norte hasta el Ebro, entre las puertas de Sancho y de San Ildefonso; por el oeste el perímetro estaba constituido por la calle Imperial, plaza del Mercado y las calles de la Albanerías, Azoque y Carmen, llegando a las cercanías del convento de Santa Engracia. Desde allí sigue el muro tapiado hacia el este buscando la ribera del Ebro hacia el exterior. Hacia afuera y alejándose del Ebro se extienden terrenos no construidos que son propiedad de órdenes religiosas.

Entre las puertas del Portillo y del Carmen se encontraban junto al muro: el convento de Agustinos Descalzos, un cuartel de Caballería, el edificio de la Misericordia y el convento de Trinitarios. Todos estos edificios contaban con una serie de jardines y huertos que hacían descender notablemente la densidad de volúmenes en la zona.

En el interior se halla la plaza de la Misericordia y junto a ella la Plaza de Toros. En la calle Predicadores, justo enfrente de la calle del Sacramento, se alzaba la casa donde Palafox se trasladó en los últimos días del segundo asedio, desde el palacio arzobispal.

Al norte del convento de Trinitarios se encontraba el Hospital de Convalecientes; este edificio, de planta simétrica, tenía un patio interior y jardines en la parte trasera. Semejaba a una herradura cuadrada.

La iglesia de San Pedro se situaba entre las calles de San Blas y San Pedro. Un poco alejado del centro del sector, hacia el norte. Además de esta iglesia, coexisten otros edificios de carácter religioso, como los conventos del Carmen, de San Ildefonso, de Nuestra Señora de la Victoria y de los Predicadores de Santo Domingo. Los conventos de religiosas eran los de la Encarnación, Descalzas de San José o Fecetas, Santa Luna y Santa Inés.

El primer cerco y asedio trastocó en diversos modos la estructura del barrio paulino. Delante de la puerta del Portillo se construyó un reduto con foso y parapeto. Estas alteraciones se observan en el «Plano topográfico de la ciudad de Zaragoza, de sus arrabales y cercanías y de las obras ofensivas y defensivas en los dos sitios que en 1808 y 1809 la pusieron las tropas de Napoleón».

En la puerta del Carmen se formó una batería para cuatro piezas y que por necesidades de la guerra la aumentaron a nueve piezas. En la Aljafería (también perteneciente al barrio de San Pablo) se apuntalaron los pisos de las dos torres correspondientes al oeste y se construyó una batería para dos piezas. En la puerta de Sancho se prepararon piezas apuntalando calles interiores. También delante del Hospital de Convalecientes se apostaron parapetos y baterías, al igual que en la calle del Carmen y delante del convento de las Fecetas.



Durante el segundo sitio, más penoso y decisivo, se construyó en la puerta de Sancho una batería, para proteger la ribera izquierda del Ebro. Desde las tapias de la huerta del convento de las Fecetas hasta el convento de Agustinos Descalzos se levantó una muralla, que se amplió hasta el convento de Trinitarios. Toda la tapia desde la puerta del Portillo hasta la Torre del Pino fue arpillerada. En todo el tramo tapial desde la puerta de San Ildefonso hasta la puerta de Sancho se abrió y robusteció el pretil. Tres parapetos y otras tantas cortaduras defendían las inmediaciones de la puerta de Sancho.

En la parte interior de la puerta del Portillo se cerraron las calles perpendiculares y las de la izquierda. En el recodo que hacía el convento de la Encarnación y en el ángulo de la iglesia del convento del Carmen Calzado se levantaron sendos parapetos.

## **2. Barrio del Pilar**

El barrio del Pilar está formado por el cuadrante noroeste de la antigua ciudad romana. Su delimitación es sencilla: el Ebro, la vía Imperial y las calles Mayor y San Gil. El elemento más destacado del barrio es el Pilar. Este templo no era como el actual; su planta era rectangular y con ocho bóvedas. Sólo tenía cuatro torres, repartidas en cada uno de los vértices.

Aparte del Pilar se encontraba su plaza, que hasta la primera mitad del siglo XVIII era un cementerio público. Había numerosos mesones que acogían a los viajeros que llegaban a Zaragoza para resolver cuestiones de negocios. En este sentido, en la calle y plaza del Pilar se concentraban los mercaderes, negociantes y comerciantes. La nobleza se encuentra en las plazas del Justicia y del Pilar; también, aunque en menos cantidad, en las calles Contamina y del Pilar.

Artísticamente es un barrio notable por la aparición de tres arcos: el de los Cartujos, en la calle del Horno de la Yedra; el de la Raga, en la calle de Santo Domingo, y el Arco de la Sombrerería, que introducía esta calle en la plaza de la Fontena. Los edificios religiosos también constituían un aporte notable al desarrollo del arte en todas sus plasmaciones. Además del Pilar, coexistían otros edificios religiosos, como el Temple, San Juan de los Panetes y San Cayetano. Existió otro convento, el de San Antón, pero fue derribado en 1799.

## **3. Barrio de la Magdalena**

El barrio de la Magdalena se encuentra en el extremo oriental de Zaragoza. Su perímetro es algo ambiguo, ya que ocupa parte del barrio de las Tenerías. Pero se puede definir como el espacio interior formado por las calles de: Puerta Quemada, un tramo del Coso, plaza de la Compañía de Jesús; de allí cruza el Coso en dirección norte para ocupar parte de la antigua

Judería. Atraviesa perpendicularmente la calle Mayor hasta llegar a la Trinidad, llega a la puerta del Sol y continúa por el muro trazando un amplio arco hasta la Puerta Quemada. Sus calles adoptan una disposición radial cuyo centro es la plaza de la Magdalena.

En este centro se cortan los ejes formados por las calles Puerta Quemada-Portaza y Palomar-Mayor. Al este del eje Puerta Quemada-Portaza se encontraba una zona seminal donde abundaban los graneros, corrales y almacenes. Este área se delimitaba por las calles Pabostre, Puerta Quemada y del Palomar, y antiguamente se llamaba las Eras de San Agustín. Esto se puede observar en el plano de 1769, en el cual aparecen como sin edificar; en el plano de 1808 se consideraban ya como urbanizadas.

Los edificios más destacables de esta parroquia son la Universidad, situada entre la plaza de la Magdalena y la calle Trinidad. En la plaza de la Magdalena hallábase el Hospital de Huérfanos de ambos sexos, donde se les enseñaban las letras y algunos trabajos. Alrededor de la calle Trinidad subsistían colegios, como los del Torrejón, San Vicente, la Trinidad, etc. Artísticamente, en este barrio destacaban dos arcos: el primero contactaba las calles de San Cristóbal y Mayor y el segundo aún perdura en la calle del Organo. Es un arco construido en 1728 para descargar el peso del órgano de la iglesia de Santa Magdalena.

En la parte superior de la huerta del convento de las Mónicas inmediato a la porción del muro antiguo de la misma se formó una batería, cuyos fuegos enfilaban la restante porción de la huerta y salida a ella por el corral contiguo al molino de aceite de la ciudad. Delante de la porción de edificio inmediato a la iglesia, y casi paralelo a las citadas brechas, se formó un parapeto de cajones para continuar defendiendo aquella línea. En el solar contiguo al referido corral, y al que se entraba por las Eras de San Agustín, se levantó otra batería, de la que no llegó a hacerse uso por haber ocupado los franceses el molino de aceite. En la de la Puerta Quemada, en la plaza de la Magdalena, junto a la calle de San Lorenzo, se formaron baterías con algunas piezas.

#### **4. El barrio de San Miguel**

El barrio de San Miguel se situaba en el sureste zaragozano; ocupaba un sector bien delimitado: desde la Puerta Quemada hasta el Jardín Botánico siguiendo el muro defensivo. De allí llega hasta la parte trasera del convento de Jerusalén, por la calle del Olmo. Dobla desde la calle anteriormente citada por la calle del Hospital en dirección norte, para llegar hasta el Coso. Desde el Coso se dirige el perímetro hacia el principio de la calle Puerta Quemada, no sin antes ocupar una porción del antiguo barrio de la Judería.

Este sector está compuesto por grandes vías, como parte del Coso o la calle de San Miguel. Desde el Hospital de Nuestra Señora de Gracia hasta la plaza de San Miguel hay siete callizos paralelos que nacen en el Coso. Estos callizos son (empezando por San Miguel): Parra, Imprenta Vieja, Agua Acequia, Medio de los Judíos, Santa Catalina y Zurradores.

En este sector, edificios antiguos sólo había tres: San Miguel, que estaba muy cerca del muro y contaba con una pequeña plaza del mismo nombre; la Compañía de Jesús, situada en lo que antaño fue la Judería, y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, situado al lado de la cruz del Coso. Elementos artísticos a destacar era el arco de la Nao en la confluencia de las calles de Enmedio y Homo del Rico, que a su vez comunican con la calle de la Cadena.

Para fortificarlo se levantó una tapia desde Santa Engracia hasta la iglesia de San Miguel, la cual se arpilló toda, se formaron tres baterías donde se distinguía el plano junto al monasterio y sobre el muro antiguo que cerraba la huerta del convento de Santa Catalina y el Jardín Botánico, desde el cual seguía la línea del edificio hasta la Puerta Quemada. A corta distancia se encontraba el convento de San José, sobre el terreno elevado que formaba la figura de un rectángulo de unas diez toesas de longitud, por el frente que daba a la campiña.

Desde la Puerta Quemada seguía el muro antiguo, sobre el cual, frente al indicado convento de San José, se construyó una batería y otra debajo en el terreno firme, estableciendo la debida comunicación con el referido convento.

Entre los callizos de Santa Catalina y el de Medio de las Puertas se encontraba el palacio de los condes de Aranda, que fue conquistado por los franceses el trigésimo segundo día del segundo asedio. Los edificios que se encontraban entre la calle de Enmedio y el Coso saltaron por los aires el día 27 de junio por la explosión accidental del polvorín situado allí.

## **5. Barrio de San Gil**

El barrio de San Gil tiene una difícil demarcación, ya que no se encuentra en un sector periférico. Aproximadamente sus delimitaciones eran las siguientes calles: Botigas Hondas al norte; un tramo de San Gil, después cruza el Coso y continúa por las calles del Hospital de Santa Engracia. Antes de llegar al citado convento dobla para meterse en el Azoque, por la que baja hasta el Coso. Dobla a la derecha y luego a la izquierda entrando en la calle de Domingo de Echo. Desde allí cruza la plaza del Carbón y vuelve a la calle Botigas Hondas.

En el barrio de San Gil se diferencian tres zonas bien demarcadas: el sector centrado sobre la vieja Morería, las calles adyacentes al Coso y la zona en torno a la iglesia de San Gil.

En el sector de la vieja Morería existía una gran zona sin calles que la dividiesen. Esta zona se formaba por el colegio de San Diego, el convento de San Francisco y propiedades de la nobleza.

En el sector de la iglesia de San Gil las calles eran verdaderos laberintos y tenían la costumbre de disfrutar sólo los vecinos del paso de un callejón, como el de Santa Clara. Estas características son heredades de los musulmanes, los cuales proporcionaban el intimismo de las calles y los vericuetos.

Para algunas vías ni siquiera había un nombre propio; se las identificaba como «camino», «tramo», por ejemplo: «calle que sale a la puerta Cineja», «calle que guía de Casa Terror al Hospitalico», «calle que guía a Botigas Hondas», etc.

En general el nivel de vida en todo el barrio era muy bajo, excepto en el Coso y la calle Rechades.

Un hecho curioso y típico de este sector es la decoración de sus fachadas con imágenes de santos. En la calle Botigas Hondas aparece la imagen de San Francisco Javier y Nuestra Señora de las Botigas Hondas; en el Coso hay un cuadro de San Roque; en la plazuela de Estrecides se plasmó la iconografía de San Joaquín.

Los edificios religiosos son: los conventos de San Francisco, San Felipe Neri, Santa Fe, Las Recogidas, Santa Rosa y los colegios de San Diego, Santo Tomás de Villanueva y el de las Vírgenes.

En este barrio existían casas que resaltaron por hechos allí acaecidos: por ejemplo: la casa de la Sardaña, donde se acomodó el general Verdier antes de ejecutarlo Lefevre; la casa de Jacinto Lloret, donde se encontraba la tesorería y la cruz del Coso, tan famosa como antigua. En tiempos del emperador Daciano fueron quemados allí unos mártires y la cruz conmemora su muerte. Desgraciadamente se destruyó en el segundo asedio.

## **6. Barrio de San Felipe**

Se apiña en torno a su iglesia y a la Torre Nueva. El coro, plaza del Mercado y las calles Contamina y Temple acotan su perímetro.

Un elemento artístico destacable en toda Zaragoza era la Torre Nueva. Esta se elevaba junto a la iglesia de San Felipe. Tenía un marcado carácter aragonés, plasmado en sus frisos y arquivoltas. Fue un punto de vigilancia. Desde casi un siglo antes de la guerra, 1711, se suceden restauraciones en la citada Torre con el fin de conservarla.

En 1742 se hizo patente su inclinación, debido a que su construcción del lado soleado tardó menos en secarse; por el contrario, el otro lado seguía húmedo. Aún así la Torre aguantó hasta finales del siglo XIX, en que fue derribada por obra y gracia de la piqueta. Aquel año de 1895 la Torre Nueva dejó de existir, aunque su calle persista bajo el paso del tiempo.

La plaza de San Felipe y su entorno constituía una zona aristocrática; todavía quedan edificios como el torreón de Fortea, el palacio del marqués de Villaverde y las casas del conde de Fonclara. Este conde hizo colocar farolas alrededor de su casa para evitar peligros durante la noche.

En esta zona las calles eran caóticas: la calle del Trenque salvaba un desnivel de tres metros, en el que la plaza del Carbón estaba más alta que el Coso. La calle del Trenque en algunos puntos no sobrepasaba la anchura de 2,60 metros.

## **7. Barrio de la Seo**

Es de pequeñas dimensiones. Su perímetro se encontraba entre las calles Mayor, San Gil, Contralperche y pretil del Ebro. La limitación deja en el centro del barrio al templo de la Seo.

Este es un barrio de alta alcurnia en el que conviven la nobleza con una numerosa presencia de clérigos. Tampoco faltaba la población de artesanos, comerciantes y jornaleros. Estos últimos residían en callejas próximas al Ebro, como Garro y Contralperche.

La «flor y nata» de aquellos años vivía allí; también se encontraba junto a la Lonja el palacio de la Real Audiencia, construido en 1450. Tenía dos grandes corredores, uno al piso y otro elevado. Además, constaba de salas suntuosas de techos de madera labrada. También había departamentos para escribanías de los notarios de la Corte del Justicia de Aragón. Este edificio se derrumbó a causa de un incendio durante la guerra.

A la derecha de la Seo se encontraba el palacio arzobispal, que fue reconstruido en 1784 por don Agustín de Lero y Palomeque. La Aduana se encontraba junto a la Diputación del Reino, en la plaza de Nuer Hernando López; más tarde llamada de la Aduana. En esta plaza se encontraba el palacio de los marqueses de Lazán, donde nació Palafox.

La catedral de la Seo es un edificio de cariz gótico. Es el templo de mayor valor artístico de Zaragoza, quedando muy por encima del Pilar o la iglesia de San Pablo. Durante la guerra el pretil del Ebro se reforzó, enlazándose con el barrio de San Pablo por mediación del barrio del Pilar. Este barrio no sufrió grandes catástrofes a nivel material durante los asedios.

## **8. Barrio de Altabás**

Comprendía la ribera izquierda del Ebro. Surgía con un marcado carácter campesino e industrial. Es el típico barrio extramuros, alejado de la ciudad; va a desarrollar actividades como el «rastros», el matadero municipal y los molinos harineros. El cariz aragonés predominaba en el barrio. Por la calle de Juslibol aún se encuentran enclaves comerciales. En esta zona no se encuentra ninguna vivienda nobiliaria. Se encontraban allí la parroquia de Nuestra Señora de Altabás y los conventos de Jesús y San Lázaro.

Durante el asedio se cerraron las avenidas exteriores de sus calles y se dejaron sólo tres entradas cubiertas por otras tantas baterías. Todo el barrio se rodeó por un foso de agua del Ebro.

Sobre el camino de Barcelona se construyó un reducto con su foso y troneras para la artillería. El convento de Jesús se fortificó y se abrió una zanja para comunicarse con el convento de San Lázaro. Delante del citado convento se levantó la segunda línea de defensa, desde donde empezaba el puente de Tablas hasta el camino de Barcelona. Se formaron baterías en el convento de Altabás, en el Macelo eclesiástico, en las balsas del Ebro Viejo y en el camino de Juslibol.

### **9. Barrio de San Lorenzo**

Se encuentra dentro de la antigua ciudad romana. Este barrio apenas ocupaba la mitad de su cuadrante sureste. En este sector la nobleza tenía numerosas propiedades, y la condición social del barrio, en general, era elevada y las calles eran características de la Judería: angostas y laberínticas. Los elementos artísticos en este barrio se dan en las iglesias de San Lorenzo y San Pedro Nolasco.

### **10. Barrio de San Nicolás**

Aquí se engloban los sectores de Santa Cruz, San Pedro, San Juan, Santiago y San Andrés y tiene un carácter nobiliario que se acentúa al aproximarse al centro político y religioso de Zaragoza: el barrio de la Seo. En la misma calle de Santa Cruz se encontraba el tribunal de la Inquisición y a su alrededor vivían las personas que desempeñaban cargos en el Santo Oficio.

Artísticamente, se levantaban varios palacios y mansiones, como la del marqués de San Martín, la Fábrica Real de Tabaco (que hoy es el palacio de los Pardo), el de la baronesa de Purroy y el palacio de la Real Maestranza.

Todos estos últimos sectores o barrios no fueron castigados excesivamente por la guerra, ya que al encontrarse sobre el centro geográfico de Zaragoza la artillería francesa tenía serias dificultades en alcanzarlos.

### **11. Barrio de Santa Engracia**

Se encontraba en el extremo sur de la ciudad, siendo este sector de los primeros en caer en manos francesas. En el primer sitio, durante nueve días (del 4 al 13 de agosto), la iglesia de Santa Engracia esgrimió los colores franceses. El día que los franceses huyeron el convento de Santa Engracia fue volado.

En la puerta de Santa Engracia se construyó otra batería para cinco piezas, se cerraron las calles inmediatas con cortaduras y se colocaron en ellas artillería. A la derecha de ésta se construyó otra batería con dos piezas y a su izquierda un reducto circular avanzado sobre una pequeña altura en el que se colocaron cinco cañones. Este reducto se llamaba del Pilar, que se situó estratégicamente. Justo en el ángulo formado por la torre del Pino para dominar las puertas del Carmen y Santa Engracia.

## **12. Barrio de las Tenerías o San Nicolás**

Es el último de los barrios o sectores. Comprende la calle del Sepulcro y sus adyacentes. Por el norte su perímetro se marca por el Ebro, al este por el Muro y al sur por el barrio de la Magdalena y, por último, al oeste se hallaba el barrio de la Seo.

Sin duda el edificio más destacado es el convento de Comendadoras del Santo Sepulcro. También se hallaban la iglesia de San Nicolás y el Hospicio de Monserrate como edificios de carácter religioso.

En el convento de monjas del Sepulcro y torreones del antiguo Muro se ejecutaron algunos trabajos para colocar en ellos piezas de artillería. Se construyó además una batería y cordadura a la derecha, saliendo por la puerta del Sol hasta enlazarse con los edificios de frente, y se cerraron las avenidas de aquella parte, hasta donde principiaba el pretil que bañan las aguas del Ebro en los baluartes del Muro antiguo, y son parte del convento de las religiosas del Sepulcro; así sobre el arco de la puerta del Angel se colocaron dos piezas de artillería.

## **PALAFOX**

Joseph Rebolledo de Palafox y Mela Bermúdez de Castro Gurrea Borja y Azlor nació en Zaragoza el 28 de octubre de 1775.

Tercer hijo de los marqueses de Lazán y Cañizar. Estudió en los Escolapios de Zaragoza y tuvo como profesor al padre Basilio Boggiero. Inició su carrera militar a los 16 años en la Compañía Mamenca de los Reales Guardias de Corps. Tras las guerras de provincias llega a la graduación de brigadier de los antes citados reales ejércitos.

Con la subida al trono de Fernando VII se convirtió en el encargado de la custodia de Godoy.

El ambiente de Zaragoza estaba ya bastante enrarecido por los rumores entre la población de una carta dirigida a Palafox por el «Tío Jorge», de

fecha 28 de marzo, en la que se comunicaba la preparación de un movimiento popular, que no se llevó a cabo.

El 24-V-1808 Palafox llega a Zaragoza e informa de los proyectos al anciano capitán general Jorge Juan de Guillelmi.

Más tarde Palafox se reúne en casa del conde de Sástago con Cabarrús, Hermida, los hermanos Torres, el capitán López y don Pedro Lapuyade para ultimar la sublevación. Ese mismo día muchos aragoneses dirigidos por el Tío Jorge acuden a capitanía y exigen las armas y municiones depositadas en la Aljafería, donde encierran a Guillelmi por su oposición.

Mariano Cerezo y Jorge Ibor van a buscar a Palafox a la finca de la Alfranca el 25 de mayo. Al día siguiente, reunido el real acuerdo, eligen a Palafox como jefe y capitán general. Este acepta y nombra una junta entre la que figuran Boggiero, Calvo de Rozas y el capitán López Pinto.

Palafox toma decisiones como son todas las referidas a la organización militar (alistamiento general, organización de los oficiales retirados en los cinco cuerpos denominados tercios y el armamento de los pueblos y valles pirenaicos), el nombramiento de Calvo de Rozas como intendente del ejército y de Manuel Cerezo como jefe de guarnición de la Aljafería, la organización del servicio de la policía, la supresión de todas las jurisdicciones distintas de la militar y la abolición de una tasa sobre el vino.

La faceta más conocida del general Palafox es su participación durante los Sitios. Organiza con ayuda de otros paisanos y militares la defensa de la ciudad. Cercada ésta por Lefevre, Palafox huye a Belchite (15-VI-1808). En Epila se le unen las tropas dirigidas a su hermano, el marqués de Lazán. El 3 de agosto los franceses entran en la ciudad. Levantado el sitio el 14 de agosto, vuelven a cercar Zaragoza en diciembre. El 20-II-1809 la junta capitula con los franceses. Palafox es hecho prisionero y enviado a Vincennes por haber jurado fidelidad a José Bonaparte y haberlo traicionado; en este lugar permanecerá hasta la firma del tratado de Valençay el 13-XII-1813.

Cuando Fernando VI vuelve a España, Palafox acude a recibirle y hace que pase por Zaragoza.

De septiembre de 1814 a octubre de 1815 Palafox estuvo encargado de la capitanía general de Aragón. Durante esos meses limpió Aragón de malhechores y salteadores de caminos. Cesado en el cargo, se le encomienda el mando del ejército del centro y al disolverse éste pasa a Madrid apartado de la vida oficial.

Tras los sucesos del 7-VII-1822 el rey nombra a Palafox capitán de alabarderos y más tarde jefe militar de palacio.

La reina María Cristina le concede el 17-VII-1834 el título de marqués de Zaragoza. Seis días después es detenido y encarcelado acusado de conspiración por su participación en «la Isabelina»; será absuelto de estos cargos



en junio de 1835. Con la llegada de Mendizábal al poder es nombrado de nuevo capitán general de Aragón en septiembre de 1835.

La actuación de Palafox en los Sitios ha sido muy discutida, pues dejaba su puesto en los momentos peligrosos.

Pero de todas maneras, él lo hizo con la intención de ayudar a Aragón, a los aragoneses y, en definitiva, en servir al rey.

Nuestro ilustre héroe murió en Madrid, semiabandonado, el 15-II-1847.

Durante la conmemoración del CL aniversario de los Sitios de Zaragoza sus restos fueron trasladados a esta ciudad y depositados en la cripta de la basílica del Pilar.

## SAN GENIS

San Genís y Torres Antonio de Torres (Albelda, 12-VII-1767; Zaragoza, 13-I-1809).

Ingeniero, militar y héroe de los Sitios de Zaragoza. Cuando ingresó en el Real Cuerpo de Ingenieros era ya teniente del regimiento del Príncipe. En 1783 terminó sus estudios en la Real Academia de Matemáticas de Barcelona y en 1790 obtuvo el nombramiento de ayudante de ingenieros. En 1792 y 1793 acondicionó para la defensa a todos los fortines y baterías de la cornisa cantábrica, desde Castro Urdiales a Vivero. En el Rosellón ascendió a capitán. En la Academia General de Alcalá de Henares (1805) ascendió a sargento mayor de brigada o segundo teniente coronel de ingenieros.

Los sucesos del 2 de mayo hicieron que los alumnos se dispersaran y refugiaran. San Genís lo hizo en Zaragoza. Tomó parte en los Sitios de la ciudad, siendo el organizador de las tropas de ingenieros de la plaza y director de las obras de defensa. En la jornada del 4-VIII-1808 tomó el mando del puesto de mayor peligro, que era la puerta y batería de Santa Engracia. Su valerosa actuación fue premiada por Palafox con el empleo de coronel y con el escudo de «Distinguido defensor de la Patria».

Murió durante el segundo sitio de la ciudad, a consecuencia de un balazo recibido en la batería alta de Palafox, o del molino del Aceite, junto a las tapias de Santa Mónica.

San Genís escribió también el «Tratado de fortificaciones de campaña».

## ASSO Y DEL RIO, IGNACIO JORDAN CLAUDIO

Nació en Zaragoza el 4-VI-1742. Fue un eminente jurista, polígrafo y científico de la Ilustración.

Su madre era María Antonia del Río y Andrés (Calatayud, 1709; Zaragoza, 1764). Su padre, Onotre de Asso y Cabo Reluz (Nápoles, Italia, 1696; Zaragoza, 1764), al igual que su esposa era infanzón. Fue desde 1734 administrador general de la casa de los condes de Aranda en Epila.

Ignacio tuvo dos hermanos mayores: Onotre (?, 1731; ¿...?), carmelita y lector de Teología y Artes en la Universidad de Zaragoza, y Joaquina, religiosa del convento de Santa Rosa de Zaragoza. También tuvo de su padre un hermano menor bastardo, Francisco Miguel.

Durante su infancia en Zaragoza fue educado por su preceptor el sacerdote Pedro Cornel. Estudió griego y latín en el colegio de las Escuelas Pías de Zaragoza (1755) y Filosofía con los jesuitas en el Real e Imperial Colegio de Nobles de Nuestra Señora y Santiago de Cordellas en Barcelona (1756), pasando luego a las Universidades de Cervera, donde se graduó de bachiller en Artes (1760), y de Zaragoza, en donde estudió jurisprudencia y obtuvo el grado de bachiller y doctor en 1764. Viajó durante tres años por Europa, donde aprendió diversos idiomas que le sirvieron en 1776 para ocupar el cargo de cónsul en Dunkerke, cónsul general de Holanda en Amsterdam (1776-1787) y cónsul en Burdeos (1787-1791).

Es autor de más de cuarenta y tres obras literarias, entre las que cabe destacar la «Historia de la economía política de Aragón» (1789) y la «Memoria sobre lo más interesante ocurrido en Zaragoza al atacarla el Ejército Francés» (1808). Como literato adoptó el seudónimo de Melchor de Azagra.

En los últimos años de su vida pudo demostrar su gran amor hacia Aragón como patriota y político. Como contaba con 67 años al comenzar el primer sitio no pudo empuñar las armas. Pero se encargó de asesorar a Palafox y de dar moral a los combatientes aragoneses escribiendo en la «Gazeta» triunfos inexistentes, exagerando victorias, anunciando refuerzos. Tras la caída de Zaragoza huyó a Murviedro y luego a Palma de Mallorca, y aún intentó colaborar, viejo ya y sin fuerzas, con la Junta gubernativa superior de Aragón.

En 1810 fue nombrado por ésta diputado a Cortes, cargo que no fue ratificado por el Consejo de Regencia. En 1814 fue nombrado regidor de Zaragoza, pero ya enfermo no pudo ocupar el cargo y murió a los tres meses, cuando tenía 72 años de edad (21-V-1814).

## AGUSTINA DE ARAGON

Esta gran mujer, que sirvió de inspiración a grandes relatos literarios y a pintores, como Goya, en el arte de la pintura, ha sido reconocida como gran heroína del primero de los dos sitios sufridos por nuestra noble, leal, heroica e inmortal ciudad.

Agustina Zaragoza Domenech, alias Agustina de Aragón, nació en Reus en el año 1786. Casada con un militar profesional, viene a Zaragoza, ya empezada la guerra con los franceses, y se instala en casa de unos familiares.

Agustina de Aragón se hizo famosa entre sus compañeros y nosotros por su acción en la puerta del Portillo (alrededor del 1 de julio de 1808), en la que se hizo cargo de una batería de artillería, a cuyo alrededor yacían muertos o heridos. Con esta acción contribuye a evitar la penetración del ejército francés por ese flanco de la ciudad. Pero nuestra querida heroína participó en otras acciones, como en la lucha por el convento de Jerusalén. Tras este episodio fue hecha prisionera y luego de escapar estuvo presente en el sitio de Teruel. Posteriormente participó en el sitio de Tortosa y es de nuevo apresada, junto con su marido, pero vuelve a escaparse y al finalizar la guerra se reúne con su cónyuge en Valencia.

Esta mujer de tan grande valía no sólo tuvo fama por sus méritos militares, sino que además lo fue por sus embrollos matrimoniales. Creyendo muerto a su primer marido, contrajo matrimonio el 1 de julio de 1808 con el capitán Luis de Talarbe. Al aparecer vivo su primer marido tomó la decisión de no convivir con ninguno de los dos. Más tarde, muerto su primer esposo y emigrado el segundo a América, se casó con otro militar, llamado Juan Eugenio Cobo de Belchito y Mesperma, con el que tiene una hija, al igual que tuviera un hijo de su primer matrimonio.

La gran heroína Agustina de Aragón, tras cinco días de agonía, fallece en la plaza militar de Ceuta el 29 de mayo de 1857.

## TIO JORGE

Jorge Ibor y Casamayor (Zaragoza, 1755-1808).

Fue otro de los múltiples héroes del primer sitio que cayeron muertos a causa de la peste.

En el primer sitio alcanzó la graduación de teniente coronel. Labrador de humilde extracción social, había nacido en el barrio del Arrabal, donde sus vecinos le conocían con el nombre de «Cuellocorto», debido a su robustez, talla mediana y gruesa cabeza. Poco antes del levantamiento de la ciudad contra las tropas francesas (24-V-1808), con la ayuda de sus hijos Pablo y Juan y de su amigo Lucas Aced («Tío Lucas»), organizó y acaudilló la compañía de labradores y escopeteros del Arrabal.

Al mando de su compañía y en unión de los hermanos Cerezo, del padre Consolación y el célebre botillero Jimeno, contribuyó decisivamente a la proclamación de Palafox como máximo responsable de la defensa de nuestra ciudad.

Comandante de la escolta y guardia de honor del general, participó con éste en los combates de Alagón, Epila y Casablanca.

Víctima de la terrible y maldita epidemia de tifus que asoló la ciudad murió el 15-XI-1808, siendo enterrado, por deseo de Palafox, en el panteón de la ilustre casa de los marqueses de Lazán (antiguo colegio de Trinitarios).

## PEDRO MARIA RIC Y MONSERRAT

Nació en Fonz, Huesca, el 24-IX-1776 y murió el 29-III-1831.

Magistrado y político aragonés. Hijo de Miguel Esteban Ric y Pueyo de Urríes, barón de Valdeolivos, pertenecía a una de las más importantes familias de la comarca ribagorzana. Estudió Humanidades en la Universidad de Huesca, de la que fue profesor y posteriormente rector. El Papa Pío VI lo nombró en 1796 su camarero secreto. Casado con María de la Consolación de Azlor y Villavicencio, condesa viuda de Bureta, ambos se distinguieron por su labor en la organización de la defensa de Zaragoza durante los sitios. Miembro de la junta creada por las Cortes de Aragón para gobernar Zaragoza desde la junta suprema, donde jugó un importante papel a la hora de la capitulación de la ciudad. Después fue a Valencia y de allí a Cádiz, donde fue diputado en las Cortes en representación de Aragón. En el año 1814 es nombrado regente de la Real Audiencia de Aragón. Fue también vicepresidente de la Junta de Conservación y Defensa del Reino de Aragón, ministro del Supremo Tribunal de Vigilancia y consejero de los de Castilla y de Cámara.

## **CASTA ALVAREZ**

Nació en Zaragoza en 1786 y murió en Cabañas, provincia de Zaragoza, en 1846. Es otra de las múltiples heroínas que lucharon durante los dos sitios. Su popularidad, su participación en diversos combates y sus acciones callejeras le confieren una destacada personalidad entre los defensores de la ciudad. El gobierno de Fernando VII le premió con una pensión y el escudo de defensor de la Patria. Zaragoza le concedió una calle, y en la celebración del centenario de los Sitios (1908) fueron inhumados sus restos en la capilla de la Anunciación del santuario de Nuestra Señora del Portillo.

## **MIGUEL SALAMERO**

Nació en la capital aragonesa en 1766 y falleció en esta misma ciudad en 1846.

Era propietario de una sedería en la plaza del Teatro; el 15-VI-1808, al frente de sus operarios, a los que mantuvo a sus expensas, luchó en los sitios, distinguiéndose por su valor y serenidad.

Defendió el convento de las religiosas de Santa Fe y contribuyó a rechazar al enemigo, que invadía la calle de Azoque.

Salamero se arruinó en su afán de defender a la ciudad y de mantener a sus operarios, y murió pobre a los 80 años de edad.

En conmemoración a su valor y actuación en los sitios, la antigua huerta de Santa Fe, en Zaragoza, convertida hoy día en plaza, lleva su nombre.

## **MARIA AGUSTIN**

Esta heroína, que murió en el olvido, como casi todos los héroes de la Guerra de la Independencia, nació en Zaragoza en 1786.

Era ciudadana de la parroquia de San Pablo; destacó en la defensa de Zaragoza contra las tropas francesas.

La principal actividad ocupada por esta mujer durante los sitios fue el transporte de municiones y la escasa comida y agua a los puntos de combate donde más se necesitaban.

Al finalizar la guerra le fue concedida una pensión vitalicia y el escudo de defensor de la Patria.

En 1908, en la celebración del centenario de los Sitios, le fue dedicada una calle en su ciudad natal.

## JOSEFA AMAR Y BORBON

Nació en Zaragoza el 4-II-1753.

Era hija del famoso médico de cámara de Fernando VI y Carlos III, José Amar y Arguedas.

Ilustrada feminista, fue nombrada en 1782 socia de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

Como escritora destacó por sus publicaciones en defensa de la mujer y por las traducciones del abate Friselini y de Xavier Lampillas, dadas a la imprenta por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, todas ellas impresas entre los años 1782-1790.

Modesta en su relato del incendio de la Lonja, omite su ayuda prestada a los moribundos heridos de muerte y les ayudaba no tan sólo contrarestando sus dolores físicos, sino también los espirituales. Esta heroína murió en Zaragoza el 21-II-1833.

## CONDESA DE BURETA

María de la Consolación Azlor y Villavicencio es una de las muchas heroínas que defendieron la ciudad de Zaragoza sin ser aragonesa. Nació en Gerona en 1775 y murió en Zaragoza en 1814. Era de familia ilustre; recibió una esmerada educación literaria y artística. En 1787 al morir su padre, don Manuel de Azlor, virrey de Navarra, la familia se trasladó a Zaragoza. Casó en 1794 con Juan Crisostorno López Fernández de Heredia, conde y señor de Bureta, que falleció tempranamente en 1805. Durante los sitios de Zaragoza (1808-1809), la condesa, de sentimientos patrióticos muy exaltados, se negó a abandonar la ciudad, participando activamente en la lucha contra los franceses. Formó y dirigió un grupo especial femenino, al que denominó Cuerpo de Amazonas, que se encargaría de aprovisionar a los combatientes de municiones y víveres. Convirtió su palacio en hospital y asilo, y empuñó personalmente las armas en ocasiones de mucho peligro, realizando una serie de actos heroicos.

El 1-X-1808, al finalizar el primer sitio, se volvió a casar; esta vez con don Pedro María Ric y Monserrat. Al finalizar la guerra Fernando VII le concedió todas las distinciones concedidas a los defensores de la Patria.

## **SANTIAGO SAS**

Fue un clérigo y patriota, nacido en Zaragoza el 21-VII-1774 y fallecido el 22-II-1809 en esta misma ciudad.

Se distinguió por su entusiasmo en la defensa de su ciudad de nacimiento. Organizó a sus expensas algunas compañías de escopeteros, gentes decididas a morir antes que dar su brazo a torcer; y con estos valientes soldados luchó apasionadamente en la batalla de las Heras, una de las más sangrientas.

A esta contienda continuó el primer sitio, y Santiago Sas estuvo presente en todos los puntos de mayor peligro: en la puerta del Carmen, en el Portillo, en la calle Mayor, en la puerta de Sancho y en el cuartel de caballería.

Al rendirse Zaragoza en 1809, la traición del capitán Launes, que no respetó lo pactado en la capitulación, hizo que Santiago Sas y el padre Basilio Boggiero fueran asesinados la noche del 22 de febrero y arrojados sus cadáveres al Ebro.

En el puente de Piedra hay un obelisco dedicado a la memoria del padre Boggiero y de Santiago Sas.

## **PEDRO VILLACAMPA Y MAZA DE LIZANA**

Este insólito personaje y héroe de la Guerra de la Independencia nació en Laguarda, provincia de Huesca, en 1776 y murió en Madrid en 1854.

Era de familia labradora; actuó en la guerra contra la Convención, en la que en enero de 1795 alcanzó el grado de primer subteniente.

En 1808 fue jefe del primer tercio de voluntarios de Huesca, jefe de la división del ala izquierda de Aragón; en febrero de 1814 fue nombrado teniente general y en ese mismo año capitán general de Cataluña.

Es perseguido y emigra a Malta y Túnez.

En 1820, con la amnistía, regresa, ocupando sus cargos anteriores. En 1834 es gobernador político de Menorca. En 1839, capitán general de Baleares, y en 1854, presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

## **LORENZO CALVO DE ROZAS**

Nació en San Cipriano, del concejo de Ranero (Vizcaya), en 1773, y se desconoce el lugar y fecha de su muerte.

Destacó por su capacidad y eficacia organizativa.

Defensor de la ciudad en el primer sitio contra las tropas del general Lefevre, sustituyó a Palafox en el gobierno de Zaragoza y en la organización de la defensa mientras el general se encontraba fuera.

Era un acaudalado comerciante de origen vizcaíno, que llegó a Zaragoza el 28 de mayo para reunirse con su familia, a la que había enviado desde Madrid para evitarle las críticas circunstancias de la capital.

Palafox le nombra intendente y actúa como secretario de las Cortes del Reino de Aragón, convocadas el 9 de junio.

## **JOSE DE LA HERA**

Nació en Zaragoza en 1732 y murió en el mismo lugar en 1815. Carpintero de oficio. A los 76 años, el 4 de agosto de 1808, entró en una casa que saqueaban dos franceses tras haber matado a sus moradores, y armado con un cuchillo dio muerte a un francés e hizo rendir al otro, que llevó ante Palafox, el cual le dio su reconocimiento.

Tras la capitulación de la ciudad se vio obligado a mendigar, siendo socorrido por la condesa de Bureta.

## **PADRE BASILIO DE SANTIAGO BOGGIERO**

Nació en Celle, Génova, el 5-IV-1752 y murió en Zaragoza el 24-II-1809.

Ilustre escolapio. Hijo de un mercader, se traslada a Zaragoza, asiste allí al colegio de los Escolapios y en 1768 ingresa como clérigo en este instituto, en Peralta de la Sal.

En 1773 ya es clérigo en Zaragoza. Era una persona muy culta, poeta y orador; tiene como alumnos a los hijos del marqués de Lazán, entre ellos al futuro Palafox. De sus obras destacan «Introducción a la elocuencia española» (1784) y un ambicioso «Plan de educación».

Al comenzar los sitios, tras el nombramiento de José Palafox como jefe de la defensa, es llamado a su lado como consejero y redactor. Tras el segundo sitio, tres días después le dan muerte los franceses junto a Santiago Sas y al emigrado francés barón de Warsage.



## CONCLUSIONES

Después del segundo asedio Zaragoza quedó en ruinas, pero había demostrado al mundo entero que el valor aragonés había alcanzado cotas insuperables. La defensa se realizó por todo tipo de personas: militares, civiles e incluso mujeres. En Zaragoza se encerró un pequeño ejército durante el segundo asedio, que ayudó a los zaragozanos en la defensa de esta plaza. Pero también planteaba un problema: los víveres. La ciudad estaba arruinada después del primer sitio y en sólo unos pocos meses no tuvo tiempo para recuperarse.

Para una mejor defensa se habían cortado todos los olivares de las cercanías y todas las fincas fueron desmanteladas en un radio cercano a la ciudad para que el ejército francés tuviera mayor dificultad en asediar Zaragoza, pero aún así lo consiguió...

# **MEMORIA DEL DOLOR**

**CESAR IBÁÑEZ PARIS**

Premio universitario Academia General Militar



## MEMORIA DEL DOLOR

Zaragoza, primavera de 1839. La tibieza del día ha permitido que una anciana de paso lento haga su primer paseo del año. Se apoya en un fino bastón. A pesar de la destrucción a que nos somete el tiempo, conserva buena parte de la prestancia y de la firmeza que debió de tener en su juventud. Al llegar a la plaza de San Felipe se detiene a descansar a la sombra de la Torre Nueva.

Un hombre de mediana edad la ha reconocido. Antes de caminar hasta ella y saludarla, ha pasado por sus ojos un brillo de nostalgia.

—Buenas tardes tenga usted, doña Encarnación.

—Pero... sí es... ¡Martín! ¡Martínico, hijo, con la de tiempo que hace que no te veía! Estás más gordo, más lucido, ¡y cuántas canas! ¡Ay, qué a'legría! Dime, ¿cómo te van las cosas?

—No me puedo quejar. El chico ya es escolapio; no es lo que yo hubiera preferido, pero... Además, así ya tengo quien rece por mí. La chica no tardará en casarse, y el novio es de mi agrado.

—Martín, hijo, cómo pasa el tiempo, qué barbaridad... Cuando nos conocimos era yo la que tenía dos hijos como dos soles, y tú eras un mozalbete como ellos. Pero de eso hace ya treinta años...

—Treinta y uno, para ser exactos.

—¿Te acuerdas? En la primavera del año ocho los estudiantes nos echasteis a la calle cuando cayó Godoy. Allí estabas tú, y allí estaba mi Luis, tan alegre y tan fiero como su padre.

—Claro que me acuerdo. Cogimos el retrato que había en la Universidad de ese «Príncipe de la paz» de pacotilla y lo arrastramos por todo el Coso. Luego lo quemamos y llevamos entre aclamaciones un retrato del tan deseado Fernando a colocarlo en lugar del otro. Gritábamos «¡Muera Godoy! ¡Viva el rey Fernando!», pero no sabíamos muy bien porqué. Fue una chi-

quillada. En el fondo, lo que más me gustó fue que el rector nos dio fiesta para evitarse complicaciones.

—¡Ah, sinvergonzón! Y luego Luis te trajo a casa y te invitamos a merendar.

—¡El mejor chocolate que he tomado nunca! Lo recuerdo como si hubiese sido ayer.

—Y yo también, Martín, yo también... ¡Cuánta vida me rodeaba en aquellos días! Pero en seguida se torcieron las cosas. Los franceses querían el poder, y los zaragozanos no queríamos a los franceses.

—Al principio los jóvenes estábamos exaltados, emocionados. ¡Una auténtica aventura, un auténtico riesgo, unos auténticos ideales por los que luchar! Cuando conseguimos armas a pesar de la oposición del capitán general Guillelmi y me vi con un fusil en las manos, sentí que era capaz de derrotar yo sólo a los gabachos. Y nos pasaba a todos lo mismo. ¡Se respiraba euforia, entusiasmo por las calles!

—Apenas pude ver a mis hijos en esos días. Alberto se fue de voluntario a Mallén. Luis sólo venía a casa para comer algo o dormir algunas noches. Creían que tenían la pasión de la victoria y lo único que tenían era la fiebre de la muerte en la sangre...

—No diga eso. Estábamos peleando por nuestra tierra, por nuestras casas, por nuestra infancia.

—Y porque os creíais el centro del mundo.

—¡Lo éramos! El hombre más poderoso sobre la tierra se había fijado en nosotros y uno de sus generales, Lefevre, venía hacia Zaragoza con una orden precisa: sojuzgarnos.

—En campo abierto no teníais nada que hacer. Alberto vino deshecho de la ribera, ¡pobrecico mío! Me abrazó como nunca y me dijo: «¡Qué bien se está otra vez en casa, madre! Las batallas no son como yo imaginaba. Sólo he visto humo, sólo he oído ruidos ensordecedores, sólo he oído pólvora... Creo que he estado en el infierno».

—Nos vencieron en Mallén y también en Alagón. Por eso había que concentrar la defensa en Zaragoza, y eso fue lo que Palafox ordenó que hiciéramos.

—¡Zaragoza! Era hermosa antes, y alegre... Al comienzo los paisanos no sabíamos muy bien de qué iba el asunto. Cuando los primeros ataques gabachos me acuerdo yo de haber visto a mucha gente asomada a los balcones para ver el espectáculo. Todavía no se habían dado cuenta de que les iba la vida en ello, de que no estaban viendo los toros desde la barrera, sino que estábamos nosotros mismos en la arena y, además, éramos el toro.

—Me parece que no he debido saludarla. Los recuerdos que le causo no son precisamente agradables.

—No digas eso. No has sido tú, qué va. A pesar de mis años conservo una memoria fresca y detallada de aquellos tiempos de espanto, una memoria que me atormenta demasiado a menudo... Hablando contigo me desahogaré. Además, estoy muy contenta de haberte visto. Anda, vamos a un sitio donde podamos sentarnos.

Doña Encarnación se cogió del brazo de Martín y ambos se dirigieron hacia el café de Sola, en la calle de San Gil. Formaban una pareja atípica. Los sonidos familiares de la calle les parecieron más luminosos aquel día. El pensó que era por el buen tiempo. Ella supuso que se debía a la certeza de que iban a seguir hablando del pasado, y eso, a pesar del sufrimiento que encerraba para los dos, les alegraba. El pasado, por lo menos, había sido fuerte, intenso, emocionante. El presente lo sentían inmóvil, anodino, rutinario.

Doña Encarna, un tantico golosa, pidió un platito de huevo hilado y un vino generoso. Martín seguía fiel desde su juventud a su pasión por el chocolate.

—Todavía no me ha dicho nada de usted. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien, hijo, demasiado bien para lo vieja que soy. Ya no sirvo más que para sobrevivir.

—¿Sigue la Joaquina con usted?

—Allí estamos, las dos solas. A veces nos enfadamos, pero yo creo que es por entretenernos. La casa se nos viene encima de tan grande y de tan vacía.

—A partir de ahora recibirá mi visita con regularidad. El negocio va bien y no tengo que estar tan pendiente como antes.

—Siempre serás bien recibido, ya lo sabes. Y eso que una vez viniste a partirme el corazón.

—No se acuerde usted de aquello, doña Encarna. Ya sufrió bastante entonces.

—¡Claro, claro que me acuerdo! ¿Cómo voy a olvidarlo? Además, me niego a olvidar, no quiero. La memoria es lo único que me queda, y el recuerdo del sufrimiento debe servir para no volver a cometer los mismos errores.

—Puede que tenga razón.

—Ayúdame tú a recordar. Cuéntame otra vez lo de Luis, como hace treinta años, cuando llegaste a casa maloliente y desharrapado, con las mejillas húmedas y los ojos encarnados. ¡Por favor!

—Lo que me pide es más difícil para mí de lo que usted cree, pero sé que no puedo negarme.

El primer sitio, a pesar de que nunca estuvimos totalmente incomunicados con el exterior y de que Palafox pudo hacer varias salidas y traer

viveres y refuerzos, fue tan horrible como el segundo. El cuatro de agosto, cuando los gabachos pudieron entrar por primera vez en la ciudad y llegaron hasta el Coso, Luis y yo participábamos en la defensa del Hospital General. A pesar de nuestro encono, lo tomaron fácilmente. Nunca olvidaré las risas desencajadas de los locos que allí había. Era como si nos dijeran que nosotros estábamos más locos que ellos. Los franceses mataron a muchos cuando ocuparon el edificio, pero otros seguían riendo. Durante esas horas sólo fui capaz de sentir odio. O quizás era miedo disfrazado, no lo sé.

Tuvimos que salir hacia el Coso, protegiéndonos de los disparos enemigos en los umbrales desconchados de las casas. De pronto, sucedió lo que nadie se atrevió a creer por un instante: los franceses habían conseguido abrir una brecha importante y cargaban sobre nosotros, incluidos cinco o seis de a caballo. Nos quedamos paralizados, desconcertados, pero, gracias a Dios, reaccionamos de inmediato. Luis estaba junto a mí. Temblando de rabia, se abalanzó sobre un teniente de dragones. El bayo corcel en que montaba el gabacho fue lo único hermoso de aquel día. Antes de poder hacer nada, antes de darse cuenta siquiera, el metal afiladísimo de un sable le había destrozado el cráneo.

—Cuando viniste a verme para decírmelo tenías la mirada perdida, fija en algún punto de la inmensa sangre que habías visto.

—Me trató usted como la madre que ya no tenía. Luis y yo habíamos estrechado los lazos de nuestra amistad durante el sitio. Teníamos ideas muy parecidas, hablábamos del futuro, de los males de la nación...

—¡Ideas, malditas ideas! ¡Para lo que nos han servido! Unos decían que los franceses nos traerían la libertad y el progreso, otros que la soberanía venía del pueblo, otros que el rey Fernando era la única autoridad posible. ¡Ideas! Mientras tus amigos hablaban de «ideas» en Cádiz, el resto de los españoles soportábamos la guerra, las humillaciones, la persecución de los patriotas por parte de la policía política del «Emperador»... Ideas para echar a los afrancesados, ideas para obligar a los liberales destacados a exiliarse a Inglaterra, ideas para hacer la guerra civil... Las ideas sólo sirven a la discordia.

—¡Si son las que hacen avanzar al mundo! Los que provocan la discordia son los enemigos de la libertad, llámense franceses, llámese Santa Alianza o llámese Fernando VII. Sin los carlistas España hubiera progresado mucho más de lo que lo ha hecho.

—¿Pues los franceses no habían hecho ya la revolución y no hablaban de libertad y de fraternidad y de que la soberanía está en el pueblo y otras zarandajas?

—En efecto, doña Encarna; éstos son los ideales de la nueva época, los ideales que Napoleón traicionó.

—Entonces, pensaban como tú.

—Las ideas quedaron a un lado frente al enemigo común. Había que defender cosas más importantes, más primarias.

—Acabas de darme la razón: lo que hay que hacer es vivir, y dejarse de cuentos.

—Las grandes ideas no son cuentos. La Constitución de Cádiz, mejorada por la que desde hace dos años nos guía, no es un cuento. Son los caminos del verdadero progreso, caminos que hay que defender frente a la reacción.

En la algarada facciosa del 5 de marzo del año pasado me volvió a hervir la sangre como en los tiempos del sitio. Estaba dispuesto a echarme a la calle para defender con uñas y dientes otra vez y a despecho de mis canas la libertad de Zaragoza, pero las lágrimas de mi mujer y de mi hija me contuvieron.

—Mucha palabrería es esa, Martín, hijo. A mí tampoco me gustaba Fernando, pero los que mandan, no sé porqué, son siempre parecidos. Unos pocos están arriba y los demás estamos abajo. Antes había que obedecer a Calomarde y ahora a las Cortes: siempre obedecer.

—Ha caído usted en una desconfianza desmedida. Las cosas mejoran, lenta y confusamente, pero mejoran.

—A veces pienso que nada cambia, que estoy viendo los mismos hechos y las mismas actitudes desde que era niña, que estamos condenados a la ignorancia, a la pequeñez, a la violencia...

Las conversaciones de las mesas cercanas parecían ser banales —divertidas unas, ritualizadas otras—, de ahí que el silencio que se hizo entre ambos fuera recibido por alguna damisela con una mirada de desaprobación, que ellos no percibieron en absoluto. Doña Encarna dejó de mirar a ninguna parte, recuperó el presente con un leve estremecimiento y apuró su copita de vino. Martín continuaba navegando por los meandros minuciosos de su mente evocadora.

—Los franceses fueron nuestro punto de partida. Nos obligaron a plantearnos todo de nuevo, a ser coherentes. Gracias a ellos —es amargo, pero cierto— llegamos a configurar verdaderamente nuestras ideas de patria y libertad, porque gracias a ellos pudimos sentir las, saberlas con el corazón. Si la invasión y la guerra no hubieran ocurrido seguiríamos amodorrados y supersticiosos.

—Cómo se nota que te estás haciendo viejo. Necesitas justificar con la cabeza lo que antes era sólo sentimiento.

—Sí, creo que sí... Pero de todas formas, ya no hay razón para odiar a los franceses. El sueño despótico de Napoleón murió con él en Santa Elena.



El año pasado visitó nuestras tierras un joven inteligente y culto llamado Gustavo. Aquí, en Zaragoza, permaneció durante varios meses, en el transcurso de los cuales tuve la fortuna de conocerle y de hablar escasa pero densamente con él. Era francés, y lo que me causó una impresión más indeleble de todo lo que me dijo fue esto: en Aragón la guerra contra el francés sigue viva, mientras que en el resto de España se ha borrado de las conciencias. Zaragoza, mientras permite que el polvo se coma las banderas conquistadas a los moros, mantiene, sin embargo, con primor, en la fachada de las casas, la lechada de cal destinada a realzar la negra huella de las balas francesas. Tenía razón. Después de tantos años aún nos carcome el odio.

—Probablemente tenemos más razones que nadie para odiarlos. Fueron crueles con nuestra tozudez.

—Sí, aunque las enfermedades y el hambre fueron mucho más inexorables y lacerantes que los ejércitos imperiales. En el segundo sitio, por cada hombre que murió luchando, tres murieron de debilidad o en los hospitales improvisados. Ni siquiera los curas daban abasto para llevar un último consuelo espiritual a los moribundos.

—Alberto murió de la epidemia en enero del año nueve, ya sabes. Tú le conocías menos. ¡Era tan cariñoso conmigo! No era débil, pero llevaba dentro la semilla de la muerte desde que vino de lo de Mallén. Por lo menos murió en casa. Al final estaba hecho un esqueleto, con los ojos hundidos y el sudor continuo.

—Quizá sea cierto que no valía la pena tanto dolor. Mientras su hijo agonizaba en sus brazos, yo mordía mi cinturón para no gritar. Y ni siquiera fue por un balazo...

El 10 de enero defendíamos el convento de San José acosados por un constante bombardeo. Era un edificio antiguo, con paredes de poco espesor que eran más un peligro que una protección para nosotros. El polvo y el humo nos impedían ver, de modo que apenas podíamos disparar o defendernos y sentíamos la rabia de la impotencia. Cerca de mí se encontraba una mujer llamada Manuela Sancho a la que vi pelear con el arrojo de tres hombres. Un cañonazo certero derribó un pedazo grande de la pared que estaba a mi lado. En un brevísimo instante tuve tiempo de darme cuenta y traté de apartarme, pero el cascote me golpeó por todo el cuerpo y me aplastó la pierna izquierda, que se quedó convertida en una masa sangui-nolenta. Chillé como un cerdo mientras me curaban. Me libre de la amputación porque los cirujanos no sabían a dónde acudir y se olvidaron de mí, o tal vez pensaron que no merecía la pena.

El hospital fue un tormento mucho peor que la línea de fuego. El eterno quejido de los enfermos y heridos hacinados y ese olor a sangre fresca que se podía masticar de tan espeso como era, hacían imposible el

descanso. Todavía no sé cómo, me fui recuperando lentamente. Cada vez que la campana de la Torre Nueva avisaba de un nuevo ataque gabacho y los truenos de los disparos y de los cañones asataban mis oídos, sentía que tenía que salir de allí y luchar al lado de mis compañeros... Creí volverme loco.

Otra vez les envolvió el silencio para sellar la mutua certeza de que duele tanto recordar como vivir. La concurrencia del café de Sola disminuía paulatinamente y los escasos clientes que quedaban hablaban instintivamente en voz más baja. Martín sintió el telón de fondo de suaves rumores como una llamada de la melancolía. Doña Encarna acariciaba la empuñadura de su fino bastón.

—La pierna te ha quedado muy bien, ni siquiera cojeas.

—Sí, es cierto. Tuve mucha suerte, más de la que merecía.

—Los hombres no cambian, Martinico. Sigues siendo tan buena persona como entonces.

—No halague usted mi vanidad, doña Encarnación. Nadie que tenga más de 20 años es del todo inocente.

—Cuéntame cómo te fue después. ¿Por qué te fuiste a Barcelona? Sabías que las puertas de mi casa estaban abiertas para ti.

—Pensé que era preferible volver a empezar de nuevo, irse a un lugar desconocido y tratar de olvidar. Por otra parte, aunque yo no me había destacado en la resistencia, no me fiaba de los franceses, y menos de los colaboracionistas afrancesados.

En Barcelona conseguí un trabajo de dependiente en un comercio de tejidos, pude ahorrar algún dinero, conocí a la que más tarde sería mi mujer... Tengo buenos recuerdos de aquella época. Volví a Zaragoza durante el trienio constitucional y monté mi propio negocio. Cuando los «cien mil hijos de San Luis» se pasearon triunfalmente por todo el país sentí renacer en mí los dormidos ideales políticos. ¡Otra invasión francesa y esta vez el pueblo la recibía sin resistencia, incluso con aplausos! ¡Y todo porque ahora venían a reponer a Fernando en su trono absoluto! Fue un espectáculo horrible para mí: todo un pueblo reclamando al tirano, todo un pueblo gritando «¡Vivan las cadenas!»...

Durante la ominosa década tuve algunos problemas, pero de poca monta. Me interrogaron un par de veces porque pensaban que mis amigos y yo éramos conspiradores, ¡conspiradores! ¡Ojalá hubiéramos podido! No teníamos la capacidad ni el dinero ni el coraje necesarios. Nos limitábamos a reunirnos en mi casa para hablar de lo divino y lo humano, para comunicarnos las noticias que podían atravesar el muro de la censura y esperar a que cambiaran los tiempos. Y por fin han cambiado.

—O, al menos, eso te parece a ti. De todas formas, me alegro mucho de que te haya ido bien la vida, después de todo.

—Usted debió de pasarlo mal tras la muerte de Alberto...

—Me convencí de que no podía quedarme en casa llorando. Había demasiadas muertes como para preocuparme de una sola. Pasé el final del asedio haciendo vendas y cuidando heridos. Siempre he sido fuerte, como un árbol hondamente enraizado: la falta de alimento y el cansancio no lograron debilitarme. Cuando me enteré de que habíamos capitulado —el 21 de febrero, si no me equivoco— me metí en mi casa y apenas he vuelto a salir desde entonces. ¿Para qué? Nada tengo que hacer en ninguna parte. Eso sí, voy a misa, y a dar algún corto paseo cuando llega la primavera, como hoy.

—Es verdad que no podremos olvidar aquellos meses y que, posiblemente, tampoco debemos hacerlo; pero lo pasado, pasado está. Hay que superarlo. Como usted ha dicho, lo fundamental es vivir, y éso sólo puede hacerse desde el presente. Zaragoza capituló, pero, a fin de cuentas, los que vencimos fuimos nosotros. El poder de los franceses fue efímero, inconsistente, y finalmente fueron expulsados de nuestro territorio, que era lo que importaba. Ahora es preferible mirar hacia el mañana.

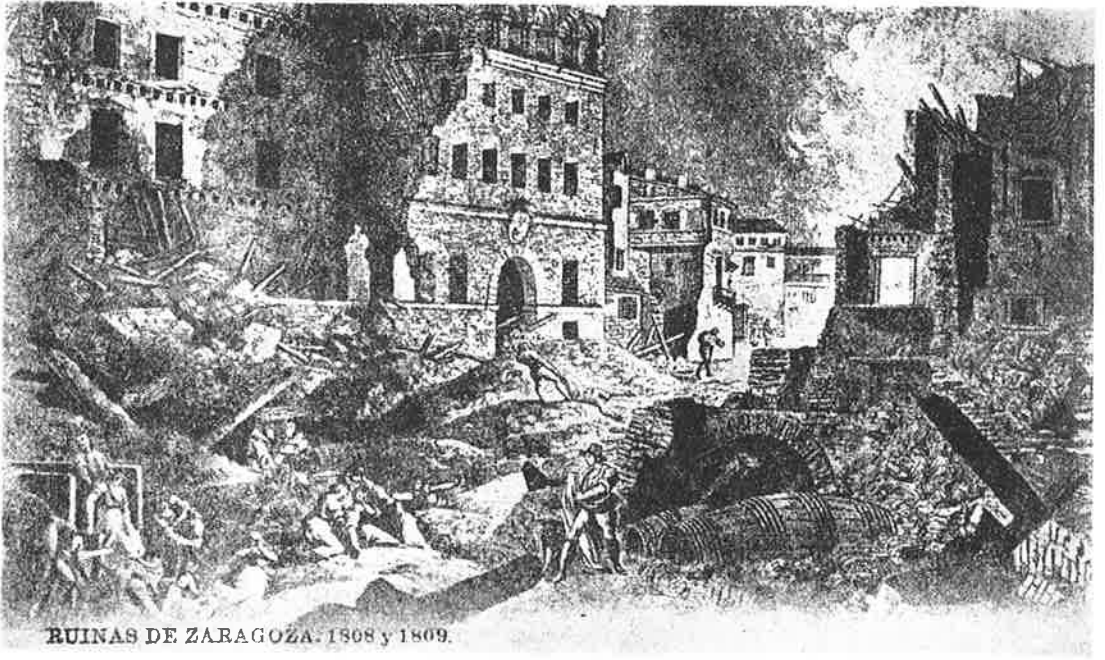
—Lo malo, Martín, es que la capitulación frente al mariscal Lannes no fue el final de nada. Estamos hablando de una historia sin final. Como tú bien sabes, poco después, una noche cualquiera, sacaron de sus lechos al padre Boggiero, que era un santo del cielo, y al cura Sas y los llevaron a empellones hasta la mitad del puente de Piedra. Una vez allí los cosieron a bayonetazos y arrojaron sus cuerpos al Ebro, mudo testigo de tanta muerte en aquellos días.

—¡Criminales! Pero eso pasó y...

—Y ahora, la guerra contra los carlistas. Jamás nos libramos de la barbare. Las mismas atrocidades que hicieron los franceses las está haciendo ahora Cabrera en el Maestrazgo. Mientras haya hombres habrá violencia, habrá crueldad, habrá sangre vertida. Cuando nos hizo, Dios se olvidó de darnos los buenos sentimientos.

**4 DE AGOSTO DE 1808**

**ALICIA MELUS SARRATE**  
**Premio BUP y COU**  
**Academia General Militar**



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.

#### 4 DE AGOSTO DE 1808

El 4 de agosto de 1808 constituye una fecha muy importante en nuestra historia, si bien muy poco conocida por los zaragozanos y únicamente recordada por una calle en el mismo corazón de la ciudad, donde se sucedieron parte de los hechos que vamos a relatar.

El día 3 de agosto de 1808 las tropas francesas que sitiaban la ciudad iniciaron un bombardeo contra ésta, que con el paso de las horas iba alcanzando mayor intensidad. Se habían establecido siete baterías y una de brecha; los morteros y obuses instalados en los cerros de Bernardona y monte de Torrero centraban el fuego especialmente sobre la puerta del Carmen, el convento de Santa Engracia y la torre del Pino.

Estaban compuestas las baterías por más de 60 bocas de fuego, calibre 16, que fueron arrojando una verdadera lluvia de bombas y granadas en casas, iglesias y conventos del corazón de la ciudad.

Es de señalar la importancia que durante los sitios tuvo la Torre Nueva, especialmente en el día 3 y en la madrugada del siguiente; gracias al tañido de las campanas de la Torre Nueva que tocaron a rebato, avisaron a los moradores de la ciudad de las bombas del ejército sitiador.

Se ha comprobado que desde que las tropas francesas aplicaban la mecha a sus cañones hasta que llegaban las bombas y explotaban en los edificios de la ciudad transcurría un tiempo de dos minutos y medio aproximadamente, tiempo que los habitantes de Zaragoza aprovechaban para buscar refugio en los sótanos y bodegas de sus casas.

Por este bombardeo continuo las autoridades de Zaragoza supieron de la preparación de un asalto a la ciudad.

Durante el bombardeo del día 3 no se salvó ningún edificio o casa, siendo de destacar el acoso que sufrieron varios de los edificios más importantes de la ciudad, como el monasterio de San Francisco, el convento de Santa Engracia y muy especialmente el hermoso edificio del hospital de Nuestra Señora de Gracia o General, construido a comienzos del siglo xv y po-

tenciado por los Reyes Católicos, era una joya arquitectónica y un centro médico de gran prestigio por aquel período, con una extensa biblioteca sobre temas científicos y de la salud, laboratorios y grandes salas para las diversas especialidades médicas de la época. Dicho Hospital General abarcaba una importante extensión de la ciudad, comprendiendo lo que actualmente corresponde al Banco de España (en el inicio de la plaza de España) hasta la antigua calle llamada de Zurradores, hoy de don Juan Porcell, y extendiéndose por su parte posterior hasta la calle de San Miguel.

El 27 de febrero de 1425 se aprobó por el rey Alfonso V la construcción del hospital. El 5 de marzo del mencionado año se establecieron las normas u ordenaciones a las que había de ajustarse el régimen y gobierno de la nueva institución. Nadie puede dudar de que la fama de dicho hospital traspasó las fronteras del reino y fue tenido como uno de los principales del mundo.

Al inicio del bombardeo, el día 3 de agosto, el hospital zaragozano daba albergue a más de quinientos enfermos, heridos, convalecientes y locos, hasta un total de dos mil ciento once pacientes.

Por efecto del ataque se produjeron varios incendios y numerosos daños en el edificio, lo que provocó un verdadero pánico entre los pacientes que estaban ingresados. Ante esta situación todos deseaban salir precipitadamente del edificio, provocándose escenas dantescas; aquellos que podían andar se arrojaban a la calle por las ventanas, rompiéndose los más algún miembro; por otra parte, los locos ingresados, en su intento de huida, mezclaban sus gritos, risas o cantos, según la manía de cada uno, con el estrépito de las bombas y los gritos de los enfermos en medio de los incendios.

Debemos de señalar de manera especial el comportamiento de hombres y mujeres de la ciudad, que de forma voluntaria acudieron en socorro de los desdichados, entre ellos destacaron por su comportamiento el padre Bonal, la madre Rafols, la hermana Tecla, la hermana Juliana, la condesa de Bureta y la joven Juliana Serena, así como médicos, enfermeros y demás empleados que se dedicaron a evacuar a la totalidad de los enfermos. Estos fueron trasladados a diferentes lugares como el edificio de la Real Audiencia, la Casa Consistorial, la Lonja, la casa del conde de Bellchite, la casa número 11 de la calle Boggiero, propiedad de Juan López, y una buena parte fueron enviados a la casa de convalecientes que posteriormente se vino a llamar Hospital General de Nuestra Señora de Gracia, que todavía existe en la actualidad.

Durante el mismo día los cañones españoles respondieron al fuego francés desde las puertas del Carmen y de Santa Engracia, mientras los franceses realizaban varios fingidos ataques.

El bombardeo que tuvo lugar sobre el castillo de la Aljafería causó daños considerables. Mientras todo esto sucedía, Palafox conoce ya la noticia del asalto con escalas que por la noche pretenden llevar a cabo los franceses.

El bombardeo continuó hasta poco antes del amanecer y se provocó una pequeña tregua en los disparos que permitió que las sumamente dañadas baterías de los defensores recuperasen su dotación completa.

Al rayar el alba del 4 de agosto 60 cañones franceses abrieron fuego al unísono, mientras la infantería se aprestaba al ataque. Los enemigos descubrieron su formidable batería enfrente de Santa Engracia. Empezaron a batirle en brecha, distraiendo la atención con otros ataques del lado del Carmen, Portillo y Aljafería.

Los franceses habían preparado tres sólidas columnas de asalto. A la derecha, los soldados polacos del primer regimiento del Vístula, junto con la infantería ligera y los granaderos, éstos debían asaltar el monasterio de Santa Engracia y apoderarse de todo hasta el Coso. La columna del centro debía avanzar sobre una rampa en el Huerva y continuaría luego dominando el puente sobre el río para pasar en seguida hasta la puerta de Santa Engracia, después se dirigirían a la plazuela del Carmen. La columna de la izquierda englobaba también numerosos soldados polacos del segundo regimiento del Vístula, así como de infantería francesa de línea, debían dirigirse hacia la brecha que se iba abrir en la muralla entre torre del Pino y la puerta del Carmen; después se dividiría en dos, una parte se apoderaría de la torre del Pino, la otra mitad debían capturar el convento y la puerta del Carmen.

Tras introducir esta primera cuña en la ciudad, las tropas francesas se abrirían en abanico rumbo a la plaza del Mercado, al oeste, y a la plaza de la Magdalena, al este, mientras la columna central procuraba el avance a través del Coso para pasar por el corazón de la ciudad hasta alcanzar el Ebro. Todas las columnas de asalto serían reforzadas por la infantería y la artillería. Fuera de la ciudad el tercer regimiento del Vístula se situaría en los cerros de Bernardona, dispuesto para avanzar sobre cualquier zona donde pudiera ser necesario. La caballería, por su parte, se concentraría en el monte de Torrero. Las fuerzas de ataque francesas estaban al mando de los generales Herbert, Bazancourt y Grandjean.

El bombardeo del ejército francés duró desde el alba hasta el mediodía, sus principales objetivos eran: la muralla que servía de defensa a la ciudad, ya muy deteriorada desde el día anterior; sus defensas, que para el día 4 estaban ya sin posibilidades de responder al fuego, por el daño sufrido y la pérdida de los soldados que las atendían. Este día se destacó por sus varias acciones heroicas el labrador zaragozano Mariano Cerezo, que tenía a su cargo la defensa del palacio de la Aljafería, objetivo de las tropas napoleónicas, que no pudo ser atacado por el valor de los hombres, unos ciento cincuenta, que lo defendían. A lo largo de la mañana de este día el general Palafox, su hermano Luis Palafox, marqués de Lazán, y su otro hermano Francisco recorrían la ciudad organizando las defensas con su mejor cri-



terio, si bien la situación se hacia a cada momento más difícil, la artillería ya no podía responder por haber estallado los cañones y muerto los soldados.

Se reorganizaron las defensas, en especial la zona de la puerta de Santa Engracia, se retiró lo que podía servir de los maltrechos cañones, se retiraban los heridos que se podía, ya que el fuego enemigo no cesaba. También se reforzó la zona inmediata de la torre del Pino y puerta del Carmen. Conforme transcurría la mañana de ese día la situación se iba agravando: el número de muertos y de heridos entre los defensores fue aumentando, el destrozo de edificios no se detenía, el ambiente por el continuo bombardeo junto con los incendios que se provocaron y las altas temperaturas que en esa época del año registraba la ciudad hacían sofocante la situación.

Sobre el mediodía los franceses, después del continuo acoso de su artillería pesada, habían conseguido abrir dos brechas, una en los muros de Santa Engracia y la otra en la muralla construida desde la torre del Pino hasta la puerta del Carmen. A través de estas brechas empezó el asalto a la ciudad. Sería aproximadamente la una del mediodía cuando el mariscal francés Verdier y comandante en jefe de toda la operación gritó en señal de ataque a sus fuerzas vivas: ¡Viva el emperador! La infantería francesa escalaba los muros y se precipitaba hacia el convento de Santa Engracia, otra de las columnas de ataque al río Huerva sin problemas, debido a su poco caudal, se lanzaba contra los defensores que apoyándose en los restos de la muralla aún tenían fuerzas para resistir el ataque haciendo fuego con sus fusiles, ladrillos y piedras.

Las primeras fuerzas francesas estaban apoyadas por la caballería polaca, los cuales con sus lanzas sembraron el pánico entre los defensores de la ciudad. Debido a la resistencia, a pesar de los destrozos ocasionados, que encontraron las fuerzas atacantes de infantería, sus jefes ordenaron que se abrieran paso hacia la iglesia y claustro de Santa Engracia para tomarla y protegerse del fuego de los españoles. En este momento, cuando el mariscal Verdier supo que sus fuerzas ya habían puesto pie en la ciudad, mandó un emisario al cuartel general de Palafox con un breve mensaje que decía: «Paz y capitulación». Inmediatamente le respondió Palafox con la frase: «Guerra a cuchillo». A la vista de la contestación del general Palafox el mariscal Verdier ordenó continuar el asalto a la ciudad.

El general Herbert animó a sus hombres a la lucha y asaltó el convento de Santa Engracia, donde encontraron una feroz resistencia por parte de los habitantes de la ciudad, que para esa hora ya estaban mezclados, soldados y voluntarios, hombres y mujeres del pueblo e incluso frailes y curas. Para hacerse con el dominio de Santa Engracia se vieron forzados a una lucha cuerpo a cuerpo, y cuando ya no hubo ni balas ni fusiles disponibles por parte española se luchaba con palos y piedras o simplemente con el propio cuerpo haciendo frente a las bayonetas enemigas. Una vez dentro del convento, cual-

quier habitación, patio, capilla o sala se convirtió en una pequeña fortaleza militar que había de luchar a muerte para poder avanzar; una parte de la fuerza francesa pudo al fin salir a la calle de Santa Engracia. Mientras otra fuerza atacaba la torre del Pino y por la brecha de sus muros llegar a la puerta del Carmen, esta fuerza era la mandada por el general francés Grandjean; aquí también encontraron una gran resistencia por parte de los defensores, éstos cuando ya no podían hacer uso de sus cañones continuaban la defensa con fusiles y mosquetes, pasando poco más tarde a la lucha de bayonetas; la situación era desesperada, por ello los defensores en un último esfuerzo en la defensa de la ciudad trasladaron los cañones ligeros al interior, siendo instalados en el convento de Santa Fe, situado en la calle Azoque, que estaba situada al comienzo de la calle del Coso. Para retrasar el avance de los franceses se abrieron zanjas y se crearon defensas y muros en las calles de la ciudad, empleando para ello todo lo que la ciudad podía ofrecer, derribos de edificios y casas, balas de lana, muebles, y zanjas, obligaron a frenar a la caballería polaca y retrasó el ritmo del asalto del ejército napoleónico.

Desde Santa Engracia, y gracias al envío de refuerzos por parte de la columna de Herbert, el general Bazancourt pudo por fin encaminarse a la calle de Santa Engracia. Tampoco iba a ser un paseo la conquista de esta calle, situada en lo que es hoy el paseo de la Independencia. El pueblo de Zaragoza estaba decidido a luchar hasta el fin, y bien lo pudieron comprobar las tropas invasoras; en esta calle y desde cada casa se organizó una defensa sin orden, pero que costó muchas vidas al ejército francés, que se encontró con tizos cruzados a ambos lados de la calle, lo que hizo que el avance hacia el centro de la ciudad fuera extremadamente lento y costoso en hombres; en estos avances, ya dentro de la ciudad, fue herido en una pierna el propio mariscal Verdier y también resultaría herido su segundo en el mando, el general Lefebvre.

Una parte de la fuerza atacante se fue extendiendo por las calles angostas de la derecha hasta el convento de Santa Catalina y el hermoso Jardín Botánico con que contaba en esa época la ciudad, y cerca del cementerio de San Miguel, siempre buscando llegar al Coso. Las fuerzas que buscaban salir a la calle del Coso, sin tener que verse sometidas al intenso fuego, éstas se encontraron con la resistencia que les ofrecía un pequeño grupo de unos cincuenta hombres apostados en la plaza de San Miguel, que con un cañón mandaba Mariano Renovales. Por el lado izquierdo los franceses también se veían acosados en la calle Azoque y desde el convento de Santa Fe. Por fin las tropas francesas, y a costa de muchas bajas, pudieron llegar al Coso, parapetándose en las ruinas del gran hospital y en los jardines del convento de San Francisco, situado en lo que hoy es la Diputación Provincial. Serían sobre las cuatro de la tarde cuando una noticia se extendió por la ciudad y desanimó a los maltrechos y agotados defensores: «el general Palafox había

salido de la ciudad junto con sus hermanos y buena parte de su estado mayor». Esto, unido a la presencia de las tropas en la principal calle de la ciudad, hizo que los disparos y la presencia de los defensores fuera cediendo hasta acallar totalmente. Se inicia entonces la salida de las casas de los habitantes que por callejas iban todos en dirección al Pilar y junto al templo intentar cruzar el único puente que tenía la ciudad, el puente de Piedra, todavía salida libre de una ciudad parcialmente tomada.

El éxodo iba en aumento, cada momento eran más los habitantes y defensores que abandonando sus armas querían salir de la ciudad, ya perdida irreversiblemente. Mientras la población se agolpaba en la puerta del Angel que daba al puente, buscando en su huida de la ciudad su salvación, el ejército francés, ya sin el acoso de los defensores, se reorganizaba en el Coso, en la confluencia de la calle de Santa Engracia con el Coso; los mandos del ejército invasor formaron tres columnas, una bajaría por la izquierda a lo largo y ancho de la calle del Coso, buscando el Mercado, para unirse a los que estaban bloqueados en la calle Azoque. Una segunda columna bajaría directamente a la plaza de la Seo en busca del puente de Piedra para cortar la salida de la ciudad, y una tercera marcharía por el Coso a la derecha para tomar la puerta del Sol, que daba al río Ebro. Los que marcharon en formación Coso abajo no encontraron resistencia, únicamente cadáveres y los destrozos de la ciudad, que a esas horas aparecía totalmente desolada y deshabitada. La columna francesa que marchaba hacia la izquierda, en dirección a la plaza del Mercado, se vio retenida por la defensa de los zaragozanos que se habían atrincherado en los conventos de Santa Fe, de la Encarnación y Santa Rosa, sin conseguir aproximarse a su objetivo del Mercado. En su avance tomaron el palacio de los condes de Sástago (actualmente ampliación de la Diputación Provincial), pared con pared con el convento de San Francisco, en cuyo interior se mantenía la resistencia. A primeras horas de la tarde las tropas francesas no podían avanzar al encuentro de sus camaradas, que recibían gran fuego desde el convento de Santa Fe, por lo que después de un tiempo se vieron forzados a retroceder y reorganizarse en el cruce del Coso con la calle de Santa Engracia. Mientras tanto, la columna del centro, y por un error de información, en lugar de tomar la calle de San Gil (hoy Don Jaime), que les hubiera llevado directamente a la plaza de la Seo (y de allí a la puerta del Angel), con orden de cortar la retirada de la población, se introdujeron por el arco de la Cineja (hoy conocido vulgarmente como «el Tubo»), cuyas estrechas calles fueron fatales para los franceses, ya que recibieron todo tipo de ataques por parte de los habitantes de las casas: desde fuego de pistolas y trabucos hasta piedras, utensilios de cocina, aceite hirviendo, etc.

Casi todas las calles de esa zona terminaban en plazuelas, que más que una salvación para los franceses era una nueva situación de peligro, ya que pocas tenían salidas, y se veían forzados a volver por donde habían

llegado, teniendo que saltar por encima de los cadáveres y cuerpos heridos de sus compañeros de armas. Al final de la tarde se reorganizarían junto al convento de San Francisco (hoy Diputación Provincial), abandonando la idea de llegar al Pilar a través de estas calles. Prueba de las dificultades que encontraron fue que no pudieron llegar a tomar la Torre Nueva, símbolo y vigía de la ciudad.

La columna de la derecha, cuya primera misión era hacerse con el control del Hospital General, o mejor dicho, los restos que aún quedaban del edificio en ruinas por el ataque del día anterior. Con una formación al frente de sus oficiales y en marcha hacia su destino, que era tomar la totalidad de esta importante vía hasta la ribera, más parecían un desfile que una columna de asalto, ya que los franceses a esa hora daban la ciudad tomada y como suya. Entretanto el pueblo de Zaragoza, que seguía intentando salir de la ciudad, se vio sorprendido por la actitud del teniente de caballería Luciano Tornos, el cual al ver la desbandada de la población y estando destacado en la defensa del barrio del Arrabal, hizo transportar, por sus hombres, una pieza de artillería ligera al puente de Piedra, y empuñando su sable en una mano y en la otra una mecha presta para aplicar el cañón, instó a los ciudadanos a volver a las calles en defensa de la ciudad, ya que estaba dispuesto a abrir fuego para detener la huida de los zaragozanos, que ante la actitud firme de este oficial, volvieron sobre sus pasos a entrar a la ciudad y reunirse en la plaza de la Seo.

Mientras este hecho tan importante ocurría para la defensa de la ciudad, otro de igual importancia se iba a producir en la plaza de la Magdalena. La columna que avanzaba, cauta, pero confiada, por el Coso bajo, a la altura de la plaza que da nombre la iglesia de la Magdalena, y en las inmediaciones del edificio de la Universidad (que fue hasta 1960 y hoy totalmente desaparecido este edificio para la ciudad), salieron al encuentro de las tropas napoleónicas ocho valientes ciudadanos que con sus fusiles y machetes se lanzaron contra las mismas siguiendo el ejemplo del sacerdote Ignacio Santarromana que los mandaba, cuya actitud sorprendió a los franceses por su audacia y valentía, que junto con la descarga de sus fusiles y su lucha cuerpo a cuerpo consiguieron contener el avance. A los disparos de esta refriega respondieron otros defensores desde casas y calles próximas al Coso. Rápidamente este hecho y la noticia de la acción de sus conciudadanos se extendió por el sector y un grupo numeroso de ciudadanos que estaban en los alrededores de la Seo se movilizaron para acudir en ayuda y hacer frente a los franceses en la Magdalena. Se estaba consiguiendo cortar el avance de los invasores en esta zona de la ciudad, obligándoles a romper su formación y refugiarse para defenderse en los portales y restos de las casas de esta calle.

Conforme avanzaba la tarde, ya casi anocheciendo, las fuerzas enemigas se iban replegando y reagrupándose en las ruinas del seminario de San Carlos, volado por una explosión días antes, ya que servía como almacén de

municiones para los defensores de la ciudad. Cuando llegó la noche de este día 4 de agosto, las tropas francesas que por la mañana habían iniciado el asalto a la ciudad, al mediodía pensaban era suya y por la tarde desfilaban por una parte de las calles del centro de la misma, esa noche se encontraban cercadas en el corazón de la misma atrincherados en dos edificios o lo que de ellos quedaba, como el convento de San Francisco y el Hospital General de Nuestra Señora de Gracia, que se convirtió en cuartel general de los franceses por orden de Lefebvre. Los ánimos habían cambiado, mientras los franceses hacían un balance del día y de sus bajas, que según algunos contemporáneos cifraban en más de quinientos muertos y mil quinientos heridos. Los habitantes de Zaragoza y el resto de los soldados españoles se organizaron y reagrupaban después de la dura jornada vivida en que cada habitante se había convertido en un defensor y cada defensor en un héroe, dispuesto a continuar la defensa de su ciudad: Zaragoza, nunca mejor llamada HEROICA e INMORTAL.

## PERSONAS DESTACADAS POR SUS ACCIONES EN ESTE DIA

- AGUSTIN, María (Defensora). Zaragoza, ¿1786?
- ALCAIDE, Agustín (Cronista). Zaragoza, 1778; ¿Zaragoza?
- ALVAREZ, Casta (Defensora). Zaragoza, 1786; Cabañas, Zaragoza, 1846.
- AMAR Y BORBON, Josefa (Escritora). Zaragoza, 4-II-1753; Zaragoza, 21-II-1833.
- ASSO Y DEL RIO, Ignacio (Jurista). Zaragoza, 4-VI-1742; Zaragoza, 21-V-1814.
- BOGGIERO, Basilio (Sacerdote). Génova, 5-IV-1752; Zaragoza, 24-II-1809.
- BONALD CORTADA, Juan (Sacerdote). Gerona, 1769; Zuera, 1829.
- BURETA, Condesa de (Defensora). Gerona, 1775; Zaragoza, 1814.
- CALVO DE LAS ROZAS, Lorenzo (Hombre de negocios). Vizcaya, ¿1773?
- CASAMAYOR, Faustino (Gacetillero). Zaragoza, 15-II-1760; íd., 15-X-1834.
- CASANOVA Y THOMAS, José (Sacerdote). Alcañiz, América.
- CONSOLACION, José de la (Sacerdote). Villafeliche, Teruel, 1769; Luceni, Zaragoza, 1809.
- DE LA HERA, José (Carpintero). Zaragoza, 1732; Zaragoza, 1815.
- FERRAZ Y CORNEL, José (Militar). Huesca, 3-IV-1797; Valencia, 30-VI-1854.
- GARCES NAVARRO, Félix (Labrador). Zaragoza, 1750; Zaragoza, 1814.
- GUILLELMI, Jorge (Militar). Sevilla, 1734; Zaragoza, 1809.
- HERNANDEZ, Julián (Médico). Molina de Aragón, 1761; Zaragoza, 1853.
- HERNANDEZ, Pedro (Militar). ¿?; Zaragoza, 4-V-1809.
- IBORT, Jorge (Tío Jorge). Zaragoza, 1755; íd., 15-XI-1808.
- LARENA FENOLLE, Juliana (Defensora). ¿1790?; ¿?
- LOSTAL, María (Defensora). ¿?; Zaragoza, 1809.
- LUCAS Y ARCAINE, Martín (Militar). Barbastro, 1780; Madrid, 1852.
- MUÑOZ DEL TORO, Francisco (Militar). Córdoba, ¿?; Córdoba, 1856.

PALAFIX, José (General). Zaragoza, 28-X-1775; Madrid, 15-II-1847.  
PALAFIX, Luis (Marqués de Lazán). Zaragoza, 2-VI-1772; Madrid, 28-XII-1843.  
PERENA CASAYUS, Felipe (Militar). Huesca, 1764; Huesca, 1834.

RAFOLS BRUNA, María (Religiosa). Barcelona, 5-XI-1781; Zaragoza, 30-VIII-1853.

RIC, Pedro María (Jefe de la Junta de Capitulación). Fonz, Huesca, 24-IX-1776; id., 29-III-1831.

SALAMERO, Miguel (Comerciante). Zaragoza, 1766; Zaragoza, 1846.

SANCHO, Manuela (Defensora). Belchite, Zaragoza, 1783; Zaragoza, 1863.

SANGENIS, Antonio (Militar). Abelda, 12-VII-1767; Zaragoza, 13-I-1809.

SAS, Santiago (Sacerdote). Zaragoza, 21-VII-1774; Zaragoza, 22-II-1809.

VILLACAMPA, Pedro (Militar). Laguarda, Huesca, 1776; Madrid, 1854.

ZARAGOZA, Agustina (Agustina de Aragón). Reus, 1786; Ceuta, 29-V-1857.

## BIBLIOGRAFIA

AYMES, J. R.: *La Guerra de la Independencia en España, 1808-1814.*

BAYOD PALLARÉS, Roberto, G.: *El reino de Aragón durante el gobierno intruso de Napoleón.*

Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza: *Guía histórico-artística de Zaragoza. Descripción de las calles, plazas, plazuelas, puertas y paseos de la ciudad de Zaragoza.*

Institución «Fernando el Católico»: *Estudios de la Guerra de la Independencia. La medicina en los Sitios de Zaragoza.*

PASCUAL DE QUINTO Y DE LOS RÍOS, José: *Albúm gráfico de Zaragoza.*

PÉREZ GALDÓS, Benito: *Episodios nacionales* (número 6).

RUDOFF, Raymond: *Los Sitios de Zaragoza, 1808-1809.*

TORENO, Conde de: *Guerra de la Independencia.*





**LAS BANDERAS DE LA VIRGEN DEL PILAR  
EN 1808**

CONTRARIAMENTE A LO QUE SE CREE NO EXISTIO SOLO UNA,  
SINO AL MENOS CUATRO, Y OTRAS MUY SIMILARES

LUIS SORANDO MUZAS  
Premio Medios de Comunicación  
Academia General Militar



## LAS BANDERAS DE LA VIRGEN DEL PILAR EN 1808

En las últimas jornadas de mayo de 1808 y recién asumido el mando de la plaza de Zaragoza y de todo el reino de Aragón por el general Palafox, ordenó éste a varios bordadores de la ciudad, entre los que se encontraba don Miguel Salamero, la construcción de varias banderas *blancas*, al menos cuatro, «*con la imagen de Nuestra Señora del Pilar y con las armas de Zaragoza*», a fin de entregarlas a aquellos cuerpos que él considerase más merecedores de este honor. Sin embargo, no era ésta la primera vez que se hacían en Zaragoza enseñas guerreras con la efigie de la Virgen, pues ya en 1706 y según un curioso manuscrito existente en la biblioteca nacional de Viena (*Narraciones históricas desde el año 1700 a 1725*, por F. Castellví), los cuerpos formados en la ciudad para luchar en favor del archiduque Carlos de Austria durante la guerra de Sucesión habían adoptado banderas similares a éstas. De él entresaco, por su interés, los siguientes fragmentos: «Regimiento de la ciudad de Zaragoza, 10.º del ejército, fue levantado en últimos de 1706 y le pagaron la ciudad de Zaragoza hasta ocupado aquel Reino por las dos coronas en 1707 que pasó a Cataluña, tenía en *sus banderas un león, a la otra parte una imagen de la milagrosa Virgen del Pilar con un lema que decía: Santa María del Pilar*, ...en 1713 pasó a Italia y en 1724 sus banderas fueron dadas al templo de Buda (Hungria)». «...Regimiento de Caballería de Aragón en *sus estandartes llevaba el escudo vulgarmente dicho de Aragón (las barras) y a la otra parte la imagen prodigiosa de la Virgen del Pilar con el lema: Santa María del Pilar*»; parece ser que uno se conserva en el Museo del Arsenal de Viena.

Pero volvamos a 1808, el 15 de junio se exhibió públicamente la primera de estas nuevas banderas. Con ella en las manos recorrió Palafox la ciudad y tras visitar el templo del Pilar salió hacia Belchite. Este acto fue registrado por todos los cronistas locales: F. Casamayor, A. Ibieca, etc., y en todas las citas posteriores aparecen las banderas unidas ya a unidades concretas. Son éstas:

## **Regimiento de Extremadura**

Esta unidad se hallaba en Tárrega y acudió en auxilio de Zaragoza el 19 de julio «con un solo batallón, pero con su bandera (coronela) y toda la plana mayor»; fue éste el primer gran contingente regular que acudió a la plaza, por lo que se le confió una de las banderas de la Virgen y con ella, el día 26, el sargento mayor del regimiento tomó juramento a los defensores ante la puerta del Carmen. Tras la capitulación se perdió el rastro de ella, no así de la coronela, que se conserva en la Asamblea Nacional de París.

## **Primer Tercio de Valientes Aragoneses (o Primero del Pilar)**

Fue el primero de los formados tras el alzamiento, por lo que se le entregó otra de las banderas con la Virgen. Luchó en el primer sitio y en octubre salió hacia Cataluña convirtiéndose en el «Primer Batallón de Cazadores Voluntarios de Zaragoza». Capituló en Tarragona el 28 de junio de 1811 cayendo su bandera en poder de los franceses quienes con otros trofeos la llevaron a Zaragoza, exponiéndola en los balcones del palacio de Suchet durante todo el día 2 de agosto, siendo llevados después a París. Parece muy probable que sea ésta la hoy existente en el Museo del Ejército.

## **Primer Batallón Ligero de Voluntarios de Aragón**

Esta unidad se hallaba en Madrid y entró en Zaragoza el 3 de julio «sin bandera», por lo que el general les recibió «entregándoles una bandera de las que ha mandado bordar nuestro general *con la imagen de Nuestra Señora del Pilar, patrona de dicho batallón, con las armas de Zaragoza*», según palabras de F. Casamayor, testigo de dicho acto. Intervino en los dos asedios, pero se desconoce la suerte de su bandera tras la capitulación.

## **Batallón de Cazadores del Campo de Cariñena**

Por un escrito del general Villacampa, del 13 de octubre de 1809, a la «Junta suprema de Aragón y parte de Castilla» sabemos que el alcalde primero de Orihuela, don Ramón Vázquez, compró «a un bordador la bandera generala de Zaragoza, que le había encargado el Excmo. señor Palafox, con la efigie de Nuestra Señora del Pilar, la cual ha puesto a su disposición (a la de Villacampa) y en su virtud la ha destinado al Batallón de Cazadores Aragoneses del Campo de Cariñena que estaba sin ninguna, y por responder sus armas a la denominación del mismo». Se sabe que en 1812 usaba ya el batallón (entonces regimiento) otra bandera, que hoy se conserva en el Ayuntamiento de Cariñena, por lo que supongo que perdió la de la Virgen en la batalla de Sagunto el 25 de octubre de 1811.

De estas banderas sólo una ha llegado hasta nosotros, tiene unas medidas de 170 × 135 cm, y habiendo sido tomada por los franceses entre 1809 y 1811 fue obsequiada por el emperador Napoleón, junto a otras siete banderas españolas, a su ilustre cirujano el barón de Percy, y una vez muerto éste fue donada por su sucesor M. Durand, en 1830, al Museo de Artillería de París (después Musée de l'Armée) en donde permaneció, con la referencia Aa. 162, hasta 1941, año en el que fue devuelta por el mariscal Petain a España, junto con otros cuarenta trofeos. Desde entonces se conserva en el Museo del Ejército de Madrid, con el número 21.250 de su catálogo, plegada en una mesa vitrina y con la imagen de la Virgen, recortada y enmarcada para su mejor conservación en 1936, colocada sobre ella, lo que dio lugar a la falsa creencia, muy difundida, de que en un incendio habido en los Inválidos de París en 1851 se salvó sólo «milagrosamente» la imagen de la Virgen.

Desde 1945 viene siendo catalogada sin fundamento, ya que ningún catálogo anterior especifica su procedencia, como de «los Voluntarios de Aragón» tomada en Zaragoza; teniendo en cuenta que todas las banderas tomadas en Zaragoza, veintiuna, fueron entregadas a la Asamblea Nacional en 1810 y que ésta, como ya hemos visto, procede del Musée de l'Armée, deduzco que es imposible que proceda del sitio de Zaragoza, y que en realidad puede proceder de la batalla de Sagunto o del sitio de Tarragona, acciones ambas desarrolladas en 1811.

El dibujo que acompaña a este artículo es un calco de una interesantísima fotografía, anterior a la restauración de 1937, que se conserva en la biblioteca del Musée de l'Armée (París).



**BREVE HISTORIA DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA**  
**(DIARIO DE UN COMBATIENTE)**

**SANTIAGO SALAZAR CUBERO**





## BREVE HISTORIA DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA

(Diario de un combatiente)

Toda la ciudad estaba ajetreada por el duro trabajo que suponía la disposición de las baterías en línea de fuego, la creación de barricadas en las calles, el refuerzo de los muros exteriores y la ordenación de los grupos de ciudadanos para el inminente ataque galo.

A mí, junto con mis vecinos amigos del barrio del Portillo, tocóme, no sé si en suerte o en desgracia, apoyar y defender la batería del Portillo, al mando del cura Santiago Sas, fogoso dirigente del ejército aragonés que llegó a ser héroe local y uno de los mártires de la ciudad de Zaragoza.

Pero antes de relataros los sucesos acaecidos en mi ciudad en la Guerra de Independencia española, me presentaré: mi nombre es Joaquín Laborda, nací a día 7 de marzo del año del Señor de 1789 en la parroquia del Portillo de la inmortal ciudad de Zaragoza, y hasta el momento de empezar tan grave conflicto armado toda mi vida había estado trabajando de ayudante en la tienda de mi padre, una librería sita en un local de la calle Azoque. Quizá gracias a esto pueda contaros con cierta soltura y algo de riqueza en mi vocabulario los hechos ocurridos en la capital del reino, pues de tierna edad empapábame de todas las lecturas que poblaban mi entorno familiar, lo que contribuyó en gran manera a no pertenecer al enorme grupo de analfabetos existentes en el censo aragonés.

Cuando surgió el peligro real de un ataque frontal por parte del ejército francés contra Zaragoza decidí escribir un pequeño diario con los hechos más importantes de ahora en adelante, cosa que realicé.

El día 15 de junio de 1808 aparecieron a tiro de piedra las tropas francesas mandadas por el general Lefevre, las cuales, formadas por tres columnas, se detuvieron en la llamada Torre de Escartín para preparar el ataque a la amurallada ciudad.

En cuanto el mando español comprobó la cercanía de las tropas galas organizó los batallones de voluntarios situándolos en las zonas de los muros de la Misericordia, en los jardines de los conventos situados al norte del

Portillo, en el convento de la Encarnación, en la torre del Pino, en la puerta del Carmen y en las murallas de los jardines de Santa Engracia.

Cincuenta artilleros regulares fueron situados en las distintas baterías de la ciudad, junto con otros tantos civiles que se unieron a ellos en caso de baja en combate de los primeros.

Toda la ciudad estaba presa de un nervioso frenesí, pero cada uno de los habitantes mantenía su puesto de una manera fija y decidida; hasta que empezó el primer ataque francés, cuyo ejército se había dividido en tres cuerpos: el cuerpo central intentó el ataque por la puerta del Carmen, el que intentaba el ataque por el Portillo, en la zona izquierda, y por último la parte derecha que intentaba la entrada por Santa Engracia.

En nuestra posición podíamos, al principio, comprobar cómo los franceses se acercaban corriendo endiabladamente como poseídos hasta nuestra batería; el cura Sas esperó a que los galos estuvieran a pocos pasos de la posición y, cuando sus cuerpos rozaban casi la punta de nuestras bayonetas, mandó disparar a discreción. Un atronador fuego de mosquetería causó a los enemigos muchas bajas en las primeras filas, pero su ataque estaba produciendo al mismo tiempo numerosas bajas en nuestro destacamento. Cuando ya parecía irremisible el rechazo de los gabachos nos fue dada la noticia de que Mariano Cerezo acudía con más hombres para reforzar nuestra guarnición.

Tras un largo paréntesis de encarnizada lucha logramos causar la retirada del ejército galo por la parte izquierda de Zaragoza. En el mientras tanto, el subteniente Sangenis, encerrado en prisión por sospecha de traición, escapó de la misma junto con Luciano Tornos, reclutando hombres para apoyar los puntos titubeantes de la defensa aragonesa.

Los franceses habían conseguido en el asalto al cuartel de Caballería abrir varias brechas, por las cuales, como una herida sangrante, empezaban a entrar gritando, saqueando y matando sin ninguna contemplación a los defensores, que, asustados, habíanse replegado en dirección a los pisos superiores. Mientras el ejército francés avanzaba hacia los pisos más altos y los españoles sentíanse cada vez más atrapados, un ramalazo de insospechado coraje, debido quizás a la proximidad de una muerte segura o al terrible odio contra los galos, hizo que las fuerzas españolas se agruparan y cargaran con una incontenible furia contra el invasor. Habitación por habitación, piso por piso, fueron acabando a punta de bayoneta con los infantes enemigos, que, aterrorizados por el enérgico empuje hispano, huían desordenadamente hacia los pisos de la planta baja.

No quedó un solo francés; los que conseguían encontrar una salida eran aniquilados en el exterior de la casa por los patriotas zaragozanos.

En la batería del Portillo, y con ahínco, cerrábamos brechas y limpiábamos el terreno de los cadáveres de nuestros compañeros muertos, al mismo tiempo que un destacamento de lanceros polacos (el 1.º del Vístula) entraba

por la zona de Santa Engracia a la ciudad. Los jinetes penetraron por el barrio de Santa Engracia a toda velocidad pasando al Coso, donde una multitud de voluntarios en edad senil, mujeres, niños y heridos atacáronles con lo primero que encontraron a mano: cuchillos, tejas, macetas, sartenes, todo venía bien para derribar al jinete y rematarlo con furia en el suelo.

Los lanceros, viéndose perdidos en el callejón sin salida que suponía la plaza, huyeron por el mismo camino que antes había escogido.

En el cuartel de Caballería un nuevo destacamento de infantes franceses intentaba abrir brechas en los muros del citado edificio; por doquier, los soldados galos podían observar el trato de los españoles hacia sus compañeros, lo que supongo influyó de una manera psicológica en el ataque. Llegado el momento los voluntarios hispanos descargaron un atronador fuego de fusilería que mermó el avance galo. Algo más tarde, los pocos infantes enemigos que quedaban con vida huían a trompicones hacia su retaguardia como alma que lleva el diablo.

Para rematar la faena, y según contáronme los que estuvieron allí, el oficial de caballería Mariano Renovales salió decididamente con inusitado coraje con ciento cincuenta voluntarios por la puerta del Angel para combatir a los franceses en el exterior de los muros y así dar un respiro para la retaguardia con el propósito de ordenar las filas defensivas y desescombrar el terreno de cascotes y cadáveres. Avanzó hasta el puente de San José y allí resistió las oleadas de atacantes enemigos unas dos horas; hasta que sintiéndose amenazado por la peligrosa caballería gala volvió a la ciudad por la zona de Santa Engracia.

Tras varias horas de combate los asediados pobladores de Zaragoza sentíamos exhaustos, y nuestras reservas de munición se veían en peligro de inminente extinción; faltaban proyectiles para las baterías y llegando a usar piedras, en alguna ocasión, según tengo oído, se produjo la obturación del tubo del cañón, y por consiguiente su inutilización.

Rápidamente se buscaban remedios para tan fatales problemas; charreros y cerrajeros donaban todas sus pertenencias para la causa y se afanaban en darles forma de proyectil; las personas que no podían combatir trabajaban haciendo los cartuchos para los mosquetones, y, en definitiva, toda la ciudad trabajaba con gran tesón y febril ánimo.

Horas después retirábanse los franceses de Zaragoza con precipitación. Algo increíble estaba ocurriendo: la gente inundó el Coso y la plaza del Pilar y todos, excepto los puestos de guardia, que seguían alerta, celebraban la victoria conseguida. La basílica pronto se encontró repleta de feligreses para dar gracias a su santa Patrona, y toda la deshecha ciudad se vio inundada de aclamaciones y vítores para el puesto de mando, pero el capitán general Palafox, curiosamente, no apareció en el balcón del Ayuntamiento. Según pude oír, corrían rumores de que había ido a reunir fuerzas disgregadas por la zona norte de Aragón, dejando el mando a la Junta.

Después del merecido descanso tuve que estar de guardia todo el día siguiente, por lo que pude observar cómo los campesinos patrullaban las afueras de la ciudad, hallando sables, mosquetones y mochilas de los infantes franceses muertos en combate.

En la plaza del Pilar podíanse contemplar los caballos y uniformes de los lanceros polacos eliminados, y contabilizando se calcularon en setecientos el número de enemigos muertos, treinta los prisioneros y unos seis cañones y obuses de campaña abandonados por las tropas galas. Las bajas españolas sobrepasaron en muy pocos hombres el número de trescientos; pero algo inverosímil había sido hecho realidad: los triunfadores de Metz, Austerlitz, Borodino, etc., habían sido derrotados de una manera humillante por civiles que carecían de cualquier experiencia bélica anterior, y entre los cuales, y humildemente, encontrábame yo.

Zaragoza se encontraba seriamente dañada por los obuses franceses; por aquí y por allá, batallones de voluntarios civiles apagaban fuegos, arreglaban paredes, desescombraban lugares y rescataban a los heridos y a los caídos en combate.

Cuando regresé a casa para descansar me encontré con algunos desperfectos en la parte del corralico y bastantes cristales rotos en las ventanas, pero por lo demás quedé tranquilo; mi padre, anciano ya, no había regresado todavía, pues cuando salíamos de casa antes de la batalla perdimos el contacto entre el barullo de la gente y no lo volví a localizar.

Horas más tarde oí voces en el exterior de la finca; eran las de José y Manuel, dos viejos amigos de la parroquia, los cuales traían el desmembrado cuerpo de mi anciano padre, muerto a consecuencia de la onda expansiva de un obús francés; le faltaba el brazo izquierdo y la pierna del mismo lado: estaba deshecho. Como imaginarás, querido lector, no tengo palabras para explicarte lo que sentía por mi padre y, menos, lo que empecé a sentir hacia los franceses; así que dejaré de hablar de este suceso y que valga con el dato.

Después de otorgar cristiana sepultura a mi padre dirigime al cuartel general de la ciudad y esperé órdenes. El ambiente era de preocupación, pues los altos cargos de la defensa aseguraban la realización inminente de un gran asedio por parte del enemigo, y tardaron varios días en organizar la estructura defensiva de Zaragoza.

Al coronel Renovales se le encomendó la defensa de Santa Engracia, Calvo de Rozas fue colocado al mando del sector del Portillo y el alcalde de Zaragoza, don Miguel Abad, consiguió agrupar a unos trescientos hombres para defender la gran Puerta Quemada; a mí me tocó, a las órdenes de Calvo de Rozas, proteger la ya maltrecha zona del Portillo, en la cual habíame situado con Sas en anteriores y sangrientos combates.

Ese día, por la noche, recibimos la mala noticia de que grupos de soldados franceses habían penetrado en el monasterio de Santa Fe asesinando al abad,

a tres monjes y a tres sirvientes; saqueando posteriormente todo el edificio sin dejar nada de valor.

El día 27 recibimos en el puesto de guardia la citación de Palafox para acudir a la plaza del Carmen. Cuando llegamos, un gran gentío de soldados y civiles armados permanecían formados delante del estado mayor; todo el mundo se preguntaba la razón de tan extraña orden cuando, saliendo toda la plana mayor de personajes ilustres, se nos instó a pronunciar un juramento de honor contra la persona de Napoleón. Un oficial del regimiento de Extremadura nos preguntó: «¿Juráis, valientes y leales soldados de Aragón, defender a vuestra sacra religión, a vuestro rey y a vuestra patria, sin aceptar jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar a vuestros jefes ni a vuestra bandera, bajo la protección de la Santísima Virgen del Pilar, vuestra santa Patrona?».

Como una sola voz, todos respondimos con orgullo: ¡Sí, juramos! Ese mismo día, a la hora de la comida, una gran explosión hizo tambalear todas las estructuras arquitectónicas de la ciudad y una gran nube de humo negro envolvió, como densa niebla, todas las calles circundantes al Coso; algo terrible había ocurrido. La gente, aterrorizada, salía a la calle entre semejante humareda que no se veía a dos pasos. El seminario había sido borrado del mapa por la explosión de toda la pólvora contenida en los barriles que allí se guardaban, y debida, según medios oficiales, a la colilla del cigarro de un voluntario que allí se encontraba trabajando.

El día 28 de junio, mientras trabajábamos en el desescombro de los materiales destruidos en la explosión, las tropas napoleónicas tomaron con facilidad la margen derecha del Ebro, cortando así uno de los accesos a la ciudad que más se habían utilizado. Estos hechos empezaron a producir una aumentable inestabilidad en la mente de la población, que pensaba ser traicionada por espías infiltrados en Zaragoza. Así se ahorcó a un madrileño que trabajaba de tramoyista por el delito de alta traición, ya que había difundido en la ciudad noticias de las victorias francesas en todos los frentes de la Guerra de Independencia española.

Doscientos cincuenta artilleros, setecientos soldados regulares y ciento setenta jinetes, junto con unos seis mil novecientos voluntarios civiles, formábamos actualmente la guarnición defensora de Zaragoza antes de que el día 1 de julio, a la una de la madrugada, el primer gran bombardeo del ejército francés empezara a causar la muerte, el pánico y la destrucción en la ciudad.

La gente salía precipitada de sus casas a la calle con el temor de que las bombas les cayeran encima dejándoles sin vida; pero pronto se restableció el orden, y la maquinaria humana de la urbe empezó a funcionar. Calvo de Rozas, a cuyo mando estábamos incorporados, nos señaló la necesidad de impedir a toda costa la entrada de las tropas francesas por nuestro sector, pues se preveía un ataque enemigo (después de que cesara el bom-

bardeo de la ciudad) por tres flancos diferentes. Pero no fue así; el mismo día 1 de julio, a las nueve de la mañana, arreció sobre nuestras posiciones el bombardeo enemigo, dejando sin protección a las baterías y matando a todos los artilleros de las mismas.

Algún tiempo después observamos cómo tropas francesas eran divididas atacando la puerta de Sancho y nuestra ahora débil posición; y nos dieron noticias de que las puertas del Carmen y de Santa Engracia también estaban siendo atacadas por los napoleónicos. Ante tal situación, y el terrible vocerío que levantaban los enemigos al acercarse a nuestra posición, un generalizado sentimiento de temor inundó mi emplazamiento, y sin pensarlo dos veces echamos a correr todos como vulgares cobardes hacia un refugio seguro.

Los franceses avanzaban con gran decisión sin que nadie les cortara el camino, y, cuando los defensores de las posiciones más avanzadas cayeron bajo el fuego enemigo y los franceses se aprestaban a tomar posiciones, una esbelta joven salió de entre los muertos españoles, avanzó unos pasos, cogió la mecha encendida aún de las manos de un artillero moribundo y disparó a bocajarro un cañón que apuntaba directamente al grueso de las tropas francesas causando tantos muertos que decidieron retirarse. Fue algo inolvidable el ver a Agustina de Aragón en acción; rápidamente salimos de nuestros escondites gritando desaforadamente y corriendo a toda velocidad, logrando expulsar definitivamente a las tropas galas.

Una nota llegada a manos del jefe de mi puesto notificaba y ratificaba la expulsión de los franceses de los puntos de ataque. Ningún francés había conseguido realmente poner los pies en Zaragoza. Se calcularon las bajas francesas en unos doscientos hombres y trescientos los heridos, debiendo sumar a estas cifras las producidas por la manía de los zaragozanos, en su júbilo, de hallar espías en todas partes. Por ejemplo, un comerciante francés residente en Tudela fue arrestado y ahorcado públicamente con la acusación, nada formal, de haber vendido Zaragoza a las tropas de Napoleón.

A una anciana que portaba algunos cartuchos y unos pocos papeles sin importancia se le detuvo en la puerta del Angel acusándola de traición, y se propuso lincharla públicamente; pero antes de efectuar la condena, se maltrató de tal manera a la pobre mujer que murió de los golpes recibidos por el histérico gentío que la rodeaba.

Por último, a uno de los deanes catedralicios se le detuvo por dar las oportunas órdenes a un sacerdote para que «aconsejara» a los guardianes de los prisioneros franceses que éstos fueran pasados a cuchillo. Esto te dará, querido lector, una idea clara del sentir español hacia todo lo relacionado con lo francés.

El 28 de julio me encontraba de guardia en mi nuevo destino de la puerta de Santa Engracia, debido al casi total exterminio de nuestra columna del Portillo (ya que los pocos sobrevivientes que quedábamos había-

mos sido incorporados a otras columnas en primera línea), cuando nos dieron la ratificación por parte de la oficialidad de la derrota del ejército francés en Bailén a favor de las tropas del general Castaños. De nuevo el todopoderoso ejército galo había sido derrotado, pero esta vez en campo abierto y contra tropas regulares.

La gran encerrona a la que fue sometido el ejército francés dio sus frutos en pocos días, y se tuvo que pedir la capitulación incondicional.

El 31 de julio podría, por primera vez en aquella semana, descansar toda la noche hasta la mañana del día siguiente, pues mi superior habíame dado pernocta para recuperarme del cansancio acumulado tras los duros combates y el agotador trabajo realizado para componer de nuevo las maltruchas defensas de Zaragoza. Ya echado en mi cama, despierto aún, y pensando en todas las cosas que habíanme sucedido hasta ese día, me pareció escuchar el agudo silbido de un obús de gran calibre pasando por encima de mi cabeza; pero no oí ninguna explosión: eran los primeros disparos de la artillería francesa que habían errado el tiro y se estrellaban contra las rápidas aguas del río Ebro. Momentos más tarde un rosario de explosiones comenzaban a destrozar las zonas de la puerta del Carmen, de la puerta de Santa Engracia y la zona de la torre del Pino.

El bombardeo aumentaba su intensidad de fuego según pasaban las horas, y la ciudad pronto se vio llena de multitud de cascotes, cuerpos sin vida e incendios que asolaban la ciudad.

Salí corriendo de mi casa hacia las murallas de Santa Engracia, al sur de la población, y en cuanto llegué mandáronme conducir a los heridos hacia el gran Hospital General. Pasaban los días y la granizada de proyectiles que caía sobre Zaragoza no nos daba tregua ni descanso.

El 3 de agosto fue un día para recordarlo largamente en los históricos anales de la ciudad: el Hospital General, situado al lado derecho de la calle del Coso, y que albergaba a más de dos mil enfermos y heridos a la vez de hacer las funciones de hospital psiquiátrico, fue frutalmente bombardeado por la noche.

La escena fue dantesca, el pánico se había apoderado de sus ocupantes, los cuales, para salvarse del fuego, y por miedo a que el techo les cayera encima, saltaban desde las ventanas rompiéndose como consecuencia de ello brazos y piernas. Algunos otros eran alcanzados de impacto directo por los obuses enemigos, por lo que pronto se pudieron advertir trozos de cuerpos desmembrados, y miembros sueltos de seres sin vida.

Para colmo de males la zona destinada al alojamiento de los enfermos mentales sufrió grandes desperfectos, permitiendo salir a la calle a éstos, los cuales empezaron a cantar, gritar, reír y saltar con irracional frenesí encima de las ruinas y de los cadáveres que poblaban toda la calle; incluso uno de los enfermos fue corriendo hacia la calle del Coso gritando a viva voz que era el río Ebro y que iba a apagar todos los incendios que se habían propagado en Zaragoza.



Mientras un grupo de voluntarios nos afanábamos en poner un poco de orden en tan tétrico escenario, una batería francesa bombardeaba con insistencia el castillo de la Aljafería, ocasionando grandes daños en las paredes que la protegían, ante lo cual Mariano Cerezo, que estaba al mando de la misma, mandó clausurar los grandes portalones de acceso diciendo con gran soltura y aplomo: «Caballeros, aquí no hay más remedio que morir o vencer». Las esperanzas del oficial daban una idea clara de los pensamientos que pasaban en esos instantes por su mente.

Dentro de la ciudad el bombardeo decayó en intensidad, lo que permitió la rápida evacuación de los heridos del hospital por un grupo de personas capitaneadas por la condesa de Bureta, las cuales transportaban a los enfermos y a los heridos a la Lonja y a la Audiencia Territorial, mientras los demás regresábamos a nuestros puestos de combate para prepararnos ante un posible nuevo ataque enemigo.

En la madrugada del día 4 de agosto sesenta cañones pertenecientes a las cercanas baterías francesas abrieron fuego al unísono, bombardeando terriblemente las zonas más importantes de nuestra defensa. La parte amurallada en la que yo estaba situado se destruyó casi totalmente, lo que supuso la apertura de una gran brecha por la cual, si no nos dábamos prisa, entraría el enemigo al asalto. Mientras algunos camaradas seguían con la vigilancia, otros, ayudados por las mujeres, intentaban desesperadamente tapar los huecos producidos por las explosiones; pero nuestro esfuerzo fue inútil, ya que, protegidos por un denso fuego de cobertura, los infantes franceses y polacos entraban en aluvión y a punta de bayoneta por la brecha.

Pese a la desesperada resistencia que opusimos al enemigo, no pudimos contener el incesante fuego con el que se protegían y nos retiramos a la carrera hacia el Coso.

Se habían abierto dos grandes brechas en las murallas: una en los muros de Santa Engracia y la otra en la muralla situada entre la torre del Pino y la puerta del Carmen. Los franceses seguían avanzando hacia el centro de la ciudad sometidos por el fuego a quemarropa de los vecinos, así como por el incesante bombardeo de piedras, granadas, tejas e incluso muebles que llovían desde los pisos superiores de las casas. Calle por calle, casa por casa, el ejército napoleónico iba ganando terreno a los desordenados defensores, dejando un rastro de cadáveres de los dos bandos a su paso. Una gran cuña a modo de tenaza había sido dispuesta por las tropas galas, estando subordinados los defensores a dos frentes, y teniendo como única salida el anacrónico puente de Piedra.

Unas tres horas después de la entrada de los gabachos en Zaragoza se estableció una breve tregua dispuesta por los enemigos para reforzar las posiciones ya tomadas y reorganizar el ataque. El general Verdier, al mando de las tropas francesas, mandó junto con un emisario una nota al cuartel general español en la cual se sugería lo siguiente: «Cuartel general-

Santa Engracia. Paz y capitulación». Palafox leyó la misiva y, cogiendo papel y pluma, contestó: «Cuartel general-Zaragoza. Guerra a cuchillo». Con esta frase se perdían todas las esperanzas de rendición honrosa por nuestra parte; si perdiáramos la batalla, no obtendríamos ninguna clemencia del enemigo. Como bien había escrito Palafox, la batalla sería a cuchillo.

Pronto se reanudó el combate y en seguida vimos cómo los gabachos avanzaban hacia nuestras posiciones en el Coso. A toda prisa enfilamos un cañón cargado con metralla hacia el final de la calle y esperamos a que el enemigo se pusiera a tiro. Cubriendo el cañón con nuestros cuerpos, disparamos nuestros mosquetones a discreción a fin de que el invasor se confiara, y cuando se situaron a unos pocos pasos de nuestra batería el oficial al mando de la misma nos dio la señal para echarnos al suelo. Cuando el cañón hizo fuego, las bajas del enemigo fueron tan numerosas que retrocedieron y estabilizaron el frente al final de la calle para esperar la llegada de refuerzos; nosotros nos pusimos a refugio en el convento de Santa Fe, en la calle de Azoque, a la espera de una nueva carga por parte de las tropas francesas.

Minutos más tarde un compañero llegó hasta nosotros con la mala noticia de que el capitán general Palafox, con los componentes de su estado mayor, había huido fuera de Zaragoza; todo estaba perdido, el pánico inundó de nuevo la mente de los vecinos y la muchedumbre escapó rápidamente por el puente de Piedra hacia el exterior. Zaragoza estaba vencida.

Nuestra posición pronto se vio desierta; yo, indeciso entre lo que debía o no debía hacer, decidí que, ya que era el único hombre para defender la batería, mis esfuerzos serían vanos contra los franceses; entonces, y a la carrera, marché hacia el puente de Piedra con un nudo en la garganta.

Zaragoza, mi ciudad, mi vida, iba a ser tomada por un ejército enemigo, por un pueblo extraño.

Las tropas francesas avanzaban por el Coso sin oposición alguna; el hueco sonido de sus botas al chocar contra el empedrado se oía por encima de los cañonazos de cobertura. Al llegar a las ruinas de la Magdalena, dos manzanas de casas al oeste del Coso, un grupo de hombres armados con mosquetones y dirigidos por un sacerdote se lanzaron contra el batallón francés y descargaron sus armas a quemarropa, hundiéndose en las filas enemigas y luchando desesperadamente hasta que los filos de las bayonetas francesas acabaron con sus vidas.

Al ver semejante desbandada de gente intentando escapar de Zaragoza por el puente de Piedra, Luciano Tornos, teniente de caballería, se situó a la salida del puente sable en mano y con un cañón ligero apuntando directamente a la aterrorizada turba. Se hizo un denso silencio, lo que sirvió para que el teniente diera la orden de vuelta a la ciudad a todo el mundo, amenazando con disparar si no era obedecido.

Ayudado a su vez por unos patriotas que aconsejaban la vuelta a Zaragoza, el populacho decidió volver a las armas y empezar a luchar de nuevo contra el francés.

Poco a poco los gabachos fueron detenidos por el valeroso empuje de las tropas españolas, y pronto la situación de la ciudad dejó de ser irremediable.

Para hacer frente a las oleadas de atacantes los defensores usaban lo que fuera, llegando incluso a hacer barricadas formadas a base de cadáveres de hombres y animales, que con su propia sangre hacían resbalar a los soldados franceses, lo que les hacía más vulnerables.

Palafox entró en Zaragoza al día siguiente con cuatro mil soldados y doscientos carros cargados de armas y municiones, lo que aumentó considerablemente la probabilidad de expulsión francesa.

El 13 de agosto las tropas del general Verdier levantaron el sitio a Zaragoza; habían sufrido más de tres mil quinientas bajas en el intento de invadir la capital de Aragón.

Todo había terminado; al final, entre el escandaloso jolgorio de la gente, el pútrido olor de los cuerpos en descomposición y el ruinoso estado de la ciudad, Zaragoza daba un extraño aspecto.

Al finalizar el día cuatro infantes franceses fueron ahorcados y, para agradecer los servicios prestados en favor de la ciudad, se regaló a Palafox todo un equipo de caballería francesa con su caballo y su pica, y en el extremo de la pica la cabeza clavada del anterior jinete. Los franceses habían sido nuevamente derrotados, y Zaragoza era de nuevo libre.

Tras el primer sitio parecía inconcebible que las tropas francesas regresaran a Zaragoza para romper la resistencia una segunda vez, pero nuestro estado mayor desconfiaba de Napoleón y promulgó un decreto en el cual se pedían voluntarios para hacer de Zaragoza un descomunal fortín, sin escatimar gastos ni materiales en su construcción.

Tan grandiosa obra fue encomendada al ingeniero Sangenis, que reclutó a un grupo de estudiantes de matemáticas e ingeniería para que lo ayudaran en los trabajos preparatorios.

En cuanto a los habitantes de Zaragoza nos encontrábamos con buen ánimo, aunque muchos de nosotros (y yo me incluyo) habíamos perdido todas nuestras pertenencias, quedándonos en la calle. Pero en realidad lo que contaba para nuestras personas era el orgullo de haber salvado Zaragoza del francés, y haber dado una lección al propio emperador.

Volviendo al tema de la construcción de las barricadas y defensas debo decir que los aragoneses éramos reacios a ayudar, ya que no creíamos que el ejército francés volviera a atacar a la ciudad. Pero cuando tiempo después tuvimos la noticia de la derrota de las fuerzas españolas frente a las tropas

galas, todos los habitantes, sin diferencia de sexo, edad o categoría social, comenzamos afanosamente a construir las defensas de Zaragoza trabajando sin descanso noche y día.

El día 30 de noviembre las tropas napoleónicas se situaron de nuevo, y por segunda vez consecutiva, enfrente de las murallas de Zaragoza al mando del mariscal Moncey; pero curiosamente al día siguiente levantaron el campamento y marcharon a Alagón en espera de refuerzos.

Esto dio un nuevo respiro a la guarnición zaragozana, que fue aprovechado para completar las fortificaciones de la custodiada ciudad. En Zaragoza habíanse congregado antes de la iniciación del segundo sitio más de cuarenta y cinco mil hombres armados.

Cuando el día 20 de diciembre apareció ante nuestros ojos el ejército francés quedamos asombrados de la increíble cantidad de máquinas de guerra y extraños artilugios que habían traído consigo.

Al día siguiente el sonido de las campanas despertóme de mi aletargado estado: eran las ocho de la mañana y el ejército enemigo empezaba a bombardear intensamente el monte de Torrero, al sur de la ciudad; tres horas después los defensores del pequeño reducto en forma de estrella huían del mismo hacia Zaragoza con las fundadas sospechas de un corte en su retirada. Los franceses eran ya dueños de Torrero.

A la una de la tarde un cuerpo formado por unos ocho mil hombres empezaba a desarrollar el ataque contra el barrio del Arrabal; en un principio los españoles consiguieron rechazar los continuos empujes a los que estaban sometidos por los franceses con fuego de metralla, pero la toma de un edificio por los napoleónicos hizo cundir el pánico entre los defensores del Arrabal, que huyeron en desbandada hacia el río.

Viendo esto desde la torre del palacio arzobispal, Palafox actuó con rapidez y mandó que tres o cuatro batallones, entre los cuales estaba el mío, atacaran a las tropas francesas junto con algunos jinetes españoles. Los soldados que se retiraban, avergonzados, volvieron a la lucha y, tras algún tiempo de cruentos combates, conseguimos la retirada total del enemigo del sector del Arrabal. Por un día, Zaragoza conservaba aún el Arrabal.

De vuelta a la ciudad multitud de gente nos felicitaba y nos abrazaba, la alegría cundía por doquier; pero las tropas enemigas se asentaban en Torrero y la ladera de Casablanca. Cada vez se encontraban a menos distancia de mi ciudad.

El 23 de diciembre los franceses empezaron a cavar trincheras que se acercaban en zig-zag a las murallas; esto hizo que el alto estado mayor hiciera cálculas del asunto, pero todo quedó en «caldo de borrajas».

Hacia el final de 1808, un gran frío, acompañado de un gélido cierzo, hizo que muchos soldados regulares de uno y otro bando enfermaran de pulmonía; se contabilizaron en seis mil los enfermos que hasta el día 29 de diciembre ocupaban las camas del hospital de Zaragoza. Muchos solda-

dos, sobre todo los que provenían de las tierras del litoral levantino, caían muertos por la fiebre, y familias enteras se indisponían y enfermaban por cualquier alimento ingerido. Zaragoza carecía en su totalidad de productos alimenticios frescos; yo mismo tuve que llegar a tomar la sopa con el salitre de los cartuchos a fin de que pudiera ser ingerida. Carecíamos absolutamente de sal, jabón y otros muchos productos imprescindibles en la vida cotidiana.

El hecho de la entrada en la ciudad de nuevos refuerzos para Zaragoza no hizo sino empeorar la maltrecha situación; las plagas se difundían como la pólvora, y tuvieron que ser abiertos más hospitales «provisionales»; yo, en particular, llegué a ver hombres cayendo muertos en las calles, y de unos cuarenta y cinco mil hombres sanos en Zaragoza al empezar el sitio, sólo veinte mil continuaban en pie.

A las seis y media de la mañana del día 10 de enero las baterías del monte de Torrero comenzaron a bombardear Zaragoza; muy pronto se unieron a las anteriores varias baterías emplazadas rodeando la ciudad. La mayoría de los muros estaban siendo destruidos, así como las baterías españolas, que quedaban sin protección ante el enemigo. Muchos hombres morían de las heridas producidas por los muros al desplomarse a consecuencia del estallido de una bomba enemiga, pero aprovechábamos la noche para arreglar de nuevo el muro que nos protegía.

Durante toda la noche estuvo bombardeando la artillería enemiga, y cuando al día siguiente comíamos unos bocados los de mi compañía al amor de la hoguera, el fuego enemigo seguía atronante, sin parar; era horrible.

En la malograda mañana del día 11 de enero las tropas enemigas empezaron a bombardear furiosamente el convento de San José, al mando del oficial Renovales. En dos horas todas las defensas exteriores del edificio quedaron destruidas, y en el interior las paredes y el techo pronto se empezaron a caer desplomados. A las cuatro de la tarde los franceses atacaron y, tras un largo compás de espera para los observadores de ambos ejércitos, se pudo ver a las pocas tropas españolas que quedaban huir hacia la ciudad. Treinta españoles cayeron muertos, muchos de los cuales habían sido enterrados vivos por el hundimiento progresivo de las techumbres del convento.

Mientras, en la ciudad, los cañones enemigos seguían causando un efecto devastador, arrasando hasta calles enteras, y por consiguiente acabando con la vida de las familias que en ellas habitaban; ese mismo día fuimos llamados unos cuantos hombres para transportar —con el enorme riesgo que suponía por la densa cortina de obuses enemigos— un gran aprovisionamiento de pólvora desde el monasterio de San Agustín hasta la catedral de la Seo. Gracias a Dios, el enemigo no hizo blanco en nuestro grupo

mientras se realizaba el transporte, y terminado el trabajo fuimos cada uno a nuestro puesto correspondiente en la defensa de la ciudad.

Zaragoza sufría terriblemente la carga de las numerosas y abundantes epidemias, que se propagaban con facilidad, dadas las horribles condiciones sanitarias a las que estaban expuestos los habitantes, que en su mayoría vivían en los sótanos de las casas, lo que los hacía más débiles contra la enfermedad, debido a la poca aireación de los mismos.

Más de cien personas morían cada día en Zaragoza por las epidemias de tifus exantemático y por las malas condiciones de los alimentos.

El día 13 de enero los franceses comenzaron a bombardear el reducto del Pilar, situado en la margen derecha del Huerva para dominar esta zona.

En un solo día los defensores de dicho fortín tuvieron treinta muertos y ochenta heridos. Se inició el pánico de nuevo, pero éstos permanecieron firmes en la defensa hasta que el día 15 de enero, a las ocho de la tarde, un destacamento de infantes franceses y polacos lo asaltaron, expulsando a los españoles a punta de bayoneta.

Zaragoza estaba ya exhausta; en el día 16 de enero más de seis mil bombas cayeron sobre nuestras cabezas, y, para colmo de males, los franceses emplazaron una nueva batería detrás de las ruinas del monasterio de San José, lo que hizo ya insoportable el bombardeo, que duraba con éste más de seis días sin interrupción.

Creo que fue por estas fechas cuando empecé a sentir los primeros síntomas de la enfermedad, la cual no me dejó combatir hasta el final, restableciéndome unos meses después.

El 23 de enero realizamos, al mando de Mariano Galindo, la más audaz salida de las que habíamos realizado hasta la fecha, pero debido con seguridad al poco número de hombres que atacamos, la sorpresa de los franceses, terminó en una grave derrota de nuestras tropas, de la cual sólo pudimos escapar vivos unos pocos voluntarios.

Zaragoza tenía tantos muertos diarios que su sepultura se hacía imposible de una manera rápida, así que la población colocaba a sus muertos amontonados en las puertas de las iglesias cubiertos con una tela de lona para evitar la posible infección a la que estaban expuestos, debido a la descomposición de los cadáveres.

El día 27 de enero los franceses atacaron la puerta de Santa Engracia y consiguieron entrar en Zaragoza tras una horrenda matanza de los defensores; llegaron a la plaza de Santa Engracia y poco después se apoderaron de la zona de la ciudad que llegaba hasta la puerta del Carmen. Yo, que estaba en las murallas de Santa Engracia, noté en un determinado momento como un desgarrón en una mano: la bala de un mosquetón enemigo había alcanzado de refilón; la guerra para mí había terminado.

Desde aquel momento fui evacuado a la zona de administración de víveres, en la cual mi papel consistió desde ese mismo día hasta el de la

evacuación en entregar la ración diaria (con peligro para mi vida) a los heroicos combatientes zaragozanos que seguían resistiendo el empuje de los napoleónicos.

A partir de ahora todo lo que os cuente que pasó ha sido antes recogido por mí de personas que sí que estuvieron en cada uno de los lugares en los que se desarrolló el combate hasta el final, por lo cual habrá cosas que las habré pasado por alto sin ninguna intención.

La situación para los franceses estaba igual cinco días después, ya que aún no habían avanzado ni un palmo desde la entrada en la ciudad. Hombres, mujeres y niños combatían desesperadamente contra los franceses, que el día 2 de febrero empezaron a poner en práctica, junto con la anterior, una nueva forma de hacer la guerra. Empezaron a minar las casas de Zaragoza una por una, dejando a su paso, mientras avanzaban, ruinas humeantes y cadáveres de los dos bandos.

La resistencia española seguía en sus trece, y se vieron anécdotas escalofriantes que daban una exacta idea de lo que era la guerra para el patriota hispano: un soldado polaco fue golpeado por un fraile hasta hacerle perder el sentido, con la salvedad de que el arma agresora fue un gran crucifijo; Santiago Sas fue visto en medio del combate con los brazos desnudos y agitando un sable bañado en sangre, gritando que ya había matado a diecisiete franceses; y por último cabe señalar que un oficial francés fue asesinado por un sacerdote a quemarropa. La moral del pueblo zaragozano seguía siendo alta, a pesar de todos los problemas que se nos amontonaban día a día.

El día 2 por la tarde los franceses consiguieron tomar el convento de Santa Mónica (cerca de la plaza de San Agustín, al este de Zaragoza) después de que tres plantas del edificio se desplomaran encima de los defensores a causa del bombardeo francés.

Poco a poco, casa por casa, calle por calle, barrio por barrio, los franceses se fueron apoderando de la ciudad; por el contrario, los españoles iban perdiendo consecutivamente los edificios de importancia. y por tanto la moral y el ánimo. Con Palafox gravemente enfermo por la disentería, la Junta firmó en el campamento francés la orden de rendición de la ciudad, la cual, en síntesis, decía lo siguiente: José Bonaparte es el legítimo rey de España, aquel que se le oponga será considerado traidor en vez de un soldado de un país en guerra.

Se garantiza el perdón general a toda la población de Zaragoza.

La guarnición deberá abandonar la ciudad un día después de la firma de este tratado, siendo portadora de las armas para depositarlas en montones a doscientos pasos del Portillo. Los oficiales podrán conservar la espada, y los soldados su equipo no ofensivo.

Aquellos que presten juramento de fidelidad hacia la persona del rey José se alistarán en sus ejércitos.

Los que, por el contrario, se nieguen a ello serán enviados a Francia en calidad de prisioneros de guerra.

La propiedad privada y la religión serán respetadas y las leyes se administrarán como antes.

Al mediodía del frío 21 de febrero los defensores de la ciudad salieron en grupos reducidos por la puerta del Portillo para dejar sus armas y empezar su nueva ruta al exilio, hacia Francia. Pero yo, que estaba al cuidado de unos enfermos, pude quedarme en Zaragoza para siempre; todo había terminado.

Según cuentas sacadas de los archivos franceses, un total de treinta y dos mil setecientas balas de cañón fueron disparadas, ochenta toneladas de pólvora gastadas, y por último unos diez mil soldados franceses perdieron la vida por unas sesenta mil almas españolas.

La guerra había traído el infortunio a Zaragoza, pero supimos demostrar que un ejército de profesionales podía ser derrotado por las masas civiles de cualquier país del mundo, con un poco de orgullo y ansias de libertad que poseyera.

«¡Venturosos habitantes de esta ciudad de Dios! ¡Para vosotros está reservada la gran satisfacción de ser hombres de buena voluntad! Vuestras esposas e hijos os cubren de bendiciones y toda la península y las naciones más remotas se encuentran deseosas de presentarse a vuestro lado e imitaros.

»España renace en Zaragoza y ojalá que este santo templo del Pilar sea el baluarte más sólido y la admiración de todo el universo.

»...Es suficiente con nacer en Zaragoza para ser valiente; es suficiente luchar al amparo de sus murallas —que vosotros haréis perfectas— para ganar los laureles de la inmortalidad...»

(Del bando escrito por Palafox el día 21 de enero de 1809.)





# ZARAGOZA: PRIMER SITIO

JOSE MARIA DIAZ RIERA



## INTRODUCCION

La heroica defensa de Zaragoza asombró al mundo. Y aún sigue asombrando, a cuantos militares se adentran en su estudio, por muchas razones; pero fundamentalmente por dos: en primer lugar, porque Zaragoza no era una ciudad fortificada tras cuyos muros pudiera haberse refugiado más o menos cómodamente un ejército, y en segundo lugar, porque en la Zaragoza del primer sitio —objeto de nuestro estudio— no existía lo que pudiéramos llamar «un ejército» para defenderla.

En 1808 era una ciudad abierta, apenas protegida por una tapia que la circundaba. En su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, el conde de Toreno nos dice que «cercábala solamente una pared de diez o doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería...», de tal modo que a la artillería napoleónica habría de resultarle fácil de abrir en ella brechas para sus columnas de asalto, pese a disponer de cañones de sólo 12 libras que en aquel tiempo constituían el nervio de la mencionada artillería divisionaria.

Tampoco cobijaba Zaragoza una guarnición capaz de proporcionar unos medios ni tan siquiera elementales de defensa...; cuando hablamos de soldados en el primer sitio hacemos referencia a un millar de hombres entre miguelotes y tropa, en su mayoría procedentes de otras guarniciones, que habían ido a dar con sus huesos a Zaragoza huyendo del acoso francés, especialmente en Cataluña, y que formaban un heterogéneo conjunto de grupos aislados. En estas condiciones el esfuerzo principal de la defensa corre a cargo de una población civil, carente de experiencia militar, a cuyo frente se pone un reducido grupo de oficiales profesionales, de los cuales algunos se encontraban en situación de retirados.

De esta manera Zaragoza se enfrenta a una división aguerrida, perfectamente instruida, con experiencia de combate y mandada por un veterano general del imperio..., sencillamente asombroso.

Para comprender una buena parte de las muchas cosas que ocurrieron debemos hacer previamente hincapié en lo que fue la guerra de la Independencia; porque sin esta premisa va a ser un poco difícil de entender la forma

en que se desarrollaron los acontecimientos, sus grandezas y sus miserias. La extensión de este trabajo no nos va a permitir hacer un análisis profundo del fenómeno, pero es obligado hacer unos cuantos comentarios que verterán un poco de luz sobre el proceso.

La guerra de la Independencia tuvo un planteamiento distinto al que tuvieron las guerras de su época. Ya hacía tiempo que habían desaparecido aquellas atrocidades que ensangrentaron Europa en la guerra de los Treinta Años, y los ejércitos se comportaban con más disciplina y humanidad, permaneciendo el elemento civil al margen de las contiendas. En España la situación es diferente porque no es un ejército el que se enfrenta a otro; aquí es el pueblo quien se alza contra el invasor francés. Y como ocurre siempre que toman las armas los paisanos, por muy legítima que sea su lucha, aparecen en ella dos elementos que la distinguen de una guerra «regular»: el odio y la crueldad..., y la guerra fue a muerte.

Incapaz la población civil, por su inferioridad numérica y técnica, de enfrentarse a las tropas invasoras en campo abierto, aparece la guerrilla, la emboscada; ese tipo de lucha para el que no está adiestrado un ejército regular que ve cómo se vulneran «los principios de la guerra», y se responde a la violencia con la violencia, cayendo muchas veces en el fanatismo y la crueldad.

Por otra parte, tampoco el ejército francés era estrictamente francés. No habían desaparecido de él los soldados mercenarios, y aunque la mayoría de los generales eran franceses, salidos muchos de ellos de los rangos inferiores y ascendidos en tiempos de la Revolución francesa a los más altos grados de la milicia, a los que habían accedido por su valor y su inteligencia, la tropa era una mezcla de soldados de diferentes nacionalidades. Hasta de quince naciones distintas llegó a tener soldados el imperio, y entre los que invadieron España hubo suizos, alemanes, portugueses, polacos, italianos y franceses. Alemanes y polacos se distinguieron especialmente por su crueldad; los italianos eran de tal catadura moral que el mismo Napoleón llegó a quejarse de que Murat le iba enviando bandidos en lugar de soldados. Y los franceses, al principio tímidos soldados de recluta, tardaron poco tiempo en aprender el arte de colgar de los árboles a los españoles que caían en sus manos. No podemos afirmar que las tropas españolas estuviesen compuestas por paisanos solamente. Lo que ocurría era que en el momento de la insurrección el ejército español contaba con unos cien mil hombres, de los que quince mil estaban destacados en Dinamarca al mando del marqués de la Romana, y a esto cabe añadir que muchos de los jefes de este ejército, por ese sentido de la disciplina que caracteriza a los ejércitos regulares, se mantuvieron leales a sus mandos, que les ordenaban colaborar con los franceses porque ésas eran las órdenes emanadas del Rey y de la Junta. Esto produjo en los primeros momentos una tremenda desorientación que costó la vida a muchos de ellos en manos del pueblo enfurecido... Hubo que añadir, además, la

natural repugnancia que a muchos jefes producía la idea de armar a una masa indisciplinada, lo que fue causa de algunos desmanes.

Como muestra de lo reducido de nuestro ejército bastará comprobar los efectivos de nuestra artillería en el momento de iniciarse las hostilidades. Había en España cuatro regimientos, de 9 baterías cada uno, destacados en Barcelona, Valencia, Sevilla y La Coruña; 3 baterías a pie y una a caballo en Segovia y 15 compañías más de diferente fuerza. Toda la oficialidad existente era veintitrés coroneles, treinta y tres tenientes coroneles, cinco sargentos mayores, setenta capitanes, ochenta y cuatro tenientes y ochenta y cinco subtenientes. Nos estamos refiriendo a la oficialidad «facultativa», es decir, de carrera estudiada en la academia del arma en Segovia. El total de tropa era de seis mil quinientos cincuenta hombres, cantidad que hoy nos parece ridícula.

En cuanto a la actitud de los mandos militares frente a la invasión baste considerar que cuando el 2 de mayo de 1808 don Pedro Velarde sale a la calle para incorporar una compañía de Infantería al Parque de Montealeón y entregar armas al pueblo que está peleando en condiciones de inferioridad contra las tropas de Murat, el resto de la guarnición de Madrid está acuartelada, cumpliendo las órdenes del ministro de la Guerra, O'Farril, y del capitán general don Francisco Javier Negrete. Rechinando los dientes, pero acuartelada. Mientras tanto, en el parque pelean una compañía de voluntarios del Estado, un grupo de paisanos y... catorce artilleros al mando de don Luis Daoíz.

La guerra fue feroz. Pero por esas paradojas que con tanta frecuencia se dan en nuestra historia, aquellos odios que hemos visto perpetuarse en el siglo XIX, por ejemplo, entre franceses y alemanes, aquí terminan en cuanto las tropas imperiales abandonan la Península, y puede decirse que nuestro siglo XIX es casi un idilio entre Francia y España. Aunque luego estos odios se extiendan, a lo largo del siglo, en una lucha fratricida que va a durar hasta finales del mismo. Esto confiere a la guerra de la Independencia un carácter tal que bien podría decirse que resulta ser un conflicto superficial, y cuando se llega al Congreso de Viena, que es el remate de las guerras napoleónicas, nos presentamos en él sin ser capaces de obtener el reconocimiento a nuestro esfuerzo, que fue quizás el más impetuoso y prolongado de todos los que se opusieron a Napoleón.

## ZARAGOZA

En 1808 Zaragoza es ya una ciudad de 55.000 habitantes que rebasa los límites de la vieja muralla romana, y con una incipiente industrialización, aunque fundamentalmente sea comercial y agrícola. No está fortificada ni posee una ciudadela como otras ciudades, y el recinto que la rodea es una pared, ya descrita, que se apoya en algunos edificios y conventos de piedra de sillería, con ocho puertas que dan salida a la campiña. Estas puertas son: la del Angel, San Ildefonso, Sancho, Portillo, Carmen, Santa Engracia, la Quemada y la del Sol.

Baña a la ciudad el río Ebro por su margen derecha, y por el lado opuesto, el río Huerva, que es casi un aprendiz de río, y rinde su escaso caudal al Ebro, aguas abajo de la ciudad, un poco antes de donde viene a desembocar también el Gállego. En la orilla izquierda del Ebro está el barrio del Arrabal, a la salida del puente de Piedra, que es el único que existe, porque otro de madera que salvaba el río se vino abajo durante una riada que hubo en 1802. A un cuarto de legua de la ciudad, dominándola, se eleva el monte de Torrero, junto al canal Imperial, que recibió su nombre del emperador Carlos.

Antes del asedio los alrededores de la ciudad eran feraces campiñas con olivos y vides y en las afueras podían verse quintas de recreo que, en esta tierra, reciben el nombre de «torres». Cerca de la puerta del Portillo se encuentra el castillo de la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragón, rodeado de un foso y muralla con cuatro bastiones en los cuatro ángulos del edificio.

Las calles son estrechas, salvo el Coso, que coincide con la antigua muralla romana, larga y ancha, que se extiende desde la puerta del Sol hasta la plaza del Mercado.

Sus casas son de ladrillo, de dos o tres pisos, y en la ciudad hay numerosos edificios de piedra de sillería, muchos de los cuales adquirieron renombre a lo largo del sitio porque sirvieron como improvisadas fortalezas en las que se refugiaron los defensores.

La guarnición era escasa..., a comienzos del sitio la ciudad dispone de menos de 2.000 soldados, y su artillería se reduce a 12 piezas de pequeño calibre.

## LA INSURRECCION

Los sucesos de Madrid el 2 de mayo de 1808 tuvieron inmediata repercusión en Zaragoza. Y esa reacción casi automática de las clases populares para hacer frente al invasor francés, debe considerarse en el contexto de una realidad histórica inmediatamente anterior. Hay en ella algo más que una simple manifestación patriótica o de amor al trono; la guerra de la Independencia está marcada por un factor revolucionario... Cuenta Alcalá Galiano una anécdota de su anciana madre, residente en Madrid, que al contemplar desde el balcón de su casa los alborotos del 2 de mayo se limitó a comentar pensativamente: «Ya ha empezado». ¿Qué es lo que había empezado? El destronamiento de las clases altas, la primacía de los vínculos naturales sobre los estatales...; por eso en esta guerra de la Independencia el fenómeno fue esencialmente popular, jugando nuestro ejército un papel, en cierto modo, auxiliar.

Inmersa en este ambiente empiezan a formarse corrillos en las calles zaragozanas. En ellos se comentaban las noticias que iban llegando de Madrid, y de boca en boca circulaba la noticia de que Napoleón se había adueñado de la Corona de España tras la renuncia en su favor de la familia Borbón. Y ante la actitud disciplinada de las autoridades militares, grupos de hombres y mujeres, principalmente de las parroquias de San Pablo y de la Magdalena, capitaneados, entre otros, por el famoso tío Jorge, vecino del barrio del Arrabal, analfabeto e ignorante, pero con un prestigio personal enorme, se dirigen a la casa del capitán general para obligarle a la dimisión.

El capitán general don Jorge Juan Guillelmi era amigo personal de Godoy y tras su dimisión fue llevado al castillo de la Aljafería junto con otros militares sospechosos de poco patriotismo, muchos de los cuales, justo es decirlo, en el momento del sitio fueron puestos en libertad, escribiendo con su sangre brillantes párrafos de la historia del sitio. Uno de ellos fue el sobrino del capitán general don Rafael Irazábal, que era uno de los tres artilleros facultativos que había en Zaragoza y que dirigió el fuego de las piezas del castillo de la Aljafería.

Para sustituir a Guillelmi se nombra a su segundo, el general Mori, pero por ser éste de origen italiano se desconfió de él y los sublevados volvieron sus miras hacia don José Palafox y Melci, que ya a últimos de abril había ido a Bayona para entrevistarse con el rey y darle cuenta de lo ocurrido con la entrega del Príncipe de la Paz. Palafox había regresado a España por Guipúzcoa y se retiró a la torre de la Alfranca, próxima a Zaragoza, que era una casa de campo propiedad de su familia. Al enterarse Guillelmi de la



presencia de Palafox en Zaragoza le intimó a abandonar el reino de Aragón, pues sospechaba de él, y no sin motivo, porque éste se arrimó a los que estaban buscando el rompimiento con la legalidad existente, y la revuelta que estalló en Zaragoza no le fue ajena. Depuesto Guillelmi el día 25 de mayo se presentaron en Alfranca cincuenta paisanos y lo llevaron a Zaragoza para hacerle entrega del mando de la Capitanía.

Era Palafox un hombre joven, de 28 años, apuesto, inteligente y tenaz, y aunque no poseía grandes conocimientos militares ni de gobierno (era coronel de Guardia de Corps) supo rodearse de hombres capaces, que por su energía, saber y experiencia le ayudasen con sus consejos, como su antiguo maestro el escolapio don Basilio Boggiero o don Lorenzo Calvo de Rozas, que había llegado de Madrid el día 28 de mayo y fue nombrado corregidor e intendente y el oficial de Artillería don Ignacio López, que dirigió en este primer sitio importantes operaciones.

A Zaragoza habían llegado, huyendo de Madrid, Pamplona, San Sebastián y Alcalá, algunos oficiales retirados, con los cuales empezó a organizar unidades formadas por paisanos, a las que dio el nombre de «tercios»; se recogieron fusiles, escopetas y otras armas, y la fábrica de pólvora de Villafeliche suministró municiones.

El 6 de junio salió de Pamplona, con la misión de apoderarse de Zaragoza, el general Lefebvre Desnouettes al frente de una columna compuesta por quinientos soldados de infantería, ochocientos jinetes y 6 piezas de artillería de campaña. En su camino hacia esta ciudad se tuvo que enfrentar a una tropa de voluntarios en número de quinientos hombres al mando del marqués de Lazán, hermano de Palafox, que fue derrotada fácilmente en tres encuentros decisivos que tuvieron lugar en Tudela (8 de junio), Mallén (13 de junio) y Gallur. El 14 de junio esta columna choca con una fuerza de cinco mil hombres salida de Zaragoza, en la que se encontraban unos quinientos soldados españoles y algunos desertores extranjeros, con 100 caballos y 4 piezas de artillería de pequeño calibre. El choque tuvo lugar en Alagón, siendo derrotado Palafox y retirando la fuerza al interior de la ciudad.

Estas tres derrotas sucesivas no pudieron abatir el ánimo de los zaragozanos que se aprestaron a defender la ciudad, pese a que Palafox siguió en dirección a Belchite para reorganizar de nuevo sus tropas y reunir dispersos. El día 15 de junio los zaragozanos rechazaron la primera embestida de los franceses.

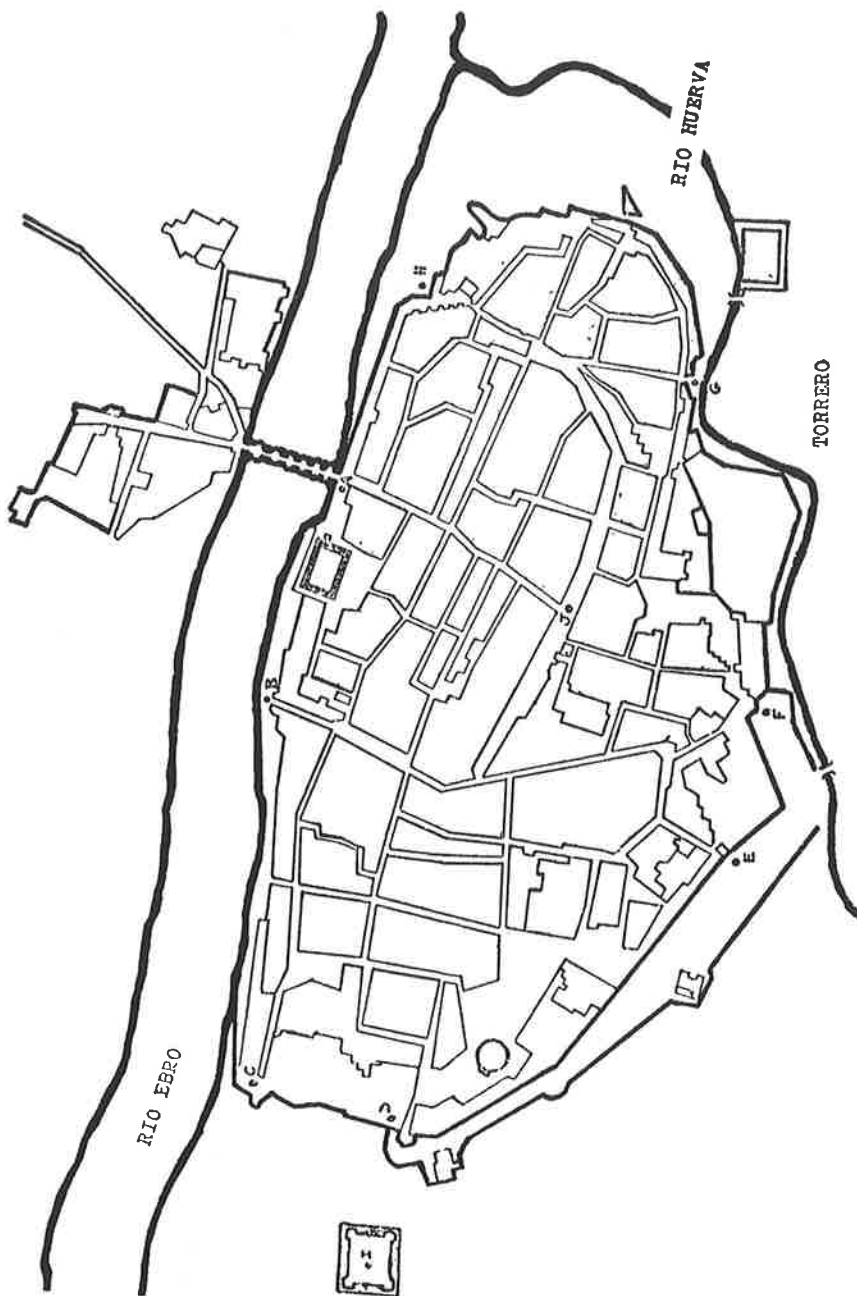
## EL PRIMER ASALTO

En la mañana de este día el enemigo se había apoderado de los puntos avanzados del puente de la Muela y la Casa Blanca, que fueron defendidos valientemente por el ayudante de Palafox don Rafael Casellas, quien llegó a apoderarse de una bandera española que había caído en poder de los franceses. Rebasados estos puntos siguieron avanzando los franceses por la carretera de Madrid hasta la torre de Escartín, a un kilómetro de Zaragoza, y aquí formaron tres columnas de ataque que tenían que dirigirse contra las puertas de Santa Engracia, el Carmen y el Portillo.

Ya hemos visto que la ciudad estaba rodeada por un muro de poca altura y espesor; los zaragozanos se apostaron tras él y en algunos edificios inmediatos para rechazar el ataque enemigo, que avanzaba escudándose en los olivares próximos. Los franceses fueron recibidos con un mortífero fuego de fusilería y de cañón; tras ser rechazados varias veces consiguieron, al fin, penetrar por las tres puertas, haciéndose fuertes en el cuartel de Caballería, que era un edificio situado entre el Portillo y la plaza de toros y pegado al muro circundante. De este cuartel fueron expulsados tres veces, peleándose en sus escaleras, patios y corredores con enorme furor, y acometidos los imperiales por todas partes por el fuego que se les hacía desde las casas próximas, bocacalles adyacentes y barricadas construidas precipitadamente; tras nueve horas de combate los franceses se consideraron impotentes para vencer la resistencia de los zaragozanos y retrocedieron ordenadamente, al caer la noche, a las alturas de Santa Bárbara y Valdespartera. En los alrededores de la iglesia de Nuestra Señora del Portillo quedaron los cadáveres despedazados de algunos jinetes que se aventuraron por las calles próximas a la puerta del Portillo, y los franceses dejaron en este ataque más de quinientas bajas, algunos prisioneros y trofeos que se pasearon triunfalmente por la ciudad en medio del júbilo de los zaragozanos.

En este ataque el general Lefebvre pecó de atrevido, posiblemente por la facilidad con que había derrotado en campo abierto a las tropas que se le habían enfrentado anteriormente, porque el ataque al Portillo se hizo bajo el fuego de flanco de los cañones de la Aljafería, a cargo de don Rafael Irazábal, que estaba preso por suponerse que era afrancesado, y aquel día tuvo oportunidad de demostrar lo infundado de tal actuación. No le cupo la misma suerte a su tío, el capitán general Guillelmi, que murió cautivo.

Al apercebirse del fuego de flanco de los cañones de la Aljafería parte de la columna se acercó a sus muros para apoderarse de la batería, pero allí estaba el oficial retirado don Mariano Cerezo con un grupo de voluntarios que dejaron acercarse a los franceses hasta que, a corta distancia, los



- A) Puerta del Angel.
- B) Puerta de San Ildelfonso.
- C) Puerta de Sancho.
- D) Puerta del Portillo.
- E) Puerta del Carmen.

- F) Puerta de Santa Engracia.
- G) Puerta Quemada.
- H) Puerta del Sol.
- I) Castillo de la Aljafería.
- J) Calle del Coso.

ametrallaron. En la puerta del Carmen los franceses se encontraron con un certero fuego que se les hacía desde la tapia y por los artilleros allí apostados. Y así fue cómo terminó este combate, que fue bautizado con el pomposo nombre de «Batalla de las Eras».

En esta acción intervinieron algunos soldados, aunque el peso de la misma recayese sobre la población civil. Indudablemente, fue una suerte para los zaragozanos la llegada providencial de una batería del primer regimiento de Barcelona al mando de don Manuel de Zara, con 6 piezas de a 4, porque ya hemos dicho que en Zaragoza sólo había 12 piezas disponibles. De los tres oficiales de Artillería que contaba la plaza, Irazábal estaba arrestado en la Aljafería, don Juan Nepomuceno Consul había salido en comisión hacia Huesca y don Ignacio López estaba con Palafox en Belchite, por lo tanto no quedaba en Zaragoza más oficial que el subteniente práctico don Pedro Dango, que se hizo cargo de la batería del Carmen. En este combate murieron diecisiete artilleros.

Inútil es decir que esta primera acción se desarrolló, por falta de mandos, en medio de un desorden sólo superado por la bravura de los defensores, pero que sirvió para que los zaragozanos elevasen su moral. Se distinguieron este día el coronel de Caballería don Mariano Renovales, el coronel don Antonio de Torres y el capitán don José Laviña. El oficial retirado don Luciano Tornos protagonizó una hermosa anécdota al romper, apenas sonaron los primeros disparos, la puerta del calabozo en el que se hallaba recluido para incorporarse a la pelea. En el Portillo luchó valerosamente el clérigo don Santiago Sas.

Entretanto, en medio de la euforia producida por el éxito inicial, se ignoraba el paradero de Palafox. El pueblo pidió al corregidor don Lorenzo Calvo de Rozas que asumiese las funciones de capitán general en tanto Palafox no regresase, y éste ordenó que inmediatamente se iluminasen las calles para evitar excesos o alguna sorpresa que pudieran darles los franceses. Se prepararon sacos terreros para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, el Carmen y Santa Engracia; se abrieron zanjas o cortaduras en las avenidas y en toda la tapia que rodeaba la ciudad se construyó una banqueta para que se apostasen los tiradores, encargándose a los religiosos la preparación de cartuchos de cañón y fusil.

La construcción de las baterías se llevó a cabo con lentitud debido, principalmente, a la ausencia de oficiales de artillería y a que el único ingeniero que tenía la plaza, don Antonio Sangenis, había sido llevado preso el día 15 por los paisanos que le tachaban de sospechoso. Afortunadamente fue puesto en libertad en la mañana del día 16 por orden de Calvo de Rozas y comenzó sin tardanza a dirigir las obras de fortificación con el auxilio de los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad.

Sorprendidos los franceses por el fracaso del ataque, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos asaltos antes de recibir refuerzos y artillería gruesa de

Pamplona, y, mientras llegaba el socorro, Lefebvre intentó amedrentar a los zaragozanos con objeto de conseguir su rendición, mediante la amenaza de pasar a cuchillo a los sitiados cuando entrase en la ciudad. Se le contestó dignamente.

Lefebvre era el típico general napoleónico que había comenzado su carrera militar como soldado raso; que había tardado quince años en ascender a sargento y que, como era valiente, al llegar la Revolución, en la mitad de ese tiempo había llegado a ostentar el título de general. Su mujer había sido lavandera de batallón y al casarse con él no sólo se encumbró a mariscal, sino que adquirió el título de duquesa de Dantzig, aunque conservando sus modales un tanto desenvueltos. Se cuenta del viejo mariscal que al llegar a una ciudad de Franconia dirigió a sus habitantes estas palabras: «Venimos a daros vuestra libertad e igualdad. Pero no perdáis la cabeza, porque la primera persona que se mueva sin mi permiso será fusilada».

## PALAFX

Como ya hemos comentado, Palafox no hace acto de presencia en la ciudad durante este primer ataque. Días atrás, al enterarse de la derrota de su hermano, el marqués de Lazán, en Mallén y Gallur, había salido de Zaragoza con una tropa de cinco mil hombres mal pertrechados, 80 caballos del regimiento de Dragones del Rey y 4 piezas de artillería para enfrentarse en Alagón con las tropas de Lefebvre.

Tras la derrota de Alagón, en la madrugada del día 15, Palafox espera a los franceses en las afueras de Belchite, pero viendo la superioridad numérica de sus contrarios decide retirarse ordenadamente a Longares y continuar hasta el puerto del Frasnó, cerca de Calatayud, para unirse a las tropas que estaba organizando el barón de Varsage.

Este movimiento dejaba a Zaragoza sin medios para la defensa y quizá por eso Lefebvre atacó Zaragoza ese mismo día 15 sin grandes precauciones. Las tropas de Palafox, unidas a las del barón, que sumaban unos seis mil hombres, fueron revistadas el día 21 en La Almunia, y el día 23 marcharon hacia la Muela con la idea de caer sobre los sitiadores por su retaguardia. Lefebvre, que sospechó la maniobra, salió a su encuentro en Epila acometiendo a Palafox al anochecer. Sorprendidas las inexpertas tropas, desplegaron en la oscuridad como Dios les dio a entender, y la batería de don Ignacio López se distinguió una vez más. Al amanecer del día siguiente Palafox se retira a Calatayud.

Dándose cuenta el caudillo aragonés de que con una tropa bisoña y escasa de artillería jamás podría hacer frente a los aguerridos soldados franceses y a los famosos lanceros polacos, resolvió encerrarse en Zaragoza. Deja en Calatayud un pequeño destacamento a las órdenes de barón de Varsage y forma dos columnas dirigiéndose con ellas a Zaragoza. Entra en la ciudad el día 2 de julio a tiempo de tomar parte en la defensa contra el segundo asalto.

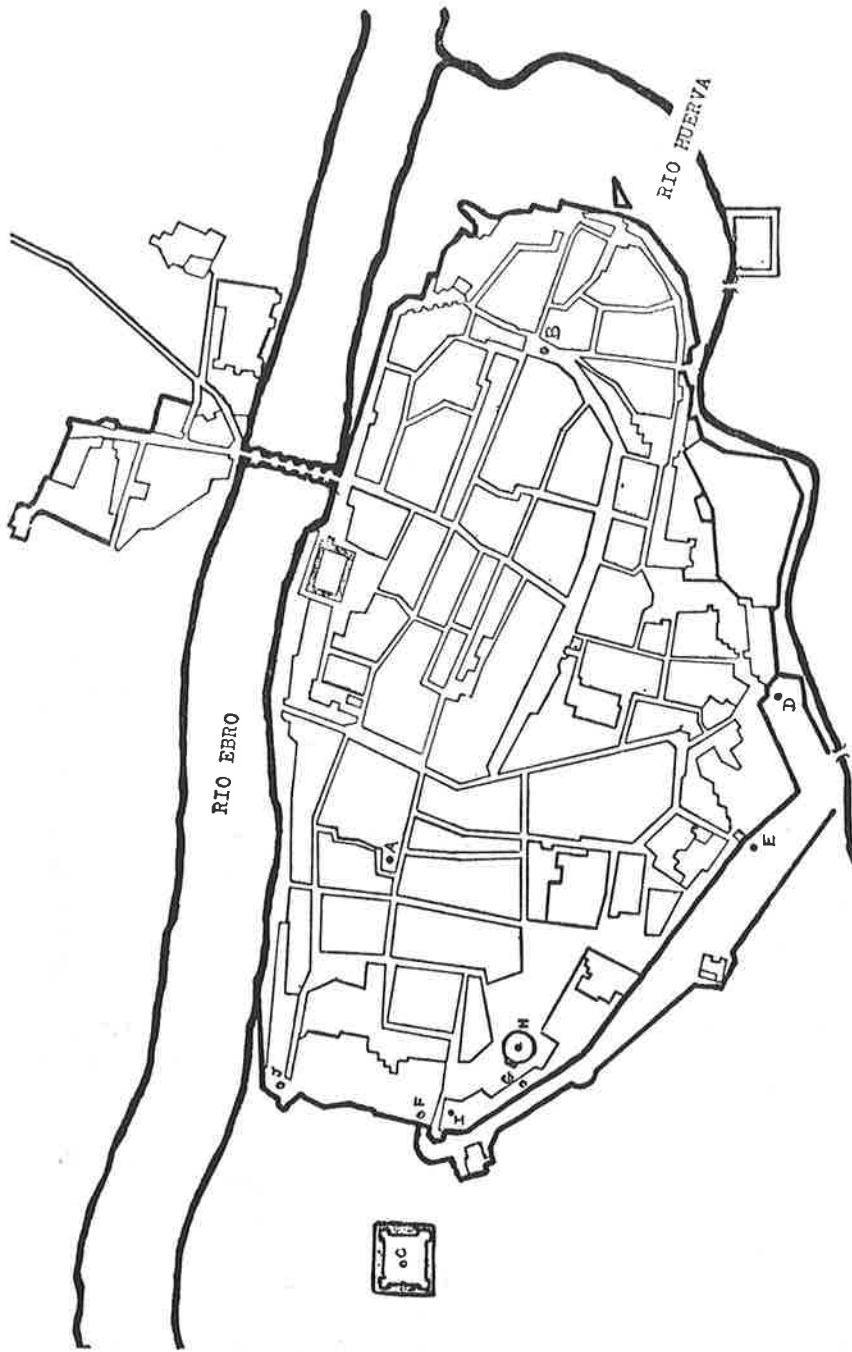
## UN NUEVO INTENTO

El 26 de junio, recién terminada la batalla de Epila, se presenta en el campo francés el general Verdier con los esperados refuerzos, que sumaban unos tres mil soldados franceses, seiscientos portugueses capitaneados por Gómez Freire y abundante artillería del 18, 16, 12 y 8 (30 cañones), 4 morteros y 12 obuses. Al ser Verdier de superior categoría a Lefebvre toma el mando de las tropas sitiadoras y reanuda, el día 27, los ataques contra los puestos exteriores. Rechazados esos ataques en las mismas puertas de la ciudad, inicia el general los movimientos necesarios para apoderarse del monte de Torrero, donde había un destacamento al mando del teniente coronel don Vicente Falcó.

A la vista de la maniobra se toma la precaución de encerrar en Zaragoza los víveres y la pólvora que se almacenaba en Torrero, con tan mala suerte que al iniciarse el traslado, por un descuido de los portadores de la pólvora, se produce la explosión del almacén. El estremecimiento de los edificios de Zaragoza, la rotura de puertas y la lluvia de cascotes provocaron el pánico de la población civil, que ignoraba de dónde provenía aquel estruendo. En el accidente perdió la vida el teniente de Ingenieros don Pedro Romero.

Para agravar la situación, el monte de Torrero se rindió sin presentar apenas resistencia, con lo que los franceses entraron en posesión de una altura que les iba a permitir causar grandes daños. Considerando los zaragozanos que la entrega del monte de Torrero era una prueba de connivencia con el enemigo, el teniente coronel Falcó, junto con el coronel don Rafael Pesino (gobernador de Cinco Villas), son procesados y fusilados en una acción un tanto precipitada, pero que sirvió de ejemplo para los que sentían flaquear su ánimo.

El caso es que con la toma del monte de Torrero los galos eran dueños de toda la margen derecha del Ebro y, construyendo diversas baterías, comenzaron un bombardeo que duró desde el 30 de junio al 1 de julio. Fueron objeto de este bombardeo la Aljafería, el convento de los Agustinos, el cuar-



- A) San Pablo.
- B) La Magdalena.
- C) Castillo de la Aljafaría.
- D) Puerta de Santa Engracia.
- E) Puerta del Carmen.
- F) Puerta del Portillo.
- G) Cuartel de Caballería.
- H) Plaza de toros.
- I) Iglesia de Nuestra Señora del Portillo.
- J) Puerta de Sancho.

tel de Caballería y las puertas de Sancho, el Portillo, el Carmen y Santa Engracia.

Entretanto iban llegando a Zaragoza oficiales y soldados en ayuda de la ciudad sitiada. La importancia de este hecho radica en que la tropa y la oficialidad que acudía al sitio eran hombres que tenían ya una buena experiencia de combate, y su ayuda iba a ser, indudablemente, muy valiosa. Al frente de trescientos soldados del regimiento de Extremadura entraba el teniente coronel don Domingo Larripa y con cien voluntarios del regimiento de Tarragona, el teniente coronel don Francisco Marcó del Pont.

Los días de inactividad se dedicaron principalmente a abrir zanjas, construir barricadas y preparar sacos terreros; habilitándose sótanos para talleres y para que pudiera guarnecerse la gente inerme. Se talaron huertas y olivares y se destruyeron las quintas que obstaculizaban la defensa. El personal disponible se distribuyó a lo largo del frente amenazado, quedando encargado de la defensa del Portillo el teniente coronel Marcó, don Pedro Hernández de la puerta del Carmen, don Mariano Renovales de la de Sancho y don Domingo Larripa de la de Santa Engracia. En la Torre Nueva se apostaron vigías para observar los fogonazos y avisar de la llegada de las bombas que, en su mayoría, procedían del monte de Torrero y de los altos de la Bernardona, detrás de la Aljafería.

La llegada de Verdier fue el preludio de un ataque general que, como hemos visto, empezó con una intensísima preparación artillera. El bombardeo duró todo el día y la noche del 1 de julio, y al amanecer del día 2 se desencadenó el ataque. Casi al mismo tiempo fueron asaltados el castillo y las puertas de Sancho, Portillo, Carmen, el cuartel de Caballería y la torre del Pino. Todos los ataques fueron rechazados valientemente y los franceses tuvieron que retirarse con grandes pérdidas. Los soldados que en aquel momento había en la ciudad no llegaban a mil hombres y el resto de los defensores eran paisanos, incluyendo mujeres, que aquel día se distinguieron ayudando a los tiradores.

Quiso la providencia que aquel mismo día llegase la columna de Palafox, que entró en la ciudad con mil trescientos soldados de infantería y sesenta jinetes. También se presentaron, procedentes de Barcelona, dos oficiales de Artillería, los subtenientes don Jerónimo Piñeiro y don Francisco Betbecé «el Rosete». El primero se hizo cargo de la batería del Portillo y el segundo de la del Carmen, que estaban en el sector por donde el enemigo atacaba con más intensidad. Tan notable fue su comportamiento que Palafox, en el campo de batalla, los ascendió al empleo inmediatamente superior.

En la puerta del Portillo, antes de que se hiciese cargo de la batería don Jerónimo Piñeiro, los efectos del fuego francés habían sido tan demoledores que habían muerto cincuenta artilleros y la mayoría de los paisanos, de modo que daba la sensación de que el Portillo había sido abandonado.



Aquella mañana la columna francesa habría penetrado fácilmente por la mencionada puerta de no haber acaecido un hecho singular que ha pasado a la historia como símbolo de la defensa.

Los artilleros que servían las piezas en el Portillo pertenecían al primer regimiento de Barcelona. En la mañana del día 2 se presentó en la batería una muchacha de 22 años, natural de Barcelona, llamada Agustina Zaragoza y Domenech, que venía a traerle el desayuno a su amante, un sargento de artillería llamado Juan Roca. Llegó a tiempo de ver cómo el sargento caía derribado por un proyectil de cañón, que lo destrozó. Loca de dolor se arrojó sobre el cuerpo inerte de su amado, pero viendo cómo una columna francesa se acercaba al baluarte, arrancó de la mano de Juan Roca la mecha que éste oprimía aún convulsivamente y la aplicó al oído del cañón que, cargado de metralla, destrozó la cabeza de la columna de asalto, produciendo en ella el desorden. Los franceses, desconcertados, terminaron por retroceder al oír la algazara que se produjo entre los defensores de aquella puerta que, momentos antes, permanecía silenciosa. Palafox, comprendiendo que el ataque principal se estaba produciendo sobre ese punto se presentó al frente de un grupo de paisanos y siendo testigo de esta hazaña arrancó del uniforme del sargento muerto las ginetas y las colocó en los hombros de la muchacha que más tarde recibió el grado de subteniente y una pensión vitalicia.

También se distinguió aquel día María Agustín, que se había impuesto la tarea de proveer a los defensores de municiones y refrescos. Herida en el cuello por una bala francesa se hizo curar inmediatamente y continuó su tarea hasta que el enemigo fue definitivamente rechazado.

El ataque general fracasó y los franceses lo único que consiguieron fue ocupar el convento de San José, atacado por los polacos. Sin embargo, fue tal la presión que los zaragozanos ejercieron sobre el convento que se vieron obligados a incendiarlo y retirarse de él. En el castillo de la Aljafería la artillería francesa había abierto una brecha, pero no llegó a ser asaltada, bien porque no dispusieran los asaltantes de escalas adecuadas o por el fuego que hacían los defensores.

## EL ULTIMO ESFUERZO

En vista del fracaso de este segundo ataque Verdier pensó en realizar un sitio metódico, aprovechando la capacidad del coronel de Ingenieros señor Lacoste para atacar en el sector de la puerta del Carmen, pero el emperador no aprobó ese proyecto y decidió que el ataque se dirigiera entre la torre del Pino y Santa Engracia, que era lo acertado, ya que eran los puntos más salientes del recinto, y por tanto menos franqueables. En consecuencia,

se abrió una trinchera para avanzar en esa dirección, simulando al mismo tiempo un ataque a la Aljafería, y se trasladaron algunas fuerzas al otro lado del Ebro para aislar la ciudad por la parte del Arrabal, llegando a dominar toda la campiña hasta el río Gállego.

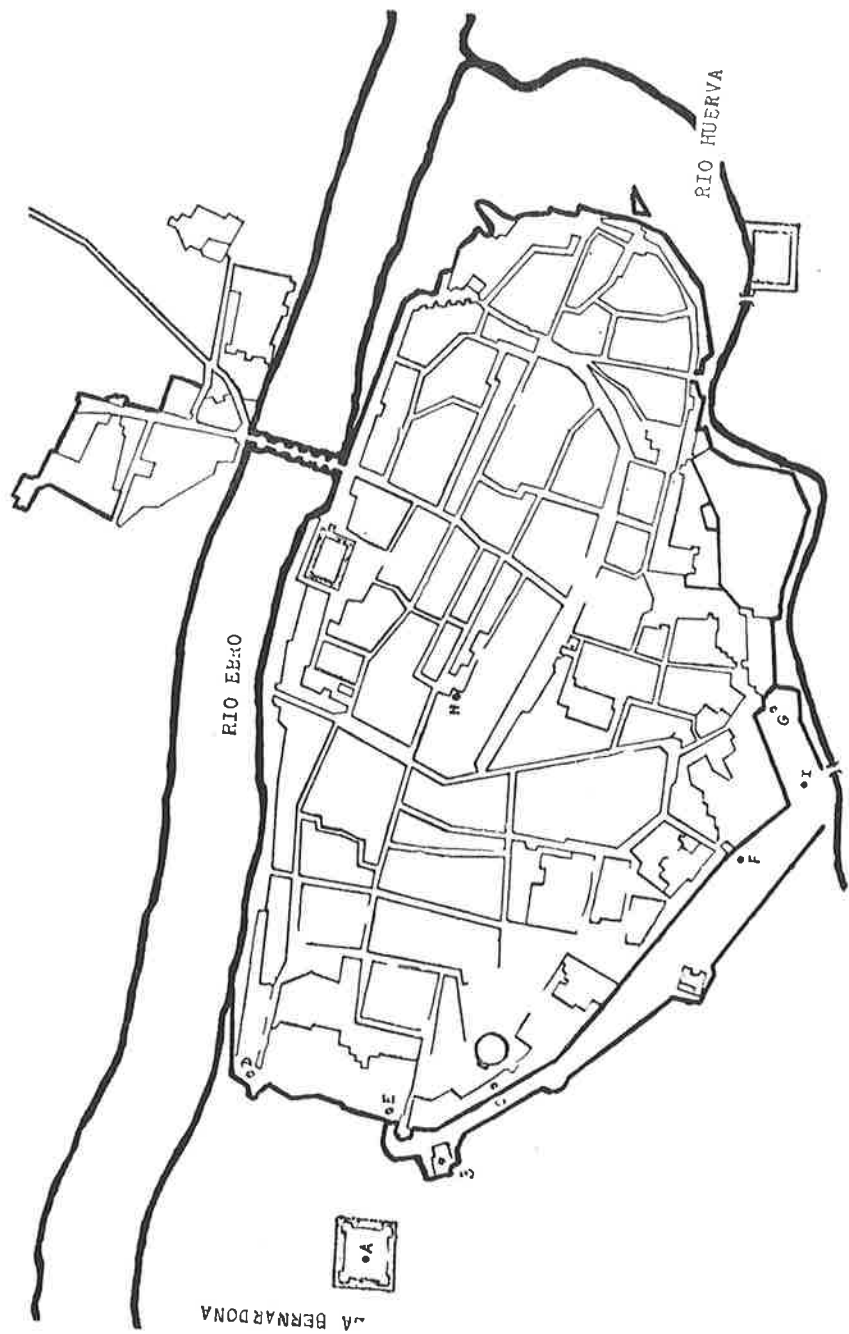
Durante este período los sitiados hicieron frecuentes salidas, peleando diariamente con el enemigo que en la noche del 11 al 12 de julio asaltó el convento de Capuchinos incendiado por los zaragozanos al retirarse y ocupó también el de San José; siendo infructuosos los esfuerzos para apoderarse del de Trinitarios, del que los franceses se retiraron con grandes bajas el día 23 de julio. En estas acciones dieron cuenta de sus vidas el capitán Romeu y en el Arrabal el comandante Viana.

El enemigo continuó los trabajos de aproximación terminando la paralela que se extendía desde San José a Capuchinos, construyó 7 baterías armadas con 38 piezas de grueso calibre que rompieron el fuego, junto con otras 60, en los primeros días de agosto. Los estragos que causaron el día 3 obligaron a los sitiados a abandonar el Hospital General.

En la mañana del día 4 el fuego se hizo aún más violento y al mediodía se había desmontado la mayor parte de la artillería de la defensa y se habían abierto tres brechas amplias; dos en el convento de Santa Engracia y otra en la tapia que unía la puerta del Carmen con la torre del Pino. Los franceses, después de varios asaltos de diversión en diferentes puntos, iniciaron un ataque a eso de la una de la tarde en tres columnas con sus correspondientes reservas, mandadas por los generales Habert, Bazancourt y Grandjean, con artillería de acompañamiento, que se lanzaron sobre las brechas al grito de « ¡Vive l'empereur! », despreciando el fuego que se les hacía desde el convento de Santa Engracia. En esta acción encontraron gloriosa muerte el brigadier don Antonio de Cuadros y el capitán Tirado.

En uno de los ataques que precedieron al asalto por la parte del puente del Huerva había un cañón que hacía mucho daño a los defensores. Los sirvientes de este cañón francés fueron muertos o heridos por el fuego zaragozano y el soldado José Ruiz, de los Voluntarios de Aragón, al oír a su comandante ofrecer una charretera de alférez al que lo clavase, se lanzó rápidamente hacia él y consiguió su propósito saliendo ileso del empeño.

El convento de Santa Engracia terminó por caer en manos de los franceses. La columna del general Habert desembocó en la plaza inmediata, ayudando de este modo a la columna del general Bazancourt que había estado más de una hora detenida frente a la brecha y puerta de Santa Engracia, batida de flanco desde la torre del Pino. La columna de la izquierda consiguió dominar también la brecha y ocupar dicha torre, que estaba ya indefendible, y se dividió en dos partes para dirigirse una al convento del Carmen, que tomó con gran trabajo, y otra que se unió a la columna de Bazancourt, después de apoderarse del convento de las Descalzas de San José, defendido solamente por ocho hombres y el padre franciscano don Pedro Bretón, sargento de una de las compañías de Cerezo.



- A) Castillo de la Aljafería.
- B) Convento de los Agustinos.
- C) Cuartel de Caballería.
- D) Puerta de Sancho.
- E) Puerta del Portillo.
- F) Puerta del Carmen.
- G) Puerta de Santa Engracia.
- H) Torre Nueva.
- I) Torre del Pino.

Los franceses habían entrado en Zaragoza. Toda la línea comprendida entre la puerta del Carmen y la de Santa Engracia era suya y, creyéndose ya dueños de la ciudad, se dispusieron a acometer las defensas interiores y la entrada por las calles de Santa Engracia y de Azoque que conducían directamente hacia el Coso. Como fuera que Verdier deseaba economizar la sangre de sus soldados, intimó la rendición con una sola palabra: «Capitulación», a lo que Palafox contestó no menos lacónicamente con la frase: «Guerra a cuchillo».

Ante esa respuesta los franceses iniciaron un violento ataque por las mencionadas calles, defendiendo la primera de ellas el marqués de Lazán y su hermano Francisco, que disputaron el terreno palmo a palmo y se fueron retirando hacia el Coso cuando los franceses ocuparon el convento de San Francisco y el Hospital General.

La columna de la izquierda, mandada por Grandjean, atacó el Hospital de Convalecientes y el convento de la Encarnación, pero encontró tan enérgica resistencia que, desistiendo de su propósito, se metió por la calle de Azoque con objeto de seguir hasta el Coso, el Mercado y la puerta de San Ildefonso, siendo detenido ante el convento de Santa Fe, que era el lugar a donde se habían retirado las piezas de la puerta del Carmen.

A pesar de todo, los franceses llegaron al Coso y esta situación produjo un movimiento de pánico que lanzó a la población contra el puente de Piedra. Por suerte, varios oficiales de los que estaban en el Arrabal, entre ellos don Luciano de Tornos, colocaron algunas piezas de artillería enfilando el puente y amenazaron con ametrallar a la multitud, al tiempo que otros animaban a los más esforzados a volver contra el enemigo. Se produjo una reacción que fue probablemente la salvación de Zaragoza.

En los primeros momentos los franceses apenas encontraron resistencia llegando sin dificultad a la Magdalena. Al encuentro de la columna salió fray Ignacio Santarromana con siete jóvenes del pueblo, que se ofrecieron, según frase del historiador alemán Schepeler, «como los espartanos de las Termópilas», muriendo casi todos mientras acudían a apostarse en ventanas y balcones un puñado de aragoneses y llegaban apresuradamente algunos jefes con refuerzos procedentes de puerta Quemada, molino de Aceite y puerta del Sol. Acribillados por todas partes los franceses se vieron obligados a emprender retirada hacia el seminario, siendo perseguidos por los zaragozanos.

La columna del centro, que era la que mandaba Bazancourt, se metió por equivocación en el laberinto que formaban los callejones del arco de Cineja en vez de progresar por la calle de San Gil para alcanzar, como estaba previsto, el puente de Piedra. Ante el constante fuego del que fue objeto, dicha columna tuvo que fraccionarse. Diseminadas sus tropas se vio obligada a retroceder al Coso bajo el fuego de fusilería que de todas partes venía recibiendo.

Tampoco la columna de la izquierda —que debía reunirse con las tropas que venían por la calle de Azoque, detenidas ante Santa Fe, para ocupar el Mercado y la puerta de San Ildefonso— tuvo mejor suerte, porque se encontró combatiendo al mismo tiempo en la Encarnación, Santa Rosa, Santa Fe y en el tramo del Coso próximo al Mercado, que no pudieron alcanzar. Se luchó hasta la noche y los franceses fueron arrojados a Santa Engracia, sin conservar más terreno que el comprendido entre los conventos de San Francisco y San Diego y las puertas del Carmen y Santa Engracia, ocupando el palacio de Fuentes, Hospital General y convento de Santa Rosa.

Este fue el combate del 4 de agosto que costó a los franceses, según Belmas, cuatrocientos sesenta y dos muertos y mil quinientos cinco heridos, contándose entre éstos a los generales Verdier y Bazancourt. Por este motivo tuvo Lefebvre que volver a tomar las riendas del asedio. Por parte de los españoles hubo también bastantes bajas, quedando prisionero de los franceses el teniente de artillería don Jerónimo Piñeiro y gravemente herido el comandante don Salvador de Ozta, que no quiso retirarse del combate pese a estar herido hasta que agotado se lo tuvieron que llevar.

Al día siguiente los franceses volvieron a la carga, intentando extenderse por los flancos y combatiendo violentamente en el covento de Santa Catalina, que terminó en manos de los españoles que fueron asaltando las casas inmediatas al Hospital General y ocuparon, además, el Jardín Botánico. También atacó Lefebvre el Hospital de Convalecientes y cañoneó, sin resultado, desde la batería francesa situada en la calle de Santa Engracia, la barricada del arco de Cineja logrando aumentar sus propias bajas en otros trescientos hombres y dando ocasión a otros hechos heroicos por parte de los zaragozanos.

No obstante, la situación se iba haciendo comprometida para la ciudad porque los víveres iban escaseando, y sobre todo la pólvora, que con gran esfuerzo iba proveyendo desde hacía algún tiempo don Ignacio López.

La moral de los defensores había ido en aumento desde los combates del día 4, casi en la misma proporción con que había disminuido la de los sitiadores. Una buena parte del aumento de la moral zaragozana se debía a la noticia de la próxima llegada de Palafox con unos esperados refuerzos.

Palafox había salido de la plaza a las doce del día 4 en compañía de su hermano Francisco y seguido, horas más tarde, por su otro hermano, el marqués de Lazán, tras haber dado los zaragozanos promesa de mantenerse firmes hasta su vuelta. Su partida precedía a esa ola de pánico que se apoderó de los zaragozanos cuando los franceses llegaron al Coso.

Ya a últimos de junio había penetrado en Aragón una columna al mando de don Luis Amat y Terán, procedente de Cataluña, con mil doscientos voluntarios y quinientos hombres de Guardias Españolas a las órdenes del coronel don José Manso, más dos compañías de voluntarios de Lérida, y se habían situado en la localidad de Gelsa, a unas diez leguas de Zaragoza. Además se

esperaba un cuerpo procedente de Valencia con unos seis mil hombres, que se adelantaban por el camino de Teruel.

Cuando los hermanos Palafox llegan a Osera las tropas de socorro se encuentran entre Gelsa y Pina, y en el pueblo de Osera se celebra un consejo de guerra determinándose que el marqués de Lazán se adelante a Zaragoza con quinientos hombres de Guardias Españolas, como vanguardia de la columna de socorro y que el resto siguiera con José y Francisco Palafox y el convoy de víveres y municiones que custodiaba Calvo de Rozas.

La vanguardia penetró fácilmente en Zaragoza, pero enterado el general Lefèbvre decidió atacar el convoy en campo abierto y esto hizo que Palafox se desviase a Villamayor para evitar el encuentro. Al amparo de tres mil hombres al mando del coronel don Felipe Perena, a quien se había dado la orden de venir desde Huesca, entra Palafox en Zaragoza la mañana del día 8 de agosto.

Por si fuera poco el júbilo zaragozano, llega casi al mismo tiempo que Palafox la noticia de la derrota de los franceses en Bailén, noticia que fue recibida por los sitiadores con cierto escepticismo.

El día 9 las fuerzas sitiadoras intentan un ataque al Hospital de Convalecientes y en su retirada son perseguidos por los migueletes catalanes que los atacan al arma blanca con tal ímpetu que llegan a apoderarse de dos cañones de una batería cercana. A partir de ese día, los franceses, que sumaban ya los once mil hombres, completamente desmoralizados, se limitaban a defender las posiciones obtenidas y a bombardear la ciudad.

El día 14 recibe Lefèbvre orden de levantar el sitio, al tiempo que penetraba en la plaza la división del mariscal don Felipe Saint-March, que, procedente de Valencia y conducida en carros, entró en Zaragoza con gran rapidez.

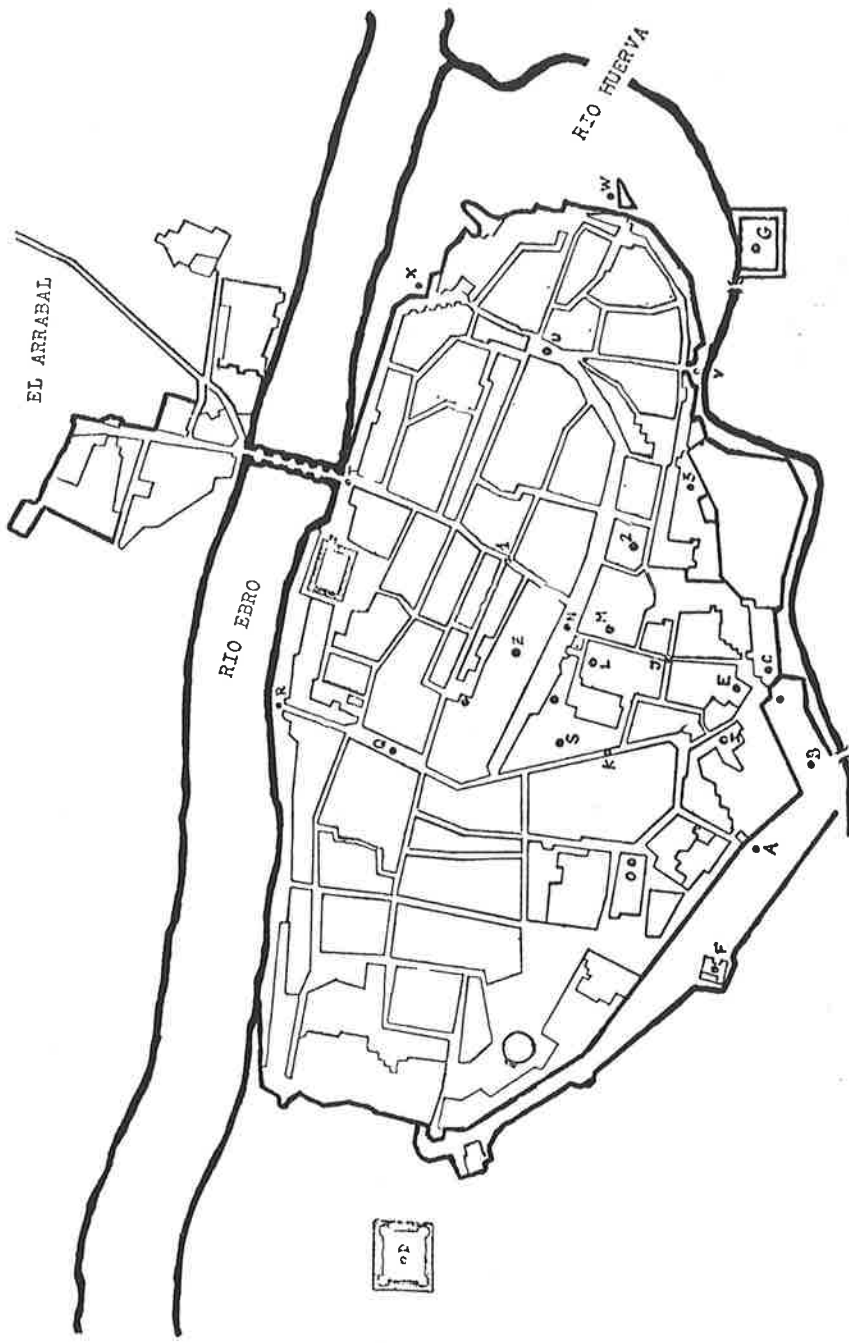
Antes de levantar el sitio los franceses destruyen las instalaciones del monte de Torrero, prenden fuego a sus almacenes y clavan hasta 54 piezas de artillería, que luego arrojan al canal.

En su retirada hacia Pamplona los franceses fueron perseguidos hasta el límite de Navarra por las tropas de Saint-March.

En este asedio los franceses tuvieron más de tres mil bajas, resultando muertos, heridos o enfermos la casi totalidad de sus oficiales superiores, de modo que algunos regimientos se retiraron a las órdenes de capitanes.

Los españoles tuvieron unas dos mil bajas. Los actos de heroísmo personal fueron abundantes y asombrosos, como asombroso fue todo el sitio teniendo en cuenta que la defensa de Zaragoza no fue encomendada a soldados, sino a campesinos y burgueses que, sobre la marcha, tuvieron que adquirir la dura experiencia de una guerra.

El día 25 se celebraron exequias por los caídos en defensa de la Patria, concediéndose a los defensores muchos privilegios, algunos de los cuales



- A) Puerta del Carmen.
- B) Torre del Pino.
- C) Santa Engracia.
- D) Castillo de la Aljfería.
- E) Convento de Capuchinos.
- F) Convento de Trinitarios.
- G) Convento de San José.
- H) Convento del Carmen.
- I) Convento de las Descalzas de San José.
- J) Calle de Santa Engracia.
- K) Calle de Azoque.
- L) Convento de San Francisco.
- M) Hospital General.
- N) Calle del Coso.
- O) Hospital de Convalecientes.
- P) Convento de la Encarnación.
- Q) Mercado.
- R) Puerta de San Ildefonso.
- S) Convento de Santa Fe.
- T) Puente de Piedra.
- U) La Magdalena.
- V) Puerta Quemada.
- W) Molino de Aceite (Goicoechea).
- X) Puerta del Sol.
- Y) Seminario.
- Z) Zona del Arco de Cineja.
- 1) Calle de San Gil.
- 2) Convento de Santa Catalina.
- 3) Jardín Botánico.

se consideraron desmedidos, pero en verdad quedaban justificados por el derroche de valor y la gloria alcanzada, que ha hecho de este primer sitio de Zaragoza motivo de asombro para los estudiosos de la historia militar y ha servido de ejemplo en ocasiones posteriores.

## BIBLIOGRAFIA

GUÍU Y MARTÍ, Estanislao: *El año militar español*, Ed. Revista Científica Militar y Biblioteca Militar, 1887.

MONTROSS, Lynn: *Historia de las guerras*, Ed. Jano, 1963.

SALAS, Ramón de: *Historia de la Artillería*.

TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Ed. Ferni, 1974.

VIGÓN, Jorge: *Historia de la Artillería*, Ed. Instituto Jerónimo Zurita.

WANTY, Emile: *Historia de la Humanidad a través de las guerras*, Ed. Alfabeta, 1972.

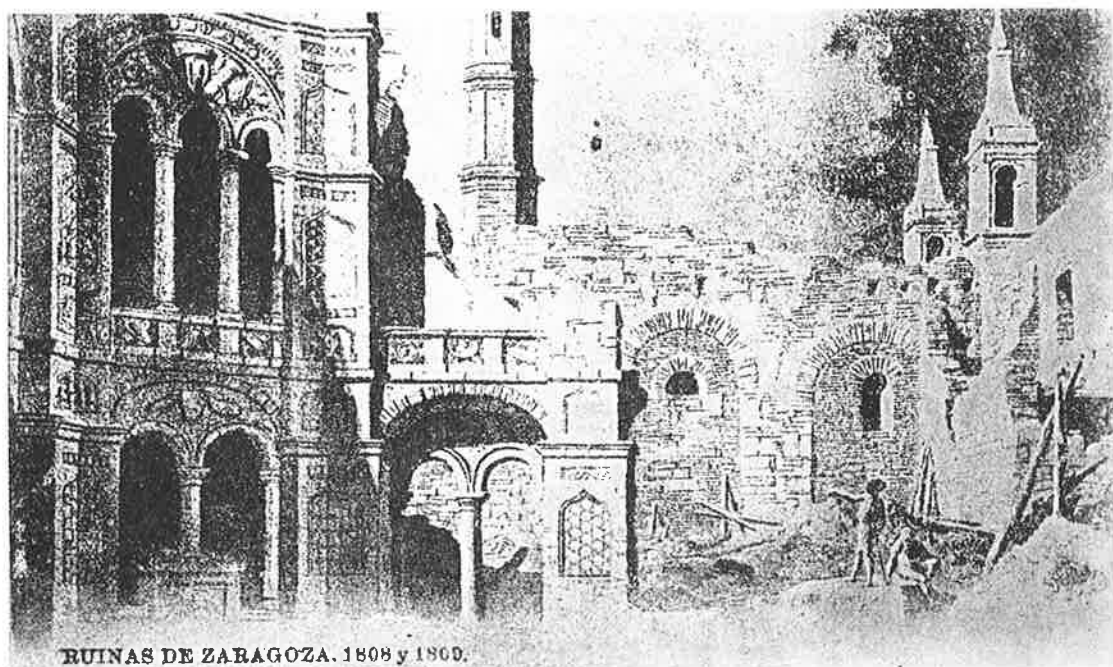




**LA DEFENSA DE LOS CONVENTOS  
EN EL SEGUNDO SITIO**

**COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS ENTRE IBIECA (CRONISTA),  
GALDOS (NOVELISTA) Y PEYRE (NOVELISTA FRANCES)**

**A. GODED MUR**



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.



RUINAS DE ZARAGOZA. 1808 y 1809.

## LA DEFENSA DE LOS CONVENTOS EN EL SEGUNDO SITIO

Intentamos fijar las diferencias entre lo real y lo ficticio de la imaginación de los dos novelistas: don Benito Pérez Galdós y don Joseph Peyre. Ambos autores han escrito sendos libros, con muy escasa parte novelesca, y con el segundo sitio como telón de fondo.

Las dos nacionalidades: español y francés, si bien este último está en todo momento al lado de los defensores de Zaragoza. También han de tenerse en consideración las fechas en que se escribieron ambas obras: el *Zaragoza* de GALDÓS, que forma parte de sus *Episodios nacionales*, lo fue en marzo-abril de 1874. PEYRE lo hace en 1957, pasados veinte años de haber logrado el Goncourt por otra novela de ambiente español: *Sang et lumieres*.

Los ejemplares utilizados en este trabajo han sido:

- *Historia de los sitios que pusieron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, de Agustín IBIECA ALCAIDE, cronista; la edición del tomo II está impresa en 1831 en D. M. de Burgos, de Madrid.
- *Zaragoza*, número 6 de la primera serie de los *Episodios nacionales*, de Benito PÉREZ GALDÓS, en el primer tomo de obras completas de la Editorial Aguilar de Madrid, en 1941.
- *Une fille de Saragosse*, de Joseph PEYRE, en la colección «Livre de Poche», número 247, Editorial Flammarion, París, cuarto trimestre 1968.

Los ocho conventos comprendidos en este estudio son:

- San Agustín.
- Santa Mónica.
- Sepulcro.
- Santa Isabel o Altabás.
- Santa Catalina.
- Santa Engracia.
- Jerusalén.
- San Francisco.

## CONVENTO DE SAN AGUSTIN

En Agustín Alcaide Ibieca:

- Pág. 122. Los franceses, entre el 18 y el 21 de enero, intentaban batir la brecha del CSA.
- Pág. 133. Los franceses no cesaban en el ataque a la brecha del CSA.
- Pág. 134. El 27 de enero ya eran tres las brechas abiertas desde la Puerta Quemada al CSA.
- Pág. 149. Vieron los franceses, el día 29 de enero, que la brecha no era practicable.
- Pág. 151. Este mismo día inicia el enemigo el asalto.
- Pág. 160. El 30 de enero los defensores del CSA intentaron hacer saltar con minas a los franceses.
- Pág. 163. Al entrar los franceses en el CSA comenzó el tiroteo en la iglesia; la tapia, por la que habían entrado, estaba contigua a la sacristía; una vez perdido el CSA, los patriotas siguieron hostigando al enemigo desde el campanario durante varios días.
- Pág. 164. El 2 de febrero se reconquistan varias casas cercanas al CSA.
- Pág. 165. Los franceses intentaban salir a la calle de San Agustín.
- Pág. 166. Los franceses instalados en el CSA son batidos por fusilería desde la Magdalena.
- Pág. 165. Los franceses ocuparon una casa contigua al CSA.
- Pág. 170. El 4 de febrero quedó ocupado el CSA.
- Pág. 184. El 9 de febrero los franceses habían avanzado por el lado del CSA.
- Pág. 194. El 14 de febrero, al no poder extenderse hacia la puerta del Sol, lo hicieron hacia casas cercanas al CSA.
- Pág. 198. Abrieron brechas con una mina en la manzana de casas que va del CSA a la puerta del Sol.
- Pág. 198. Colocaron un obús en la calle de las Arcadas, muy cercano al CSA.
- Pág. 199. Los cañones colocados en la puerta del Sol hubiesen causado gran destrozo en el final de la calle de San Agustín.
- Pág. 202. Desde los tejados del CSA los franceses incomodaban a los defensores de la casa de González.

Alcaide dedica especial interés al convento y a la calle de San Agustín; describe el ataque y caída del primero, la continuación de la defensa desde el campanario y la lucha casa por casa en la calle hacia la puerta del Sol.

En Benito Pérez Galdós:

Cap. XIII. Corrían por el barrio de las Tenerías las calles de Palomar y San Agustín.

Pág. 503. El CSA se hallaba en las Tenerías.

Pág. 503. A continuación de la tapia de las Mónicas, en la línea de defensa, se hallaban las tapias del CSA.

Pág. 516. La infantería francesa había logrado entrar por la brecha en el CSA.

Pág. 520. Los franceses, tras apoderarse del convento de las Mónicas, tenían interés en tomar el CSA.

Pág. 529. Gabriel no tuvo la suerte de hallarse en las Mónicas, pero se dará el gusto de defender el CSA.

Pág. 529. Se rumoreaba que cuando acabase la guerra en el CSA les repartirían un poco de vino.

Pág. 532. Tomados el CSA y las Mónicas, podían amenazar Puerta Quemada.

Pág. 532. Si los del CSA lograban avanzar hasta las ruinas del seminario y los de Pabostre hasta Puerta Quemada, era imposible disputar a los franceses el barrio de las Tenerías.

Pág. 532. Salen del CSA hacia Pabostre y Puerta Quemada.

Galdós aprovecha la histórica defensa de San Agustín situando allí a Gabriel.

En Joseph Peyre:

Pág. 26. Era edificio de recios muros.

Pág. 31. CSA resistiría.

Pág. 58. CSA y las Mónicas son edificios de piedra y no de adobes como en Pabostre.

Pág. 58. En el CSA debía estar combatiendo el tío Justo.

Pág. 59. Dicen que han tomado las Mónicas y avanzan hacia el CSA, pero la noche los ha detenido.

Pág. 63. CSA debe resistir, ya que con adobes lo hace Pabostre.

Pág. 76. También cayó el CSA.

Pág. 78. Los que pudieron salir del CSA por los tejados, combatían de chimenea en chimenea.

Pág. 100. Si había caído el CSA no ocurriría igual con San Francisco.

Pág. 125. Pilar, recordando la defensa del púlpito del CSA, lleva a los hombres hacia la iglesia de San Francisco para defenderla; el tío Andrés y Lorenzo ya subían al púlpito; Pilar ve a Juan que aún vive.

Pág. 146. Pilar, al despertar en el palacio de los Ruis de la Mata, recuerda todo lo que han tomado los franceses después del CSA.

Peyre sigue destacando a Pabostre, donde vivía Pilar, quien recuerda el asedio.

## CONVENTO DE LAS MONICAS

En Agustín Alcaide Ibieca:

- Pág. 133. El 25 de enero los franceses abrieron otras brechas en el huerto del CDLM.
- Pág. 135. El 27 de enero entraron los franceses en el huerto del CDLM.
- Pág. 141. El 28 de enero desde el CDLM y edificios inmediatos combatían con valor y bizarría los voluntarios de Huesca.
- Pág. 144. Al alborear el 28 de enero seguían las baterías enemigas abriendo brechas en el CDLM.
- Pág. 145. Este mismo día, por la noche, los patriotas retiraron sus cañones del CDLM.
- Pág. 146. El 29, por la noche, cerraban la brecha.
- Pág. 150. Ese mismo día los franceses rompieron fuego de artillería y obuses, ya que la habían podido tomar por asalto.
- Pág. 151. Ese día se inicia el asalto a San Agustín, cercano al CDLM.
- Pág. 151. Ese mismo día ensancharon los franceses la brecha conseguida.
- Pág. 157. Defensa gloriosa del CDLM.
- Pág. 160. El 30 de enero se consigue ventaja en el CDLM.
- Pág. 160. Una vez ocupado el CDLM por los franceses, hicieron lo mismo con la línea de casas hasta Puerta Quemada.
- Pág. 162. Los franceses intentaban avanzar, pero eran rechazados en la puerta del CDLM por la fusilería; Palafox concedía ascensos.
- Pág. 163. Los hombres que habían defendido el CDLM pasaron a reforzar la batería de los tejares.
- Pág. 163. Los franceses entraron en San Agustín perforando una tapia que lo separaba del CDLM.
- Pág. 164. El día 2 de febrero se reconquistaron varias casas cercanas al CDLM.
- Pág. 165. Los franceses intentaban salir del CDLM hacia la calle de Palomar.
- Pág. 174. Ocupadas definitivamente el 4 de febrero.
- Pág. 177. Los franceses colocaron dos piezas de campaña delante del CDLM.
- Pág. 202. Ocupadas CDLM y San Agustín hicieron esfuerzos por apoderarse de la casa de González.

Alcaide describe con todo detalle el ataque al CDLM, cómo sirvió a los franceses para entrar en San Agustín, cómo se llegó muy cerca de reconquistarla y cómo sirvió de base a los franceses para avanzar hacia el Coso.

En Benito Pérez Galdós:

- Pág. 503. Uno de los edificios religiosos del barrio de las Tenerías era el CDLM.
- Pág. 503. A la tapia del CDLM seguía la del molino de Goicoechea.
- Pág. 517. Los cañones de la línea oriental disparaban con bala rasa sobre la débil tapia del CDLM.
- Pág. 518. Querían los franceses ocupar también el CDLM situado más al norte de la calle de Pabostre.
- Pág. 519. En el remate de las calles que remataban en la muralla de las Tenerías, junto al CDLM, se veían calcinados los cuerpos y el herido se confundía con el cadáver.
- Pág. 522. Ya no había defensa posible del CDLM.
- Pág. 525. Gabriel no pudo precisar cuándo ocurrió un hecho, sino que fue el día siguiente a la jornada del CDLM.
- Pág. 520. Junto al CDLM estaba el de los Agustinos Observantes.
- Pág. 528. Una vez se hubieron apoderado los franceses del CDLM, pusieron gran empeño en pasar al de Agustinos.
- Pág. 528. Gabriel no tuvo la suerte de hallarse en CDLM, pero se dará el gusto de defender San Agustín.
- Pág. 531. Defendieron CDLM hasta quedar sepultados entre sus escombros los voluntarios de Huesca.

Galdós da minuciosos detalles de la defensa y pérdida del CDLM, y hace que su protagonista tome, el día de su pérdida, como referencia en su conversación.

En Joseph Peyre:

- Pág. 25. CDLM era un edificio de fuertes muros.
- Pág. 51. El pueblo dijo que se defendería CDLM.
- Pág. 58. Tanto CDLM como San Agustín son edificios de piedra y no casuchas como Pabostre.
- Pág. 58. Dicen han tomado CDLM y avanzan hacia San Agustín, pero la noche les detuvo.
- Pág. 59. CDLM ha caído en poder de los franceses.
- Pág. 63. Debieron resistir como bastión.
- Pág. 72. Se pierde CDLM.
- Pág. 90. Juan sigue combatiendo tras haber abandonado CDLM.
- Pág. 100. Si CDLM había caído, no ocurriría lo mismo con San Agustín.
- Pág. 146. Pilar recuerda, se dijo, no podrían tomar CDLM, y lo han tomado.
- Pág. 158. Pilar dice que no hacen falta los malos libros venidos de Francia, que sus libros son CDLM, San Agustín, Pabostre y San Francisco.

Peyre dedica una especial atención, a través de su protagonista Pilar, de la defensa perdida del CDLM, terminando diciendo que esta hazaña vale más que los libros venidos de Francia.



## CONVENTO DE LAS COMENDADORAS DEL SANTO SEPULCRO

En Agustín Alcaide Ibieca:

Pág. 130. El 23 de enero se abrieron troneras en los baluartes del CS.

Pág. 216. El 19 de febrero el enemigo se internó en la calle del Sepulcro.

Alcaide alude al CS y a la calle que lleva el mismo nombre, donde se luchó el último día antes de la rendición.

En Benito Pérez Galdós:

Pág. 503. En el barrio de las Tenerías, que tenía forma de arco de círculo, cuyo arco da al campo y cuya cuerda lo une al resto de la ciudad, desde la Puerta Quemada hasta la subida del Sepulcro.

Galdós coloca el CS en la parte más al norte del barrio de las Tenerías.

En Joseph Peyre:

Pág. 51. Los franceses que parecía atacarían por Santa Engracia, lo hicieron por Puerta Quemada y CS.

Peyre lo cita únicamente como referencia de un ataque francés.

## CONVENTO DE ALTABAS

En Agustín Alcaide Ibieca:

Pág. 51. Se agolpaban en la huerta del CA las fuerzas de San Lázaro al salir a defender un caserío distante de las baterías del macelo y tejeras.

Pág. 208. El 18 de febrero el enemigo había avanzado por la espalda del CA.

Pág. 208. Ese mismo día los franceses ocupaban CA y la cabeza de puente.

Alcaide sitúa los combates en el CA, conjuntamente con los que ocurren en San Lázaro y en las baterías del macelo y tejeras.

En Benito Pérez Galdós:

Pág. 483. Se divisaba junto al puente el pequeño CA.

Galdós solamente sitúa el monasterio.

En Joseph Peyre:

Pág. 124. Quedaba Santa Isabel para defender el puente sobre el Ebro y el Pilar.

Peyre denomina Santa Isabel al CA.

## CONVENTO DE SANTA CATALINA

En Agustín Alcaide Ibieca:

Pág. 200. Llegaron los franceses a la tapia que separaba SC del huerto de Faure.

Pág. 201. Se situaron en las casas vecinas a SC.

Pág. 209. El 18 de febrero se fortificaron en aquellas casas.

Alcaide explica que los franceses terminaron su avance antes de la rendición de SC.

En Benito Pérez Galdós:

No lo cita.

En Joseph Peyre:

Pág. 173. Ayer les cortamos el paso en SC.

Peyre destaca el avance por SC cercana a Jerusalén.

## CONVENTO DE SANTA ENGRACIA

En Agustín Alcaide Ibieca:

Pág. 14. Se reputó una línea, el Huerva desde el puente inmediato a SE hasta el que existe junto al convento de San José, sin tener en cuenta que es vadeable.

Pág. 16. Sobre las ruinas de SE se formó una batería con el nombre de los mártires.

Pág. 16. Para evitar la aproximación de los enemigos a la orilla opuesta del Huerva se establecieron tres baterías en SE, en el jardín botánico y en el molino de aceite sobre la muralla.

Pág. 85. El 5 de enero, a las ocho de la noche, formó en el paseo de SE el batallón de Huesca.

Pág. 90. El 10 de enero las bombas caían en las inmediaciones de SE.

Pág. 112. El comandante del punto de SE comunicó el 16 de enero la pérdida del reducto del Pilar, antes se había volado el puente sobre el Huerva.

Pág. 121. Entre el 18 y 21 de enero los franceses adelantaron sus trabajos, desde el Ebro hasta el ángulo que hace el Huerva frente a la huerta de SE.

Pág. 122. En estos mismos días dispusieron los franceses otra batería de obuses de ocho pulgadas para tomar por la espalda SE.

Pág. 123. El día 25 de enero el enemigo formó una plaza de armas en SE.

Pág. 132. El 25 de enero formaron con gaviones un puesto espaldado al que se combatía desde SE.

- Pág. 138. Hubieron de abandonarse varios puntos de las murallas.
- Pág. 140. El 28 de enero ya no fue posible ocultar que los franceses habían tomado SE.
- Pág. 154. El 31 de enero los franceses intentaron extenderse por el distrito de SE.
- Pág. 157. Se nombraron los comandantes de cada parroquia para ver cuál era la más valerosa.
- Pág. 161. Cuando intentaban llegar a Puerta Quemada volaron cinco casas a la izquierda de las manzanas próximas a la calle de SE.
- Pág. 166. Los sitiadores habían construido dos minas a derecha e izquierda de SE.
- Pág. 170. El 2 de febrero continuaron las explosiones en las cercanías de SE.
- Pág. 185. El enemigo aplicó el trabajo de minas por debajo de la calle de SE para alcanzar San Francisco.
- Pág. 186. El minador aprovechó, el día 10 de febrero, los sótanos del hospital para atravesar la calle de SE.
- Pág. 186. Ese mismo día desde el hospital pasaron la calle de SE para reconquistar el inmenso convento.
- Pág. 200. Desde que ocuparon SE no habían logrado extenderse hacia Puerta Quemada.

Alcaide destaca junto a SE, a la que llama calle de SE, el salón, detalla los ataques, la toma del monasterio, los intentos de extenderse hacia Puerta Quemada y hasta el convento de San Francisco.

En Benito Pérez Galdós:

- Pág. 469. Los cuatro amigos, desde la plazuela de San Miguel, pasando de calle a callejón y atravesando al azar angostas e irregulares vías, se encontraron junto a las ruinas de SE.
- Pág. 471. Sursum Corda, pedía antes del primer sitio en el atrio de SE.
- Pág. 471. En la huerta de SE murió el subteniente Miguel Gila.
- Pág. 472. Esto de SE parecía un horno, decía Sursum Corda.
- Pág. 472. Los franceses avanzaban por la calle de SE, llegando a apoderarse del hospital y de San Francisco.
- Pág. 477. El batallón de Peñas de San Pedro guarnecía el frente de fortificaciones desde SE a Trinitarios.
- Pág. 477. A espalda de SE está la batería de los Mártires.
- Pág. 477. Corría la tapia aspillerada desde SE hasta el puente del Huerva.
- Pág. 477. Aún existían las ruinas de SE.

- Pág. 482. Al ocurrir el ataque en el Arrabal, el batallón de que formaba parte Gabriel abandonó la cortina de SE y se puso en marcha hacia el Coso.
- Pág. 489. En SE la gente que vitoreaba batiendo palmas a los hombres que habían realizado una salida, la asemejaba a un teatro.
- Pág. 493. Napoleón, después de estudiar el plano de Zaragoza, indicó que la ciudad debía ser atacada por SE.
- Pág. 502. Buscó Agustín a Gabriel en SE sin encontrarlo.
- Pág. 503. Después de perdidas SE y San José, el punto más débil eran las Tenerías.
- Pág. 512. Acudían con presteza a SE.
- Pág. 517. La misma tarde se apoderarían los franceses de las ruinas de SE, del convento de Trinitarios y de la batería de los Mártires.
- Pág. 542. Entre SE y el hospital estaba Jerusalén.
- Pág. 548. Las galerías abiertas por los franceses debajo de la calle de SE no llegaban a acercarse a San Francisco.

Galdós no solamente cita SE con su batería de los Mártires, describe su asedio, da la nota de la opinión de Napoleón acerca de ser éste el punto de ataque, sigue luego de tomarla, la calle de su nombre como camino para entrar en la ciudad.

En Joseph Peyre:

- Pág. 8. Se decía venían tropas a ayudar a la defensa de SE; entre éstos ve Pilar a un muchacho, con el escudo 4-6 en la manga, en el momento de mayor jolgorio en la plaza de la Seo, quien lanza un cohete a la espalda de Pilar.
- Pág. 34. Juan se alista y tiene su bautismo de fuego en SE.
- Pág. 49. La niebla permitirá a los franceses llegar sin ser vistos a los jardines de SE.
- Pág. 51. En las ruinas de SE, Sas, con un sable, ha matado a diecisiete franceses como partió en dos a un oficial en el primer sitio.
- Pág. 59. Se combatió desde el campanario, al que los patriotas que lo ocupaban habían destruido la escalera.
- Pág. 112. Se abrió otra galería contra San Francisco por debajo de la calle de SE.

Peyre dice: la defensa de SE, la intervención de Sas, las dificultades creadas por la niebla y finalmente el último reducto, el campanario, al que los patriotas cortaron toda salida destruyendo la escalera.

## CONVENTO DE JERUSALEN

En Agustín Alcaide Ibieca:

Pág. 170. El 2 de febrero comenzaron los trabajos de los franceses por ocupar el CJ.

Pág. 172. Ese día y el siguiente volaron una casa inmediata al CJ.

Pág. 172. El día 3 de febrero fue el del principal choque para apoderarse del CJ.

Pág. 174. El 4 de febrero fue ocupado el CJ.

Pág. 201. Los franceses no llegaron a superar la tapia aspillerada paralela a la que volaron en el CJ, allí fue herido el teniente Villa.

Alcaide sitúa el CJ y comienza a hablar de él, cuando los franceses, ya dueños de Santa Engracia, avanzan hacia San Francisco, indica cuándo cayó en sus manos y deja constancia de la defensa; aún quedaba en poder de los patriotas una tapia cercana.

En Benito Pérez Galdós:

Pág. 471. Sursum Corda pidió antes en Santa Engracia y ahora lo hacía en CJ.

Pág. 542. El 3 de febrero se apoderaron los franceses de CJ, que estaba entre Santa Engracia y el hospital.

Pág. 543. Desde San Francisco se tiroteaba a los franceses, ya instalados en CJ.

Pág. 548. Las galerías que los franceses hicieron desde CJ estaban todas cortadas por las nuestras.

Pág. 548. Las galerías abiertas desde CJ no pueden acercarse a San Francisco.

Galdós sitúa a CJ, describe su caída e indica la preparación de minas hacia San Francisco.

En Joseph Peyre:

Pág. 99. El Padre Justo llevó a Pilar al CJ.

Pág. 100. J, tras la toma de Santa Engracia, entraba en la línea de ataque.

Pág. 106. Caído J, se presentaba más erguido el campanario de San Francisco.

Pág. 109. Pilar confesó y comulgó en J.

Pág. 127. Recordaba Pilar cuando fue sacada de Pabostre en camilla para ser llevada a J.

Pág. 127. Cuando los franceses tomaron J, Pilar ya defendía San Francisco.

Pág. 133. Pilar, aún medio dormida, confunde al hablar con la doncella del palacio de Ruiz de la Mata a ésta con su hermana cuando estaban en J.

Pág. 140. En J le mataron a su hermana.

Peyre después de trasladar a Pilar enferma desde Pabostre a J, donde tiene unos días de tranquilidad, hasta que ha de pasar a San Francisco, por ser inminente la caída de J en poder de los franceses.

### CONVENTO DE SAN FRANCISCO

En Agustín Alcaide Ibieca:

- Pág. 183. El 4 y el 8 de febrero el enemigo corrió en galería alguna de las bodegas del hospital a fin de volar SF.
- Pág. 185. Pensó el enemigo minar por debajo de la calle de Santa Engracia para alcanzar SF.
- Pág. 186. El día 10 de febrero, a las tres de la tarde, ocurría la horrosa explosión de SF.
- Pág. 186. Ese día habían logrado los franceses una galería que llegaba muy cerca de SF.
- Pág. 189. Ese mismo día los franceses se posesionaron de SF.
- Pág. 190. El 15 de febrero el enemigo abrió una brecha en el noviciado de SF.
- Pág. 190. La línea de defensa del Coso abría desde la Morería cerrada inmediata a SF hasta el convento de las Religiosas de Santa Fe.
- Pág. 191. El 11 de febrero los franceses volaron la capilla de la Sangre del CSF.
- Pág. 195. El catorce de febrero destruyeron con minas las casas situadas a la izquierda de SF.

Alcaide presenta en los distintos días el ataque con minas a SF y deja fijada la línea de lucha tras haberlo conquistado.

En Benito Pérez Galdós:

- Pág. 472. Los franceses, que avanzaban por la calle de Santa Engracia, se apoderaron del hospital y el CSF.
- Pág. 542. En el lugar ocupado por el CSF se halla hoy la Diputación.
- Pág. 543. Al ascender Agustín a capitán y Araceli a alférez, los llevaron a guarnecer SF.
- Pág. 543. Los franceses minaban el terreno para apoderarse de SF.
- Pág. 545. Candiola dice que tiene bien conservada la casa, que está pegada a San Diego y a espaldas de SF.
- Pág. 546. El CSF tenía por la parte del coro varias bodegas subterráneas.
- Pág. 547. En el claustro de SF maltrataron de nuevo a Candiola.
- Pág. 548. SF estaba a espaldas de la casa de los Duendes.
- Pág. 548. Estaban abriendo un paso subterráneo de SF a San Diego.
- Pág. 548. Araceli encuentra en la bodega de SF a un oficial de ingenieros.

- Pág. 549. Los franceses, dueños ya del hospital, amenazaban a SF.  
 Pág. 549. La posesión de SF iba a decidir la suerte de la ciudad.  
 Pág. 549. En San Francisco quedó Agustín al frente de su compañía, mientras Araceli va a servir los cañones de San Gil y arco de Cineja.  
 Pág. 550. Retroceden los franceses, SF es duro de roer.  
 Pág. 550. Un oficial herido dijo no tomarán SF.  
 Pág. 550. Don José Montoria dice a Araceli que no estaban tomadas todas las precauciones para defender SF.  
 Pág. 550. Una terrible explosión, debió ser en SF.  
 Pág. 550. Salieron al Coso don José Montoria y Araceli y se cercioraron de que gran parte de SF había sido volado.  
 Pág. 551. No viene de SF el Sursum Corda, con la calentura que le abrasa, sino del trenque.  
 Pág. 551. SF ha volado por los aires, cuando menos lo esperaban.  
 Pág. 551. Los franceses habían dejado de hostigar SF, por el lado del hospital, en tanto asaltaban las tapias de San Diego.  
 Pág. 551. Se conservaban en pie la torre y la iglesia de SF.  
 Pág. 551. Los franceses se habían posesionado de parte de SF y de Santa Rosa.  
 Pág. 552. Pasó un día después de la explosión de SF, día terrible.  
 Pág. 553. Agustín y Gabriel no se habían visto desde la explosión de SF.

Galdós sigue paso a paso, con tanto cuidado como Alcaide, la toma de SF, con los edificios inmediatos al hospital, casa de los Duendes, San Diego y Santa Rosa; cuenta la explosión de las minas y hace patente que quedó defensa en la torre que subsistía después de la explosión.

En Joseph Peyre:

- Pág. 79. El Padre Justo era de la Orden de SF, allí aún no se luchaba.  
 Pág. 99. SF era el convento de que dependía el Padre Justo.  
 Pág. 100. El Padre Justo pensaba pasar a Pilar de Jerusalén a SF.  
 Pág. 100. El coro de SF se sustentaba sobre vastas salas subterráneas a prueba de fuego.  
 Pág. 106. Caído Jerusalén, se mostraba más erguido el campanario de SF.  
 Pág. 106. El campanario de SF estaba minado desde hacía dos días.  
 Pág. 107. Todo se decidirá en SF.  
 Pág. 111. Los contraminadores del Padre Justo cortaron la mina, que los franceses querían hacer llegar al pie del campanario de SF; Pilar, tras ver combatir al Padre Justo, ya no considera en él al franciscano, sino al hombre que mata franceses por Zaragoza y la Virgen.  
 Pág. 114. Desde el campanario de SF se tiroteaba a los franceses que avanzaban.

- Pág. 115. SF era intomable; ardía una casa junto a él; el refuerzo llegado aquella noche eran hombres del regimiento de Valencia; los defensores nunca pensaron que minarían por debajo de la sala Capitular.
- Pág. 116. El emigrante francés que mandaba en el campanario a los patriotas, viendo aproximarse al pie de la torre a unos húsares, mandó al mejor tirador, un contrabandista, que no los matase.
- Pág. 117. El campanario de SF no alcanzaba los cien metros de la Torre Nueva.
- Pág. 119. Pilar, con un fusil, sube al parapeto de SF en el momento en que se ve arrastrada por la explosión.
- Pág. 119. Se piensa que si cayese el campanario destruiría todo el edificio.
- Pág. 119. Los tejados de SF quedaron intactos tras la explosión, pero llenos de cascotes y restos humanos.
- Pág. 123. Palafox, creyendo ya perdido SF, no precisaba de la caballería.
- Pág. 127. Pilar ya combatía en SF.
- Pág. 128. Los franceses entran en la iglesia de SF y el tío Andrés dice a Juanico y Pilar que se salven.
- Pág. 129. El tío Andrés y el Padre Justo fueron a esconderse en el artesonado de la iglesia.
- Pág. 137. Pilar se encuentra ya en el palacio de Ruiz de la Mata como si no hubiese luchado en SF.
- Pág. 146. Han tomado SF y todo lo que no debían tomar.
- Pág. 146. Dicen de Pilar, tras el combate de SF, que es la nueva Manuela Sancho.
- Pág. 163. Pilar querría preservar el palacio de Ruiz de la Mata del ataque subterráneo que ha conocido SF.
- Pág. 176. Como ocurrió en SF, los minadores no habían podido realizar su trabajo en el palacio y tenían que encontrar caminos subterráneos.
- Pág. 180. Si el palacio hubiese tenido una torre como la de SF hubiesen visto a un oficial consultar su reloj e inmediatamente la explosión.

Peyre detalla las minas y la toma de SF; hace intervenir al Padre Justo, al tío Andrés, los voluntarios del regimiento de Valencia; termina considerando el palacio de Ruiz de la Mata.

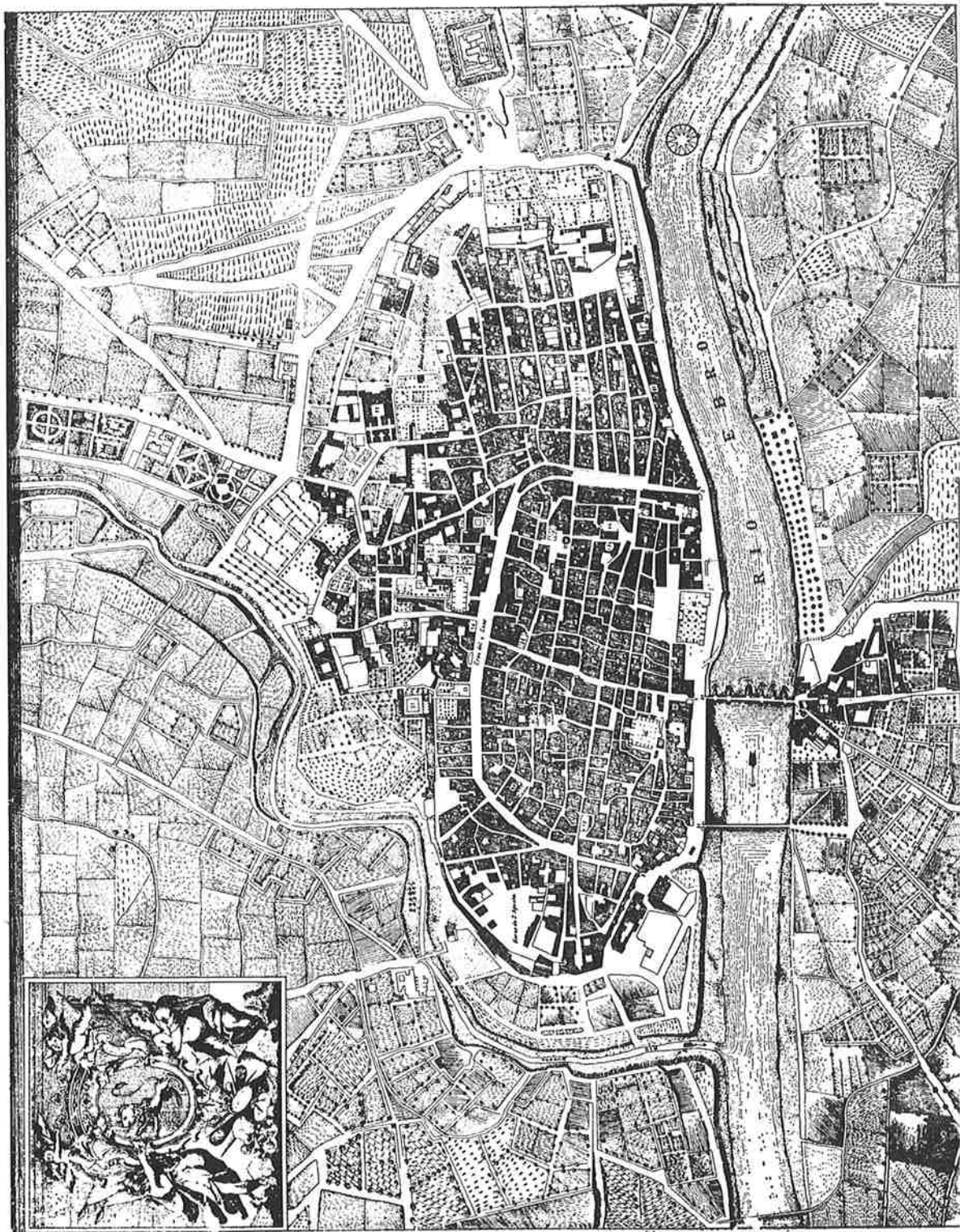
Por dedicar especial atención a la novela de Peyre no se detallan otros conventos, como Cogullada, la Encarnación, las Fecetas, de Jesús, San Lamberto, San Lázaro, Trinitarios, citados ampliamente, tanto en Alcaide Ibieca como en Pérez Galdós, pero no en Peyre.





**TRES INTERROGATORIOS  
EN LOS DOCUMENTOS DEL EJERCITO FRANCES  
SITIADOR DE ZARAGOZA**

IGNACIO M.<sup>a</sup> MARTINEZ RAMIREZ



## INTRODUCCION

Decididamente no es el mejor momento para la historiografía épica. La visión paranoica de la historia —versión erudita del chauvinismo histórico—, en sus excesos por demostrar la superioridad de valores materiales y morales de una nación sobre otra, se condujo al fracaso, desalentando a muchos y creando una «leyenda negra» sobre la historia de las gestas gloriosas, de tal manera que las actuaciones valerosas y sacrificadas, heroicas y sublimes —ya de un individuo o una colectividad— son olvidadas hoy por los historiadores, que ven en su estudio recuerdos decimonónicos, quedándose su investigación como juguete erudito.

Pero si en la actualidad los hechos gloriosos de las armas no tienen el debido prestigio entre los historiadores, no debemos por ello ignorarlos, sino, al contrario, abordarlos de nuevo. Si los Sitios de Zaragoza han llegado a ser un tópico es labor de quienes se ocupen de ellos despojarlos de clichés y frases hechas, haciéndoles recobrar, por medio de una esforzada investigación, su verdadera dimensión histórica.

## PRESENTACION

Para la realización de este trabajo he partido de los documentos del ejército francés publicados en lengua francesa por el profesor García Arista<sup>1</sup>, y entre ellos he seleccionado los presentes interrogatorios.

A simple vista un interrogatorio no es el mejor documento histórico ni mucho menos, al contrario, pues la ocultación de datos, o a la inversa, la exageración de otros, sería lo propio de la interrogación a unos prisioneros de guerra.

Pero en ocasiones a través de la inseguridad o la duda llegamos a la certeza, por lo que no es despreciable ningún tipo de fuente documental, pues en su caso nos ayudará a comprobar datos o cuestionarnos planteamientos anteriores.

---

1. GARCÍA ARISTA, G.: *Documentos del ejército francés...* Zaragoza, Imprenta M. Escar, 1910.

## NOTICIA HISTORICA DE LOS DOCUMENTOS

La noche del 9 de julio de 1813 el ejército francés abandona la ciudad de Zaragoza, no sin furia, pues en su huida vuela un tramo del puente de Piedra.

De todos modos, el general París dejó al salir una guarnición de setecientos hombres y numerosa artillería en la Aljafería, hasta entonces cuartel general del ejército intruso. Allí se encontraban todas sus dependencias, incluido el archivo. Al reconquistar Mina el castillo, el 2 de agosto, cayeron en sus manos todas las municiones, enseres y papeles que el francés dejó.

Muchas vicisitudes y traslados debieron sufrir los documentos objeto de nuestra atención, hasta que en 1899 fueron localizados por el insigne García Arista entre montones de papeles arrinconados en un depósito municipal. Perdidos durante casi un siglo, habían pasado desapercibidos incluso a una comisión de archiveros que a mediados de siglo examinó un sin fin de documentos en nuestra ciudad.

Bajo el título «Papeles que dejó abandonados el ejército francés al salir huyendo del castillo de la Aljafería», los encontró García Arista. Tras un minucioso estudio fue dada públicamente noticia de su existencia en el número de julio de 1907 de la *Revista Aragonesa*. Cercana estaba la celebración del centenario de los Sitios, y este acontecimiento animó al señor García Arista, apoyado por la Sección de Historia de la Junta del centenario, a publicar en cuatro volúmenes la totalidad de los documentos, pero lamentablemente del número de volúmenes anunciado sólo hizo su aparición el primero<sup>2</sup>, hecho que unido al extravío actual de este fondo hace que<sup>3</sup> no podamos conocer en su totalidad la citada documentación, sino parcialmente.

Para hacernos una idea de su contenido en general debemos guiarnos por el extenso prólogo que inicia el único volumen publicado. En él García Arista clasifica los documentos y hace breves comentarios a tu texto. Pertenecen al «Cuerpo de Observación de las Costas del Océano» del ejército francés, y consiste principalmente en el diario del cuerpo desde el 1 de mayo de 1808. En él se incluyen noticias del 2 de mayo madrileño, y, por supuesto, de los Sitios de Zaragoza, entre ellos el diario de ataque y el «rapport» o informe de la artillería del segundo sitio. Siguen los documentos hasta 1811 y se completan con los informes y situación de fuerzas. García Arista aplicó para su clasificación un criterio cronológico: documentos anteriores al segundo sitio, documentos del segundo sitio y documentos posteriores a él, e intentó adaptarlos de esta forma a su publicación: el primer volumen contendría las noticias hasta la rendición de Zaragoza, el segundo hasta 1809, el tercero hasta 1811 y el cuarto, que hubiera sido el más interesante, el «Diario de operaciones y situación de fuerzas».

2. Circunstancia ya prevista por GARCÍA ARISTA, op. cit., p. 21.

3. PASCUAL DE QUINTO DE LOS RÍOS, José: «¿Dónde están...?» «Heraldo de Aragón», Zaragoza, 6 de octubre de 1986.

Lógicamente los interrogatorios de los que nos vamos a ocupar pertenecen al primero y único volumen publicado, tratándose de acontecimientos ocurridos durante el segundo sitio de Zaragoza y anteriores a su rendición.

Forman un pequeño apéndice de tres interrogatorios, con escasas noticias de las circunstancias del interrogatorio —sólo el tercero tiene lugar, fecha y firma—, aunque sí podemos deducir la existencia de una tercera persona entre el interrogador y el interrogado, tratándose, con toda seguridad, de un traductor francés.

La copia, al parecer muy fiel, como la transcripción del señor García Arista —que insiste no haber trastocado ninguna palabra, respetando incluso las faltas ortográficas— resulta confusa, en especial por la aplicación de los pronombres de primera y tercera persona del plural, mediatizados por el traductor, de tal manera que es difícil identificar una información con uno u otro bando. Esto, unido a los errores gramaticales, que se han respetado, y giros anticuados, que he intentado adaptar al castellano, obligan a una relectura de los documentos para la mejor comprensión de su contenido.

Su orden responde al de publicación en el libro de García Arista<sup>4</sup>, que según él es el que mantenían en su versión original.

Pasemos, pues, a los interrogatorios, documentos que debemos de tomar con no poca cautela —como he indicado—, pero no por ello vanos o inútiles, sino todo lo contrario.

## INTERROGATORIOS

Interrogatorio de don Joaquín Rafael Inza, capitán del segundo regimiento de Infantería de Valencia, hecho prisionero el 11 de enero en el ataque a San José.

P. Dónde estaba de servicio cuando fue hecho prisionero.

R. En la batería de San José.

P. Desde cuándo estaba en esta batería.

R. Desde ayer por la noche, cuando el fuego comenzó.

P. Cuánta gente había para la defensa de San José.

R. Tres mil hombres, el segundo regimiento de Valencia, el primero de Aragón, Perena, los suizos de Aragón, las Guardias Españolas.

P. Quién era el comandante en jefe del fuerte de San José.

R. El coronel don Mariano Renovales y su segundo el barón de Rus.

P.Cuál era su intención en la salida que ellos<sup>5</sup> hicieron ayer a las once de la noche.

---

4. GARCÍA ARISTA, G., op. cit., pp. 341-349.

5. Se refiere a los españoles.

R. Por objeto de defensa, y en el temor de que nosotros no tuviésemos el proyecto de ocupar su batería de asalto.

P. Cuánta gente han perdido desde que nuestras baterías comenzaron a disparar.

R. De su regimiento, que se componía de doscientos cincuenta hombres, ha perdido un tercio en la defensa de la batería.

P. De cuántas piezas estaba compuesta la batería de San José, y de qué calibre.

R. De un mortero, de un obús y de 8 o 9 bocas de fuego de 12, y de calibre inferior.

P. Cuántas piezas había cuando San José fue tomado.

R. Se retiraron los cañones antes de que el fuego comenzase, y el obús y el mortero fueron retirados por la mañana.

P. Cuántos artilleros se han perdido.

R. Se han perdido veinte entre muertos y heridos.

P. De cuántos —crec él— que se compone la guarnición de Zaragoza entre tropa regular y paisanos.

R. Quince mil hombres de tropa de línea, el número de paisanos es incalculable, atendiendo a que todo el mundo que está en condiciones ha tomado las armas.

P. Tienen ellos muchos enfermos.

R. De doce a trece mil.

P. De este número, cuántos están moribundos.

R. El número de moribundos es considerable, se entierran algunas veces cien por día.

P. Si ellos tienen víveres en abundancia y si la distribución se hace con exactitud a la tropa.

R. Las distribuciones se hacen regularmente en pan, arroz y judías, no tienen otras privaciones que el pan blanco.

P. Dónde lo muelen, cuál es el número de molinos y dónde están situados.

R. El no sabe nada, en la ciudad se sirven de molinos de brazo.

P. La tropa, es pagada regularmente.

R. No se paga, sino que se anota.

P. Hay una voluntad unánime en defender la ciudad hasta el último extremo, tanto en la tropa como en el paisanaje.

R. Los soldados y los paisanos tienen la intención de defenderse hasta el último extremo.

P. Qué tipo de medidas se han adoptado para la defensa de Zaragoza.

R. La de defenderse casa por casa.

P. Quién es el comandante en jefe.

R. Palafox.

P.Cuál es la opinión de la guarnición y de los habitantes de Zaragoza

sobre la actuación del señor Palafox, y si están bien convencidos de su entrega en la defensa.

R. Que él se defenderá hasta el último extremo.

P. Espera auxilios para hacer levantar el sitio.

R. Los habitantes están convencidos de que él les traerá auxilios, y ellos esperan todos los días ver llegar las fuerzas que obligarán al ejército francés a levantar el sitio de Zaragoza.

P. Ellos saben que el ejército francés ocupa Madrid hace un mes y que el emperador está allí en persona.

R. Ellos lo saben.

P. Tienen muchas municiones.

R. Ellos tienen muchas de todo tipo, y ellos mismos fabrican la pólvora.

P. El señor Palafox sale a menudo de su casa y visita a menudo los puestos.

R. Sí.

P. Hay empalizadas en las calles.

R. En la calle del Coso hay dos, y él no sabe si hay alguna otra.

\* \* \*

Interrogatorio de tres paisanos cogidos sobre una barca saliendo de Zaragoza.

P. Sus nombres, apellidos, lugar de nacimiento.

R. El se llama Pablo Belise, de los alrededores de Lérida en Cataluña,

P. Cuándo salió de Zaragoza.

R. En la noche del 18 al 19 hacia las tres de la mañana.

P. Desde cuándo estaba él en Zaragoza y qué hacía.

R. El estaba en Zaragoza unos días antes del bloqueo y había venido para vender allí sardinas y otros pescados secos, que es su profesión ordinaria.

P. Qué personas y qué motivo le han empujado a salir de Zaragoza.

R. Estando en Zaragoza circunstancialmente se ha aprovechado de la barca que salía para ir a su casa, y él debía pagar por ello cinco o seis dineros al dueño de la barca.

P. A dónde debía llegar la barca.

R. Se le había prometido que llegaría a Pina y sería libre de regresar a su casa, él ignora dónde la barca debía ir después.

P. Si había otras barcas.

R. Otra había salido esta noche, unos instantes antes de la que él ocupaba.

P. Sabía él que había fusiles en estas dos barcas.

R. Lo sabía.

P. Por qué motivos se hizo una gran fiesta en Zaragoza en la tarde del día 15.



R. La fiesta tenía por motivo la noticia extendida en la ciudad de que el emperador había sido cogido y el ejército francés derrotado.

P. Si los víveres son abundantes.

R. La carne falta absolutamente, el pan es escaso, pero los pescados secos son abundantes.

P. El bombardeo ha hecho mucho mal.

R. En muchos barrios sí, mas en el que él habitaba, que es el de Nuestra Señora del Pilar, no ha caído ni una sola bomba.

P. Hay muchos enfermos.

R. Su número es grande y el de muertos también.

P. Se han construidos medios de defensa en las calles.

R. En algunas calles, principalmente al lado de Santa Engracia, se han levantado traviesas y se han cavado fosas y hecho algunas otras obras.

P. Dónde se cobijan los habitantes durante el bombardeo.

R. En sus bodegas y en otros subterráneos.

\* \* \*

Interrogatorio hecho al señor Francisco Balaguer, teniente en el noveno regimiento de Valencia.

P. Si hace mucho tiempo que sirve en el regimiento de Valencia.

R. Ha respondido que desde hace siete meses y haber servido preferentemente en el regimiento de la Corona.

P. Cuál era el número de tropa de su regimiento cuando entró.

R. Había dos mil doscientos.

P. Cuál es la fuerza hoy.

R. Ha respondido que actualmente presentan las armas alrededor de doscientos cincuenta hombres y que había trescientos enfermos.

P. Qué ha ocurrido con el resto del regimiento.

R. Ha respondido que el regimiento ha tenido gran número de muertos y heridos y un gran número de hombres ha muerto de enfermedad.

P. Si la guarnición de Zaragoza ha perdido mucha gente tras el ataque de los franceses.

R. Ha respondido que no conoce la suerte de otros regimientos, pero que en el suyo se han perdido alrededor de sesenta entre muertos o heridos.

P. Quién era el oficial que mandaba el fuerte de San José.

R. Ha respondido que se llamaba don Mariano Renovales.

P. Si nuestra artillería ha hecho mucho mal a la española.

R. Ha respondido que ella no había podido hacer gran mal en San José porque estaba a cubierto y además se habían retirado las piezas desde ayer por la mañana.

P. Si hay mucha gente en los hospitales de Zaragoza.

R. Ha respondido que había alrededor de doce mil hombres y de ellos morían de treinta a cuarenta todos los días.

P. Si los hospitales tienen medicamentos suficientes para tratar a los enfermos.

R. Ha respondido que hay suficientes medicamentos, pero que faltan camas y que los enfermos están tirados por tierra.

P. Pregúntele si se hace exactamente la distribución de víveres a la tropa.

R. Ha respondido que se hace regularmente todos los días.

P. Si nuestras bombas hacen mucho daño en la ciudad.

R. Ha respondido afirmativamente y ha añadido que habían derruido muchas casas.

P. Si en la ciudad se han hecho obras para oponerse a la entrada de los franceses y si se han tomado otros medios para la defensa.

R. Que se han armado todos los ciudadanos, pero que él no tiene conocimiento de que se hayan tomado otros recursos.

P. Si él sabe cuántas baterías hay en Zaragoza o en el exterior y dónde están emplazadas.

R. Ha respondido que hay una en la puerta del Carmen, una en el puente del Huerva, una en Santa Engracia, una en el Jardín Botánico, una en el molino de aceite enfrente de San José, otra fuera de la puerta del Sol; hay tres baterías, y una en la puerta de Sancho, una en puerta del Portillo y por último un reducto entre la puerta del Carmen y la del Portillo.

P. Si estas baterías están provistas de muchas piezas.

R. Que ellas tienen alrededor de cuatro a ocho bocas de fuego.

P. Si ellos tienen muchas municiones.

R. Ha respondido que había pocas bombas, pero que estaban bien provistos de balas y pólvora.

P. Si su regimiento perdió mucha gente en el ataque de ayer.

R. Ha respondido que la pérdida sería de alrededor de veinticinco a treinta hombres muertos o heridos.

P. Si Palafox tiene mucha influencia en la ciudad y la confianza de la guarnición.

R. Ha respondido que los habitantes y la guarnición tienen una confianza unánime en su comandante.

P. Cuál es el número de la guarnición de Zaragoza.

R. Que habría alrededor de diez mil de tropa regular y un gran número de paisanos atendiendo a que todo el mundo había tomado las armas.

P. Si la guarnición y los habitantes de Zaragoza tienen un acuerdo unánime en defender la plaza hasta el último extremo.

R. Ha respondido que la tropa capitularía con placer, pero que él creía que los paisanos estaban en la intención de defenderse hasta el último extremo.

P. Si las monjas y los párrocos tenían mucha influencia sobre el pueblo y si les empujaban a la defensa.

R. Ha respondido que son ellos los que excitan a todos los habitantes a hacer esta vigorosa resistencia y que algunos de ellos habían tomado las armas con la tropa.

P. Si Palafox manda él mismo las salidas que se hacen.

R. Ha respondido que él mismo las ordena, pero que él no está presente.

P. Si se sabía en Zaragoza que el emperador estaba en Madrid hacía alrededor de un mes.

R. Ha respondido que se había dicho y que había estado, pero que había escapado con cuatro a cinco mil hombres para rendirse en Burgos.

P. Se ha observado que tras la última respuesta parecía que se decía en Zaragoza que los franceses habían sido batidos en España de tal manera que ellos son los únicos vencedores.

R. Ha respondido afirmativamente.

P. Si no se decía por Zaragoza que debían llegar auxilios y forzar a los franceses a abandonar el sitio.

R. Ha respondido afirmativamente y ha añadido que ellos esperaban estos auxilios del ejército que había sido batido en Tudela y que se había retirado hacia Madrid, al que se le habrían unido muchos paisanos que estaban armados con fusiles encontrados en Tortosa. He aquí al menos lo que se dice a este respecto en Zaragoza.

Hecho en la Cartuja el 11 de enero de 1809.

Goudomp  
Capitán adjunto

\* \* \*

## COMENTARIO

A la vista del texto de los interrogatorios presentados por García Arista podemos establecer dos tipos de preguntas hechas a los prisioneros. En un primer momento son interrogados sobre su situación personal, circunstancias de su captura y datos concretos de su personal condición. Estas preguntas se van haciendo más generales y amplias: sobre el estado de la ciudad, y muy especialmente acerca del combativo espíritu de los zaragozanos.

El primer interrogatorio se realiza al capitán Joaquín Rafael Inza, del segundo regimiento de Valencia, que había sido hecho prisionero en el fuerte de San José.

Era este baluarte uno de los tres extramuros de la ciudad —San José, el Pilar y la Aljafería— y fue asaltado y tomado por los franceses el 11 de enero. Se encontraba el reducto en la ribera derecha de la Huerva, y tenía forma

rectangular, de unas 60 toesas —120 metros aproximadamente de longitud y 40-80 metros de anchura. Rodeado por un foso disponía de otros elementos defensivos como caminos cubiertos, empalizadas, etc.

En su interior se había concentrado un importante número de piezas de artillería y formaban su guarnición tropas selectas. Preguntado Joaquín Inza por las unidades destacadas en el fuerte San José éste respondió que custodiaban el ex convento el segundo regimiento de Valencia —al que él pertenecía—, Perena, los suizos de Aragón y las Guardias Españolas. Efectivamente, en el interior, a la derecha se encontraba el batallón de Reales Guardias Españolas, a la izquierda el regimiento de suizos de Aragón y al centro los Cazadores de Valencia. Estos contingentes fueron relevados en la tarde del día 10 de enero por el batallón de voluntarios de Huesca, al que el prisionero identifica con el nombre de su glorioso capitán don Pedro Perena<sup>6</sup>, parte de los guardias reales valonas y suizas, las milicias de Soria y el segundo regimiento de voluntarios de Valencia, unidad a la que pertenecería el capitán Inza. Mandaba la guarnición don Mariano Renovales, ascendido por Palafox al grado de coronel. Era su segundo el barón de Erruz<sup>7</sup> —no «de Ruz», como al parecer malinterpretó el francés que tomó nota del interrogatorio— seguido de don Alberto de Sagastibelza y don José Luis de Alcalá como jefe de la artillería. Era ésta un arma bien representada en el fuerte San José. Ciertamente la artillería total de Zaragoza era numerosa, contabilizándose alrededor de 98 bocas de fuego, gruesa en su mayor parte<sup>8</sup>.

Destacaba especialmente la línea de baterías —11 baterías, con un total de 40 piezas entre cañones, obuses, etc.— entre la torre del Pino y el convento de Santa Mónica, en la que se encuadraba la batería de San José, por la que preguntaron a Inza. Enumera éste un mortero, un obús, 8 o 9 bocas de fuego de 12, y otras de menor calibre, según él. Ante el ataque francés las piezas se retiraron ante la eventualidad de que pudieran caer en manos enemigas. Se verificó en dos veces: la primera en la tarde del día 10 y la segunda en la mañana del 11, como realmente sucedió, tal como explica el propio comandante del fuerte, don Mariano Renovales, en su parte oficial:

— El parte oficial de lo ocurrido en ese punto decía así: «Excelentísimo señor: Tengo el honor de dar a V. E. parte de la defensa del reducto de San José, confiado a mi mando... A las siete paró el fuego y mandé al señor don Manuel Pérez, capitán de Ingenieros, que con su acreditada pericia recompusiera las baterías, lo que se iba verificando, pero

---

6. Don Pedro Perena y su tío Felipe Perena se destacaron en el segundo sitio de Zaragoza, el primero por ser nombrado por Palafox capitán del primer batallón de voluntarios de Huesca y el segundo por distraer desde el exterior las tropas francesas.

7. El barón de Erruz obtuvo el ascenso a brigadier por sus méritos en los sitios de Zaragoza. Falleció en septiembre de 1820.

8. A la artillería propia de la ciudad se le unió la recuperada del Canal Imperial, arrojada por los franceses al levantar el primer sitio. Sumaban 53 el número de piezas de diversos calibres.

a las once y media de la noche se presentó el enemigo en número considerable... Conociendo ya que era imposible recomponer mis baterías, mandé retirar siete piezas del calibre de a cuatro y un mortero, quedándome con un obús y dos cañones del mismo calibre»<sup>9</sup>.

De todos modos el parte no explica lo que sucedió con las piezas que Renovales conservó en San José, pero cabe pensar que ciertamente fueron sacadas con todas las municiones —unas 300 bombas y granadas— y hasta las rejas del convento, que pensó Renovales podían ser de utilidad.

Tras el bombardeo del baluarte, iniciado el día 9, llegó el fortísimo asalto. Batido por el fuego, y temiendo que los franceses cortaran los accesos que unían la ciudad con el fuerte, los defensores se vieron en la dura tarea de replegarse, no sin antes resistir varios asaltos de las columnas francesas, a las que se le causaron, a juicio de Renovales, mil quinientas bajas entre muertos y heridos. En alguno de estos combates, que llegaron a la lucha cuerpo a cuerpo, debió de caer nuestro prisionero en cuestión.

Continúa el interrogatorio del capitán con preguntas sobre el estado general de la plaza, dirigido a conocer más la situación moral que la estrictamente militar. Son preguntas acerca de la alimentación, la enfermedad, la voluntad de sus habitantes y la actitud de sus jefes. Como quiera que este tipo de preguntas se repetirán en el tercer interrogatorio, he considerado más interesante comentar en este momento las preguntas relacionadas con el fuerte San José y sus circunstancias.

Es el segundo interrogatorio más corto, pero no por ello menos interesante. No está formulado a ningún militar, sino a un civil, Pablo Belise, vendedor de pescados secos. Encontrándose circunstancialmente en Zaragoza en el momento del sitio y deseoso de regresar a su casa —cerca de Lérida— salió de Zaragoza en una barca hacia Pina, donde debería desembarcar, siendo interceptado por las patrullas francesas.

Conocidas estas circunstancias a través del propio interrogatorio, se le formularon a Pablo Belise dos interesantes cuestiones: en la primera de ellas se le pregunta si conocía la existencia de fusiles en las barcas. ¿A quién se dirigían estas armas? La respuesta es fácil de suponer: pues, si bien en la ciudad las armas y municiones eran relativamente abundantes —sólo al final llegaron a escasear las granadas y bombas de cañón—, se prefería armar a los campesinos y restos de partidas, que a través de las guerrillas hostigarían la retaguardia del sitiador.

La segunda pregunta es realmente sorprendente: «¿Qué fiesta se ha celebrado el día 15 en Zaragoza?». ¡Estaban los zaragozanos para fiestas! Pues sí, ciertamente. Alcaide Ibieca en su *Historia de los Sitios*<sup>10</sup> relata el espontáneo regocijo que conmocionó la ciudad la tarde del día 17 de enero

9. ALCAIDE IBIECA, Agustín: *Historia de los Sitios...* Madrid, imprenta de D. M. de Burgos, pp. 92-98.

10. ALCAIDE IBIECA, Agustín: op. cit., p. 114.

de 1809 —si bien debe haber algún tipo de error en alguna de las dos fuentes, pues personalmente opino que debe tratarse de la misma fiesta, fechada por unos en la tarde del día 17 y por otros en la del 15—. Al parecer, en Zaragoza se tuvo la firme convicción de que el ejército francés había sido derrotado en el resto de España, se había invadido Francia y pronto llegarían tropas que levantarían el sitio. El mismísimo Napoleón estaba derrotado y la liberación sería cuestión de días. La «Gaceta» publicó tan fabulosas noticias y los zaragozanos, animados por tan buenas nuevas, repicaron sus campanas, encendieron luminarias y dispararon salvas con gran desperdicio de pólvora. Alcaide Ibieca comenta<sup>11</sup>, no sin cierta ironía, cómo la imprudencia y la irreflexión durante las festivas demostraciones ocasionaron alguna desgracia. Tal era el buen ánimo de los zaragozanos, pese a todas las calamidades.

El interrogatorio también alude a la situación de la ciudad, dejando aparte la anecdótica e infundada alegría. Se pregunta por la escasez de alimentos y la enfermedad, así como de las obras de defensa en el interior de la ciudad. De estos aspectos y aun de otros nos presentará más información el tercer interrogatorio.

En él se inquiera a Francisco Balaguer, teniente del noveno —debe tratarse de un error de transcripción, pues con este número es inexistente— regimiento de Valencia. Debió ser capturado en la misma acción del día 11 de enero, que acabó con la ocupación del fuerte San José por Francia. Al principio se le hacen preguntas acerca de su situación militar y sobre el fuerte San José, corroborando las opiniones del primer interrogado. Pero las cuestiones más interesantes se refieren a las condiciones materiales y morales de la ciudad. Con preguntas específicamente estratégicas —ubicación de baterías, por ejemplo— se mezclan asuntos no tan estrictamente militares, pero no por ello menos importantes o útiles para la capitulación de la ciudad, o al menos para conocer el límite de su resistencia.

Los temas a destacar en este interrogatorio serían: la situación sanitaria de la ciudad, el volumen de armas y municiones y la voluntad defensiva de los sitiados, tanto civiles como militares.

Respecto a la primera cuestión sabemos cómo a las penalidades de los zaragozanos —bombardeos, incendios, hambre— se le añadió una terrible epidemia de feroz mortalidad, como bien expresa el prisionero en sus respuestas. Unida a la falta de camas<sup>12</sup> y a la ruina de conventos e iglesias donde solían ser llevados enfermos y heridos, produciría una dantesca visión de la ciudad.

Por el contrario la munición parecía ser abundante. Aparte de los pertrechos traídos por el gran número de tropa que acudió a Zaragoza, cabe des-

---

11. ALCAIDE IBIECA, Agustín: op. cit., p. 115.

12. A este respecto recordemos el linchamiento de un encargado de la Intendencia, por haber escondido camas, genialmente novelado por Galdós, y recogido por Alcaide Ibieca en su obra, si bien creía que se debió más al furor popular que a la realidad.

tacar la labor de fabricación propia en el interior de la ciudad: de un lado la maestranza a cargo del cuerpo de Artillería, que centraba su labor en la reparación del armamento y la fundición de metralla; por otro, la elaboración de pólvora y cartuchos en cantidad de 9 arrobas —unos 100 kilos— diarios en dos factorías, dirigidas por el catedrático de Química Esteban Brunete.

Queda por último la tercera cuestión, más difícil de valorar y comprobar que los datos numéricos, topográficos o cronológicos: el espíritu de los defensores, que a tenor del interrogatorio sintetizaría en tres aspectos: la sorprendente —o no tan sorprendente— declaración de la voluntad de la tropa por rendirse, contrapuesta al inquebrantable ánimo de los paisanos, la actitud impetuosa del estamento eclesiástico y la confianza en el jefe supremo de la guarnición, Palafox.

No es de extrañar que, una vez defendido el honor de la ciudad y demostrado el heroísmo de sus habitantes, un sector de sus defensores vieran en la continuación de la resistencia, aparte de la ruina material de la ciudad, un ejemplo de fanatismo loco y absurdo contra lo inevitable, y parece lógico pensar que este furor combativo se concentrase en los paisanos, que defendían su propia ciudad, y que habían formado grupos de voluntarios al mando de jefes más o menos carismáticos.

La tropa del ejército de línea regular, por otra parte lejos de sus lugares de origen y con un largo tiempo de servicio, mantendría una actitud más fría, aunque no por ello menos valerosa y decidida, obediente a las órdenes de sus oficiales.

A sostener el ardoroso ánimo de los zaragozanos colaborarían sin duda las arengas de clérigos y frailes, sin excluir a las sacrificadas religiosas, que, además de manejar con habilidad los discursos, unían su ejemplo personal acudiendo a los lugares más arriesgados, y en algunas ocasiones mandando ellos mismos compañías armadas, como lo hicieron el beneficiado Sas, el presbítero Antonio Gil o el párroco de San Miguel don José Martínez.

Otro de los grandes apoyos de la resistencia se basaba en la confianza de los zaragozanos en la persona de Palafox. Todos los testimonios, incluidos, claro está, los interrogatorios, son unánimes en resaltar la influencia que Palafox tenía sobre la tropa y la población. Aclamado popularmente el 25 de mayo capitán general, mantuvo el combativo ardor de la ciudad, tanto por su valor y sacrificio personal como por su espíritu impulsivo: orgullosos desplantes ante el enemigo, enfáticas proclamas y gacetas, aunque en ellas se anunciase la cercanía de fabulosos ejércitos auxiliares que, como todos sabemos, nunca llegaron.

## BIBLIOGRAFIA

ALCAIDE IBIECA, Agustín: *Historia de los Sitios que pusieron los franceses a Zaragoza...*, Madrid, imprenta de D. M., Burgos, 1830.

GARCÍA ARISTA, G.: *Documentos del ejército francés sitiador de Zaragoza (1808-1809) exhumados por G. García Arista*, Zaragoza, imprenta M. Escar, 1910.

PASCUAL DE QUINTO Y DE LOS RÍOS, José: *¿Dónde están los documentos del ejército francés sitiador de Zaragoza?*, «Heraldo de Aragón», Zaragoza, 6 de octubre de 1983.

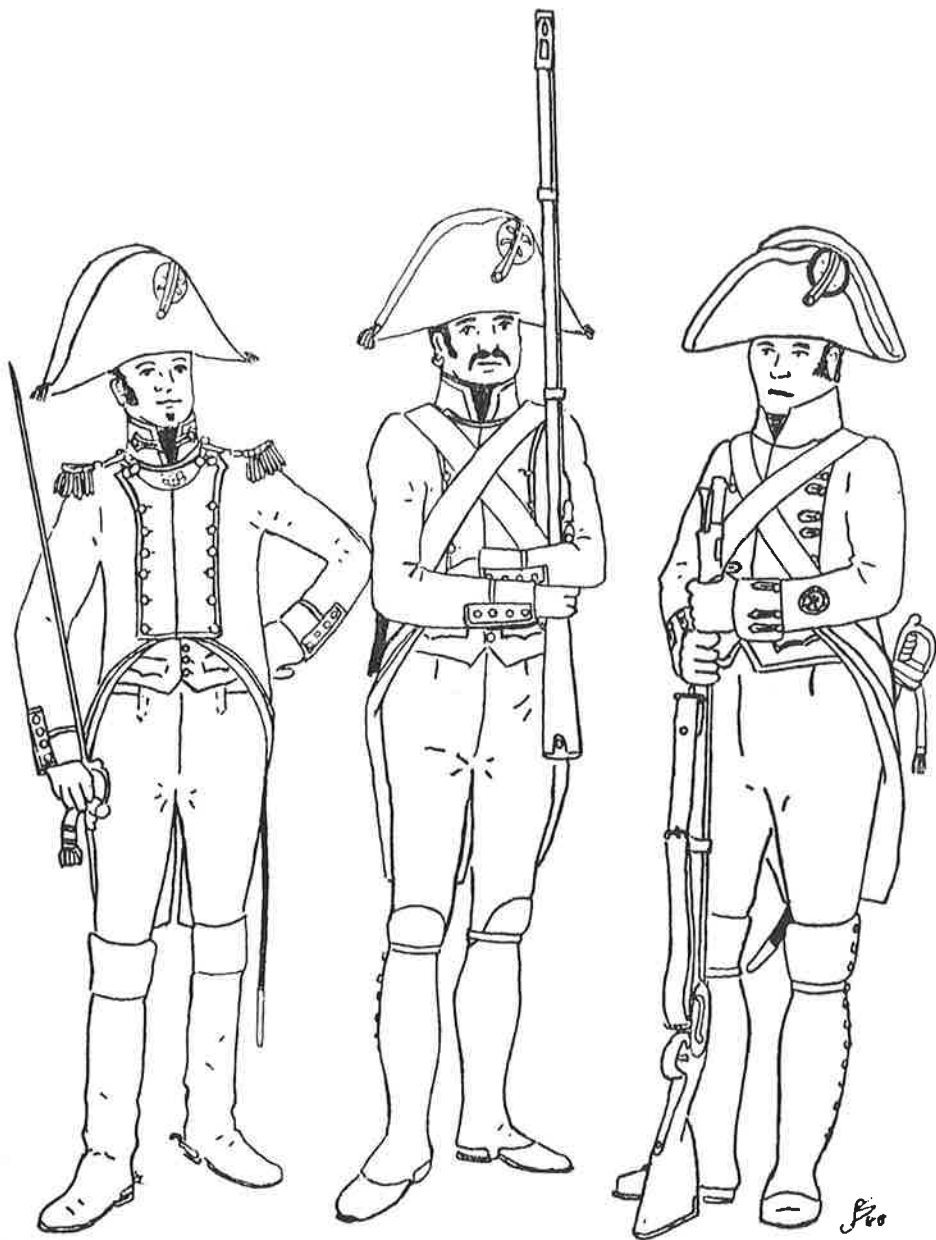
RIBA Y GARCÍA, Carlos: *Lo que se ha escrito sobre los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, La Editorial, 1911.





**INTERVENCION DE LOS EXTRANJEROS  
EN LA DEFENSA DE ZARAGOZA  
DURANTE LOS SITIOS DE 1808 Y 1809**

**LUIS SORANDO MUZAS**



Oficial regimientos suizos números 1 al 5.

Soldado regimiento suizo número 6.

Soldados Regulares Guardias Walonas, en su brazo luce el escudo de Premio y Distinción creado el 16 de agosto de 1808.

(Descripción del colorido en el texto)

## INTRODUCCION

Fue en el verano de 1919 cuando el ilustre zaragozano don J. García Mercadal descubrió casualmente en una librería de lance propiedad de don Antonio Sánchez, existente en la rinconada de la iglesia de San Ginés en Madrid, el archivo particular, completo, del general don José de Palafox y Melzi, duque de Zaragoza, compuesto por treinta cajones, conteniendo doscientos legajos con documentación inédita, referente en su mayoría a los Sitios de Zaragoza.

Este interesantísimo archivo fue comprado por el Ayuntamiento de Zaragoza, gracias a la intercesión de Mercadal, por la cifra, entonces muy elevada, de 10.000 pesetas, y hoy se conserva casi totalmente ignorado en la Hemeroteca Municipal de la ciudad de Zaragoza, siendo difícilísimo el acceso al mismo, debido a las innumerables trabas con que, injustificadamente, se topa cualquier persona que desee consultarlo.

Hace ya algún tiempo, y tras haberlo solicitado reiteradamente, conseguí autorización para estudiar una parte del mismo, y entre los papeles y documentos que vi llamaron especialmente mi atención algunos partes y estados de fuerzas pertenecientes a regimientos compuestos por extranjeros de muy diversas nacionalidades, franceses inclusive, que participaron en la defensa de la ciudad de Zaragoza frente a los ejércitos napoleónicos durante los dos famosos Sitios de 1808 y 1809.

Basándome en dichos documentos, escasos, pero inéditos, y ampliándolos con diversas referencias que sobre el tema he hallado en otras fuentes, he confeccionado los historiales de los cuatro contingentes (regimiento de suizos, batallón de walonas, compañía de portugueses y compañía de extranjeros de Casamayor), en que combatieron polacos, portugueses, italianos, alemanes, walones, suizos, rusos y franceses solidariamente junto a los españoles en defensa de nuestra libertad y cuyo esfuerzo, injustamente olvidado, merece ser recordado.

## BATALLON DE REALES GUARDIAS WALONAS DE ARAGON

El Regimiento de las Reales Guardias Walonas de Infantería fue formado en 1702, por orden del rey español Felipe V, con voluntarios oriundos de los Países Bajos, y en mayo de 1808 estaba compuesto por tres batallones, destinados el primero en Madrid, el segundo en Barcelona y el tercero en Portugal.

Tras el inicio de la guerra de la Independencia cada batallón sufrió una suerte muy diversa: el tercero logró pasar de Portugal a Andalucía y unirse al ejército del general Castaños, mientras que los batallones primero y segundo quedaron presos de los franceses en Barcelona y Madrid, respectivamente, si bien algunos individuos del primero y un número superior del segundo consiguieron evadirse y acudir a Aragón, para unirse al nuevo ejército que Palafox estaba intentando crear.

Ya en los primeros días de junio fueron llegando a Zaragoza algunos guardias walones sueltos, como lo demuestra el hecho de que en el parte de bajas habidas el miércoles día 15 en la llamada batalla de las Eras del Rey, ocurrida a las puertas de Zaragoza, se cite entre los heridos a siete soldados de las guardias walonas.

En los días siguientes fueron llegando a la ciudad más walones sueltos, y el martes 21 de junio lo hicieron cien walones procedentes de Barcelona, a los que F. Casamayor confunde en su diario con polacos. Con todos ellos se formó una «Compañía de Guardias Walonas», agregada al servicio de Aragón, de unos efectivos aproximados de ciento cincuenta hombres, cuyo mando se encomendó al capitán de guardias don Luis de Garro (cargo equivalente a comandante del ejército regular), y a la que se le asignó como cuartel el Hospital de Convalecientes (actual Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, en la calle Ramón y Cajal), compartido con el batallón ligero número 2 de Zaragoza.

Durante el primer sitio se distinguió la compañía en las siguientes acciones:

El martes 12 de julio rechazó al enemigo de varias torres que ocupaba en el camino del puente del Gállego, en el Arrabal, perdiendo dos hombres y un herido.

El miércoles 13 participó en la salida efectuada para recuperar el convento de Capuchinos, situado fuera de la ciudad y ocupado por los franceses desde el día 11 (dicho convento, hoy desaparecido, ocuparía aproximadamente el cruce de la avenida de Fernando el Católico con Corona de Aragón), logrando expulsarlos del edificio, si bien por poco tiempo, ya que esa misma noche volvieron los franceses a ocupar sus ruinas. La compañía perdió en esta acción cinco hombres y tuvo siete heridos.

En la noche del 3 de agosto se halló la compañía de guardia y al terminar la misma, a las cuatro de la madrugada del jueves día 4, sin descansar

ni un momento, hubo de permanecer en la batería del Carmen, situada ante la puerta de igual nombre, soportando un intensísimo bombardeo y respondiendo al mismo, maniobrando ella misma los cañones por falta de artilleros, hasta las nueve de la mañana, en que fue relevada por fuerzas de refresco; en esta acción perdió la compañía un alférez, un sargento, cuatro cabos y once soldados, y resultando heridos un sargento, dos cabos y nueve soldados.

Después, a mediodía, cuando los franceses se lanzaron al asalto de las brechas abiertas por el bombardeo, lograron, en medio del mayor riesgo, salvar dos cañones y un obús de la batería del Carmen, llevando uno a Santa Fe y otro a Convalecientes.

Los franceses lograron penetrar en la ciudad, pero el Hospital de Convalecientes y el convento de la Encarnación, a él colindante, se habían convertido en un fuerte reducto, impidiendo cualquier avance francés hacia la izquierda, en dirección de la Misericordia y el Portillo. La compañía defendió, junto a otros cuerpos, el Hospital de Convalecientes de los reiterados ataques que le dirigieron los franceses, rechazándolos todos, tanto en ese día como en los siguientes.

Ibica en su *Historia de los Sitios* cuenta cómo «las guardias walonas guarnecían el convento y en contestación a la bandera blanca, ya que su desgracia les redujo a la miseria de no tener una sola bandera, echaron mano de un pedazo de esterliz y le pudieron teñir, siquiera la mitad, con una cosa que parecía roja y escribieron a toda prisa "O VENCER O MORIR POR FERNANDO VII", lo pusieron en un bastón e hincaron en un saco de la batería, al tiempo que abrían fuego todos los cañones de ella»; este mismo episodio es recogido también por el barón de Lejeune.

El viernes día 5 entró por el Arrabal el marqués de Lazán, hermano de Palafox, con el tercer batallón de Guardias Españolas y algunos walones procedentes de Barcelona que habían acudido a Osera.

En la tarde del domingo 7 una partida de la compañía tomó diecisiete prisioneros en la esquina de San Ildefonso (hoy esquina de la calle Castrillo con la avenida de César Augusto).

El día 8 dirigió Garro un escrito al general Palafox pidiéndole alguna recompensa para los sesenta y un individuos de su compañía (el capitán Garro, tres sargentos, dos cabos primeros, seis cabos segundos, un tambor y cuarenta y ocho soldados) que se habían hallado en todos los combates ya narrados; acompañaban a dicho escrito una lista con todos los nombres de estos individuos, entre los que destacan apellidos tan significativos en su origen como Salusech, Stoper, Sich, Sfranger, Goventem, Witovich, Paulosqui, Marunciac, etc. Desconozco si Palafox atendió tal solicitud.

El 13 abandonaron los franceses el asedio y al amanecer del día siguiente, el domingo 14, se hallaba la ciudad fuera de peligro.

Mientras Zaragoza sufría su primer sitio, otros cien walones, procedentes en este caso del primer batallón, destinado en Madrid, se habían unido en Calatayud a la «división de vanguardia del ejército de Aragón», formada por el barón de Warsage para defender los molinos de pólvora de Villafeliche y las comunicaciones con Castilla, acudiendo con ella a la batalla de Epila, al anochecer del jueves 23 de junio.

En el parte de fuerzas presentes en la acción se citan trescientos sesenta guardias reales, entre españoles y walones; pero, si bien los españoles entraron en Zaragoza el 1 de julio, los walones en cambio no lo hicieron hasta mediados de agosto, concluido ya el sitio.

A finales de septiembre se hallaban los walones distribuidos en dos compañías, ambas mandadas por don Luis de Garro; la una destinada en la ciudad de Zaragoza y la otra en la división, que podríamos llamar volante, de don Juan O'Neill.

En octubre fueron refundidas las dos compañías de walones y la de tiradores extranjeros de Casamayor para formar, con la incorporación de otros extranjeros, un nuevo batallón que se denominó «2.º Batallón de las Reales Guardias Walonas», pues pretendía ser una continuación del verdadero segundo batallón capturado por los franceses en Barcelona, si bien fue popularmente más conocido como «Walonas de Aragón».

Este nuevo batallón continuó siendo mandado por don Luis de Garro y quedó organizado en ocho compañías, una de granaderos y siete de fusileros, de a cien hombres cada una, más una plana mayor bastante reducida encabezada por el comandante Garro, hayándose vacantes las plazas de ayudantes primero y segundo, y no existiendo las de abanderado ni tambor mayor.

Según un curioso parte existente en el archivo Palafox, el 13 de noviembre había en el batallón, aparte de los walones, los siguientes extranjeros:

- Portugueses: nueve sargentos, un cabo y veinticinco soldados, todos en la cuarta compañía.
- Franceses residentes en Zaragoza: un sargento, cinco cabos y veintinueve soldados.
- Desertores: dieciséis italianos, dos flamencos, siete alemanes, cuatro polacos (ex miembros de la legión del Vístula), cuatro franceses y un ruso (superviviente de los dos que se pasaron el 17 de julio).

A finales de ese mismo mes se dio orden de que los portugueses de la cuarta compañía pasasen al «Batallón de Fernando VII».

El 16 de noviembre se ordenó que tres de sus compañías, con sus oficiales, se uniesen en Cataluña a la división salida de Zaragoza en octubre, mandada por el marqués de Lazán; salieron de aquí, pero no se unieron a éste, sino a otros contingentes de walones existentes en Rosas y Tarragona.

El resto del batallón, reducido así a cinco compañías, continuó en Zaragoza con una fuerza total de quinientos cincuenta hombres, destinados a proteger las esclusas del canal Imperial en Casablanca; pero cuando a inicios de diciembre se organizaron las cuatro nuevas divisiones de que debía constar el reorganizado ejército de Aragón, quedó incluido en la mandada por don Fernando Butrón, pasando a guarnecer el barrio del Arrabal, en la orilla izquierda del río Ebro.

El miércoles 21 de diciembre volvieron los franceses a atacar Zaragoza por varios puntos, iniciándose así el segundo sitio. Las guardias walonas participaron en la defensa del Arrabal frente a la división francesa del general Gazan, colaborando a su total rechazo.

Ese mismo día concedió Palafox el «Escudo de premio y distinción», creado el 16 de agosto para premiar los servicios distinguidos, a sesenta y cinco individuos del batallón (un comandante [Garro], dos tenientes, un alférez, diecinueve sargentos, veintitrés cabos, dos tambores y dieciséis soldados); el 30 de septiembre se lo había concedido ya a un sargento que, pese a pertenecer a este batallón, tenía un nombre tan español como Fermín Paulino.

El sábado 31 de diciembre, último día del año, participó con quinientos veinticinco hombres en la salida que, dirigida por Butrón, se efectuó contra las líneas enemigas de la Bernardona, perdiendo en la misma un cabo y cuatro soldados muertos y catorce heridos, entre ellos el alférez don Alberto de Suelves. Palafox les recompensó con el distintivo de una cinta roja colocada en la solapa.

Según estado de fuerzas del 1 de enero de 1809 contaba el batallón con una fuerza total de quinientos cincuenta y tres hombres (un capitán, dos alféreces, dos tenientes, dieciocho tenientes segundos, dieciocho sargentos, dos pífanos en la compañía de granaderos, nueve tambores, sesenta y un cabos y cuatrocientos cuarenta soldados), distribuidos en cinco compañías, una de granaderos y cuatro de fusileros, hallándose de ellos presentes cuatrocientos cincuenta, esto es, rebajados los enfermos, heridos y comisionados.

El martes día 10 entró a guarnecer el fuerte de San José, situado en el convento de igual nombre (hoy inexistente; se hallaba aproximadamente al final de la actual calle de Conde Alperche), junto con los batallones 1.º de Aragón, 2.º de Valencia, de Huesca, milicias de Soria y regimiento de suizos, sustituyendo a otros agotados que hasta entonces habían compuesto su guarnición.

El convento fue bombardeado durante toda la mañana del día 11 y, a las cuatro de la tarde, lanzaron un ataque contra él las tropas de la división Grandgean; el jefe español del puesto, coronel Renovales, ordenó a sus hombres el abandono de la posición, tras un intento desesperado de evitar su captura; pese a ello, y por su heroico comportamiento, fue ascendido a brigadier.



Durante el resto del asedio el batallón defendió y guarneció los siguientes puntos: San Agustín, Santa Mónica y puertas Quemada y del Portillo.

El comandante Luis de Garro murió a finales de enero en la lucha de casas iniciada el 27 de enero, siendo sustituido en el mando por don José de l'Hotellerie Fernández de Heredia, el famoso barón de Warsage, cuartel maestro general de Palafox.

A lo largo del último mes del asedio el batallón sufrió una importante merma en sus efectivos, la cual es apreciable en los siguientes estados de fuerzas total (FT) y presente (FP), tomados del archivo Palafox:

— 1809: Enero	15	...	...	...	532	soldados	FT,	365	FP
Febrero	1	...	...	...	511	»	»	216	»
Febrero	4	...	...	...	354	»	»	162	»
Febrero	11	...	...	...	344	»	»	114	»
Febrero	15	...	...	...	335	»	»	99	»

El 13 de febrero tenía el batallón su hospital en la casa de Aytona, con cincuenta y seis heridos.

El sábado 18 de febrero se produjo el asalto y toma del Arrabal por los franceses; ese mismo día, y en un intento desesperado por salvar dicho punto, se nombró a Warsage jefe supremo de la defensa del mismo, pero cuando cruzando a caballo el puente de Piedra se dirigía hacia el Arrabal, ¿con su batallón de guardias walonas?, fue destrozado por una bala de cañón, a consecuencia de la cual murió al día siguiente en su casa de la calle de San Pablo.

Los escasos restos del batallón capitularon, con el resto de la guarnición, el martes 21 de febrero.

### **Vestuario y equipo**

En 1808 usaban los tres batallones de guardias walones uniformes idénticos entre sí, consistente en bicornio negro, ribeteado de galón blanco, con escarapela roja ribeteada de negro y presilla blanca con botón de plata; casaca y calzón azul turquí, con cuello también turquí y solapas, vueltas y forro de los faldones rojo; en las vueltas y solapas lleva sardinetas blancas, con botones plata, agrupadas de dos en dos (los guardias españoles las llevaban de tres en tres); chaleco rojo con vivos blancos y polainas altas blancas.

Las compañías de granaderos usaban el mismo uniforme, pero con morrión de pelo negro con la manga roja, bordada.

Los sargentos llevaban un galón plata en las vueltas y cuello, charreteras en ambos hombros y carecían de sardinetas en las vueltas y solapas.

Los oficiales usaban uniforme como los sargentos, variando las insignias de su empleo y añadiendo un galón plata en el canto de las solapas.

Todos usaban bandoleras blancas, salvo los oficiales, que las tenían carmesís con vivos de plata.

El batallón formado en Aragón, como continuación del segundo, capturado en Barcelona, continuó usando su mismo uniforme.

En cuanto a su bandera se sabe que careció de ella hasta enero de 1809, si bien usó de forma provisional en el Hospital de Convalecientes una roja con la inscripción «O VENCER O MORIR POR FERNANDO VII».

En el Museo del Ejército (Madrid) se conserva una bandera, devuelta por Francia en 1823, que, al parecer, perteneció entre enero y febrero de 1809 al batallón de Walonas de Aragón hasta su captura el día 21. Es de tafetán azul con las armas de España, castillos y leones, sobre el cruce del aspa de Borgoña y debajo del escudo la cifra F. VII. Sólo tiene escudos en los extremos de uno de sus brazos, ostentando en su campo, bajo corona real, el superior las barras de Aragón y el inferior las iniciales C.W.S.

## REGIMIENTO DE LOS SUIZOS DE ARAGON

En mayo de 1808 existían seis regimientos de mercenarios suizos al servicio del Rey de España, con las siguientes denominaciones y destinos: regimiento número 1 Wimpffen (Tarragona), número 2 Reding Joven (Madrid), número 3 Reding Senior (Málaga), número 4 Betschartd (Baleares), número 5 Traschler (Cartagena) y número 6 Preux (Madrid).

Al producirse el levantamiento los números 2 y 6 pasaron a servir en el ejército francés; los números 3, 4 y 5 continuaron fieles a España, y el número 1, si bien en un principio quedó indeciso, finalmente continuó fiel a España.

A lo largo del primer sitio de Zaragoza fueron dos las partidas de suizos que acudieron en auxilio de la sitiada ciudad. La primera de ellas estaba compuesta por un capitán, un teniente y setenta y nueve soldados, mandados por don Adrián Walquer, pertenecientes al regimiento número 6, del cual habían desertado al verse forzados a combatir en las filas napoleónicas.

Esta partida acudió a Calatayud en los primeros días de junio, siendo acogidos por el barón de Warsage, don José l'Hotellerie Fernández de Heredia, que les incluyó en su «Brigada de vanguardia del ejército de Aragón», con la cual operó en la frontera de Castilla y defendió los molinos de pólvora de Villafeliche. El jueves 23 participó en la batalla de Epila, y el viernes 1 de julio, a las seis de la tarde, entró en la sitiada Zaragoza con Palafox en persona a su cabeza.

Una vez en la plaza fueron destinados a guarnecer la Torre del Arzobispo, edificio aislado situado a unos cientos de metros del Arrabal. El 11

o 12 de julio fue tomada la Torre por los franceses, retirándose los suizos al Arrabal, pero el 29 cooperó en su reconquista, volviendo a defenderla hasta el levantamiento del sitio, el 13 de agosto, contando en dicha fecha con ochenta y cuatro hombres armados con setenta y un fusiles.

Mientras esta partida defendía Zaragoza, otra bastante mayor, compuesta por trescientos sesenta y un hombres del regimiento suizo número 1, procedentes de Tortosa (Tarragona) y mandados por don Esteban Fleury, pretendía unirse también a la defensa y el 8 de agosto dirigieron a Palafox, desde Escatrón, el siguiente escrito:

«Don Esteban Fleury se halla en Escatrón, camino de Ricla, de donde pasará a Zaragoza con algo más de trescientos suizos de la división de Tortosa procedentes de Cataluña; sólo llevan veinte cartuchos por soldado y piden instrucciones.»

Don Manuel Lasala Valdés, en su libro *Obelisco histórico*, supone que esta fuerza entró en Zaragoza el 9 de agosto, pero ello no fue posible hasta, por lo menos, mediados del mes, es decir, una vez levantado el asedio, pues de lo contrario aparecería reflejada en el estado general de fuerzas del 13 de agosto y no lo está.

El lunes 22, reunidas ambas partidas, salieron de Zaragoza en persecución de los franceses, hasta que el 27, en Sangüesa, tuvo lugar un pequeño choque, tras el cual cesó la persecución y regresaron a Zaragoza, contando entonces con trescientos ochenta y siete hombres entre ambas.

El 22 de septiembre se hallaban en Ejea, sumando un total de ochocientos hombres, gracias a la incorporación de nuevos suizos, extranjeros y desertores (sobre todo alemanes y polacos), y en vista de este espectacular aumento escribió Fleury al general Palafox proponiéndole la creación de un «Regimiento de Suizos de Aragón»; el original de dicha carta se conserva en el archivo Palafox y su transcripción completa es la siguiente:

«22 de septiembre de 1808. Ejea.

»Ayer por la mañana me incorporé al ejército con los demás suizos, formando un total de ochocientas plazas. La perspectiva nuestra es favorable. Todos los suizos y alemanes que se hallan en los diferentes cuerpos del ejército hacen pretensiones para entrar en el nuestro, alegan el idioma y las costumbres. Además, los suizos y alemanes del ejército francés, sabiendo que existe inmediato a ellos un cuerpo formal que los recibirá con agrado, determinan la intención que pudieran tener de separarse de la nación que los oprime.

»En la última capitulación (1804) por la cual los regimientos suizos españoles se rigen, cada compañía de fusileros tendrá por doscientas plazas, y la experiencia ha demostrado que el capitán tiene suma dificultad de conocer con propiedad cada individuo

de su cargo, de allí resulta la opresión de muchos y la mengua del amor natural que tienen a las armas.

»Estas observaciones que no multiplico por no distraer las preciosas preocupaciones de V.E. me ha determinado de llamar a todos mis estimados compañeros y antes de haber hablado hallé que sus opiniones se hallaban conforme a las mías. En consecuencia determinamos de *proponer a V.E. la formación de un Regimiento o Legión de Suizos*, compuesto de dos batallones de a cuatro compañías cada uno. Estas compañías ya por la fuerza efectiva que hay pasarán de cien plazas, que serán mandadas por un capitán, un teniente y un subteniente, proporción adecuada al sistema de muchos tácticos que he leído.

»Mañana tendré el honor de remitir a V.E. un proyecto de capitulación o convenio que sancionado por V.E. con las modificaciones que fuesen de su agrado sirva de norma al regimiento. Acompañé el estado de organización y las propuestas de empleos con la nota de las vacantes que resultaran, necesitando más tiempo para poder conocer los sargentos que pueden merecer el empleo de oficial.

»Hallándose tan inmediatos los enemigos una pronta organización es urgentísima.

»Dios guarde a V.E. muchos años. Ejea, 22 septiembre 1808.

»Excmo. Sr. Esteban Fleury.»

Esta propuesta fue del total agrado del general y a finales del mismo mes pudo pasar el regimiento su primera revista, con unos efectivos de seiscientos sesenta y seis hombres, de los que cien eran españoles, repartidos en dos batallones de a cuatro compañías y con su plana mayor, compuesta por un coronel (don Esteban Fleury), un ayudante (don Adrián Walquer), un abanderado (pese a que por la ordenanza de 1802 debiera haber dos), un capellán y un cirujano.

El nuevo regimiento quedó integrado dentro de la división O'Neill, por lo que parece lógico, aunque no he podido confirmarlo, que se hallase en la batalla de Tudela, el miércoles 23 de noviembre, regresando después a Zaragoza.

El miércoles 21 de diciembre volvieron a aparecer los franceses ante Zaragoza, intentando su toma por asalto. El regimiento de los suizos guardaba en esa fecha la Torre del Arzobispo, edificio aislado situado a unos centenares de metros del Arrabal, que fue asaltado por la división francesa de Gazán, la cual, tras un duro combate en el que Fleury resultó herido, dándosele momentáneamente por muerto, y en el que, según la «Gaceta», el regimiento quedó reducido a sólo trescientos hombres, les forzó a abandonar dicho punto, replegándose al Arrabal.

En revista del 29 de diciembre dio unos efectivos totales de cuatrocientos noventa y seis hombres (dos capitanes, dos tenientes, un subteniente, quince sargentos, veintiocho cabos, un tambor y cuatrocientos cuarenta y cinco soldados), lo cual difiere de lo dicho por la «Gaceta» el día 21.

El sábado 31 de diciembre se llevó a cabo una salida de los defensores contra las trincheras enemigas de la Bernardona; en la misma tomaron parte doscientos sesenta y ocho suizos, mandados por don Esteban Fleury, que, como dice el parte de Butrón, «aunque no restablecido de la contusión que recibió en el Arrabal, se presentó para tener parte en la gloria de ese día». Palafox les concedió como recompensa el distintivo de una cinta roja en su solapa.

El domingo 1 de enero de 1809 contaba el regimiento con una fuerza total de cuatrocientos noventa y seis hombres, de los que sólo trescientos sesenta y uno se hallaban disponibles para las armas, teniendo su cuartel en la Aduana Vieja (situada en lo que hoy es confluencia de la calle Palafox con la plaza de San Bruno) y hallándose destinado, en su mayoría, en el Arrabal.

Los días 10 y 11 de enero guarneció el convento de San José, a las órdenes de Renovales, retirándose antes de su toma definitiva.

El sábado 21 de enero resultó herido Walquer y como Fleury también lo estaba, asumió el mando del regimiento el coronel don Pablo Casamayor, experimentado ya en el mando de tropas extranjeras (fue apresado por los franceses en el Coso Bajo el 16 de febrero).

Aproximadamente en esos días cambió su cuartel al «Cuartel de la Estrella» (se hallaba en la desaparecida calle de Santa Fe, perpendicular a la calle Azoque), que con anterioridad había sido cuartel de la compañía de fusileros de Aragón.

Según un estado de fuerzas del 5 de febrero contaba con una fuerza total de trescientos treinta y siete hombres (un coronel, tres capitanes, cuatro subtenientes, catorce sargentos, veintiséis cabos, tres tambores y doscientos ochenta y seis soldados), de los cuales cincuenta y seis se hallaban en la Misericordia y la Magdalena y el resto en el Arrabal.

Durante la noche del viernes 10 al sábado 11 de febrero de 1809, cuando ya empezaba a verse claro el próximo final del asedio, se produjo la desertión y consiguiente pase a las líneas francesas de un número indeterminado de suizos que defendían en el Arrabal.

El barón Lejeune (testigo directo de los sitios y ayuda de campo del mariscal Lannes) habla en sus memorias del pase de «unidades enteras de suizos»; afortunadamente, en el archivo Palafox se conserva el parte de fuerzas del regimiento correspondiente al día 11, en el cual se han restado ya los desertores, dando una fuerza de doscientos ochenta y ocho hombres (un coronel, tres capitanes, tres subtenientes, catorce sargentos, veintidós cabos, tres tambores y doscientos cuarenta y un soldados), con lo que,

teniendo en cuenta el parte del día 5, ya copiado, resulta que esas «unidades completas» fueron a lo sumo cincuenta hombres. ¡Una compañía con sus efectivos algo mermados!

Casi simultáneamente a este lamentable suceso se estaban produciendo otros en los que el coronel Fleury dio inequívocas muestras de un valor y fidelidad a España bien diferentes de los demostrados por los desertores del Arrabal. Como ya he dicho antes, Fleury resultó herido en los combates del 21 de diciembre y desde entonces se hallaba convaleciente en el convento de San Francisco (sobre cuyo solar se levanta hoy la Diputación Provincial), cuando a las tres de la tarde del viernes 16 de febrero hizo explosión bajo el mismo una mina u hornillo de 3.000 libras; esta explosión fue tan violenta que sepultó a una compañía completa de granaderos del segundo regimiento de Valencia e hizo volar por los aires la mayor parte del convento.

Cuando apenas se había disipado la densa nube de polvo levantada por la explosión se lanzaron los franceses al asalto de las ruinas, hallándose con la sorpresa de que Fleury con algunos otros supervivientes había ocupado la torre, milagrosamente mantenida en pie, dedicándose desde ella a hostigarles con disparos y con el lanzamiento de ladrillos y tejas sueltas. Allí resistieron durante dos días, hasta que el 12 fue tomada por los franceses a punta de bayoneta y, tras una pequeña batalla en el reducido espacio de la misma, lograron arrojar al vacío los cuerpos del heroico Fleury y de sus valientes compañeros.

La división francesa del general Gazan, encargada desde el 21 de diciembre de la toma del Arrabal, realizó diversas obras de aproximación al mismo entre los días 14 y 17 de febrero y el sábado 18 abrió fuego sobre él con cincuenta y dos piezas de diversos calibres, lanzándose después al asalto por las brechas practicadas. La resistencia fue heroica, pero inútil, ya que ese mismo día quedó todo el Arrabal en poder de los franceses, que tomaron en dicha operación diecisiete cañones, dos mil quinientos prisioneros y cinco banderas.

Lejeune en sus memorias da la cifra de quinientos suizos apresados en la toma del Arrabal, pero la misma es a todas luces exagerada, ya que si el 11 de febrero contaba el regimiento con sólo doscientos ochenta y ocho hombres, y de ellos unos cuarenta se hallaban enfermos o heridos en su hospital de la Magdalena (cuarenta y cuatro el día 13) y otros aproximadamente cincuenta continuaban destinados en la Misericordia y la Magdalena, malamente pudieron ser quinientos los apresados, sino a lo sumo ciento noventa o doscientos.

Los escasos restos del regimiento que no cayeron en el Arrabal, es decir, los enfermos, heridos y los cincuenta o cincuenta y seis destacados en la Magdalena, capitularon con el resto de la guarnición el martes 21 de febrero.

## **Vestuario y equipo**

En 1808 los seis regimientos suizos al servicio de España usaban uniformes casi idénticos entre sí, diferenciándose los cinco primeros únicamente en el número del regimiento que figuraba en sus botones, y el sexto en algunos detalles del cuello y vueltas que luego explicaré.

Consistía dicho uniforme en un bicornio negro con escarapela roja (con pequeñas llamas blancas), presilla blanca con botón plata y borlitas encarnadas en ambas puntas; casaca azul turquí con solapas, vueltas y forro de los faldones rojos con vivos blancos; cuello rojo con ojal azul a cada lado y botón plata para los cinco primeros regimientos y azul para el sexto; portezuelas de las vueltas azules en los cinco primeros y rojas en el sexto, en ambos casos con cuatro botones; los bolsillos de los faldones son verticales, viveados en blanco con tres botones en cada uno de ellos; chaleco y calzón blancos y polainas altas negras.

Es de suponer, teniendo en cuenta la similitud de uniformes de los seis regimientos suizos y las circunstancias del momento, poco apropiadas para la confección de nuevos uniformes, que el regimiento suizo de Aragón continuase usando los uniformes de sus regimientos de origen, añadiéndoles, tal vez, algún pequeño distintivo.

En el archivo de Palafox únicamente he hallado una nota relativa al vestuario de este batallón fechada el 28 de noviembre de 1808 y que se refiere al número de individuos, de los aproximadamente quinientos con que contaba éste, que se hallaban sin vestuario:

«Un capitán, tres tenientes, un subteniente, un sargento, dos sargentos segundos, quince cabos y ciento cuarenta y un soldados. Total, ciento sesenta y cuatro hombres.

»Los individuos de este estado se hallan sin vestuario, motivo de haber salido de los hospitales y los restantes de haberse incorporado de los dispersos del ejército.»

## **COMPANIA DE CAZADORES PORTUGUESES**

Para poder comprender mejor el origen de esta compañía hemos de remontarnos a 1807. El 19 de noviembre de dicho año el general francés Junot cruzó la frontera de España con Portugal al mando de un ejército de veintiocho mil hombres, iniciando así la fulgurante invasión del país vecino. El 29 del mismo mes logró embarcar toda la familia real portuguesa hacia Brasil, salvándose así casi milagrosamente de ser apresada por Junot, que entró en Lisboa al día siguiente, con lo que Portugal quedaba sometido al imperio napoleónico.

Como Junot apenas tenía confianza en la fidelidad del ejército portugués al nuevo gobierno intruso, decretó, de acuerdo con Napoleón, una reforma por la que se redujo el ejército y organizó nuevos cuerpos con los que, por orden del 16 de enero de 1808, se formó en Salamanca (España) la llamada «Legión Portuguesa».

En mayo partió la Legión hacia Valladolid y de allí a Burgos, en donde recibió orden de marchar a Bayona; entonces los soldados portugueses, viendo que les obligaban a servir a la causa napoleónica, comenzaron a desertar en masa, intentando regresar a Portugal. Sólo dos tercios de su fuerza inicial llegaron a Francia, siendo de allí enviados a combatir a Alemania, Austria y Rusia, exceptuando un pequeño contingente que, por el momento, combatió en España a las órdenes de Verdier.

El general Palafox, pensando en estos desertores portugueses y en otros extranjeros que, semiforzados, combatían en los ejércitos napoleónicos, incluyó el siguiente artículo a ellos referente en una de sus primeras proclamas, la del 31 de mayo de 1808; dice así:

«Artículo 6.º — Que se admita en Aragón y trate con generosidad propia del carácter español a todos los desertores del ejército francés que se presenten, conduciéndoles desarmados a esta capital, donde se les dará partido entre nuestras tropas.»

El sábado 18 de junio, tres días después de la victoria de las Eras del Rey, se presentó en Zaragoza el cadete de caballería don Felipe Senillosa (Senillos, según A. Ibieca) con cincuenta portugueses que, en Bayona, habían logrado desertar de la Legión (F. Casamayor da la cifra exagerada de ochenta portugueses).

En el Museo Romántico (Madrid) se conserva un curioso certificado, escrito y firmado por el general Palafox, el 30 de septiembre de 1821, en el que explica cuáles eran sus intenciones y opinión acerca de los desertores portugueses. De él extraigo los siguientes párrafos:

«... hallándome en Zaragoza al principio de nuestra gloriosa revolución en el año de 1808, nombrado Capitán General del Ejército y Reino de Aragón por aclamación unánime del pueblo y confirmado después por el mismo reunido en Cortes, consideré lo utilísimo que era a la causa sagrada de la Patria, que con tanto heroísmo se acababa de emprender, el distraer del ejército enemigo todo el número de oficiales y demás individuos portugueses que se manifestaban exasperados y violentos en las banderas del usurpador. Para alentarlos más en favor de las nuestras y estimular a su separación de dicho ejército enemigo, recuerdo que ofrecí para ello a los que se presentaban fugados, en nombre de la nación y del Rey, el abono de servicios que justificasen haber contraído en su país; y visto lo útiles que fueron entre nuestros valientes,



aunque nuevos, soldados, aquellos bizarros militares que tan completamente llenaron mis deseos, juzgo muy justa su reclamación de que se cumpla el pacto que con ellos se contrajo...»

Con este primer contingente se formó en Zaragoza una compañía denominada «de Cazadores Portugueses», cuyo mando fue encomendado al recién ascendido a teniente Senillosa, pasando a guarnecer, junto con las compañías de Cerezo, el castillo de la Aljafería, entonces situado fuera de los muros de la ciudad, frente a la puerta del Portillo.

El sábado 25 de junio llegó al campo francés el general Verdier con su división de refuerzo, compuesta por los batallones de marcha cuarto y séptimo, el catorce regimiento provisional y dos unidades de la Legión Portuguesa, el quinto regimiento de infantería portuguesa y el primer batallón de cazadores. Con la llegada de estas dos unidades portuguesas comenzaron a ser frecuentes las deserciones de portugueses, que aprovechaban la mínima ocasión para pasarse a las filas de los sitiados, incluyéndoseles en la compañía de cazadores ya formada. Estas deserciones incitaron a los franceses a intentar, valiéndose de ellas, una entrada a traición en la plaza: fue el miércoles 13 de julio cuando se pasaron a nuestras filas siete portugueses, los cuales avisaron de que una columna de doscientos compatriotas suyos querían hacer lo mismo, pero los defensores desconfiaron, con razón, de la honestidad de sus intenciones, por lo que se les ahuyentó, negándoseles el acceso a la plaza.

La compañía continuó durante todo el primer sitio guarneciendo el castillo, efectuando únicamente alguna pequeña salida, ya para el derribo de tapias, ya para desalojar al enemigo de los caseríos. La principal salida en que participó fue en la del viernes 29 de julio, en el Arrabal, logrando desalojar a los franceses de la Torre del Arzobispo.

Según el «Estado general de fuerzas» del sábado 13 de agosto, día en el que los franceses levantaron el asedio, contaba la compañía con sesenta y dos hombres, armados con igual número de fusiles.

El 19 trajeron los paisanos de Pedrola a tres oficiales portugueses y cincuenta soldados (¿también portugueses?) presos, que en la retirada de Zaragoza habían desertado de las filas francesas y se dedicaban a robar en el sector de Pedrola; naturalmente, estos desertores no fueron admitidos en la compañía, sino que pasaron a la cárcel de la ciudad y a finales de noviembre fueron llevados, con los demás prisioneros, al castillo de Monzón.

A comienzos de octubre ordenó Palafox la creación de un nuevo batallón «de Walonas de Aragón», en el cual quedó refundida la compañía de portugueses. Según un estado del 13 de noviembre en dicha fecha existían nueve sargentos, un cabo y veinticinco soldados portugueses, todos en la cuarta compañía.

A finales de ese mismo mes se ordenó su pase al «Batallón de Fernando VII», pero antes de que se efectuase fue anulada por otra nueva, por la que deberían pasar al «Regimiento del Infante Don Carlos»; esta nueva orden tampoco fue cumplida, al menos totalmente, ya que varios portugueses continuaron combatiendo de por libre hasta la capitulación de la ciudad, el 21 de febrero de 1809, tal y como demuestran estas dos notas existentes en el archivo de Palafox:

- 15 de febrero: «En el Huerto del Oficio hay dieciséis portugueses armados que no se han unido al regimiento del Infante».
- 20 de febrero: «En la Misericordia hay un cabo y cuatro soldados portugueses que deberían haberse unido al Infante Don Carlos».

## **COMPañIA DE TIRADORES EXTRANJEROS DE D. PABLO CASAMAYOR**

En una de sus primeras proclamas, la del 31 de mayo de 1808, se ocupó Palafox de los posibles desertores que, como consecuencia de la variopinta composición de los ejércitos napoleónicos, podían pasarse a las filas españolas; decía así:

«Que se admitan en Aragón y trate con la generosidad propia del carácter español a todos los desertores del ejército francés que se presenten, conduciéndoles desarmados a esta capital, donde se les dará partido entre nuestras tropas.»

Consecuente con este decreto encargó el 1 de junio a don Pablo Casamayor Pérez, teniente del primer batallón ligero de voluntarios de Aragón, recién llegado a la ciudad procedente de Madrid, la formación de una compañía de tiradores con todos los extranjeros residentes en la ciudad, franceses en su mayoría, y desertores que prestasen juramento de fidelidad y se comprometiesen a servir con las armas; simultáneamente se le ascendió a capitán.

Pese a los buenos deseos de Palafox, la población no se hallaba dispuesta a confiar en los franceses, aunque éstos fuesen opuestos a la causa napoleónica y residentes en la ciudad desde años antes, por lo que en la tarde y noche del 9 de junio se mandó reunir a todos los franceses residentes en la ciudad, tanto radicados como sirvientes, llegando a sumar ciento sesenta, que fueron conducidos al castillo de la Aljafería y a la cárcel, para evitar que el exaltado pueblo los ultrajase. El 13 pasaron al Hospital de Convalecientes (hoy de Nuestra Señora de Gracia) y el 7 de julio se les

trasladó a las salas de la Real Academia de San Luis, en donde permanecieron hasta la conclusión del asedio.

La compañía de Casamayor, debido a las circunstancias narradas, no quedó organizada hasta inicios de julio, apareciendo ya citada en el estado de fuerzas del día 10. Formaron parte de ella al menos treinta y cinco franceses residentes en la ciudad, que tras superar no pocas desconfianzas lograron alistarse en la misma; algunos aventureros venidos ex profeso a Zaragoza, como el prusiano Andreas Schepeler, que en 1826 publicó sus memorias, y algunos desertores no portugueses, pues éstos tenían su propia compañía.

Pese a lo dicho por Palafox, no todos los desertores fueron admitidos en las filas españolas, pues, por ejemplo, un teniente coronel, un oficial y cinco soldados desertores fueron enviados presos al castillo de Monzón el 9 de julio. Sí lo fueron en cambio dos rusos, pasados el 17 de julio, y unos franceses, pasados el 22.

Esta compañía participó en varios combates, destacando su intervención del 4 de agosto, cuando lograron detener y poner en fuga a la columna francesa que bajando por el Coso intentaba tomar la plaza de la Magdalena.

Tuvo su cuartel en el convento del Carmen hasta el 4 de agosto, en que se trasladó a los vados.

El 13 de agosto, día en que los franceses levantaron el sitio, contaba con noventa hombres armados con noventa fusiles, apareciendo citada a partir de entonces, indistintamente, como compañía de Casamayor o compañía de Cazadores Walones.

Fue integrada en la división de O'Neill y en el estado del 5 de septiembre figuran como jefes, por motivos que desconozco, el capitán don Antonio Pizarro y don Manuel Felis de Cannus Herrero, volviendo a figurar Casamayor a finales de mes.

En octubre quedó la compañía disuelta y sus miembros refundidos en el nuevo batallón de Walonas de Aragón. Casamayor pasó al regimiento de los suizos y el 16 de febrero de 1809 fue herido y apresado por los franceses en el Coso, logrando después fugarse para volver a ser capturado en Tortosa en 1811; murió en octubre de 1860, siendo el brigadier más anciano del ejército.

**VIVENCIAS DE UN SOLDADO FRANCES  
EN EL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA**

**ANTONIO JOAQUIN VENTURA GARCIA**



## VIVENCIAS DE UN SOLDADO FRANCÉS EN EL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA

Los franceses habían llegado temprano el día 20 de diciembre de 1808 a las inmediaciones de Zaragoza. Iba a comenzar el segundo sitio. En Zuera se había establecido una división. A ésta pertenecían dos soldados, dos amigos que se habían conocido en Austerlitz y que desde entonces estuvieron juntos en numerosas acciones y batallas. Uno de ellos, llamado Otto, era rubio y de ojos azules, alto y de buena presencia, había nacido en la Baja Sajonia 25 años atrás; el otro era el tipo latino: más bajo que su compañero, de pelo negro y ojos castaños y algo más despreocupado en el vestir. Era francés de cerca de Niza, se llamaba Jean Pierre y contaba 24 años.

En la noche del 20 al 21 se les había informado que al día siguiente temprano comenzarían el ataque a la población. Poco antes de acostarse entablaron esta conversación:

—Otto —dijo el francés—, ¿crees que será fácil lograr que se rindan esos españoles?

—No lo sé, Jean Pierre —respondió el otro—. Aunque no lo creo. Conozco a un hombre llamado Marc que estuvo en el primer sitio y me contó cosas tremendas sobre la tenacidad de los zaragozanos.

—Pues yo creo que con las fuerzas de que disponemos, los defensores de la plaza no podrán resistir mucho tiempo.

—Tú dirás lo que quieras —discrepó Otto—, pero lo que Marc contó es realmente increíble. El participó en la acción del 4 de junio, en la que se intentó tomar la parte de Zaragoza que llaman el Portillo. Me contó que cuando parecía que todo estaba acabado y que íbamos a entrar en la ciudad, de entre las ruinas salió una muchacha, que debía tener no más de 25 años, y que al ver que todos los defensores estaban muertos o heridos cogió una mecha de manos de un artillero moribundo y con ella prendió un cañón cuyo disparo acabó con varios de nuestros soldados. Entonces los defensores, al grito de «¡viva Agustina Saragossa!», que debía ser aquella misma muchacha, recomenzaron la defensa e hicieron retirarse a nuestras fuerzas, que dejaron muchos hombres en el campo de batalla. Incluso mi amigo Marc

resultó herido en una pierna y tuvo que escaparse medio arrastras para que no lo hiciesen prisionero.

—Creo que empiezas a convencerme —respondió Jean Pierre—, si hay muchos zaragozanos como esa mujer nos será difícil conquistar la ciudad.

—Pues sí que los hay —aclaró Otto— y hay tanto hombres como mujeres. Mi amigo ya no pudo participar en ninguna otra acción, pero sus camaradas le contaron otras hazañas. Por ejemplo, que una condesa de no sé qué, luchó fusil en mano contra nosotros, o que una muchacha que creo se llamaba Casta, con una simple lanza hecha con un palo y una bayoneta, se dedicó a abrir en canal a todo francés que pillaba por delante, o que el mismo general en jefe de los españoles, un tal Palafox, se lanzaba cabalgando sable en mano y por delante de todas sus tropas, hacia los lugares de mayor peligro, o un cura, que oyeron se llamaba Santiago, empuñando un sable con sotana y todo luchaba como el mejor de los soldados, y un montón de cosas más que no quiero referirte ahora.

—Bueno, vamos a dejarnos de heroicidades de los españoles —dijo Jean Pierre bostezando— y vamos a dormir, ya que como mañana atacamos seguro que la diana toca más pronto que de costumbre y hay que estar descansados.

Dicho esto, los dos se tumbaron en el interior de un tienda de campaña y durmieron hasta que hacia las cinco de la madrugada se oyó toque de diana.

Todos los hombres de su compañía, la segunda de Cazadores, formaron en una especie de plaza que había en el centro del campamento enfrente de la tienda del oficial de la compañía, cuando aún las luces del alba apenas se vislumbraban. Este salió y comenzó a dar las instrucciones de batalla. La compañía, junto con otras numerosas fuerzas, atacarían las fortificaciones de la margen izquierda del Ebro, el barrio del Arrabal.

Según las órdenes marcharon hacia allí. Hacia las ocho de la mañana se comenzaron a oír detonaciones de cañón y disparos abundantes. Sin duda, el asalto en otros puntos de la ciudad ya había comenzado, y por lo ruidoso debía de ser una acción importante, o puede que varias, porque el ruido llegaba desde varios puntos simultáneamente.

En la imaginación de los soldados que cercaban Zaragoza por primera vez estaban las noticias de la rápida capitulación de Madrid, de las grandes victorias de Espinosa de los Monteros, Somosierra, Tudela y aún de las victorias europeas, como Austerlitz, Jena, Rivoli, Castiglione, Marengo, etc. Pero en las mentes de los soldados que habían estado ya en Gerona o en Zaragoza había otros recuerdos más lúgubres. Recordaban los miles de muertos producidos en el primer sitio, quizás algún hermano o familiar perdido allí, y recordaban también las penalidades sufridas por ellos mismos.

El día avanzaba. El fragor de la batalla había cesado ya en algunos puntos. Ahora les tocaba a ellos. El oficial dio orden de atacar. Primero a

paso de tambor y aumentando la velocidad hasta llegar a la carrera contra las posiciones enemigas.

Eran éstas de una fragilidad tal que casi causaba pena atacarlas. Estaban hechas de barro crudo y ladrillo de color rojo, que hacía pensar a los más supersticiosos en el color de la sangre. En las posiciones de artillería los parapetos estaban solamente contruidos con sacos de arena.

Al parecer el enemigo no estaba dispuesto a defenderse porque los franceses avanzaban con toda comodidad. Se encontraban ya muy cerca de las posiciones defensivas y aún no se les había hecho un fuego serio. Pero cuando se encontraban a poco más de medio tiro de fusil, fue como si un volcán entrase en erupción sobre ellos. Una terrible descarga cerrada seguida de fuego abundante y graneado comenzó a hacer estragos entre los atacantes. Otto y Jean Pierre tenían suerte, ya que su compañía se encontraba en las posiciones más retrasadas y aún no habían entrado en combate directo. No obstante, pudieron ver cómo las primeras filas caían segadas por el fuego que se les hacía desde las fortificaciones, siendo lo peor que ellos se encontraban ya a tiro de fusil y también les comenzaron a llover balas. Pero el oficial, al contrario de lo que habría sido más prudente, es decir, mandar avanzar cuerpo en tierra, aún ordenó con más bríos que se continuase avanzando a la carrera.

Ya se acercaban al punto más caliente. Enfrente de ellos comenzaban a producirse terribles escaramuzas. El pánico hizo presa en algunos de los soldados más inexpertos al observar la heroica defensa de aquellos montones de tierra, pero los oficiales e incluso los demás soldados les obligaron a seguir avanzando.

Se encontraban, por fin, ante las fortificaciones, y, bayoneta calada, comenzaron a intentar penetrar por las brechas abiertas por la artillería. Todo ocurrió muy rápidamente: Jean Pierre avanzó sin levantar la vista del suelo y de pronto se encontró separado de sus compañeros y cercado por varios de los defensores armados con sables y cuchillos. Comprendiendo que no le quedaba ninguna salida, arrojó el fusil y levantó las manos. Rápidamente los que le rodeaban, que no tenían ni muchísimo menos el aspecto de soldados, sino el de campesinos, lo cual sorprendió a Jean Pierre, se echaron sobre él y le ataron las manos a la espalda con una cuerda que él no se explicó de dónde pudo salir.

Fue conducido a un lugar donde ya había algunos otros prisioneros franceses. En el colmo de la desgracia, los que a primera vista parecían franceses, eran de la caballería polaca y Jean Pierre no pudo comunicarse con ellos.

Poco rato después hubo un conato de retirada por parte española. Pero duró muy poco, ya que nuevas tropas, al mando de las cuales pudo ver Jean Pierre al mítico general Palafox, ocuparon las posiciones dejadas por las otras y rechazaron el renovado ataque francés. Jean Pierre perdía, pues, todas las esperanzas de ser liberado por sus compañeros.



Cuando cesó la lucha, los españoles condujeron a todos los prisioneros hasta el puente de Piedra, atravesándolo y continuando por la calle San Gil y llegando por fin a la vía principal de la ciudad, el Coso. Tomaron el Coso hacia la derecha, y pocos pasos después torcieron hacia la izquierda por la calle Santa Engracia. Tras haber andado un poco torcieron de nuevo hacia la derecha por la calle Recogidas, en una de cuyas casas fueron introducidos.

Esto extrañó bastante a Jean Pierre, ya que nunca había visto meter prisioneros en casas particulares. Pero la explicación era sencilla: casi todos los grandes edificios de la ciudad, como el palacio de los Torrero, de los condes de Morata o de Luna, el de los Morlanes, el de los condes de Sástago e incluso el palacio del general Palafox y la basílica del Pilar, habían sido habilitados para hospitales y talleres.

Durante todo el trayecto los prisioneros pudieron observar que la población celebraba alegremente la reciente victoria.

Jean Pierre, junto con algunos componentes del ejército polaco y soldados de infantería francesa que en conjunto serían unos quince, fueron encerrados en una habitación bastante amplia de forma rectangular, con el techo bajo y sin ninguna clase de catre o mullido para dormir. La habitación tenía dos ventanas situadas en la misma pared, pero las dos estaban atrancadas y apenas dejaban entrar algunos haces de luz. La estancia estaba sumida en la penumbra, pero tras un rato de estar en ella los ojos de todos los prisioneros se acostumbraron a la poca luz y pudieron ver lo que les rodeaba.

Jean Pierre fue interrogado por uno de sus compatriotas:

—¿Cómo te llamas?

—Jean Pierre —contestó—, ¿y tú?

—Yo me llamo Jacques. Hemos tenido mala suerte de que nos cogieran prisioneros en la primera acción.

—Tienes razón —corroboró Jean Pierre—. Y si al menos nos hubieran encerrado en un calabozo corriente tendríamos un catre donde dormir y nos entraría algo más de luz por entre los barrotes de la ventana.

En aquel momento entraron dos soldados españoles precedidos por un oficial, y éste, hablando francés, aunque con un marcado acento español, dijo:

—Perdonen que les hayamos tenido a oscuras tanto tiempo. Ahora mismo vamos a desatracar esas ventanas para que entre la luz. Así verán que no nos recreamos haciendo sufrir a nuestros prisioneros. ¡La crueldad no es para los españoles!

Dicho esto y cumplido su cometido salieron los tres de la estancia dejando a solas de nuevo a los prisioneros. Aunque las ventanas habían sido desatracadas tenían una fuerte reja de forjado aragonés que seguía imposibilitando la huida.

La noche no tardó en caer y con su oscuridad vino también el bombardeo de la artillería de sitio francesa. Aquello ponía en peligro a los propios prisioneros franceses, ya que al estar metidos en casas particulares la mayoría estaban expuestos a que una bomba cayera sobre ellos y acabara con sus vidas.

Durante todo el día siguiente continuó el bombardeo, y cuando volvía a caer la noche se les informó que un enviado francés había llegado a la ciudad con un mensaje de Moncey, en aquellos momentos jefe de las fuerzas que sitiaban Zaragoza. Este mensaje pedía la capitulación de la ciudad y que Palafox había respondido negándose rotundamente.

Pasaron varios días y algunos de los prisioneros fueron llevados fuera de donde se encontraban para ser interrogados. Le tocó también a Jean Pierre el pasar por ello, y conducido por cuatro soldados españoles salió de la casa tomando por la calle Recogidas a la derecha hasta llegar a la calle Azoque y torciendo otra vez a la derecha llegaron de nuevo al Coso, donde se encontraba la Audiencia.

Una vez allí, penetraron en su interior por una puerta flanqueada por dos estatuas de piedra y, tras recorrer varios pasillos y subir unas escaleras, llegaron a la habitación donde se hacían los interrogatorios. Allí se encontraba un hombre vestido de religioso. Era Basilio Boggiero Spotorno, más conocido por el padre Boggiero. A su lado había una mujer de aspecto distinguido, pero a la vez duro y fuerte: era la condesa de Bureta. Tras dar a conocer sus nombres el religioso le interrogó en francés:

—¿Nombre?

—Jean Pierre Duvois. De la segunda compañía de Cazadores del tercer cuerpo del ejército expedicionario en España al mando del mariscal Moncey.

—Bien, me gustaría que colaborase —dijo el religioso— y que no nos dé pie a tener que usar métodos drásticos con usted. Tan sólo le pedimos que nos diga el número de las fuerzas de que disponen y de su situación.

—Si es sólo eso... —contestó Jean Pierre—. En cuanto a medios contamos con unos 50.000 hombres perfectamente equipados y con gran cantidad de artillería. En cuanto a la situación tan sólo sé que mi división estaba en Zuera, aunque es poco probable que siga allí.

—Bien. No nos es usted de gran ayuda.

—Me alegro —contestó con sorna Jean Pierre.

—Llévenselo —ordenó el religioso.

Dicho esto Jean Pierre fue conducido de nuevo hasta la casa donde estaba prisionero.

Aquel día era 31 de diciembre, y cuando volvió a entrar en la habitación donde los habían confinado se dio cuenta de que había dos nuevos «huéspedes» para «celebrar» la Nochevieja. Eran dos zapadores franceses. Pronto trabó conversación con ellos:

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Yo, Louis, y mi compañero, Yves —contestó uno de ellos.

—¿Dónde os han cogido?

—Ha sido de la manera más tonta —dijo Yves—. Fíjate que estábamos tan tranquilos cavando una trinchera cuando se nos echan encima un montón de españoles. En un momento matan a unos cuantos y nos cogen prisioneros a los demás y en cuanto asoma una columna de refuerzo de infantería polaca se nos llevan corriendo hacia la ciudad.

—Chico, fue visto y no visto —repuso Louis—. Oye, ¿qué te han hecho en el interrogatorio?

—Nada.

—Entonces, ¿les dijiste todo? —preguntó entre sorprendido y enfadado Jacques, que acaba de entrar en el corrillo.

—Poco les puede decir —contestó Jean Pierre— porque poco sabía. Les dije que teníamos cincuenta mil hombres cercando la ciudad y que estábamos bien aprovisionados de artillería, pero que no sabía nada más, lo cual es verdad.

—Pues creo que te equivocas —dijo casi susurrando Yves—. Ahora sólo cercan Zaragoza unos quince o veinte mil hombres.

—¿Es verdad eso? —dijo ahora más bien asustado Jacques.

—No es seguro —contestó Luis—. Es sólo un rumor, pero, como dice un refrán español, cuando el río suena agua lleva<sup>1</sup>.

Quedaron todos pensativos y el día terminó.

El nuevo año entraba mal para ambos bandos. El tifus hacía terribles estragos en uno y otro lado y el frío era tremendo (los mismos soldados del ejército polaco se quejaban del frío que estaban soportando, diciendo que era peor a todo lo que habían pasado en su tierra. El coronel Brandt, oficial del regimiento del Vístula, escribió: «Toda la región estaba completamente devastada. Los habitantes habían emprendido la huida; el clima era espantoso; ráfagas huracanadas y heladas se alternaban sin ningún respiro con torrenciales aguaceros. Yacíamos sobre la tierra pelada, ya que la paja era un lujo desconocido en este país. Los soldados talaron los olivos, arrancaron puertas y ventanas de las casas abandonadas para alimentar las hogueras»).

Por si fuera poco, el bombardeo seguía, y en la misma calle donde se encontraban una casa fue echada abajo por una bomba. No podían bajar para protegerse a ningún sótano, ya que éstos estaban atestados de españoles.

Siguieron pasando los días inmersos en la monotonía. El bombardeo incesante y la escasez de alimentos frescos y sobre todo de agua potable. La epidemia de tifus exantemático era ya incontenible y nunca descendían del centenar los muertos diarios. Las bodegas, que al principio del sitio habían sido excelentes refugios, estaban ahora abarrotadas de heridos y enfermos,

---

1. La causa de que las tropas francesas se vieran tan menguadas fueron las enfermedades y la salida de Mortier con diez mil soldados para cubrir el camino de Madrid.

y su aire emponzoñado e infecto, lo cual hacía aún más fácil la propagación de la epidemia.

A partir del día 10 de enero, a las seis y media de la mañana, el bombardeo se hizo más fuerte y el monasterio de San José (que sólo sería tomado por los franceses después de que la artillería hubiera destruido todos los parapetos, reducidos a escombros el edificio, y después de que todos sus defensores hubiesen muerto o retirado los supervivientes hacia la ciudad, estando todavía al mando de Mariano Renovales, el héroe de la batalla del día 31 de diciembre) y el reducto del Pilar (a la entrada del cual había un curioso letrero que rezaba: «Reducto de la Virgen del Pilar, inconquistable debido a tan sagrado nombre. Zaragozanos: vencer o morir por la Virgen del Pilar»), recibieron lo más nutrido del fuego.

El día 16 de enero el bombardeo fue peor que de costumbre y al caer la tarde los prisioneros pudieron comenzar a oír canciones, risas y muestras de alegría de los zaragozanos. ¿Qué ocurría? ¿Cuál era el motivo de tanto alborozo? Pronto lo sabrían. Un oficial entró sonriendo maliciosamente y les dio un ejemplar de la «Gaceta» de Zaragoza. Uno de los polacos, que sabía español, comenzó a traducir el texto. Conforme iba leyendo, la sorpresa de sus compañeros era mayor. Según aquel periódico, el hermano de Palafox, el marqués de Lazán, prometía enviar refuerzos desde Gerona y atacar a los franceses por la retaguardia. También decía la publicación que las tropas francesas habían sido vencidas en Cataluña, que el general Reding (español, a pesar de su nombre) al mando de sesenta mil hombres venía a auxiliar a los zaragozanos, que el mismo marqués de Lazán había invadido Francia, que los generales Blake y La Romana habían acabado con veinte mil hombres del ejército de Napoleón, a quien estaban dando caza, y que varios millones de duros habían llegado a Madrid desde Inglaterra como ayuda de guerra.

—¡Pero no puede ser! —gritó fuera de sí Yves—, ¡no nos han podido derrotar con ejércitos de campesinos!

—Tranquilízate —repuso Jean Pierre—, no creo que lo que dicen esos papeles sea verdad (Jean Pierre tenía razón al decir esto). Date cuenta de que la situación aquí se hace desesperada. Algo tienen que decir para mantener la moral de los ciudadanos.

—Es cierto —corroboró Yves—, es cierto. ¿Tú qué opinas, Jacques?

—...

—¿Jacques?, ¡despierta, hombre, desp...! ¡Diablos, está ardiendo!

—¿Tiene fiebre? —preguntó Louis.

—Sí —respondió Yves—, ¡maldita sea!, ¡ya se ha contagiado de la epidemia! Estoy seguro de que ha sido cuando lo llevaron a interrogar.

—Entonces —dijo Jean Pierre— si es la epidemia puede que nos haya contagiado ya a todos. Si hay algún buen católico entre nosotros que rece lo que sepa.

—Yo voy a pedir ayuda médica —reflexionó en voz alta Yves—. ¡Oficial, oficial! —gritó acercándose a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó en francés al entrar el oficial—, ¿a qué viene tanto alboroto?

—Es mi amigo —contestó Yves—, está enfermo y tiene mucha fiebre.

—Será la epidemia —resolvió el oficial—. Bien, lo llevaremos al hospital para prisioneros y veremos qué se puede hacer. ¡Manuel, Paco! —llamó.

Entraron dos soldados y tras cambiar unas palabras fueron a por una camilla en la cual se llevaron a Jacques. No volverían a verlo seguramente: la epidemia no perdonaba.

Pasaron los días y el ejército de socorro no llegaba. Otros dos soldados polacos enfermaron y Louis comenzó a experimentar los primeros síntomas.

El día 22 del mismo mes el mariscal Lannes tomó el relevo en el mando francés al mariscal Junot. Al contrario de lo que decía «La Gaceta», en Uclés, a 90 kilómetros de Madrid, otro ejército español había sido derrotado. El ejército de socorro, de todas formas, existía, pero no era tan grande como decía «La Gaceta», ni muchísimo menos, y estaba formado por levadas campesinas desconocedoras prácticamente del modo de empleo de las armas de fuego.

La situación de los defensores era apuradísima: a las víctimas del tifus había que añadir la inminencia de un ataque a gran escala de los franceses.

El día 23 se produjo otra salida de los españoles. Las fuerzas que se emplearon fueron tres columnas de trescientos hombres cada una. La columna que más prosperó fue la que salió desde la puerta de Santa Engracia, al lado del convento del mismo nombre. Pero por ser demasiado pocos, los franceses pudieron cortarles la retirada, capturando a treinta de ellos, incluido el capitán Mariano Galindo que los mandaba, y matar a otros doce. No obstante, los españoles lograron matar a los artilleros de una batería francesa, desmontando dos cañones de a doce, aunque éstos pronto volvieron a funcionar. (Si Palafox hubiera encontrado suficientes voluntarios, como, por ejemplo, cuatro o cinco mil, cosa muy fácil debido al gran número de hombres que defendían Zaragoza, seguramente los franceses hubieran tenido que levantar el sitio).

La angustiada situación de los sitiadores se vio aliviada pocos días después debido a la llegada del general Mortier al mando de la división de Suchet, con un total de diez mil hombres. Estos lograron derrotar poco después a las fuerzas de socorro del marqués de Lazán, del coronel Pereña y de Francisco Palafox.

Lannes mandó entonces a un nuevo emisario, un oficial llamado Saint-Marc, con un mensaje que informaba del desastroso final de las tropas de refuerzo, y pidiendo capitulación; pero la respuesta volvió a ser negativa y, además del mensaje de respuesta, Palafox adjuntaba un ejemplar de la «Gaceta» del día 16.

El día 25 los prisioneros de la calle Recogidas recibieron la noticia de que aquel mismo día un grupo de granaderos y zapadores franceses habían cruzado el Huerva y se habían establecido en las tapias exteriores del convento de Santa Engracia.

—No nos tendrán aquí mucho tiempo —decía Jean Pierre—. Pronto nuestros camaradas nos liberarán.

Entretanto, a Louis también lo habían trasladado al hospital. De momento no se tenían noticias ni de él ni de Jacques, aunque podía suponerse el desenlace...

A primeras horas del día 26 comenzó el más terrible bombardeo que había sufrido la ciudad a lo largo del sitio. Las Tenerías, Santa Mónica, Santa Engracia, el sector del Pilar y la Seo; todo comenzó a ser reducido a escombros. Pero lo peor fue que numerosos montones de muertos que esperaban recibir sepultura fueron despedazados y esparcidos por las bombas, lo que aún favorecería más la expansión de las epidemias.

La calle Recogidas quedaba fuera de las zonas más terriblemente bombardeadas, pero su proximidad a Santa Engracia permitió que algunos proyectiles cayesen por sus alrededores. De pronto, una granada impactó en una de las paredes de la habitación donde se encontraban Jean Pierre y sus compañeros. Gran cantidad de metralla, astillas y pedazos de pared cayeron sobre ellos; Jean Pierre sintió cómo algo se clavaba en su pierna derecha. Fue arrojado al suelo y al intentar levantarse sufrió un desmayo.

Jean Pierre abrió los ojos: «¿Dónde estoy?», se preguntó. El espectáculo que se ofrecía a su vista, aunque no era el de la casa derruida, era igual de sobrecogedor. Se encontraba en un largo corredor, rodeado de enfermos y heridos. El aire era pesado y estaba poblado de dolientes lamentos. Se incorporó un poco y entonces una idea cruzó su cabeza: debía de estar en el Hospital General.

En efecto, allí se encontraba. Podía ver a religiosas ir de aquí para allá con manojos de vendas en sus manos, multiplicándose para atender a todos.

Jean Pierre se observó ahora a sí mismo. Estaba cubierto de harapos que un día fueron un brillante uniforme. Tenía la pierna vendada completamente. Por el calor que sentía, la herida le debía de producir fiebre. A su lado yacía al parecer, todavía inconsciente, una persona que rápidamente identificó: se trataba de su amigo Otto. La casualidad los había juntado de nuevo.

—¡Otto! —llamó susurrando ante el temor de que descubriesen que era francés.

—No te contestará —contestó Yves que también estaba allí—. ¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco —repuso Jean Pierre—. Era mi mejor amigo hasta que me capturaron. Por lo visto él también ha caído prisionero.

En aquel momento Otto comenzó a delirar. Tenía mucha fiebre. Una de las monjas corrió a su lado, le puso una compresa de agua fría en la frente y seguidamente se dirigió hacia otro enfermo que también necesitaba su ayuda. Otto se tranquilizó de nuevo y Jean Pierre e Yves volvieron a entablar conversación:

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Jean Pierre.

—Casi dos días. Yo, en cambio, apenas estuve un par de horas —contestó Yves—. ¿Sabes de qué me he enterado?

—Cuéntame —rogó Jean Pierre—. Así por lo menos me distraeré del dolor que me produce esta pierna.

—Pues me he enterado —explico Yves— de que la «jefa» de estas monjas, una tal María Rafols, tuvo el valor de, junto con dos subordinadas suyas, atravesar la línea de fuego y personarse en el cuartel general del mariscal Lannes pidiéndoles medicinas para curar a los enfermos de Zaragoza, y por lo visto le salió bien, y el mariscal, ablandado por las súplicas de la monja, concedió la ayuda que se le pedía.

Jean Pierre quedó sin habla ante la magnitud de la hazaña. Era la primera vez que tenía noticia de un hecho de tales características. Quedó pensativo y poco después Yves le señaló quién era la valiente monja.

Mientras tanto, Otto seguía inconsciente. Había delirado un par de veces más y al parecer era presa de la terrible epidemia.

Por una ventana que tenía delante Jean Pierre podía observar las ruinas humeantes de Zaragoza, que en aquellos momentos comenzaba a ser asaltada y defendida calle por calle, casa por casa... Para pasar de una acera a otra los franceses tenían que hacer zig-zags, trincheras, caminos cubiertos..., y para conquistar una casa tenían que llevar a cabo los ataques como si se tratase del mejor fortín.

Los franceses contaban aún con muy pocas fuerzas para mantener el sitio y seguramente si Palafox hubiera atacado en masa para intentar conectar con el ejército de socorro (o lo que quedara de él tras la derrota que había sufrido) hubiera logrado romper el sitio. Parece ser que Palafox no atacó debido a que ya estaba escarmentado por haber sufrido amargas derrotas en otras ocasiones en las que se había enfrentado a los franceses en campo abierto.

Pasaron los días y ante la proximidad de los franceses se mandó desalojar de enfermos y heridos el Hospital General, quedando en él tan sólo soldados para su defensa. El hospital fue tomado el 6 de febrero, tras haber hecho volar lo que quedaba de pie de él y tras una enconada lucha con sus defensores, aunque se tardó bastante en tenerlo bajo total control francés debido a que en cuanto los franceses se aventuraban por sus ruinas debían retirarse inmediatamente por el terrible fuego a que eran sometidos.

A causa de la inutilidad de llevar a cabo los ataques a pecho descubierto, los franceses comenzaron a excavar túneles bajo tierra en los que colocaban grandes cantidades de pólvora para destruir las casas españolas y con ellas a sus defensores. Pero los españoles replicaron con excelentes trabajos de contraminado, y la guerra se extendió también al subsuelo, en cuyos túneles se combatía ferozmente al arma blanca, muriendo en muchas ocasiones los combatientes más que por el combate por los derrumbamientos y la asfixia por falta de aire.

A este tipo de guerra se sumaba otra que podríamos denominar aérea y que se llevaba a cabo en los tejados, a través de los cuales los españoles realizaban ataques sorpresa sobre las casas controladas por los franceses cuando éstos no poseían toda la manzana.

Los españoles también utilizaban el fuego como arma: cuando no podían defender una línea de casas, las alquitranaban pegándoles fuego, retrasando así el avance francés y teniendo tiempo de construir parapetos y defensas en la línea de casas siguientes.

Mientras todo esto ocurría, Jean Pierre junto con Yves, y ya sin Otto, que había muerto a consecuencia de la epidemia, eran trasladados a la basílica del Pilar. Allí y en la Seo eran los únicos lugares de Zaragoza donde aún se oficiaban misas, a pesar de que habían sido convertidos también en hospitales.

Allí los fieles rezaban con gran devoción a su Patrona, mientras que en el exterior e incluso en la misma basílica no dejaban de caer bombas. La multitud se congregaba aquí hasta grados de asfixia, y los heridos y enfermos seguían estando tan pobremente atendidos como en cualquiera de los hospitales.

Yves y Jean Pierre no tenían siquiera una persona que los vigilara, aunque bien mirado no lo necesitaban, ¿a dónde iban a ir si los dos se encontraban heridos y sin apenas fuerzas?

Los días siguieron pasando en el continuo debatirse de la ciudad por su supervivencia. Los combates se sucedían de la misma forma: con minados, contraminados, ataques, resistencias enconadas..., pero el final de todos era el mismo: aunque lentamente, los españoles tenían que ceder terreno.

Por fin llegó el 20 de febrero y con él el fin de las hostilidades, con el izado de una bandera blanca en la Torre Nueva. Desde este día hasta el 24, en que los franceses tomaron posesión oficialmente de la ciudad, hubo un continuo toma y daca entre Lannes y Palafox (éste había contraído también la epidemia y se encontraba en bastante mal estado, aunque no llegó a morir, siendo trasladado a Francia donde estuvo preso hasta 1813, año en que se firmó el Tratado de Valençay, que dio fin a la guerra de la Independencia), en el que este último logró una capitulación honorable.

Yves y Jean Pierre se habían salvado de milagro. Apenas habían comido o bebido nada desde su salida del Hospital General. Eran dos verdaderos



espectros de sí mismos y unos de los muy pocos prisioneros que sobrevivieron al sitio.

Fueron trasladados al hospital de Alagón, que se encontraba en condiciones parecidas a donde habían estado ellos, aunque por lo menos la comida y el agua no faltaban.

Tras tres meses de convalecencia los dos compañeros volvieron a reincorporarse al servicio activo. A Yves acabaron matándolo en la batalla de Waterloo y Jean Pierre, terminado el mandato de Napoleón, fue licenciado del ejército y durante toda su vida le persiguieron los terribles recuerdos de aquel horroroso Sitio de Zaragoza que le tocó vivir.

# INDICE

	<u>Página</u>
PROLOGO ... ..	5
LA CAPITULACION DE ZARAGOZA ... ..	9
LA ARTILLERIA Y LOS INGENIEROS EN LA POLIORCETICA DEL SEGUNDO SITIO ... ..	23
URBANISMO, FORTIFICACIONES Y PERSONAJES DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA ... ..	65
MEMORIA DEL DOLOR ... ..	87
4 DE AGOSTO DE 1808 ... ..	97
LAS BANDERAS DE LA VIRGEN DEL PILAR EN 1808 ... ..	111
BREVE HISTORIA DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA. DIARIO DE UN COMBATIENTE ... ..	117
ZARAGOZA: PRIMER SITIO ... ..	135
LA DEFENSA DE LOS CONVENTOS EN EL SEGUNDO SITIO ... ..	159
TRES INTERROGATORIOS EN LOS DOCUMENTOS DEL EJERCITO FRANCES SITIADOR DE ZARAGOZA ... ..	175
INTERVENCION DE LOS EXTRANJEROS EN LA DEFENSA DE ZARAGOZA DURANTE LOS SITIOS DE 1808 Y 1809 ... ..	191
VIVENCIAS DE UN SOLDADO FRANCES EN EL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA ... ..	209
INDICE ... ..	223

